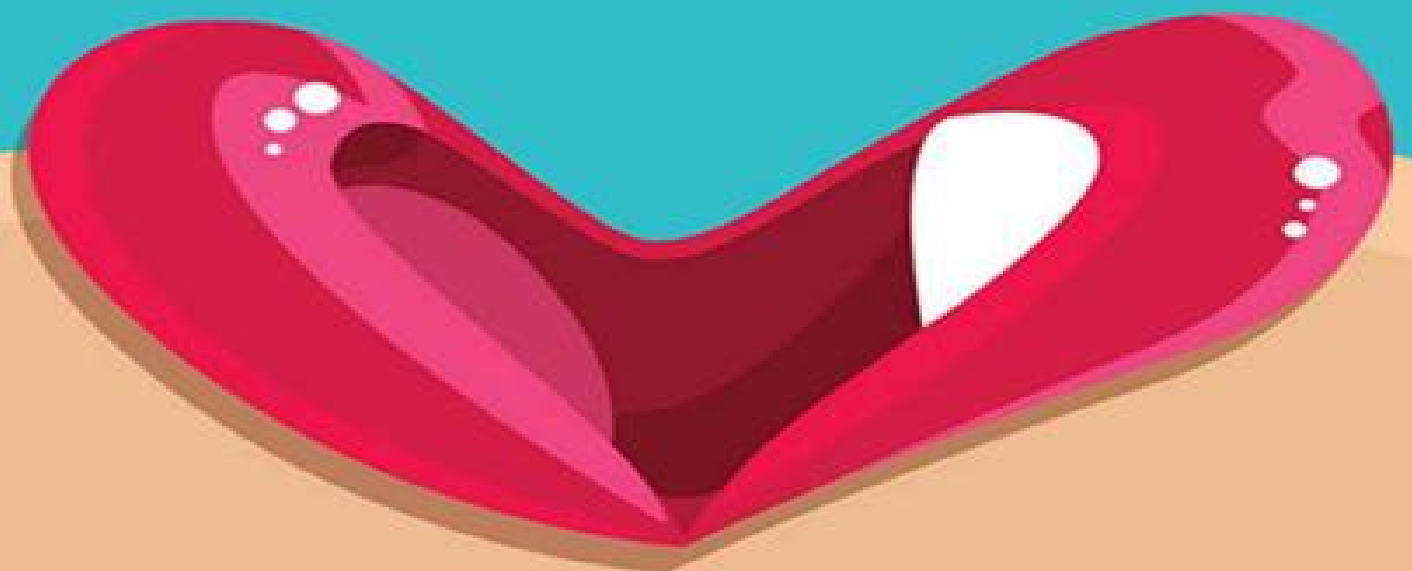




Grayson Dreads

**TODO LO QUE
NUNCA
QUISIERON SABER SOBRE
EL SEXO**



GRAYSON
DREADS

**TODO LO QUE NUNCA
QUISIERON SABER
SOBRE EL SEXO**

Título inglés:

EVERYTHING THEY NEVER WANTED TO KNOW ABOUT SEX

Copyright © 2024 Julio Gude Alcalá

Todos los derechos reservados

Industria.

1

–Me voy a divorciar.

La estupefacción, envuelta por un halo de silencio, se instauró en el salón de Charissa Makenzie. Ella, así como Arabella Varley, Corinne Odell Etienne y Perlie Alyse Hambleton no podían dar crédito a las palabras recién pronunciadas por la quinta componente de su hermandad vecinal. «Me voy a divorciar», menudas cuatro palabras. Y todas seguidas, una detrás de otra. Sin un preámbulo. Sin una falsa información, a modo de broma, como, por ejemplo, «hemos entrado en guerra», que le restara importancia a lo que se iba a revelar ante ellas.

–Jillian, ¿qué nos estás contando? Déjate de zarandajas... –Una incontenible risa nerviosa evidenciaba el azoramiento interno de la dueña de la casa.

A Perlie la noticia le provocó tal conmoción que, por un momento, sus ojos adoptaron la forma almendrada característica de un occidental cualquiera. Desprovista del mecanismo por el que un rostro logra parpadear, ni siquiera como acto reflejo, agarró su taza de café, todavía humeante. Es lo que solían beber las cinco amigas cada vez que se juntaban el cuarto día de la semana. Pensamientos parecidos, gustos iguales. Estos últimos con toda probabilidad autoimpuestos en pos de una homogeneidad artificial, pues no había nada allá de su estado civil, género y cercanía residencial que las uniera. El temblor de las manos de Perlie estuvo a punto de provocar un incidente con la alfombra violácea de lana en torno a la que estaban situada ella y sus compañeras y sobre la cual se ubicaba una mesa baja de hierro negro.

–Os juro que es verdad. Estoy hundida, chicas.

Si lo que acababa de decir Jillian McBride era cierto, pronto volvería a adoptar su apellido de soltera. Baker, un apellido como cualquier otro, pero con unas connotaciones incompatibles con el motivo que llevaba a juntarse a aquellas cinco mujeres todas las semanas.

Corinne se limitaba observar atónita la situación y a hacer círculos con el dedo índice en una de sus innumerables ondas al agua. Por su parte, Perlie, después de haber evitado el desastre con la tela mullida bajo sus pies y de conseguir pegar un sorbito con el que tratar de aplacar la ansiedad, intervino:

–No puede ser. ¿Has probado a pedirle perdón?

–¿Perdón? ¿Por qué?

–No sé. Por lo que sea.

–Si yo no he hecho nada.

–A lo mejor es eso. Hazle una mamada –sentenció Arabella.

Todos los ojos allí presentes se dirigieron hacia ella con gran estupor.

–Hazle la mejor mamada que le hayas hecho nunca. Con babas y todo. Y trágatelo.

–¡Bella! ¡Ese lenguaje!

Aquella impetuosa mujer de tez trigueña dirigió sus dos esmeraldas brillantes, resaltadas por el efecto del *eyeliner*, hacia Charissa, aquella que le había reñido, y protestó:

–¡Es un caso de extrema urgencia! ¿Qué queréis que diga? De nada vale ser recatada en una circunstancia como esta.

–No servirá de nada –expresó, lastimosamente, la afectada por la reciente petición de divorcio.

–Ah, ¿no? ¿Y por qué no?

–Sí, ¿por qué no?

–Claro, es que das por hecho cosas antes de intentarlo.

–Efectivamente.

–Con ese ánimo no vamos a ningún lado.

–Actitud positiva y ganas. Eso es lo primero.

–Lo primero.

–Lo primero y lo segundo.

–Yo a esta mujer no la entiendo.

Las frases salían tan rápido por las bocas de las otras cuatro mujeres que apenas se podía distinguir quién decía qué.

–¡Basta! –explotó Jillian, que se había mantenido callada y expectante, como si fuera una mera paciente a la que el doctor dictamina una enfermedad y prescribe un tratamiento. Y se echó a llorar. Desconsoladamente. Ni siquiera su pelo estirado, recogido en la parte trasera de la cabeza, pudo poner freno a numerosos pliegues profundos a lo largo y ancho de toda su frente.

Charissa, acomodada en el mismo sofá, se acercó a ella. Le apoyó la cabeza en su hombro izquierdo. Rubio con rubio, como si todo aquel pelo perteneciera a una misma mata, pues sus tonos apenas se distinguían el uno del otro.

–Tranquila... –susurró Charissa mientras acariciaba la cabeza de Jillian, desde el moño hasta la nuca.

Perlie, Arabella y Corinne observaban la escena con total reserva. A esta última se le arrugó el rostro, contagiada por las lágrimas de su amiga. Y, entonces, comentó:

–Si perdiera a mi Luther me moriría.

Sin despegar la cabeza de Jillian de su hombro, Charissa miró con expresión censora a Corinne, la cual se dio cuenta en seguida de su metedura de pata.

–Lo siento, soy una estúpida –se disculpó.

–No, si es la verdad... –Jillian se irguió y, tras sacar un *kleenex* del bolso, se limpió las lágrimas.

Perlie, al igual que había hecho consigo misma, le ofreció una taza de café.

Jillian negó con diplomacia.

–Toma, anda, te sentará bien. A mí el calor parece que me ha templado por dentro.

–Esto sí que le sentará bien. –Arabella se había levantado del sillón y ya estaba regresando con una botella de coñac, botella tomada del mueble bar sin pedir permiso a la anfitriona de esa semana.

–No quiero beber.

–Que sí. No seas pesada.

Entre Perlie, que le acercaba cada vez más la taza a la cara, y Arabella, que añadía un poco de aquel tipo de *brandy* al café, Jillian se vio obligada, prácticamente forzada, a beber. Tosió debido a la intensidad del alcohol, al que no estaba acostumbrada.

Charissa le dio un par de palmadas en la espalda. Mientras Jillian se recomponía y recuperaba el aliento, Corinne, inclinada hacia adelante, como queriendo ser partícipe de algún modo de aquellas muestras de interés, pero sin levantarse de su asiento, le preguntó:

–¿Te encuentras mejor?

–Sí, creo que sí –contestó la mujer al tiempo que trataba de contener definitivamente la tos. Lo consiguió un par de segundos después.

Todas regresaron a sus respectivos puestos, incluso Charissa, la cual arrastró al trasero por el sofá hasta colocarse a tres palmos de su homóloga de tono de cabello.

–Cuéntanos, exactamente, lo que ha pasado –demandó.

–Con pelos y señales –se sumó a la petición Arabella.

En realidad, las dos componentes restantes del grupo también habían requerido más información, tanta como fuera posible, dado el movimiento permanente de sus cuellos al ritmo de uno de esos muñecos adheridos a los salpicaderos de los coches a cuyos propietarios ellas consideraban vulgares.

Jillian tomó una prolongada bocanada de aire y tragó saliva. A continuación de esa acción, explicó:

–No lo sé, chicas. No estoy muy segura de lo que ha pasado. Ya llevábamos varios meses algo distanciados.

–Sin hacer el amor –atajó Corinne.

–No. Bueno, sí, eso también. Pero me refiero distanciados en general. Poca

comunicación. Por supuesto, por su parte una falta de apetito sexual total y absoluta. Estaba preocupada, pero..., ya sabéis, el trabajo a veces puede resultar absorbente.

—¡Por el amor de Dios, Jill, tu marido es profesor de universidad!

—¿Y eso qué quiere decir?

—Pues que no puede crecer laboralmente —continuó con su disconformidad Charissa—. Tiene un horario ajustado y buenas vacaciones. Y sin clientes a los que dar explicaciones ni jefes a los que tener que conformar... Estresado, lo que se dice estresado, es complicado que tu marido pueda llegar a estarlo alguna vez.

—Spencer vive realmente las matemáticas. Le apasionan. Y siempre está intentando mejorar las clases. A esos chavales es muy difícil motivarlos algunas veces.

—¡De acuerdo, de acuerdo...!

—La cuestión es que después de que me pidiera el divorcio, le pedí explicaciones. Como es obvio. Me ha jurado... Me ha perjurado —rectificó Jillian— que no hay otra.

—O sea, que dice que no te ha sido infiel. No sé yo...

—¡Arabella, por Dios! —le reprobó Perlíe a su compañera, y con más bochorno que desagrado.

—No me ha sido infiel. Estoy casi segura. Me habría dado cuenta. Es..., simplemente..., que nuestro matrimonio se ha quedado estancado. Hemos perdido la magia. Él dice que no se encuentra a gusto conmigo. ¡Conmigo! Yo que siempre he sido un cielo con él. Siente como que ya no hay química sexual.

—Te está engañando —expuso, sin ambages y reiterativamente, Arabella.

—Ese se ha enamorado de alguna de sus alumnas —argumentó Charissa—. Lo siento, Jill, pero no puedes competir contra una chica con los pezones apuntando al cielo.

—¡Que no hay nadie más, caray!

—Pobrecita mía... Dejádla, no hay más ciego que el que no quiere ver —pronunció Corinne con tono intencionadamente quejumbroso—. Ya entrará en razón.

—¿Tú qué opinas, Perlíe?

La mujer querida llevó sus ojos rasgados hacia Charissa, que era quien le había preguntado. Acto seguido, buscó con la mirada a Jillian.

—Eh... Yo... —titubeó—. A ver, siempre has sido una mujer guapa. Y te conservas bien.

—Eso no es lo que te he preguntado —protestó la dueña de la casa.

Ante la disconformidad y presión por parte de Charissa, Perlíe apuró su taza de café y prosiguió:

—Mujer... Lo que es verdad es que no se puede competir contra una *baby*. Esos culos prietos y esos pechos turgentes no los consigue ni horas de gimnasio ni la mejor de las cirugías. De todas formas, yo a Spencer lo veía muy tranquilo últimamente. No había día que no se pasara

por mi jardín a preguntarme sobre mis plantas. Todo muy cordial, eso sí.

Las vértebras de Jillian formaron una serie de bultos a lo largo de toda su espalda. Con la frente a punto de tocarle las rodillas, la mujer empezó a sollozar.

Sus cuatro compañeras le dedicaron palabras de consolación, a cada cual más vacua y manida. Charissa, la más próxima a ella, acompañó su voz con unas cuantas palmaditas, ligeras cual aleteo de pájaro, en la espalda de la afectada.

Todas y cada una de las mujeres aguardaron a que la mujer a la espera de la separación legal terminara de derramar la última de sus lágrimas.

A pesar de que los ojos de Jillian estaban hinchados y enrojecidos y su respiración era ruidosa, la mujer rubia se sonó la nariz con el pañuelo que había usado momentos antes y se repuso del trance.

Un mutismo incómodo se presentó como sexto invitado en el salón de los Makenzie, sede de esa semana del Club de las Esposas Dichosas. Este no era más que el término que habían acuñado las cinco vecinas para referirse a sí mismas como conjunto cuando se reunían, pues todas y cada una de ellas llevaban, aparentemente, una vida familiar intachable. Y así se lo querían mostrar al mundo. Unas con hijos, otras sin, las cinco mantenían una relación de camaradería. No solo tomaban café mientras charlaban sobre temas triviales relacionados con la prensa rosa o fisgoneaban sobre cotilleos de su propia comunidad, sino que se apoyaban las unas a las otras con sus pueriles problemas maritales y restaban importancia a los (infundados o, por lo menos, exagerados casi siempre) complejos físicos inherentes a la inexorable y cercana llegada a los cuarenta. Llegada la hora de hacer compras, hábito cuasi semanal, se aconsejaban sobre qué prendas realizaban sus figuras o disimulaban alguna que otra parte de sus cuerpos de las no que no sentían especialmente orgullosas.

—¿Es definitivo? —se inquietó Corinne.

—Ya lo creo que sí. Antes de que me cortarais, iba a decir que ya está casi hecho. Va a ser un divorcio *express*. Spencer me pidió la separación hace unas semanas, y en pocos días estaremos firmando ante el juez. —Jillian se revolvió en su asiento, como un perro en busca de un hueco en el que enroscarse, la diferencia es que la mujer nunca encontró una postura cómoda y terminó por levantarse.

Todas se miraron las unas a las otras. Todas menos la afectada por una petición de divorcio imprevista. Jillian comenzó a deambular como alma en pena por aquel salón ajustado a las características del art déco. Se compadecía de sí misma; iba de aquí para allá abstraída en sus pensamientos. Tanto que no se percató de aquello que estaba ocurriendo a su alrededor: una quema de brujas. Acomodadas las astillas y las ramas, y con numerosos leños por encima de ellas en forma piramidal, las integrantes del Club de las Esposas Dichosas se encontraban en ese

instante a punto de prender la yesca.

La mujer de moño rubio y a punto de obtener su apellido de soltera se dio la vuelta. Entonces, se dio cuenta. Cuatro rostros, ominosos, casi apabullantes, la diseccionaban. Ni una rana en clase de biología en manos de un diablillo pecoso podría haberse sentido tan vulnerable.

Y, sin embargo, nadie decía nada.

–¿¡Qué!? –articuló Jillian con impaciencia.

–O sea, ¿que ya no eres Jillian McBride? –articuló Jillian con impaciencia.

–No en unas semanas.

–¿Ahora pasarás a ser la señora...?

–Baker. Volveré a ser Jillian Baker.

–Pues si es así –atestiguó Charissa, a la que las miradas delegatorias de sus otras tres acompañantes le habían asignado el papel de representante del grupo–, me temo que no vas a poder seguir perteneciendo a nuestro selecto club.

Jillian meneó la cabeza.

–Me estás tomando el pelo, ¿cierto?

Pero su interlocutora, a juzgar por cómo enarcó las cejas y torció el gesto, no estaba bromeando.

–Estáis de guasa, ¿no, chicas? ¿Os estáis quedando conmigo? ¿Es eso?

Se percibía el miedo a soliviantar (aún más) a la inminente exintegrante del Club de las Esposas Dichosas con alguna pregunta acusadora. Tal era el mutismo que incluso parecía que todas y cada una de las mujeres estuvieran conteniendo la respiración.

–¿Os ha dado un ictus a las cuatro o qué? ¿Es que nadie piensa mover una pestaña? –se quejó Jillian.

Charissa carraspeó. Por fin. Corinne, Perlie y Arabella la observaron con el favor en sus miradas. El oxígeno purificador volvió a entrar por aquellos tres pares de orificios nasales.

–Esto no es fácil para nosotras –explicó la mujer rubia con un matrimonio estable y en cuya casa se hallaban todas en aquel momento.

Jillian cruzó los brazos por debajo de su busto.

–Esto es una sociedad para aconsejarnos sobre nuestros matrimonios, para ayudarnos a mejorar como esposas, para contarnos nuestras preocupaciones maritales y, claro, para hacer a nuestros maridos más felices. Aun si cabe. Si no estás casada, no tiene sentido que sigas perteneciendo a este club.

–Pero sigo siendo vuestra vecina.

–Para eso están las juntas vecinales, Jilly –injirió Arabella.

–Y vuestra amiga... –gimoteó la pobre mujer a la que acababan de excluir del grupo como si fuera una apestada.

—Ánimo, Jill —siguió exponiendo Charissa—. Mira el lado positivo: siempre puedes volver a casarte. Y cuando lo hagas, estaremos aquí para recibirte con los brazos abiertos.

Jillian se quedó ahí parada, sin reaccionar. Con los ojos vidriosos. Con la congestión provocada por el llanto incipiente, contenido con el fin de guardar las apariencias. La cavidad torácica de la mujer se hallaba repleta de aire. Aun así, con el pecho ensanchado como el buche hinchado de un pichón, debido a la posición encorvada hacia adelante, y con hombros adelantados a más no poder, a aquella mujer parecían haberle desaparecido sus dos senos realzados por el Wonderbra.

—Por favor, Jillian, nos gustaría seguir con nuestra reunión. Tenemos muchos temas a tratar. Ahora, si eres tan amable...

Con la obligación de quien cumple el mandato de un superior, y siguiendo la línea imaginaria que marcaba la mano extendida de Charissa, Jillian se dirigió al recibidor. Echó una última mirada a sus compañeras, pero ninguna de estas le devolvió el gesto. Perlie no despegaba los ojos del suelo y la barbilla del pecho; Corinne, Arabella y la dueña de la casa, por su parte, miraban implacables al frente, a la nada.

El sonido apocado de la puerta al cerrarse, lánguido como el pestillo de la habitación de un niño a la hora de dormir, marcó el comienzo de una nueva etapa para el Club de las Esposas Dichosas, que había pasado a tener una integrante menos.

2

Aquella semana al doctor Makenzie no le tocaba cubrir ninguna urgencia en el Hospital de la Universidad de Utah. Ello implicaba que Charissa pudiera cenar tranquilamente con su marido, pasar tiempo con él, y, por supuesto, llevar a cabo algún jueguecito picante que culminara en buen sexo. Y nada mejor que un succulento plato para encaminar las acciones de su marido hacia donde ella pretendía.

–Mmm, huele delicioso –dijo él nada más entrar por la puerta.

–¡Claro! ¡Como que he preparado tu plato favorito! –gritó Charissa desde la cocina.

La pasión de su marido por aquel plato se había originado seis años antes cuando habían estado de vacaciones en Reino Unido. Allí, en Londres, en el restaurante más chic del Soho, más concretamente en Regent Street, a recomendación de un camarero de impecables modales, a Piers y a ella se les habían saltado las lágrimas con la degustación.

Piers se quitó los zapatos y se desató la corbata antes de adentrarse en los pasillos de su propio domicilio. A medida que avanzaba, el olor a carne de buey, champiñones y chalotas se intensificaba. Le boca se le hizo agua, y más con el estómago vacío, pues su último bocado había sido un sándwich de pavo, mayonesa y lechuga a las doce del mediodía. Y de eso ya hacía más de cinco horas.

Pasó antes por el baño para aliviarse. También se mojó la cara. Después de secarse bien, por fin, se dirigió definitivamente al lugar del que provenía aquella emanación de gases tan atrayente. Piers se acercó a su mujer y le dio un beso en los labios tan mecánico que casi pareció un hábito más que algo realmente buscado.

–Tengo una botella de vino abierta en la nevera. Sírvete.

No lo pensó, pues con la premura de alguien sediento Piers abrió el frigorífico y vertió el líquido verdoso, ligeramente ambarino, en una copa. Brindó con Charissa y bebió.

–¿Qué tal el día, cariño?

–Ufff... He tenido mucho trabajo. Estoy algo cansado.

–Pensaba que te tocaba una semana relajada.

–Y es cierto, pero ya sabes... Al final las cosas se complican. La gente tiene una manía

terrible de ponerse enferma –bromeó él. Se llevó la mano al cuello e hizo un par de movimientos para estirarlo–. Creo... Creo que tengo una pequeña contractura.

–Haremos una cosa –sugirió Charissa–. ¿Qué tal si después de la cena te doy un masajito?

Piers sonrió. Ambos apuraron el vino y, a petición de Charissa, se sentó en una banqueta. Al solomillo todavía le quedaban veinte minutos de horno, tiempo perfecto para disfrutar de un momento de complicidad en pareja. O, al menos, eso era el objetivo detrás de aquellos ojos azules intensos. La mujer desabrochó los dos primeros botones de la camisa de su marido y lo destapó. Sin más preámbulos, le masajeó suavemente toda la zona entre el cuello y los hombros. Hizo hincapié con los dedos pulgares. Los gemidos efímeros de Piers la animaron a continuar presionando aquellos dos trapecios macilentos y poco abultados. Ella se había encargado de poner las llaves en el Lambo y ahora se hallaba calentando motores; no sino de él era la responsabilidad de ser el primero en pisar el acelerador y conducirlo.

Tras cinco minutos de masaje, Charissa se atrevió con un beso. En el cuello, corto y suave, casi más como un testeo que como una forma de tomar la iniciativa. Por supuesto, esa acción debía llevarla cabo su marido. Este se giró, y de esa forma se puso frente a frente a su esposa. Ella correspondió aquel ademán de cercanía con una sonrisa. Sus finos labios, del color de las frambuesas gracias al efecto del pintalabios, puestos en medio de aquellas dos mejillas hundidas y pálidas y que pronunciaban en exceso sus pómulos, atractivos y señoriales, se curvaron hacia arriba. Inconcebiblemente, para ella, y para cualquiera que hubiera estado ahí, tanto físicamente como hasta para el espectro más contrito, Piers tan solo devolvió aquella muestra de cariño con un efímero beso. Y un «gracias». «¿Gracias? ¿Gracias de qué? Hazme el amor, maldición, la cena soy yo. Y ve a comer solo para reponer fuerzas», se quejó más allá de su cabellera rubia y lacia. El Lamborghini se acababa de convertir en un MG. Le acababan de cambiar a Francesco, un galerista de Milán de metro noventa, de piel olivácea a causa de sus paseos bajo el sol transalpino y de facciones endurecidas gracias a una gloriosa ascendencia romana, por Chao, un arrocero chino amable y bienintencionado, tan pobre como una rata y más bien tirando a bajito, cuya piel quemada y arrugada solo podía deberse a un extenuado trabajo bajo el cielo abrasador.

–Eres la mejor. –Piers se levantó del sillón y se marchó hacia la cocina con sus miras puestas en la cena.

«Ciao, Chao...».

Con la resignación propia de la más minusvalorada ama de casa, Charissa se puso en pie y llevó a cabo todos los preparativos para poder degustar el manjar que le había tomado hasta tres horas de trabajo entre fogones.

La cena transcurrió en silencio, con cada uno de los miembros del matrimonio Makenzie sentado en un extremo de la mesa del comedor. Ambos asistían al evento más aciago, calamitoso y desolador de la historia reciente de la parte femenina: el velatorio de la vagina de Charissa. Sus labios, lejos de iniciar un alegre palmoteo, se hallaban doloridos cual ostra desprovista de su perla interna. Su marido, como buen profesional médico, había usado el bisturí para extraerla, y ni siquiera parecía haberse enterado de tal hecho. No así ella, pues bajo sus braguitas de encaje turquesa solo había lágrimas. Ni un solo efluvio de alborozo, no como en la cavidad de Piers, que con cada bocado a aquel jugoso solomillo Wellington segregaba más y más saliva.

Cuando el hombre terminó con el festín de hojaldre y carne, y con su copa de vino a medio llenar, ¡por fin! se dignó a hablar.

—Voy a reventar.

Charissa levantó los ojos de su plato, del que apenas había comido una ínfima parte, y expresó con tono acibarado:

—Me alegro de que te haya gustado.

Y, entonces, comenzó la cháchara. Llenar el estómago, al parecer, le había dado a su marido ganas de charlar. Cosas triviales; anécdotas sin la mayor relevancia. Hasta que una frase disparó las alarmas de la mujer. Y esa no fue ni más ni menos que:

—Me han asignado una alumna en prácticas.

—¿Una alumna?

—Sí, claro, es un hospital universitario. No me van a poner un perro de compañía.

—Ya, ya, es solo que...

—¿Qué ocurre?

—¿Y cuántos años tiene? —Charissa intentó sonar todo lo despreocupada que pudo, casi como si estuviera cambiando de tema, pese a que lo que realmente estaba haciendo era hacer hincapié en el tema en cuestión.

—Es universitaria. Está de prácticas —explicó Piers acariciando la arrogancia—. ¿Cuántos quiere que tenga? No le he preguntado directamente, pero supongo que veinticuatro o veinticinco a lo sumo.

La mente de Charissa empezó a volar. Pero no en un viaje en globo; un plácido trayecto con el que deleitarse los sentidos. No. Recién se había convertido, sin siquiera pretenderlo, en una aprendiz de astronauta para el último programa de SpaceX. El cohete estaba despegando; el rugido de la tobera resultaba ensordecedor. Y ella iba dentro. Con destino a la Luna, o peor, a Venus. Porque de eso se trataba, como había leído muchos años atrás en aquel libro de un tal John Gray: ella era venusiana y su marido... un marciano cuyo cerebro apenas podía comprender

las necesidades de una oriunda del planeta con el nombre de la diosa romana del amor. «Ay, Francesco, si existieras..., tú sí que me entenderías», fantaseó ella. Pero Francesco no era más que fruto de su imaginación, así como Chao, aquel labriego originario de China, el cual, comparado con Piers, ya no le parecía tan mal partido, no por su estatus ni por los placeres carnales que le pudiera brindar, sino por su eterna fidelidad.

—Es un encanto, ¿sabes? Ha estado pegada a mí tooodo el día. Después nos hemos ido a tomar un café. La pobre era un mar de dudas —confesó el hombre—. No ha hecho más que atosigarme con preguntas.

«Si esa tiparraca algo no tenía, eso eran dudas», clarificó en su fuero interno Charissa. «Te habrá atosigado con preguntas... y con insinuaciones. ¿No, pedazo de idiota?».

—Y tú le has respondido a todo, claro —expresó, esta vez en voz alta, la mujer.

—Sí, cómo no. Cuesta ver a alumnos tan implicados. Se la nota muy hecha y capaz para la edad que tiene.

—Pues espero que no se caiga de madura.

—¿A qué te refieres?

«Uy, mierda, eso lo he dicho en voz alta», reconvino para sus adentros. Sin perder ni un segundo, aclaró:

—Que, a lo mejor, lo que le pasa a esa chica es que va de sobrada. No me gusta, no me gusta... Muchas veces, cuando estás aprendiendo, lo mejor es escuchar y callar. Y estudiar, estudiar mucho en casa, o en la biblioteca, o donde se quiera.

—¿No estarás celosa? —se inquietó Piers tras fruncir el ceño y escrutar los ojos azules de su esposa.

—¿Yo? ¡Qué va! Como has dicho, es una niña. Y tú necesitas a tu lado a una mujer. Como yo. —Charissa hizo una pausa, no porque lo necesitara, sino para obtener un comentario de vuelta, preferiblemente afirmativo, por parte de su marido. En vista de que este no se dio por aludido, ella interpelló, con énfasis—: ¿O no?

—Por supuesto —se apresuró a decir él, que esta vez sí había comprendido que se requería su intervención verbal.

Pero los fantasmas ya estaban sobrevolando en círculos la cabeza de Charissa, al igual que buitres a punto de darse un festín con sus restos prontamente corrompidos. «Maldita *baby...*». Como no podía ser de otra forma, la figura espectral, la de uno de aquellos entes volátiles imaginarios, descendió y se paró ante ella. Transmutó su cuerpo etéreo hasta adoptar la imagen Jillian. Y, entonces, Charissa recordó las quejas de su excompañera. En realidad, aquellas palabras habían pertenecido a Perlíe, ¿pero qué sentido tenía la veracidad cuando el desorden entraba en acción? La aparición de la por poco tiempo más señora McBride las había tomado como suyas, como si siempre hubiera sido ella quien las hubiera articulado. «Esos culos

prietos... Esos pechos turgentes...» «¡Maldita sea!». «¡Maldición una y otra vez!». Charissa empezó a blasfemar, renegar, despotricar incontrolablemente. Descartó hacerlo en voz alta con el fin de salvaguardar su completa y total libertad de movimiento. No quería que su marido la viera como alguien que había enloquecido; alguien que soltaba espumarajos por la boca y pedía una camisa de fuerza a gritos. Con un silencio autoimpuesto, se previno de una imaginada llamada al 911 a iniciativa de Piers, una llamada que la pusiera en una tesitura muy complicada, tanto como para tener que lidiar con unos visitantes ataviados de blanco.

Con un estómago bastante más lleno que el otro (y un poco menos revuelto), el matrimonio se levantó y se dirigió al salón. Piers encendió la televisión y la gran ene roja de Netflix se dibujó en el centro de la pantalla.

—Piers, ¿te encuentras bien? —se preocupó ella.

—Yo, sí. ¿Por?

—No sé. Solo lo pregunto. —Pero Charissa sí sabía el porqué. ¡Vaya que si lo sabía! Se había puesto realmente guapa para él; su figura lucía esbelta y delicada gracias a un bonito vestido amarillo pálido que hacía juego con su pelo y a unos zapatos de tacón bajo con una pequeña curvatura en los mismos.

—Estoy como un roble —añadió él—. Y más después de esta cena tan deliciosa. Creo que he cogido fuerzas para tres días. Es solo que me apetece desconectar de la semana tan ajetreada que llevo.

«Pues desconecta conmigo...». Charissa se mordió el labio inferior, y en vez de decir aquello que había pensado, articuló:

—Ah... Vale.

Piers recorría los diferentes iconos de la plataforma de *streaming* sin prestar demasiada atención a su mujer, sentada en el sillón justo a su lado. Debido a los turnos rotatorios de Piers, normalmente Charissa veía las series a solas, pues coincidir y llevar una rutina con su marido resultaba hartó complicado. Por ello, con el paso del tiempo habían consensuado que, cuando estaban en pareja, ver películas era la más disfrutable y mejor de las opciones.

—¿Qué te apetece ver?

«A ti empalmado, idiota».

—Me han hablado de una comedia romántica. Por lo visto está bastante bien. Se llama *La probabilidad estadística del amor a primera vista*.

—¿Quién te lo ha dicho?

—Las chicas.

—Entiendo... ¿Qué tal si vemos algo más contundente? Como esta.

Piers había marcado en la pantalla el icono de un largometraje en el que una composición en blanco y negro del tejado de una casa incidía sobre el estómago de un joven de piel oscura.

–*Yo soy todas ellas* –leyó ella. También echo una ojeada a la sinopsis–. ¿Tráfico de niños? No es una película muy familiar, ¿no?

–Me temo que no.

–Ya sabes que no me gustan las de tensión. Luego lo paso mal.

–A mí sí.

–¿El qué? ¿Pasarlo mal?

–No. Verlas.

Algo en la imagen captó el interés de Charissa y, por ello, la escudriñó desde la distancia.

–¿Y encima es sudafricana?

–Eso parece.

–La cosa se pone de mal en peor.

–Vale –se dio por vencido Piers–. ¿Qué tal si buscamos algo a mitad de camino entre el *thriller* y el amor sensiblero?

–Sí, por favor. Y cortito, a poder ser.

Si Charissa quería ver algo de escasa duración no era por prisa, sino porque no tenía la intención de darse por vencido tan fácilmente. Tenía un as bajo la manga. Más bien, debajo de su vestido de cintura alta, pues no disponía de tela más allá de las hombreras. Y confiaba en que funcionaría.

Esperó a que la película terminara, sin prestar demasiada atención a la historia que se desarrollaba en ella. Una comedia tan manida como insustancial. Pero corta, al fin y al cabo. De apenas noventa minutos. En cuanto salió el primer título de crédito, en el cual se indicaba el nombre del director, Charissa invitó a su marido a subir hasta el dormitorio de colores vivos y formas geométricas en el que compartían lecho conyugal.

3

A tenor de lo acontecido el día anterior, Charissa convocó una reunión de urgencia.

–¿Qué ocurre? No es jueves.

–¿¡Y eso qué más da!?

–Hombre, pues que es una de nuestras reglas –volvió a objetar Arabella–. Todos los jueves. Si es que se trata de una reunión oficial de nuestro club.

–Lo es –sentenció la mujer de cabello rubio.

Corinne carraspeó intencionadamente y, a continuación, indicó:

–He tenido que mandar a Luther y a mis dos hijos a darse un paseo para poder tener la casa disponible para nosotras solas.

–Son las reglas, te tocaba –pronunció casi como un silbido Perlie.

–Ya... Pues si el turno rotatorio es inamovible, no sé por qué también no lo es el día de la semana. Conociendo a mi marido, se habrá llevado a Quisha y a Ron a Rockwell. Le privan esos helados. Y ya está lo bastante relleno para que se atiborre a ellos.

–¿Rockwell? ¿No está en Sugar House? –preguntó la mujer con ascendencia italiana por parte de madre.

–Exacto.

Arabella dio unos pequeños saltitos en el sitio sin despegar las puntas de los pies del suelo. Sacudió con sutileza cadera y torso al tiempo que decía:

–Ahí nos conocimos Raymond y yo. Adoro ese sitio. Es precioso. Y tranquilo.

A pesar del tono café de su piel, a Corinne se le apreciaba un ligero enrojecimiento en el rostro. Resopló con viveza. Y se desentendió del comentario de su amiga.

–El caso es que no es jueves. Ni miércoles. Ni si quiera...

–¿Me vas a recitar todos los días de la semana? –la cortó Charissa–. Chicas, si esto no fuera sumamente importante, creedme, no os habría metido tantas prisas. Pero están en juego nuestros matrimonios.

–¿Qué diablos, Cha-Cha? –pronunció Arabella.

Todas, excepto Charissa, revolotearon por el salón de la casa de los Etienne como polillas

rociadas con alcanfor. En realidad, no lo hicieron, pero a juzgar por sus ganas manifiestas de moverse de lado a otro para mitigar sus nervios y por el estremecimiento de sus figuras, cualquier presencia ajena al Club de las Esposas Dichosas habría afirmado que hubo gran un revuelo por toda la estancia.

–Sí, qué diablos –repitió Perlie.

–Sentaos, os lo explicaré.

Haciendo caso a la mujer que las había convocado aquel lunes soleado de mayo, Arabella, Corinne y Perlie acomodaron sus posaderas en las sillas tapizadas de mohair verde colocadas en forma de rombo frente a un ventanal repleto de plantas.

Estaban expectantes. Nerviosas, incluso. Tres hileras de hormigas caminaban por sendos estómagos contraídos por las habituales comidas frugales.

–No llegamos a hacer el amor. Y llevaba puesta lencería.

Las unas se miraron a las otras. Excepto Charissa, que parecía conforme con lo que acababa de decir.

–Chica, como no nos des más detalles... –se quejó Corinne.

–Pues que el otro día mi marido libraba. Ya sabéis lo ocupado que suele estar con los turnos del hospital.

–Bien que se lo pagan.

Perlie y Corinne dirigieron una mirada acusatoria a Arabelle, la mujer con la lengua más suelta del grupo con diferencia.

–¡Que digo yo...! –añadió.

–Lo que gane o deje de ganar mi marido no te concierne, Bella, querida. Y ni siquiera tiene la más mínima importancia para lo que voy a contar.

–Continúa, por favor–. Perlie parecía la más interesada, más bien preocupada, por su carácter intranquilo, en lo que tenía que decir su amiga.

–Piers venía de trabajar. Es cierto que son turnos largos, a veces de noche. Eso pasa factura. Pero lo que me pasó me hizo saltar las alarmas. Preparé su plato favorito, le di un masaje sensual, y ya en nuestra habitación, me quedé en ropa interior. No cualquiera. Una especial para la ocasión. De encaje turquesa. ¿Y sabéis lo que pasó?

–Que te devoró –sentenció Arabella.

–Cómo va a ser eso. ¿Es que no escuchas? –la amonestó la dueña de la casa en la que se encontraban–. Ha dicho hace un momento que no llegó a hacer el amor. De hecho, ha sido lo primero que ha comentado.

–¿No hicisteis el amor? –se interesó Perlie con la ingenuidad de una cría.

–No.

La falta de una respuesta más elaborada por parte de Charissa indujo al resto de sus

compañeras a inclinar los troncos hacia adelante. Pero dado que aquella mujer de melena rubia recta y larga no volvió a abrir la boca, quedaba claro que no habría nada más a lo que atender si no era forzándola.

—¡Dios mío, desarrolla! Estoy en vilo.

El apremio de Corinne, cuyas palabras no eran más que la exteriorización de la necesidad del grupo al completo por conocer lo que había sucedido, invitó a Charissa a proseguir con el relato de su desventura.

—Se echó a dormir. Porque estaba cansado. Después de una semana entera sin hacer el amor, yo, ahí parada, en mitad de la habitación, con los pezones entreviéndose por aquel sujetador de tul de Victoria's Secret, me deja con un palmo de narices.

—¿Y qué hiciste? Insistir, claro. —Las manos de Corinne se encontraban entrelazadas, como rogando por un final feliz o, al menos, uno no demasiado aciago.

—Masturbarte —injurió Arabella.

—¡Haaa! —se quejó la más apocada de las mujeres allí presentes.

—Para exclamar, Perlie, fue lo siguiente que pasó. Más bien, para clamar. Al cielo. Y es que metí en la cama, a ver si podía hacer chisporrotear la varita mágica.

—¿Varita mágica?

—¿Qué pasa? Me gusta sentirme como una princesa Disney.

—Así que varita mágica... —repitió Corinne, esta vez con menos sorpresa y más retranca—. Charms, haznos un favor y cámbiale el apodo.

—¿Cómo qué?

—No sé... Ya puestos a usar términos infantiles, ¿qué tal Little Peter?

A Charissa se le escapó una contenida expresión de indignación al ver a sus dos amigas, Corinne y Perlie, tratar de esconder la risa.

—Ay... —suspiró Arabella, que había permanecido ensimismada y, por ende, ajena a aquella última burla—. Cómo me hubiera gustado haber sido ser una princesa Disney como Anastasia. Poseída por el joven y apuesto Dimitri en todas y cada una de las alcobas de palacio. Ocultándonos de los acusadores ojos del zar.

—Anastasia no es de Disney.

—Ah, ¿no? ¿Y de qué es?

—No lo sé. Pero de Disney, no.

—Pues estoy casi segura de que sí.

—Creo que Corinne tiene razón —intervino Perlie—. Yo no recuerdo...

—Da igual. Se entiende lo que he querido decir. ¿O no?

Se oyó un «sí, sí...» conjunto. También un «ya lo creo...» proveniente de la garganta de Charissa.

—Nunca os lo he contado, pero ya que ha salido el tema... —comentó Arabella—. De pequeña veía una y otra vez *La bella y la bestia*. En bucle. Estaba obsesionada, os lo juro. No sé si era por el parecido de mi nombre con la protagonista o qué. Tenía a mis padres hartos. Realmente, lo que se dice, hasta el moño. Dicen que hubo un momento en que no veía nada más. Yo lo dudo, pero es su palabra contra la mía. Bueno, el caso es que a medida que me hice mayor, ya de adolescente, esa fascinación por la historia se convirtió en algo más picante. Más sexual, ya sabéis. Las hormonas, supongo. Yo quería ser Bella. Y quería pegarme un revolcón con el príncipe. Deseaba hacer el amor con él. Pero no de una manera romántica y suave. Ese era el quid de la cuestión. El problema residía en que yo no quería acostarme con el príncipe después de aquel beso final, cuando se convertía en un apuesto hombre de frondosa melena castaña y torso definido. Yo me imaginaba embestida por Bestia. A cuatro patas. Con sus jadeos de animal en mi oreja mientras me hacía el amor salvajemente. Y sus aullidos sonando a la media medianoche extasiado por el placer que le brindaba mi cuerpo. —Arabella despegó los párpados, pues a medida que su relato se había ido sucediendo sus ojos habían terminado por entrecerrarse para rememorar mejor aquella fantasía.

Las otras tres integrantes del club observaban a la mujer de ascendencia italiana consternadas, sin dar crédito a lo oído. Al mismo tiempo, se hallaban ligeramente húmedas, pese a que, por mucho que alguien les hubiese insistido en reconocerlo, ninguna lo hubiera admitido.

—Caramba... —susurró Charissa a medio camino entre la sorpresa y la consternación.

—Pero qué callado te lo tenías. —Entonces, Corinne cayó en la cuenta y, como si algo le hubiera golpeado más allá del rizado natural de su pelo, realizó un movimiento rápido de cuello al tiempo que pestañeaba y decía—: Ahora que caigo: tu perro se llama sultán, ¿cierto? ¿No será por el de la película? ¿¡No te lo estarás montando con él!?! —bromeó Corinne, que, por muy jocosos que hubiera sido el tono utilizado, en él se apreciaba cierto grado de preocupación.

—¿Estás loca? Sí, es por el perro de la película. Pero hasta ahí llegan mis fantasías. Soy una mujer respetable.

—¡Chicas, chicas, chicas! —Con un par de palmadas, Charissa terminó de poner orden—. Estamos divagando y habíamos quedado para hablar de algo importante. Así que, si no me vais a ayudar...

—Perdona, es que una anécdota como esa, cómo para dejarla pasar.

—Ya te digo —agregó Perlíe, algo acalorada y con una sonrisa contenida.

Después de aquella disculpa, se mantuvo el silencio. El taconeo del pie derecho de Charissa contra el entarimado ascendía en cadencia y sonoridad. A ello se le sumó la propia voz de la mujer.

—¿Y bien?

—Y bien, ¿qué?

–¿Como que qué? ¿Que qué os parece? ¿Que qué puedo hacer?

–Mujer, yo creo que estás un poca paranoica. No te ofendas –volvió a contestar Arabella–. Un mal día lo tiene cualquier. Uy, si yo contara...

–¡Cuenta, cuenta...! –dijeron casi al unísono Perlie y Corinne con los ojos de un niño a punto de escuchar el relato de un cuento de hadas.

–Oh, no tiene importancia. Tonterías. De verdad. Otro día, quizás. Además, que no quiero quitarte protagonismo, Charms.

–¿Vosotras qué opináis?

Corinne y Perlie se miraron la una a la otra ante la consulta de la mujer que las había convocado en reunión extraordinaria. Por el gesto facial de la más clara de piel, se daba a entender que esta prefería ser la última en hablar. Siendo así, Corinne arguyó:

–A ver, yo creo que le estás dando demasiada importancia. Al igual que un hombre puede tener un gatillazo, puede tener inapetencia si está en una época de altibajos...

–¡Que altibajos ni que altibajos! Los hombres son constantes. Si les pones un caramelo delante, se lo comen. ¿O no, Perlie?

–Sí, sí. Bueno, o no. Quiero decir...

–Ella lo que quiere decir es que opina lo mismo que Corinne y que yo –intercedió Arabella–. ¿Y si simplemente ha sido una anécdota y le estás dando más importancia de la que tiene? Déjalo correr. Además, no tenemos de qué preocuparnos. Todavía nos mantenemos en forma. Somos unas magníficas esposas. Por eso creamos este club.

–¿Y si nos pasa lo mismo que a Jillian? –preguntó Perlie con la voz entrecortada y algo temblorosa.

Ya solo la mera mención de la excomponente del club hizo saltar todas las alarmas en el resto de las féminas. El escaso vello de sus antebrazos se les erizó; sus miradas cruzadas las hacían parecer un grupo de exploradores perdidos en medio de la selva. Y ninguna sabía qué camino tomar. O, más bien, qué palabras pronunciar. Todos los helechos, los pothos y las tradescantias del salón de Corinne intentaban comérselas vivas como si en vez de exóticas plantas colgantes de interior se hubieran convertido en plantas carnívoras ávidas de pulpa rojiza en forma de fibras musculares.

–Eso no nos va a ocurrir a nosotras –sentenció, finalmente, Arabella, haciendo frente al desconcierto exhibido en los rostros de sus acompañantes–. De ninguna de las maneras. ¿Para qué se supone que hemos creado este club? Para apoyarnos. Y para aconsejarnos. Y para ser unas mejores esposas. Y eso es lo que seguiremos haciendo. Y con respecto a ti –mencionó al tiempo que clavaba la mirada en los dos topacios brillantes encajados entre los párpados de Charissa–, no te vuelvas loca. Vuelve a intentarlo. No habrá una siguiente decepción. Ya lo verás. De momento, las cuatro nos vamos al Sanctuary Day Spa and Salon. A ponernos cañones. Pediré

cita. La próxima no se te resiste. Por esta.

Y con un beso sonoro en la falange proximal de la mano de Arabella (en parte también por el ligero contacto de sus labios con el nudillo), la reunión del Club de las Esposas Dichosas se dio por concluida.

4

Como cada domingo, Corinne y Arabella se vieron durante su compromiso semanal con Dios. Era un día gris, aunque de temperaturas moderadas. Después de cuarenta y cinco minutos de misa, y acompañadas en todo rato por sus respectivos maridos (e hijos en caso de la mujer de origen afroamericano), volvieron a poner los pies sobre la South Temple, calle a la que daba las puertas de la catedral de la Magdalena. A pesar de que la Iglesia Católica de Saint Ambrose estaba tiro de piedra de East Bench, barrio en el que vivían ambas, estas preferían su habitual lugar de culto debido a la mayor diversidad étnica de la comunidad que lo integraba. La catedral de la Magdalena de Saint Ambrose servía como lugar de encuentro obligatorio para aquellas dos mujeres de firmes creencias en la política episcopal. Por supuesto, tanto Arabella como Corinne siempre habían aspirado a que las otras dos componentes de su club hubieran sido partícipes de la celebración regulada por el Código de Derecho Canónico. Pero el agnosticismo profesado por Perlíe, por un lado, y la inclinación hacia la Iglesia de Jesucristo de los Últimos Días de Charissa, por el otro, había impedido aquel deseo de cualquier manera. Y no es que Corinne y Arabella no lo hubieran intentado. Sin embargo, que un miembro de los comúnmente llamados mormones cambiara de «bando» y pasara a seguir las doctrinas de la iglesia cuya cabeza visible era el obispo de Roma, se antojaba hartó complicado. A pesar de ello, y no sin cierta rareza para los tiempos que corrían, localmente, en el Estado de Utah y en la diócesis de Salt Lake City, la Iglesia de Jesucristo de los Últimos Días se había convertido en un fuerte aliado de los Servicios Católicos Comunitarios. Dicho de otra forma, a la hora de ayudar a los más necesitados, católicos y mormones trabajaban conjuntamente, y eso hacía que Charissa coincidiera ocasionalmente con sus dos amigas creyentes y, de ese modo, pasaran más tiempo juntas y acercaran posturas. El caso de Perlíe resultaba más molesto. Más molesto para las tres beatas de sus compañeras de club (y para Jillian, en una etapa ya pasada). Según todas ellas, una buena mujer debía tener unos sólidos valores cristianos. Con lo cual, ¿por qué no creer en Dios? Los modales exquisitos y la reputación intachable de Perlíe (y de su marido, por extensión) habían llevado al resto de sus vecinas a invitarla, tiempo ha, a formar parte de Club de las Esposas Dichosas. No obstante, no pasaba una semana sin que no hubiera alguna insinuación para que, de

una vez por todas, pasara a formar parte de alguna comunidad religiosa. En realidad, de dos muy concretas: la mormona y la católica, como era de esperar. Pero, aunque aquella mujer retraída podía ser excesivamente sumisa a ojos de sus tres amigas, no gustaba de poner en riesgo sus buenos hábitos con otros impuestos por alguien ajeno a su intimidad. Perlie era una persona culta y con principios, aunque con muchas inseguridades, así que para ella su psicóloga era su verdadera guía espiritual, entre otras cosas. Aquella terapeuta le ayudaba a ordenar sus pensamientos y a mantenerse en equilibrio mental continuo. Sin medicación, por el momento.

—¡Ay, esta Cha-Cha! —se quejó Arabella, como cada semana a la misma hora y en el mismo lugar—. Debería estar aquí ahora mismo y no en ese templo.

—Sí. E imagínate tres horas de misa —agregó Corinne, la cual, rápidamente, movió la cabeza en dirección a sus dos hijos—. Fíjate que he pillado a estos dos echando una cabezada. Qué vergüenza. Si no soy capaz de mantenerlos despiertos durante cuarenta y cinco minutos, como para intentarlo una mañana entera. A veces pienso si no será Perlie la que mejor se lo ha montado.

—Quita, quita. ¡Ni en broma! Nuestra cita con Dios es ineludible.

—¡Ya me lo dirás el día que tengas hijos! Eso sí que es ineludible. Te absorben como esponjas. Creo que terminaría antes de leer nuevamente la Biblia de principio a fin, que de atender a todas sus peticiones en el día de hoy.

Las dos mujeres se echaron a reír.

—Bueno, nos tenemos que ir. Adiós, querida —se despidió Arabella.

—Nos vemos por el vecindario —contestó Corinne.

Después de darse un beso en la mejilla, y de que sus maridos intercambiaran algunos comentarios relativos a la última jornada de la NBA, Corinne y Arabella tomaron direcciones opuestas, cada una hacia el lugar en el que se hallaban estacionados sus vehículos.

El matrimonio Varley decidió pasar por el Sugar House Park antes de que el día se estropeará por completo y rompiera a llover. Para rememorar viejos tiempos y disfrutar de un paseo romántico entre el verdor. A pesar del tono grisáceo que servía de bóveda a Salt Lake City en aquel instante, la templada temperatura y la suave brisa existentes invitaban a permanecer en el exterior. La calma antes de la tempestad. Como así lo atestiguaría la ciudad dos horas más tarde. Pero antes de que aquello pasara, Raymond y Arabella volvieron a subirse a su SUV de tonos azulados y se cobijaron en el *parking* del Trolley Square, el mejor centro comercial de la urbe, según la opinión de ella, en relación calidad/cercanía con respecto a su domicilio.

Ella y su esposo tomaron un almuerzo frugal en una cafetería llamada MyAmour Café. Tras ello, Arabella pasó por el Weller Book Works, en donde se dispuso a comprar un par de lecturas ligeras. Raymond se entretuvo mirando libros de misterio. O eso es lo que le dijo a ella, ya que cuando la mujer terminó de decidirse y tuvo en sus manos dos títulos de literatura *chick-*

lit, fue en busca de su marido. Sin embargo, lo que este se encontraba examinando no eran libros de investigación criminal precisamente, sino el trasero carnoso, firme y respingón bajo unos vaqueros ajustados de una chica de veintipico años. Y si aquello molestó y enojó, ya de por sí, a Arabella a partes iguales, más lo hizo el hecho de que el hombre se estuviera tapando la zona de la bragueta con un libro combado de tapa blanda, presumiblemente para ocultar un bulto en su pantalón.

–*Che palle!*

Raymond dio un respingo y se giró. También así lo hizo aquella clienta de figura voluptuosa y, al menos, diez años menos que la mujer que acababa de levantar la voz.

–¡Cariño...! No te había visto.

–Yo, en cambio, a ti sí.

La chica con *jeans* tan pegados a sus caderas como si de *leggings* se tratara, viendo que aquella llamada de atención no iba dirigida a ella, volvió a concentrarse en la búsqueda de libros de su interés.

–¿Qué estabas haciendo? –inquirió Arabella.

–¿Cómo que qué estaba haciendo? Pues tratando de encontrar algo de lectura –declaró él.

Arabella hizo descender su mano derecha y asió el libro que su marido sujetaba con aquellas falanges agarrotadas por el sobresalto. Se lo arrebató. Y leyó la portada:

–*Eleanor y Park*. De Rainbow Rowell.

Con cara de completo bobo, y sin nada delante de la bragueta que pudiera ocultar su incipiente erección, Raymond tartamudeó:

–Ese título no se refiere a una pareja de detectives, ¿no?

–*Andate a fanculo!*

En cuanto llegaron al hogar, a los hijos de Corinne y Luther parecía que les quemaba la ropa. Los dos menores de edad se desvistieron, cada uno en su habitación, y cambiaron las elegantes vestimentas de domingo por algo más cómodo y acorde a su edad. Pasaron por la cocina a tomar un tentempié (desde luego, oír la misa dominical les había dado tanta hambre como sueño) y pronto encauzaron sus esfuerzos hacia tareas más reconfortantes. Ron tenía un partido de baloncesto entre colegas a mediodía; Quisha, por su parte, había quedado en casa de una compañera de clase para ponerse al día sobre asuntos extraescolares y solucionar sus dilemas vitales de preadolescente. Como el muchacho ya tenía los dieciséis años cumplidos desde hacía siete meses, y gracias a ello había obtenido la licencia para conducir, este se iba a encargar de acercar a su hermana, pues allá donde tenía que ir Quisha no quedaba muy lejos de allí; más en concreto en el barrio colindante de Bonneville Hills.

La puerta principal sonó por segunda vez y el uso de la casa quedó en exclusiva para el matrimonio Etienne. El traje le sentaba bien a Luther, o así lo pensaba Corinne, sobre todo por el hecho de que le disimulaba los kilos que se le habían puesto encima en los últimos años. Los dos subieron al dormitorio. Allí, ella le pidió a su esposo que le desabrochara el vestido. Como la cremallera se ubicaba en la zona de la espalda, a él no le quedó más remedio que colocarse detrás de ella. Mientras Luther deslizaba el cursor con delicadeza y los pequeños dientes se iban destrabando, Corinne forzó la postura y acercó las nalgas a los genitales de su marido.

—Cariño —susurró él.

La espalda desnuda de Corinne invitó a que Luther la acariciara. Incluso a que la besara. Pero el hombre no lo hizo. En cambio, se desabotonó la camisa y se quitó los pantalones. Entonces, sí besó a su mujer. En los labios. Se metieron en la cama y comenzaron a hacer el amor. Primero acariciándose y besándose. Corinne no quería ser demasiado explícita, que su marido no creyera que ella estaba llevando la iniciativa, así que con una serie de movimientos serpenteantes intentó que la cabeza de Luther descendiera hasta sus partes íntimas. Pero él no parecía darse por enterado de las necesidades de la mujer. En consecuencia, y con el objetivo en mente de que allí surgiera un *quid pro quo*, Corinne le practicó una felación. Una laboriosa y esmerada felación, que él, por supuesto, disfrutó a juzgar por los gemidos articulados.

Cuando la mujer terminó su excelente práctica succionadora, dispuso su cuerpo tostado para recibir el mismo trato por parte de su pareja. Pero este nunca se produjo. Y es que Luther no parecía estar por la labor. No hubo *cunnilingus*, ni siquiera un triste conato de ello. «¿Por qué no empiezas a pasar la punta de tu lengua por mi clítoris, so pedazo de vago?». Se lo hubiera dicho de buena gana, pero forzar algo en el sexo no tenía sentido. Y menos para una cristiana. No quería sentirse una especie de mujer desesperada que paga a un puto para que la hicieran lo que deseaba. Sin mediar palabra, Luther tumbó bocarriba a su mujer en la cama y le introdujo el pene. Espasmódica y asincrónicamente comenzó a meterlo y sacarlo. «Pero ¿en qué momento se ha vuelto tan malo en la cama?», pensó ella sin excitación alguna y mientras recibía las acometidas. «¡Qué falta total y absoluta de interés, por el amor de Dios!». Entonces, evocando las últimas veces que había hecho el amor, cavilando con veracidad sobre ello, se dio cuenta de que en los últimos tiempos siempre había sido así y que ella, y solo ella, era quien lo había pasado por alto en pos del agrado de su marido.

El domingo a la mañana Perlie se pasó por el Sonjhae Asian Market dispuesta a preparar para la cena una cazuela de *tteokbokki*. Los fideos negros le salían deliciosos, y su *bibimbap* siempre resultaba excepcional, pero, sin duda, su plato estrella era aquel aperitivo a base de pastel de arroz y con salsa ligeramente picante. Se había vestido con un *blazer* de corte recto

entallado con cinturón y con un pantalón capri ligeramente acampanado con el talle muy alto. A pesar del blanco nuclear de su conjunto de dos piezas, y de lo ceñido del mismo, el tejido de gasa blanco disponía de un forro para otorgarle más cuerpo y evitar las transparencias.

Durante su estancia en el mercado asiático, la mujer recibió los elogios del dependiente que la atendió. Unas palabras que, a pesar de que fueron corteses (debido a la posición a la que le obligaba a aquel hombre de aspecto juvenil su condición de trabajador), llevaban evidentes segundas intenciones. Sin embargo, una vez fuera, en el aparcamiento, bajo el cielo gris de Salt Lake City, las alabanzas de otro hombre, uno más maduro, en la cuarentena probablemente, y caucásico, fueron más directas. La mujer de padres surcoreanos agradeció los cumplidos y, elegantemente, eludió las insinuaciones recibidas.

Después de conducir hasta casa, y de hacer un par de recados por el camino (entre los que se incluía recoger a su hija y subir la bicicleta de montaña de esta al portaequipajes), se plantó ropa más cómoda y se relajó con una de sus pasiones: la floricultura. Cuidar de las plantas la relajaba. Aquella afición fue idea de su psicóloga, la cual le aseguró que pasar tiempo al aire libre, realizando un pasatiempo que le gustara, la vendría bien para su salud mental. Y estuvo en lo cierto. Perlie disfrutaba del cuidado de sus flores y plantas. No eran muchas, pero era imposible mantenerlas con mejor aspecto. Y siempre lo hacía al tiempo que escuchaba música con unos AirPods.

Concentrada en su tarea, mientras retocaba la tierra de unas rosas de Sharon, y con una postura que la obligaba a mantenerse de rodillas y con el trasero más alto que el torso, Perlie sintió la presencia de alguien a su espalda. Alguien que no le ofreció ni un saludo, ni una tentativa de ayuda. La mujer giró el cuello y, con un toque de yema, pausó la canción de Benson Boone que estaba oyendo. Patrick, su vecino de al lado, con el que su marido compartía nombre, y para su suerte nada más, divorciado desde hacía años, se encontraba allí, parado, observándola lascivamente.

—Pero ¿qué haces?

—¿No es obvio? ¡Menudo culo tienes!

—Sal ahora mismo de mi jardín, por favor, o llamaré a mi marido.

—Sé que ha salido. Lo vi esta mañana. Mucho trabajo, ¿no?

—Eso a ti no te incumbe. Se lo diré en cuanto regrese.

—Está bien, vecinita. Pero si algún día te cansas de él, sabes que me tienes aquí. Y, aunque no te canses, siempre viene bien una canita al aire.

El guiño de ojo y la sonrisa grimesa de aquel hombre con barba similar a la de un villano de un viejo western la enfureció aún más.

—¡Que salgas de una vez! —Perlie reparó en que el gran danés de su vecino se hallaba pululando por su jardín, y sin correa.

—¿¡Qué hace suelto!?! ¡Cógelo de una vez! ¡Se va a mear!

Demasiado tarde. Aquel perro enorme se acababa de acucillar, y no fue precisamente orín lo que depositó sobre el césped de los Hambleton.

—Tranquila, gatita... Ya me voy. Ahí te dejo el regalito.

—Ni se te ocurra, ¿me oyes? —Pero aquella advertencia iba de la mano de un tono inseguro, una voz tan falta trémula que no habría intimidado ni a un niño.

Patrick, el vecino, emitió un firme silbido que atrajo al gran danés, y perro y dueño desaparecieron del lugar. Perlie, por su parte, procedió a retirar los excrementos. Usó los guantes de jardín, la pala de mano y... una pinza de la ropa para taparse la nariz. Aun así, un par de arcadas le sobrevinieron a la pobre mujer; contenidas, por fortuna. Y es que nada le daba más asco que el olor a heces y, en igual medida, a pis. Ya fuera de origen humano o animal.

Cuando no había transcurrido ni un par de minutos, y a punto de dar por concluida su tarea, Perlie volvió a notar aquella presencia tras ella.

—¡Patrick, déjame en paz!

—Per-perdona, cariño. Ya me meto en casa.

La mujer aficionada a la jardinería se giró y descubrió a su marido a solo un par de pasos de ella. Se quitó los auriculares de botón y se disculpó. No solo los AirPods le habían privado de advertirlo, sino también el hecho de que su marido condujera un Hyundai Ioniq 5, un coche eléctrico que apenas hacía ruido. En cuanto a la contestación recibida llena de perplejidad, la confusión se había debido, como no podía ser de otra forma, al hecho de que su vecino compartiera nombre con su marido, y, claro estaba, Perlie esperaba que eso fuera lo único que uniera a aquellos dos hombres.

—¿Cómo te encuentras, amor?

—Cansado. Ya no me dejan descansar ni los domingos. A veces pienso si hice bien en meterme en un proyecto como ese.

—Claro que sí —le animó ella—. Ya verás como a la larga sale rentable.

—Eso espero.

Perlie se quedó esperando algún tipo de piropo, pero este nunca se produjo. Por lo que Patrick sí se interesó fue por su hija.

—¿Y Mina?

—Oh, está dentro. Estará con el maldito móvil. Ya sabes... Podrías decirle que lo deje un poco.

—Claro. Oye, ¿qué estás haciendo? ¿Se supone que estás con las plantas?

—Se supone que el perro del vecino ha cagado en nuestro jardín. Otra vez. Odio el olor a excrementos. Es superior a mis fuerzas. Me dan ganas de vomitar.

—Tranquila. Hablaré con él.

—No, déjalo. No quiero líos.

Patrick encogió los hombros y entró en la casa.

Durante el transcurso de la jornada, la carencia de mimos y de frases cariñosas fue la tónica reinante. ¿Cómo era posible que hasta tres hombres la hubieran intentado seducir en el mismo día y su marido ni siquiera la hubiera mirado con ojos de deseo? Eso provocó que, ya caída la noche, Perlie se sintiera descorazonada, y muy insegura, y contó mentalmente las últimas veces que se había sentido querida. Llegó a la conclusión de que cada vez hacía menos el amor, y que el lapso entre arrumaco y arrumaco se dilataba cada vez más en el tiempo. Entonces, cuando ya estuvo metida en la cama, y mientras intentaba coger el sueño con los ojos cerrados, deseó que su marido sí compartiera algo con el baboso de su vecino: el deseo insano por poseer su cuerpo de mujer.

La preocupación de Charissa era tal que volvió a intentarlo. Esta vez compró lencería fina expresamente para la ocasión. Sexy como pocas. En tonalidades violetas y grises. Se perfumó con Hypnôse de Lancôme, una fragancia amaderada con una estela cautivadora de flor de la pasión y vainilla y con notas de fondo de vetiver. También había acudido a la peluquería el día de antes.

Aquella mujer de ojos azules estaba irresistible. Y aun así y con todo, había una excepción: su marido. Piers, una vez más, se encontraba demasiado cansado para hacer el amor. Prefirió sentarse a ver la televisión. Se disculpó argumentando la carga excesiva de trabajo y el agotamiento. Por ende, los pájaros volvieron a sobrevolar la cabeza rubia de Charissa. Esta no lo podía creer. «Una de dos», pensó. «O se acaba de masturbar o se está tirando a su becaria. No tiene más explicación. No estoy tan mal, ¿no?».

Lloró en silencio en el baño. Después se limpió la cara para que Piers no notara nada. Y esperó a que este se quedara dormido. Esperó porque no podía aguantar más la situación y estaba decidida a llegar al fondo del asunto. Decidida a descubrir sí o sí el porqué de aquel comportamiento que, estaba casi segura, no se debía a la extenuación física. De lo que sí tenía convencimiento era de donde sacar la información: el *smartphone* de su marido.

A hurtadillas, tomó el OnePlus Open de Piers e inspeccionó las últimas conversaciones de WhatsApp. No encontró nada de índole sexual. Después accedió al navegador web. Y empezó a rascar información. Más de la que hubiera deseado; y más comprometida de la que jamás hubiera elucubrado. Un sinfín de incongruencias.

5

Reunión de urgencia del Club de las Esposas Dichosas.

En realidad, era jueves, por lo que el día designado para juntarse no implicaba ningún tipo de perentoriedad. Sin embargo, el cariz, respirable, incluso palpable, y hasta masticable, del ambiente así lo atestiguaba. Las respiraciones de las cuatro mujeres se oían densas y pesadas. Y unas ganas locas por relatar cada una de sus experiencias, contenidas al mismo tiempo por el vilipendio sufrido, rondaba de cabeza en cabeza.

–Tenías razón –profirió, finalmente, Corinne.

–¿Sobre qué?

–¿Sobre qué va a ser, mujer? Sobre que todo va mal. Mi Luther... No sé cómo explicarlo. Si se hubiera acostado con una muñeca hinchable le hubiera dado lo mismo.

–Pero Corinne... –Charissa se arrimó a su amiga y le puso una mano en el hombro. Estuvo a punto de abrazarla.

–¿Qué ha ocurrido? –se interesó Arabella.

–Cuando estábamos haciendo el amor, lo noté como a un extraño. Pero no a un extraño que te coge con ganas, que te hace el amor por primera vez con locura. Me refiero a lejanía. Lo noté frío. Miento... No frío, sino más bien como con el piloto automático. No se estaba acostando conmigo, se estaba acostando con una mujer. Cualquiera. Y estaba cumpliendo con su obligación como el que ficha para entrar a trabajar cada mañana. O el que se come un emparedado sin apartar la vista de la televisión. Sabéis lo que quiero decir, ¿no? Y lo peor era el silencio. Ese silencio para no despertar a nuestros hijos lo hacía todo más deprimente aún si cabía.

–Oh, Corinne... –murmuró Perlie—. Pobrecita...

–Y es que ahora que lo pienso, ha sido así durante mucho tiempo, pero creo que no lo he querido ver hasta ahora. A raíz de lo que dijiste, Charms, he prestado atención y... Y, aunque mi matrimonio vaya bien, porque nos queremos, creo, y llevamos una vida cómoda, mis relaciones han pasado a ser las de una pareja aburrida. De esas que acaban por dormir en camas separadas. O, peor, separarse. ¿Y si me engaña con otra, chicas?

–¿Y si te engaña a ti? ¡Y si me engaña a mí!

Todas giraron la cabeza en dirección a Arabella, que era quien acababa de hablar.

–¿Qué? –La confusión en Charissa por el tono usado, así como por la contracción de su ceño, resultaba más que patente.

–Pues eso. Que qué ocurre si a la que engañan es a mí.

–Vamos, Bella, a ti no te puede pasar eso. ¿Tú te has visto? Eres, con diferencia la que mejor físico gastas de las cuatro –dijo Corinne.

–Oye, rica, un respeto –se quejó Charissa.

–¿¡Qué!? Si es cierto, es cierto. No digo que las demás estemos mal, pero esos ojos verdes... En esa piel morena... Alta. Con un pecho generoso...

–Si sigues así me voy a tirar por un puente.

–Y yo –se sumó Perlie a las palabras de su compañera con cabello del color del limón.

–Perdón, ya me callo –se disculpó la mujer que había proferido todas aquellas alabanzas.

Aunque todas eran guapas, y cada una contaba con un encanto diferenciador, Arabella era la más llamativa del grupo. Sonrió en agradecimiento; una mueca que no dejaba de ser visiblemente fingida y complaciente.

–¿Te ha ocurrido algo que no sepamos?

–Sí, cuéntalo, será mejor que no te lo guardes.

Corinne y Charissa azuzaban a su amiga de orígenes italianos no solo a través de la voz sino con unos movimientos cortos, pero álgeros de manos.

–Lo pillé mirando el culo a otra.

–Ay, mi madre... –pronunció Perlie.

–Hombre, tú eres muy propensa a exagerar las cosas, miss Loren. ¿No sería que se le cruzó por delante algún pandero y se detuvo en él un par de décimas de segundo?

–Tenía una erección.

–¡A ver, a ver, a ver...!

–Pues eso, mi dulce *mocha latte*. Estaba como un babuino en frente de una mona de culo pelado. Si le dejo un poco más... Pues eso, que le hubiera dado bien a la banana. Puede que allí no, pero desde luego que sí en casa. Más tarde. Pensando en otra en vez de en mí.

–Vaya, vaya con Raymond –censuró Charissa la actitud del marido de su compañera–. Así que es un amigo de lo ajeno...

–Y es que como le pillé con las manos en la masa, ahora no paro de imaginármelo mirando a todas las mujeres que se cruzan en su camino.

–Bueno, parece que al menos a las guapas –comentó Corinne.

–¡A todas, a todas! Me queda el consuelo de que cuando estamos a solas se sigue fijando en mí.

—Por lo menos a ti te mira.

Esas últimas palabras se habían producido con tal reserva que casi parecieron el paso de un fantasma. Una especie de pensamiento expulsado en forma de susurro. Charissa, Corinne y Arabella miraron aquí y allá y, en cuanto se dieron cuenta de por qué boca había salido aquella frase, se quedaron mirando fijamente a la restante componente del Club de las Esposas Dichosas.

—¿Perlie? ¿Has dicho algo?

—¿Yo? No, nada, nada...

—Has dicho algo —afirmó Charissa.

—Sí, lo has dicho. Todas lo hemos oído —confirmó Corinne.

La mujer de ojos rasgados no encontraba lugar al que dirigir sus pupilas que no fueran los luceros azules, verdes y marrones de sus amigas. Más cuando la parquedad de elementos, la inexistencia objetos llamativos, el estilo minimalista de tonos albos en el que había puesto todo su buen hacer, de su propia casa no se lo permitía.

—¡Perlie...! —riñó Arabella a su compañera de club.

Después de carraspear apocadamente, como si en vez de en la reunión semanal con sus vecinas estuviera asistiendo a una liturgia en un lugar destinado al culto, comentó:

—¿Es posible que mi marido ya no me desee?

—No sé, chica, así, sin más información...

—Cha-Cha tiene razón. Explícate un poco mejor.

—No se puede ser discreta con vosotras. Ni siquiera un poco.

Corinne puso los brazos en jarra sin despegar su trasero del sillón y torció la boca.

—¿Ahora te das cuenta? Desembucha, guapa.

A Perlie le costó articular las primeras sílabas; si bien, finalmente se arrancó a hablar:

—Últimamente he notado que Patrick pasa de mí. No digo que no me haga caso. Es atento conmigo y siempre parece dispuesto a complacerme en mis caprichos. Pero es que noto que me mira como a una hermana. No le juzgo; tiene un proyecto muy importante entre manos. Eso ya lo sabéis. El estrés... Las exigencias... En fin... Pero ¿qué tiene que ver eso con desearme? El otro día, sin ir más lejos, me tiraron los tejos hasta tres veces.

—Vaya, vaya, con Perlie... Y parecía una mosquita muerta.

—Oh, no, Corinne. Me excusé. No quería malentendidos.

—Ya, ya...

—¡Que sí, que sí! Pero luego, ese mismo día, resultó que mi marido no me miró ni el culo. Qué menos. E intento ponerme guapa para él.

—La verdad es que gusto para vestir tienes. De eso no se puede quejar —confesó Charissa—. Y, hombre, no es que tengas el cuerpo más exuberante del mundo, pero se nota que te cuidas. Más de una quisiera tener tu tipín. No es de extrañar que recibas algún piropo de vez en

cuando.

–Para ser totalmente sincera, amigas, ya no veo nada de deseo en sus ojos. Una vaca mirando el pasto mostraría más interés.

–Ay, pobre Perlie... ¿Sabes qué? Haberle dicho que sí a alguno de esos tíos.

–¡Bella! –reprendió Charissa a su amiga.

–Perdón, perdón. Obviamente, era una broma. Bien hecho, *bambola*.

Perlie ofreció una sonrisa tierna a la mujer que acababa de dedicarla aquellas palabras de ánimo.

–¡Chica, chicas, chicas!

Arabella, Corinne y Perlie giraron los cuellos en dirección a Charissa.

–Se me acaba de ocurrir una cosa –dijo esta. Realmente la frase pronunciada resultaba una completa falsedad, pues lo que estaba a punto de proponer llevaba rondando su cabeza desde que había comenzado aquella reunión semanal del Club de las Esposas Dichosas e, incluso, bastantes horas antes. Y todo con dos finalidades. La primera: no sentirse tan culpable por lo que había hecho, pues el mal repartido entre varias personas, de acuerdo a la condición humana, siempre había parecido llevarse mejor. El segundo propósito estaba orientado hacia el hecho de atenuar su mala conducta, al confrontarla con otras parecidas.

Todas permanecían expectantes. Charissa no tardó demasiado dar a descubrir su plan:

–¿Y si echamos un vistazo a los dispositivos de nuestros maridos?

–¿¡Quieres que los espiemos!? –se sorprendió Perlie.

–¡Hala, hala, «espiemos»! Eso suena muy fuerte. Yo más bien me refiero a satisfacer nuestra curiosidad.

–No entiendo a qué viene eso –comentó Corinne.

–Pues viene a que tú te quejas de que tu marido hace el amor con el piloto automático y que apenas disfrutas. En tu caso, Bella, dices que Raymond se dedica a mirar a otras en vez de tener ojos sola y únicamente para ti. Y con respecto a ti, Perlie, resulta que el respetado señor Hambleton muestra un nulo interés sexual por su mujer. Yo solo digo que, a lo mejor, y solo a lo mejor, si nos preocupamos un poco por lo que ven nuestros maridos en nuestra ausencia, comprendamos qué es lo que les atrae. Puede que hayan cambiado sus gustos con el paso de los años. Quizás necesiten incentivos que, en estos tiempos, nosotras no hemos sabido ver. Puede que, como esposas dichosas, nos hayamos acomodado. Así que, creedme, sus historiales de internet no mienten. Todos miran porno y solo de esa forma sabremos qué es lo que verdaderamente les pone.

–No sé yo si mi esposo ve esas cosas.

–¡He dicho todos! –interrumpió Charissa a Perlie, y continuó–: Y tu marido no es una excepción. ¿O es que te acabas de caer de un guindo? Si sigues mi estrategia, lo sabrás.

Allí, en el salón parco en detalles de la residencia de los Hambleton, se instauró un silencio interminable, tan sonoro, paradójicamente, como las máquinas de una fundición de acero.

—¿Y qué? ¿Os apuntáis al plan? —tuvo que hablar, casi obligada, otra vez Charissa para que alguna de sus compañeras procediera a contestar.

—Pues...

—¡Vamos, caray! Nuestros matrimonios están en juego. ¿Preferís veros como Jillian? ¿Es que queréis eso? ¿Que nuestro amado club no haya servido nunca para nada?

Arabella, que justo antes de esta última advertencia había emitido un conato de respuesta, expresó:

—Cuenta conmigo. Somos un equipo, ¿no? Deberíamos unirnos las cuatro. Total, ¿qué tenemos que perder?

La melena rizada de Corinne rebotó levemente en el aire mientras apretaba sus dos labios carnosos.

—De acuerdo, chicas —dijo—. Estoy con vosotras. Pero, por favor, que nunca se enteren de lo que vamos a hacer. Y deberé confesarme por ello. Que lo sepáis.

Charissa asintió llena de orgullo. Acto seguido, miró fijamente a la única componente del club que faltaba por pronunciarse.

—¿Y bien? ¿O quieres quedarte colgada?

Ante la falta de un elemento físico del mobiliario en el que concentrarse, se quedó observando con la cabeza gacha sus Mercedes Castillo. Inspiró hasta en tres ocasiones. Y jugueteó con sus uñas de gel, haciendo chocar las unas con las otras.

—Vale —contestó, finalmente, con una boca tan pequeña como un guisante.

6

En cuanto Luther Etienne salió de casa para acudir al trabajo, su esposa se puso manos a la obra. Por supuesto, Quisha y Ron ya estaban de camino al instituto. En la próxima reunión del Club de las Esposas Dichosas, Corinne debería exponer (al igual que el resto de las componentes) qué era lo que había llevado a su marido a dejar de mostrar interés por las relaciones íntimas. Pero eso no era lo más importante. Obviamente, reavivar su matrimonio, que las cosas volvieran a ser, sexualmente hablando, como antes, se convertía en el principal objetivo de la mujer. Por ello, tomó la *tablet* de Luther, aquella que siempre metía al cuarto de baño con él cuando se disponía de defecar, y la encendió.

Esperó a que la pantalla de inicio se mostrara.

Apenas fueron unos segundos, pero la sensación de estar haciendo algo ilícito dilató el tiempo en su mente de forma exagerada. Tan pronto como el aparato electrónico se lo permitió, hizo doble clic sobre el icono del explorador de Google Chrome. Corinne no era muy ducha en navegación web, pero gracias a las indicaciones pasadas de Perlie, y a la simplicidad de la operación que debía llevar a cabo, pronto accedió al historial de navegación de su marido.

La mandíbula se le desencajó. Aquellas perlas de marfil asomaron entre sus labios de ébano, y no para exhibir una sonrisa, precisamente. Y así lo corroboró las arrugas entre sus dos cejas perfectamente perfiladas.

Entre uno y otro enlace asomaban las webs del The Salt Lake Tribune y del Sports Illustrated. Pero eso era todo. A su marido le gustaba estar informado y le apasionaba la NBA. Sin embargo, lo que Luther nunca le había contado a su esposa era su devoción por el porno, como así lo atestiguaba su actividad en el ciberespacio. No es que Corinne conociera aquellas webs; si bien, el nombre de los dominios no dejaba lugar a dudas. Let's Fuck Outside, My First Public, Nude in Public, Free Public Porn y Public Sex Porn. Había alguna más, pero esas cinco se llevaban la palma.

La husmeadora pinchó varios enlaces al azar. En algunos videos, chicas guapas, en la veintena en su mayoría, y más de la mitad de ellas provenientes de Europa del Este si uno se fijaba en sus rasgos faciales, se paseaban desnudas por la calle. En otros, el sexo público entraba

directamente en acción. Y allí no existía, ni por casualidad, el concepto de decoro. Fornicaban en la playa, en el bosque, en cualquier parte al aire libre. También en vehículos en movimiento. Mujeres practicando felaciones y penetradas salvajemente en coches o furgonetas. Incluso en autobuses, por varios hombres a la vez. Escandaloso para Corinne, a la par que repulsivo. Pero lo más turbador se reveló cuando en uno de los videos uno de aquellos vehículos cambiaba la tierra firme por el mar. Se trataba de una lancha motora. Una pareja realizaba posturas imposibles encima de una lancha motora... ¡en movimiento! Él conducía; y ella se encargaba del resto, que no era poco.

Cuanto más hurgona se volvía, más crecía el enfado en su todo su ser. Tenía ganas de golpear a alguien. Más en concreto, a su marido. ¡Ay si lo hubiera tenido en frente!

Después de visionar todo aquel cúmulo de actos destinados a ser denunciados en origen por escándalo público, cuando Corinne se serenó, apagó la *tablet*. Estuvo a punto de lanzar aquel aparato cuadrangular de fabricación china contra la pared. Y también se contuvo. De otra forma, aquella acción iracunda podía ponerla en evidencia. Mas no quería que una cosa así ocurriera. Lo que sí iba a suceder en seis días era una revelación, de la cual se sentía avergonzada, y de la que ya, en ese mismo instante, empezó a planear la manera de edulcorarla.

–Cazzo!

A Arabella solo le salían palabras (tacos en su mayoría) en italiano cuando estaba realmente enfadada. Estaba tan integrada en la vida estadounidense y llevaba tanto tiempo en el país (desde que era niña) que apenas tenía acento ni recurría a su lengua materna sino era por una necesidad visceral como cuando el nerviosismo, la excitación o el júbilo la acuciaban.

–Cazzo! Cazzo!

Las *cookies* del iMac de Raymond no dejaban lugar a dudas. Aquel hombre era un farsante, y al parecer vivía embriagado por la salacidad. Arabella pensó en si realmente había una mente siniestra bajo los cabellos blondos junto a los que dormía a diario. Y así como había puesto a su marido en un pedestal en su día, acababa de bajarlo al barro y escupir sobre él.

¡Fuap!

Literalmente, la mujer de ascendencia italiana escupió. Al suelo. Aunque le hubiera gustado que Raymond se encontrara a sus pies para que recibiera aquel lapo. Dado que el hombre al que amaba (todavía y de momento) trabajaba desde casa como diseñador gráfico, Arabella había tenido que aprovechar una pausa de este para acceder a la computadora que le servía como instrumento de trabajo. Y la verdad se había revelado ante ella. Esa verdad era que Raymond no solo trabajaba ahí. Al parecer, aquel embustero se lo pasaba a lo grande en aquel estudio. Arabella se lo imaginó masturbándose.

—¿Así que te la pelas como un mandril en vez de estar trabajandp? —pronunció a viva voz—. *Scimmia!*

Raymond solía hacer una pausa a mitad de jornada con la que despejarse y que empleaba para ir al gimnasio. Con Arabella. Solían ir los dos juntos; así había menor riesgo de absentismo por ambas partes. Pero aquel día su mujer le había ofrecido una excusa irrefutable: tenía vómitos. «¿No estarás embarazada?», le había preguntado el hombre antes de partir hacia el Anytime Fitness. «Con lo poco que hacemos el amor, sería un milagro», había pensado ella. En realidad, y con la intención de lograr su objetivo, se había limitado a contestar: «No digas locuras. Es solo que creo que algo me ha sentado mal. Se me pasará».

Arabella tenía los ojos como dos *pizzas marinaras* recién salidas del horno. Rojos. Ardientes. No podía deshacerse de esa expresión, y más a medida que avanzaba en el historial de búsqueda de su marido. Lo de los tríos con dos mujeres podía pasar. Al fin y al cabo, por lo que había oído desde que era adolescente, era una fantasía recurrente en los hombres. El problema vino cuando en vez de dos actrices porno siliconadas ejerciendo su profesión con un tipo de miembro descomunal, las tornas se cambiaron. En los enlaces se advertía decenas y decenas de videos de dos hombres fornicando con una mujer. «¿Qué le pone exactamente cachondo de esto?», se preguntó retóricamente.

—*Che puttana!*

Así le salió a Arabella, bien alto, en italiano, en cuanto vio como los dos hombres le metían sus penes erectos a la vez a la tal Valentina Nappi. Uno por la puerta de atrás y el otro por la delantera. No es que Arabella supiera el nombre de aquella *pornstar*; lo identificó simple y llanamente porque así lo indicaba el título en negrita del video. Y, por lo que se extraía de la morfología de él, también era italiana. Cuán diferentes podían llegar a ser dos mujeres con un mismo origen.

Siguió ahondando en el historial del ordenador de su marido. Si bien es cierto que había muchas búsquedas relacionadas con el trabajo (imágenes, emails, webs de recursos para diseñadores...), existían tramos de búsquedas de webs pornográficas de ¡horas! Raymond pasaba horas enteras viendo porno. A diario. A la desengañada Arabella se le cayó el alma a los pies. Al menos tenía la certeza de que el trabajo le iba bien, pues poseían una cuenta bancaria abultada y todos los pagos al corriente. De pronto, sacudió la cabeza ante los videos de cuartetos. No solo se trataba de *swingers*, en muchos (demasiados) de ellos los roles que se intercambiaban eran de parejas de madrastras con hijastros, o de padrastros con hijastras, o de hermanastros con hermanastras. Movié aún más la testa con el visionado de orgías. Seis, ocho, más de diez personas. Un maremágnum glandes viscosos, vulvas humedecidas, y pechos y glúteos siliconados le llevó a torcer el cuello y a arrugar la nariz, siempre sin despegar los ojos de la pantalla. El chof repetitivo e incesante producido por el choque de caderas penetraba sus

tímpanos como un alfiler a través de la piel de un tambor.

Entonces, un portazo la asustó.

Aquel sonido provenía de la parte baja de la casa. No podía ser otra cosa: Raymond había regresado de su sesión de entrenamiento. Con la celeridad propia de un ladrón, Arabella cerró la ventana del buscador y dejó la pantalla del iMac tal y como se la había encontrado. Salió del estudio sin hacer ruido antes de que su marido subiera las escaleras.

—Hola, cariño —disimuló ella y hablándole desde lo alto—. ¿Qué tal ha ido?

—Bien, pero no es lo mismo sin ti. ¿Te encuentras mejor?

—Oh, sí. Parece que ya se me ha pasado.

—Cuánto me alegro.

—Aun así, creo que pasaré por la farmacia a por algo que me asiente el estómago.

Cuando Raymond dejó atrás todos los peldaños que lo colocaban en la planta de arriba, se acercó a su mujer y le dio un beso más efímero que una estrella fugaz. En ese instante, como si de las barbas de una mazorca de maíz se hubiera tratado, a Arabella le habría gustado tirarle de aquella perilla áurea y deshilachada para arrancar el grano de la hoja. Sin ninguna delicadeza. Y al igual que una vez había probado el té de barbas de maíz como diurético, la mera presencia de su marido también estaba extrayendo algo de ella, pero no el exceso de líquido en ese caso, sino de todo su buen humor y cariño.

Aun con todos aquellos sentimientos emponzoñados, y con el convencimiento de que no iba a consentir que su hogar se convirtiera en una especie de harén, se contuvo.

—Creo que me voy a dar una ducha y continuaré trabajando —comentó él.

Arabella exhibió una de sus peores sonrisas, una llena de falsedad y que, por abusada que se contuviera, hacía alarde de innumerables arrugas a lo largo de todo el contorno.

—Que te cunda, cielo.

Patrick tenía un asunto pendiente entre manos, de esos que pueden ponerle a alguien en el candelero de su sector y cuyos colegas es inevitable que hablen y sientan recelo. En unos pocos años, un edificio circular de ciento cuarenta pies de diámetro y ocho plantas albergaría multitud de oficinas en West Valley City. Y él era el aparejador del proyecto.

Sabiendo que su marido estaba realizando trabajo sobre el terreno, Perlie contaba con todo el tiempo del mundo para echar un vistazo al ordenador portátil de este. Tiempo que parecía no ser suficiente. Las dudas la asaltaban; la consumían; la avasallaban. Aquello no estaba bien. Invadir la privacidad de su querido y venerado esposo resultaba execrable. ¿Cómo iba a llevar a cabo ella tremendo atrevimiento? Abrió y cerró la tapa del portátil hasta ocho veces. Incluso se bebió un Cabernet Sauvignon en copa de boca ancha para ver si el alcohol conseguía relajarla y,

a la postre, desinhibirla. Como así pasó. A ello se le sumó las consecuencias que acarrearía presentarse frente a sus compañeras de club sin los deberes hechos.

Por fin, ejecutó la maniobra por la que llevaba plantada frente al portátil de Patrick más de cuarenta y cinco minutos. Y lo que descubrió la hizo tan chiquitita como uno de aquellos asustadizos personajes, los *Fraggles*, a los que veía por televisión en una serie infantil cuando era pequeña. Había trajes de cuero sintético negro por doquier. De hecho, parecía ser la única prenda usada en todos y cada uno de los videos hallados. Las siglas «BDSM» aparecían una y otra vez en los títulos o descripciones. Aunque era obvio a que se referían, Perlie buscó el significado en su iPhone. «*Bondage*, dominancia, y sadomasoquismo», explicó el primer enlace en el que pinchó.

Siguió rebuscando en el historial del navegador del portátil de su marido. Sus ojos olvidaron su característica forma rasgada para adoptar el aspecto de un óvalo. Y pronto esa curva cerrada dejaría paso a un perfecto círculo, más cercano en su geometría al de un balón de playa que al plato llano de una vajilla.

Las mujeres miccionaban encima de los hombres; los hombres expelían el orín en la boca de ellas. Perlie pausó el video cuando...

—¡No, eso no!

En efecto, a la orina le siguió la otra excreción que el cuerpo humano es capaz de producir después de que el sistema digestivo realice su función. Marrón como el barro de una ciénaga. A la mujer le entro una arcada. Que contuvo. Dejó aquella imagen atrás y fue en busca de más pruebas que aportar al Club de las Esposas Dichosas. O que callar. Y cuando creyó que nada la sorprendería más, lo hubo y con creces: fustas, esposas, cuerdas y ¡*strap-ons*! De todos los colores, formas y tamaños posibles. El paraíso de un sodomita.

—«Patrick... Oh, Patrick... ¿Por qué?».

7

Se miraban de soslayo. Esquivaban con disimulo el contacto visual directo. Y sorbían sus cafés con los silentes modales de unas princesas. Así transcurrieron varios minutos. Y es que, a la sordina, cada una de ellas trataba de que fuera otra quien se decidiera a contar su experiencia.

El silencio se prolongó hasta que todas apuraron sus bebidas. Pero Arabella, la anfitriona, no estaba dispuesta a rellenar ni una sola taza más hasta que alguna abriera el pico y cantara como un pajarito en la copa de un árbol durante una mañana de primavera. Al ver que aquello no sucedía, finalmente, se exasperó y emitió bien alto:

–*Sputare il rospo!* ¡¿O es que ninguna piensa hablar la primera?!

–Habla tú, no te digo... –replicó Corinne–. O, mejor, que hable Charissa. ¿No fue esto idea suya?

–¿Yo?

–¿¡No querrás que hable Perlie!? Si ya de por sí es callada, no quiero imaginarme con un tema tan peliagudo como este.

–Eso, Cha-Cha, rompe tú el hielo –dijo Arabella–. Dinos qué es lo que has visto y luego lo contaremos nosotras. Y lo haremos sin pelos en la lengua. ¿Verdad, chicas?

–Sí, sí –pronunciaron Perlie y Corinne con la boca pequeña.

Charissa se retorció en su sillón como si un retortijón hubiera acudido en aquel instante a sus tripas. Y habría querido que fuese de verdad, y que no le hubiera quedado más remedio que salir corriendo para llegar a tiempo al cuarto de baño. Pero aquel movimiento de cadera solo se correspondía a su zozobra. Por ello, no le quedó más remedio que decir:

–Está bien, está bien. Pero sírveme un poco más de café, por favor.

Arabella tomó la cafetera italiana posicionada hasta entonces en mitad de una mesita de centro de madera de alerce y vertió el contenido en la pequeña vasija de porcelana de Charissa. Sola y únicamente en la de Charissa.

–Y nosotras, ¿qué? –preguntó Corinne, refiriéndose a ella y a Perlie.

–Vosotras cuando empecéis a piar.

La mujer de cabello rubio y ojos claros dio un sorbo tan largo como considerable era su

desazón y reveló:

—Pues... No juzguéis a mi marido, ¿vale? A ver... Es que Piers... Esto algo difícil de dar a conocer. Ni yo misma me lo imaginaba. Resulta que... Que... Pues que...

—¡Maldita sea, dilo de una vez! —prorrumpió Corinne.

—¡Le gustas tú! ¿De acuerdo? ¡Tú! ¡Tú!

—¿Yo?

—¡Sí, tú!

—¡Te juro que yo no he hecho nada, Charms!

—¿¡Corinne!? —se sobresaltó Arabella.

Perlie observaba con los ojos desorbitados y sin poder cerrar la boca a su amiga de piel oscura.

—¡Que no, que no! Que se está equivocando.

—Qué fuerte... No me esperaba esto de ti —continuó la mujer de ascendencia italiana mientras negaba con la cabeza.

—Calmaos, calmaos... —Charissa intentó llevar al orden el revuelo que se había montado, no solo con sus palabras sino también con unos gestos de manos descendentes que invitaban a sus amigas a mantenerse sentadas y relativamente quietas. Cuando lo consiguió, prosiguió: No me refería a ti personalmente.

—Menos mal.

—Me refería a... No quiero sonar grosera, Corinne, querida. Me refiero a que le gustan... las afroamericanas.

—¿Cómo? ¡Pero si tú eres rubia y más blanca que la leche!

—¿¡En serio, Bella!? Gracias al cielo que estás aquí para informarme —contestó, con retranca, la afectada.

—¿Las afroamericanas? —comentó Perlie sin todavía poder atinar a juntar los labios—. Pero ¿por qué?

—Eso me gustaría saber a mí. Bueno, cuando digo afroamericanas quiero decir mujeres de raza negra. En general. Supongo que no discriminaré nacionalidades. Francesas, británicas... Yo qué sé.

—Te juro que jamás me he insinuado a tu marido. Vamos, es que ni se me ha pasado por la cabeza.

—No hace falta que te justifiques, Corinne. Ya lo sé, tranquila.

—Pero ¿tú estás segura? ¿No estarás magnificando las cosas, Cha-Cha?

—¿Que si estoy segura? Por más que busqué y rebusqué en su móvil solo encontré videos de lo que llaman *ebony*. Tengo una lista... —Tras abrir su bolso, Charissa sacó un papel blanco con tres dobleces y lo desplegó. A continuación, leyó en alto unos nombres escritos con

bolígrafo azul—: Jenna Foxx, Misty Stone, Demi Sutra, Zaa-waa-di..., Moriah Mills, Kira Noir, Osa Lovely, Jaymee Green, Jasmine Webb, Codi Bryant... —Despegó los ojos del trozo de papel recortado para enfrentarse a las miradas de sus compañeras—. Y no, los videos con este último nombre no son un homenaje al jugador de baloncesto, precisamente. Aunque hay jugadas que ya hubiera querido haberlas hecho él en vida. Todas, repito, todas son *pornstars* negras. El muy desgraciado no tenía ni un video de una mujer blanca. ¡Qué digo de una blanca...! Por no haber, no había ni una sola latina. Pero ¿sabéis lo peor?

—¿Aún hay algo peor? —se interesó Arabella, que hablo en nombre de las tres oyentes.

—Oh, sí, ya lo creo. Y la razón es porque se trataba de sexo interracial. ¿Me seguís? A todas ellas se las «trajinaban» hombres blancos.

—Madre del amor hermoso... —emitió Perlie con una mano tapándose la boca.

—¿A que sí? No sé qué hacer, chicas. No sé si mandarle a paseo, si hablar acerca de qué me ha estado ocultado toda la vida, o qué.

—Tiene la fiebre selvática.

—¿El qué?

—Ya sabes, una persona no negra atraída sexualmente hacia los que sí lo son. ¿Quieres que hable yo con él? —se implicó Corinne.

—¡No, no! ¡Ni se te ocurra! —gruñó Charissa—. Lo que me faltaba...

—Mujer, yo lo decía porque, visto lo visto, a lo mejor se siente más cómodo contándome a mí qué es lo que carajo le pasa. Pero que no tengo el mayor interés en ello.

Charissa resopló como si acabara de deshacerse de un lastre de varias toneladas. En realidad, lo había hecho, pues, aunque su preocupación persistía, compartirla le había liberado del secreto que, de otra forma, le hubiera causado una úlcera de estómago a una velocidad de vértigo. En cuanto oxigenó los pulmones, interpeló:

—¿Y qué hay de vosotras? Vamos, os toca.

Sus tres amigas se mordieron la lengua. Apretaron los labios como velcros bien unidos. Querían y no se atrevían. El aire se escapaba por las diminutas grietas de los rebordes carnosos, como ollas a presión, en especial de los de Arabella, que terminó por confesar:

—Raymond ve videos de orgías.

—¿Te refieres a...?

—¡A orgías! —cortó a Corinne con rotundidad, como si no hubiera en el mundo otra palabra más adecuada que aquella para expresar lo que pretendía. De todas formas, continuó explicando—: Tríos, cuartetos, intercambios de parejas, grupos, fiestas sexuales... ¡Hasta *bukkakes*! Oh, Dios...

—¿Qué es un *bukkake*?

—No quieras saberlo, Perlie. Una guarrada. Eso es lo que es. Y no queráis ver lo que yo

vi. Cuanto más miraba, más desorbitados tenía los ojos. Jamás imaginé una cosa así. Mi marido es un depravado sexual.

–Venga, Bella, eres con diferencia la más impetuosa del grupo. ¿No lo estarás exagerando un pelín?

–¿Exagerando, Corinne? ¿Exagerando? A una de aquellas chicas le introducían hasta tres miembros a la vez en su cuerpo. ¡Y porque no tenía más orificios!

–¿Tres? ¡Ni hablar...!

–Y no era normalitos, Cha-Cha. Tres penes así de grandes. –Arabella puso sus dos manos extendidas una en frente de la otra con un par de palmos de distancia entre ellas–. Yo no daba crédito.

Perlie se bebió en silencio y de un único trago su café, aunque más bien hubiera necesitado un buen *whisky* dentro de aquella taza de porcelana.

–Santo Dios... –exteriorizó su pasmo Charissa–. Y yo que me pensaba que lo de mi marido era fuerte.

–Es que lo de mi marido es fuerte –replicó Arabella–. Lo del tuyo es raro de narices.

La mujer a la que iba dirigido aquella ignominia arrugó los labios y torció la boca. Estaba a punto de dar una contrarréplica, pero antes de llegar a hacerlo, la tos de Corinne la detuvo. La miró con curiosidad, al igual que hicieron las otras dos componentes del Club de las Esposas Dichosas.

–Pues mi Luther, chicas... A mi Luther, por lo visto, le gustan los lugares públicos.

–¿Y eso es todo? –comentó con manifiesta decepción Charissa.

–Nunca lo hemos hecho más allá de las paredes de nuestra casa.

–¿Ni de jóvenes?

–Somos muy tradicionales. O, al menos, eso pensaba.

–A lo mejor lo que le gustaría es darle un toque picante a vuestra relación –intervino Arabella–. Visto lo de nuestros maridos, lo tuyo casi se queda en una mera anécdota.

–No lo sé. ¿Lo crees así?

–Sí, claro. A lo mejor solo le falta esa chispilla. ¡Qué afortunada eres! Por lo menos sabes que no estás compartiendo cama con un extraño.

El resoplido intencionado y realmente aparatoso de Corinne evidenció su paz mental. Aun así, lo acompañó con palabras.

–Pues me dejáis mucho más tranquila.

Con un silencio de por medio, como tres robots sincronizados para realizar la misma acción, Charissa, Arabella y Corinne giraron sus cuellos en dirección a Perlie. Y la acecharon inquisitivamente con sus miradas.

–Yo es que preferiría ser algo más reservada –habló la mujer más introvertida del grupo.

—¿No pensarás librarte? En este club todas asumimos nuestras responsabilidades. Sin tapujos. —Charissa dulcificó el tono y prosiguió—: Perlie, aquí estamos para darnos apoyo mutuo e intentar solventar nuestros problemas.

—Sí, así que ves largando —añadió Corinne, la cual, al parecer, no había entendido el propósito de la falsa melosidad utilizada por su amiga.

Perlie tardó en dar una respuesta. Primero caviló, incluso moviendo la cabeza con sutileza a derechas y a izquierdas. Después inspiró profundamente; entornó los párpados. Y, por fin, separó los labios:

—Todo el historial de Patrick estaba lleno de videos *sadomaso*.

—¿Có-có-có-cómo?

—Corinne, pareces una gallina en el campo —comentó Arabella.

—Perdón. Pero ¿te refieres a cuero, cuerdas y esposas? Caray con Patrick... ¡Y parecía tan modosito!

—Y, chicas, no os podéis ni imaginar la cantidad de *strap-ons* que había.

—¿*Strap-ons*? —vocalizaron las tres atónitas oyentes a la vez como si de un coro se hubiera tratado.

—Arneses con dildos —explicó, con gran pesar en su tono, Perlie.

—¡Y yo que pensaba que mi marido era un depravado! —comentó Arabella con gran ligereza y parcialmente liberada del peso que llevaba a la espalda—. Enhorabuena, Perlie, te has llevado el premio gordo.

—Oh...

Si en vez de una mujer hecha y derecha alguien hubiera dicho que se trataba de un perrillo tristón al que había que acariciar la cabeza, ese no habría sido un comentario nada descabellado. Las demás féminas no mostraban mucho mejor ánimo. En esa tesitura, Charissa contempló a sus compañeras. Una y otra vez. Con los brazos cruzados, movía la cabeza a un lado y a otro para fijarse en cada una de ellas. En un momento dado, cuando la decisión acudió en su búsqueda, contrajo las facciones, tomó una bocanada de aire, corta, pero efectiva, y habló:

—Ni «oh» ni nada. No vamos a consentir que nuestros maridos sigan viendo esas guarradas. Y menos teniéndonos a nosotras al lado. Somos sus mujeres, mujeres de diez, y solo deberían tener ojos para nosotras. No permitiremos que se conviertan en unos malditos pervertidos. ¡Somo el Club de las Esposas Dichosas! ¿Es qué os habéis olvidado? Y por nada en el mundo se cruzará en nuestro camino la idea del divorcio.

—¿Divorcio? —dijo con preocupación Perlie.

—Cuando veas las barbas de tu vecino (nunca mejor dicho) cortar, pon las tuyas a remojar. ¿O es que ya no te acuerdas de lo que le ha pasado a Jillian?

Perlie enarcó las cejas y agachó la mirada. Arabella, por su parte, se interesó por el

asuntó:

—¿Sí? ¿Y qué propones?

—Sí, ¿qué es lo que propones? —se sumó Corinne a la interrogante.

Bajo la atenta mirada de las otras tres componentes del club, Charissa se tomó unos cuantos segundos, que casi alcanzaron el medio minuto, para pensar acerca de la cuestión. Obviamente, no tenía ningún plan, y toda esa arenga que acababa de soltar era fruto de la improvisación. Un suave levantamiento de barbilla, acompañado de una sonrisa incipiente, apuntaba a una ocurrencia que no tardó en exponer:

—De acuerdo. ¿Esas cosas que hemos visto son las que, al parecer, les gustan a nuestros maridos? Lo que está claro es que no se atreven a decírnoslo. Pero tampoco podemos poner en su conocimiento que lo sabemos. ¿Correcto? Si se enteran de que hemos buscado a sus espaldas en sus dispositivos, no solo dejarán de confiar en nosotras, sino que además mancharemos nuestra reputación de buenas esposas.

—¿A dónde quieres llegar, Charms?

—Quiero llegar a que, si eso es lo que les gusta, démoselo.

—¡No pienso compartir a mi marido con otras mujeres!

—¡Ni yo ponerme en frente de la gente a hacerlo como una golfa!

—Calma, calma... Pensémoslo bien, chicas. ¿Qué hacemos cuando queremos que hagan algo? Pues que parezca que ha salido de ellos. ¿Vosotras les decís que os echen vino en la copa cuando está vacía? ¿A qué no? Las mujeres somos más de dejar caer: «Mi copa está vacía». Y ellos, muy amablemente, se ofrecen a rellenarla. ¿Y cuando tenemos cita con la esteticista y nos da pereza conducir? Lo comentamos, repetidas veces si es necesario, hasta que ellos se ofrecen a acercarnos. Y, entonces, decimos: «Ay, muchas gracias, cariño. No sé qué haría sin ti». Esto es lo mismo. Vayamos introduciéndolo poco a poco y con cabeza. De manera sensata. Se trata de encender un poco la llama en nuestras relaciones, no de convertirnos en otras personas. —La visual de Charissa se alineó con la de Corinne—. ¿Nunca lo has hecho en los asientos de atrás del coche?

—Bueno..., cuando era joven, pero de eso ya hace mucho —contestó la preguntada.

—Da lo mismo. La cuestión es encauzar nuestras relaciones. Romper con la monotonía de uno u otro modo. Sentirnos nuevamente deseadas. ¡Vamos, chicas, ¿es que queréis echar por tierra nuestros matrimonios?! Sin ellos, este club no existiría.

—Estoy de acuerdo —falló, en favor de la expositora, Perlie.

—Ah, ¿sí? —dijeron al unísono y con sumo desconcierto, Corinne y Arabella.

—No quiero perder por nada en el mundo a mi marido. Haré lo que haga falta. Aunque no me guste. Pero me da mucha vergüenza.

—Tranquilas. No hay de qué preocuparse. Para eso estamos aquí. Tenemos toda la tarde

por delante. Trabajaremos sobre ello –esgrimió la mujer de pelo rubio–. Buscaremos ideas razonables, que podamos poner en práctica, ajustadas a cada una de nuestras situaciones. Y con las que nos sintamos cómodas. Sí, ¿o qué? Sugerencias, vamos... ¿Quién empieza?

8

Lo primero eran los gustos. Indiscutiblemente. Si quería parecerse a las afroamericanas, necesitaba ver y oír lo mismo que ellas. Y por eso Charissa se dio un atracón de series de Tyler Perry e Issa Rae. Fue intercalando los episodios de uno y otra. Continuó con la música. ¿Qué artistas afroamericanas estaban de moda? De Beyoncé no había la menor duda; llevaba siendo la más famosa de las cantantes de R&B desde hacía dos décadas. Pero ¿qué artistas jóvenes de hip hop eran las que más gustaban en pleno 2024? Abrió su cuenta de Spotify y curioseó quién habían sido las más reproducidas. «SZA, Doja Cat, Latto, Sexxy Red, Cardi B...», leyó. Y, a continuación, buscó todos sus videos en Youtube. Los vio una y otra vez.

Ya sabía qué productos audiovisuales producía y consumía la comunidad negra. Y como estaba convencida de acercarse a la cultura afroamericana de la calle, aquella que triunfaba entre la gente joven, el siguiente paso era comprarse la ropa adecuada. Una más acorde al objetivo deseado. Todas aquellas cantantes y actrices vestían de un modo muy diferente al suyo. Digamos... mucho menos clásico. Ropa exageradamente más deportiva. Por eso, dedicó mucho tiempo a buscar por los centros comerciales las firmas dominantes para ese espectro de público: Dropsize, Urban Classics, Freddy, 2Y Premium, Karl Kani y Adidas. Tampoco escatimó en gastos. Compró sudaderas con capucha, con cremallera, *crop tops*, *bodies*, camisetas extragrandes, pantalones de chándal, pantalones cargo, algunos petos y bastantes *leggings*. Cuando le tocó el momento de adquirir vaqueros, y viendo la cantidad de modelos a elegir, se decantó por los extremos: *baggies* y ajustados de cintura alta. También se hizo con un par de *sneakers*. ¡*Sneakers*! Para lo único que había utilizado las suyas era, precisamente, para hacer deporte. ¿Para qué otra cosa servían si no? Por lo visto, desde ese momento, para todo, pues estaba decidida a incorporarlas a su día a día. Todo fuera por salvar su matrimonio. Converse y Puma fueron las marcas elegidas. Y unas botas de Dr. Martens.

Faltaban los complementos. Examinó con detenimiento aquello con lo que iba a terminar de quemar su tarjeta de crédito. Se acordó de los videoclips de hip hop que había visionado y, en consecuencia, optó por las gorras planas, así como por los gorros *beanies*. Dado que ya estaba bien entrada la primavera, eligió gorros de punto ligero de Stetson de verano. A ello le sumó

unas cuantas bandanas; las más chic, a su juicio, que encontró. Por último, aunque no menos importante, y muy a su pesar, pero su matrimonio estaba por encima de sus gustos personales, compró unas cuantas cadenas de color dorado, que por el precio no podían ser más que de alguna aleación de hierro, zinc y quién sabía qué otro metal no noble.

Ahora solo quedaba una última cosa...

Marcó el número de teléfono hasta en tres ocasiones. Y en cada una de ellas presionó el botón rojo al primer tono. Arabella tenía tantas dudas como miedo en el cuerpo. «Pero ¿qué estoy haciendo?», se cuestionó. «Aunque... si no lo hago, ¿qué otra solución me queda? ¿Esperar a que mi matrimonio se destruya? ¿Y si las chicas están equivocadas? O peor, ¿y si están en lo cierto?». La mujer de ascendencia italiana siguió durante cinco minutos más con preguntas que no la llevaban a ninguna parte. Y en el transcurso de aquel cuestionario interno, volvió a teclear una vez más el número de teléfono de la agencia de *escorts* que había encontrado por internet. Con el mismo desenlace.

«Vamos, ¿eres una miedica? Tu matrimonio está en juego, Bella. Reacciona, por Dios. Obvio que no te gusta esto. Obvio que es una locura. Pero obvio que es una posible solución. ¡*Mannaggia!*».

Puso los labios en forma de o y los colocó bien hacia afuera. Hiperventiló hasta conseguir el arrojo necesario. Y volvió a marcar. Esta vez no iba a colgar, por nada en el mundo.

—Dollhouse, ¿puedo ayudarle?

Pero Arabella no dijo ni una palabra. Después de cinco segundos de silencio, la mujer al otro lado de la línea agregó:

—Oiga, ¿es usted el que lleva colgando desde hace un buen rato?

—Eh... Sí, soy yo. Perdóneme, por favor —contesto, al fin, la ama de casa que había iniciado la llamada—. No estoy acostumbrada a llamar a estos sitios.

—¿Es usted una mujer? —se sorprendió la Madame—. Efectivamente, creo que se ha equivocado de número. Nosotros no ofrecemos ese tipo de servicios.

—¡No, no! —habló con celeridad Arabella con el propósito de que no la colgaran a ella esa vez—. No me he equivocado. Llamo en nombre de otra persona. Un hombre, para ser más exactos.

—Déjeme adivinar. Su hijo es virgen y quiere que se saque esa espinita de una vez por todas.

—¿Qué? ¡No! ¿Mi hijo? Yo no tengo hijos. ¿Qué clase de madre llama para que una prostituta se acueste con su hijo? ¿Alguna vez le ha ocurrido algo así?

—Más de las que se imagina. Bueno, en realidad padres, pero para el caso es lo mismo.

–Caramba... –Arabella se quedó sin palabras. Sacudió la cabeza tan pronto se concentró en su tarea—. Verá, quiero a una profesional que se haga pasar por una limpiadora del hogar. Me gustaría pillar *in fraganti* a mi marido.

–Oiga, si quiere separarse de su esposo busque otra solución. Y si está pensando en quedarse con toda su fortuna, mejor contrate a un buen abogado. Esa es la mejor manera de asesorarse.

–No, no se trata de eso. No me está usted entendiendo.

–En efecto, no. Resultan muy extrañas sus intenciones.

–Verá, solo quiero que se le insinúe a mi marido. Que jugueteen un poco. Pero de ninguna manera que se acueste con él.

–¿Me está usted diciendo que solo quiere que una de nuestras chicas ligue con él?

–Exacto. Pero en nuestro domicilio. Me gustaría camuflar la situación como si ella fuera alguien que yo he contratado.

–De hecho, lo estaría usted haciendo.

–Ya... Bueno, me refería de otro modo. Usted ya me entiende...

–Sí, claro. Oiga, ¿no estará usted pensando en agarrarla del pelo o abofetearla cuando la «descubra»?

–No, nada de eso. Seré toda una dama.

–Ya... En cualquier caso, aunque no haya sexo se le aplicará la tarifa estándar. Nada de rebajas. ¿Está usted de acuerdo?

–No hay problema.

–Disculpe mi indiscreción. ¿Y por qué no contrata usted a una actriz? Le saldría mucho más barata.

–No se crea que no lo he pensado, pero... No quiero preguntas *a posteriori*. Contratando una profesional del sector me aseguro de que nunca nadie hable de esto. A ustedes no les interesa delatar a sus clientes.

–Por supuesto que no. El negocio se nos iría a pique.

–Además, me jugaría un brazo a que, si a una prostituta le pagan lo mismo por tener o no tener sexo, elegiré la segunda opción.

–Bien visto.

–Nunca se sabe hasta dónde puede llegar una actriz por dar verosimilitud a su papel.

–De acuerdo, señora...

–Valentina. Llámeme Valentina.

–Está bien, Valentina. ¿Y cómo quiere a la chica en cuestión?

–Eh... Pues no sé. No lo había pensado.

–Tenemos a Melissa. Una rubia de veintiocho años y metro setenta de estatura con una

copa 34F.

—¡No! No quiero que mi marido se enamore de ella.

—Está bien ¿Y qué tal Opal? Morena, tonificada, pelo largo y ondulado hasta la cintura. Practica *pole dance*. Lleva *piercings* en ambos pezones y un tatuaje bastante sugerente... ya sabe, ahí abajo. Échele imaginación.

—¡No, maldita sea! ¿No tiene usted una chica algo más normalita?

—A ver, a ver... Déjeme pensar... ¡Ah, sí! Crystal. Me había olvidado de ella. La verdad es que no tiene mucha clientela. No es fea la chica, pero palidece al lado del resto en cuanto a exuberancia—. La Madame hizo una pausa extensa, como si estuviera pensando en algo, y añadió—: Además, por lo que me contó un día, creo que estuvo en el grupo de teatro del instituto.

—¡Esa! ¡Esa!

—Deme sus señas y dígame cuándo necesita el servicio, por favor.

Después de que Arabella le diera la información necesaria a la Madame de la agencia de *escorts* Dollhouse y de que cerrara el precio del servicio, repasó el plan que había diseñado gracias a las sugerencias de sus amigas y compañeras de club. Claro que no quería que su marido se acostara con aquella prostituta. Ni tan siquiera que la diera un beso, por pequeño que fuera. Aquella profesional del sexo debía ingeniárselas para hacerse pasar por una simple y llana empleada del hogar. Previamente Arabella le comunicaría a su marido de su repentina decisión. Y cuando la mujer contratada estuviera realizando su trabajo (el de mentira), ella se inventaría una coartada en forma de llamada telefónica de Charissa, Corinne o Perlie y que la haría abandonar el hogar por largo rato. Posteriormente, cuando Raymond estuviera siendo seducido por Crystal, y con ello lo bastante excitado a la par que nervioso, ella ingresaría de nuevo en la casa con el pretexto de haber sido requerida por una falsa alarma. Y, entonces, se acercaría a su marido, y le sugeriría subir al dormitorio mientras la «empleada del hogar» estuviera en las estancias próximas. Y ¡ecco! Harían el amor tan salvajemente como cuando se conocieron. Eso era lo más cercano a realizar un trío que se le había ocurrido sin la necesidad de contacto carnal con otra persona.

Una vez acabado el coito, daría las gracias a Crystal y la invitaría a salir de su preciosa casa de estilo mediterráneo.

Las exequias en camposanto por un fiel difunto, presidida por el párroco, había concluido, y con ella la introducción del féretro en la cavidad excavada para el descanso eterno. Los Etienne dieron un último pésame y se despidieron de la mujer y los tres hijos del fallecido. En cuanto a los suyos, Ron y Quisa, se habían quedado pasando la mañana con unos primos para evitar una jornada soporífera para unos menores de edad, y más al no pertenecer aquel

enterramiento a un familiar, ni siquiera indirecto.

—Odio los funerales —confesó Corinne, una vez introducida junto a su marido en el SUV familiar y arrancado el motor.

Luther se alejó del aparcamiento y recorrió las calles colindantes para alejarse del cementerio e meterse de lleno en el ajetreo de una ciudad viva.

—Además, que siempre tengo el presentimiento de que tener a la muerte tan cerca es como atraerla. Me da pavor. Mira, mira. —Tras remangarse, Corinne enseñó el antebrazo y evidenció su vello, erizado.

—Lo que no sé, entonces, es por qué asistimos a los entierros si te da tanto respeto la muerte —se quejó él.

—¡Por eso mismo! Tenemos que ganarnos nuestra plaza en el Cielo.

—Si tú lo dices...

—Cielo, ya que los niños están con tu hermano y tu cuñada, ¿por qué no aprovechamos para pasar una tarde a solas?

—¿Y a dónde quieres ir? ¿Al centro comercial?

—Yo estaba pensando en algo más íntimo. Pasar tiempo a solas, desconectar, adentrarnos en la naturaleza.

—¿Qué bicho te ha picado?

—¡A mí, ninguno! ¿¡Quieres que pasemos el día juntos o no!?

El apocamiento de un marido servicial habló por él, lo cual se tradujo en una triple consecución de síes.

—¿Y a dónde quieres ir? —se interesó el hombre, con desgana disimulada.

—¿Qué tal Isla Antílope?

—¡Pero si está lejísimos!

Ella se cruzó de brazos y gruñó como un perro rabioso, un perro que estaba a punto de lanzarle un bocado.

—Pues vayámonos a casa y veamos la tele. Eres todo un romántico, Luther.

—¡Está bien, está bien...! Perdona. Es que no sé a santo de qué quieres ir ahora a Isla Antílope.

—¡Calla y conduce!

—Calla y conduce... Calla y conduce... —refunfuñó Luther—. Es que está donde Cristo perdió el mechero.

—¡No blasfemes! —le reprendió Corinne—. Resulta que me apetece pasar un día con mi marido, a solas, sin los niños. Hacer algo diferente. Algo como visitar un lugar precioso al que, a pesar de vivir a pocos kilómetros, nunca he visitado.

—Está bien, de acuerdo.

Pero lo que realmente quería ella era poner en práctica el consejo dado por sus compañeras de club en la última reunión. ¿No le gustaban a su marido los lugares públicos? Pues iba a ver su deseo hecho realidad. Corinne no estaba tan loca como para ponerse a mantener relaciones sexuales en un sitio en el que pudieran sorprenderlos; no podría soportar el bochorno, el escarnio público consecuente. Así que no se le ocurrió una mejor idea que usar el interior del vehículo familiar. En marcha.

—¡Pero ¿qué haces, mujer?!

Luther sujetó como pudo el volante del Ford Bronco Sport que conducía. Afortunadamente para él, la carretera no tenía ni una sola curva. Corinne había esperado a que abandonaran la Interestatal 15 (autopista con bastante tráfico y en la que se debía andar con mil ojos) y se metieran de lleno en Antilope Island Rd. Aquella carretera de doble sentido era una perfecta línea recta de más de diez kilómetros de longitud; ideal para llevar a cabo su plan. Tras bajarle la bragueta y sacarle el miembro fuera, la señora Etienne comenzó a practicar una felación a su marido. Este no tardó en excitarse, y lo que en un principio le contrarió, a los pocos segundos le hechizó. Se dejó llevar. Corinne subía y bajaba la cabeza al ritmo de Lose Control de Teddy Swims. Lo que sonaba por la radio. A ello se le sumó los gemidos de placer de Luther, que no hicieron otra cosa que motivarla más. Se esmeró intensamente con lengua, labios y la mano de derecha.

—¡Para! ¡Para! No aguanto más.

Pero Corinne no pensaba detenerse por nada en el mundo. Había conseguido la excitación sexual de su marido, y quería que así siguiera siendo, por los siglos de los siglos.

—¡Amén! —gritó él, y con aquel clamor de aquiescencia vino una eyaculación poderosa que salpicó la luna delantera.

Luther respiró anhelosamente mientras se guardaba el miembro de nuevo dentro de los calzoncillos. Giró la cabeza un par de veces hacia su mujer sin perder de vista la carretera y la miró con auténtico pasmo. Preguntó:

—¿Qué acaba de pasar?

Lejos de decir algo, la mujer sentada su lado se limitó a sonreírle.

9

La luz de la mañana se colaba por entre las cortinas. Hubiera sido un día espléndido para hacer alguna actividad al aire libre como cuidar de su espléndido edén floral, pero Perlie había pedido cita con su psicóloga, por lo que en vez de entre rosas o petunias, allí estaba, tendida en un diván, con los ojos cerrados, contando sus intimidades. Todas, hasta la última de sus miserias. Excepto una.

—¿Y bien, doctora? —pronunció ante la ausencia de *feedback*. La mujer abrió un ojo y torció el cuello en busca de su terapeuta. La vio. De hecho, la observó. Para ello usó, esa vez, las dos pupilas. Esperaba, ansiaba una respuesta que mitigara su desazón. Pero en lugar de una satisfacción a su interpelación, obtuvo una demanda en forma de interrogante.

—¿Estás segura de que me estás contando todo, Perlie?

La paciente se quedó descolocada por un momento. Tragó la poca saliva que su garganta seca la permitió y mintió:

—Claro, doctora Kanderstappen.

—Faith —la corrigió la especialista en salud mental.

—Perdona..., Faith. Me resulta algo difícil.

—Sé que llevamos pocas sesiones. Me imagino que ya tenías la suficiente confianza con el doctor Freudenberg. Es duro afrontar el cambio. Pero no te preocupes, él me puso al día de tus circunstancias. Me dejó todos tus informes. Los he estudiado. Puedes hablarme en confianza. Si no, nunca resolveremos tus problemas internos. Y eso, Perlie, es lo que hace que tú y yo estemos aquí.

—Está bien, está bien.

—Deduzco que hay algo más que te inquieta. Y la verdad, no sé muy bien lo que es. Pero lo que sí sé es que me estás ocultando algún tipo de información que realmente te atormenta por dentro. No tengas miedo. Sincérate. Solo de esa forma podremos afrontarlo. Y ponerle solución. Soy una profesional, ¿recuerdas? Jamás te juzgaré. Y, créeme, he visto todo tipo de casos. El tuyo no va a sorprenderme lo más mínimo.

Perlie caviló como una auténtica estudiante ante el examen más importante de su vida

académica. Finalmente, se decidió, y expuso:

–Verá, doctora... Faith –rectificó–. Mi matrimonio no va muy bien. Bueno, realmente sí que va bien. Quiero decir... Hacemos vida de pareja. Somos felices...

–¿Realmente sois felices?

Tras unos segundos de autoimpuesto mutismo, Perlie confesó:

–No. Eso creía yo. Pero he descubierto que estaba equivocada.

–¿Por qué?

–Porque... Porque... nuestras relaciones maritales no son buenas. Por eso decidí hurgar en sus cosas. Espié su portátil. Para saber qué es lo que veía a mis espaldas.

–Pero, Perlie, eso es un delito contra la intimidad –le recriminó la doctora Kanderstappen–. Además, de que es un claro síntoma de inseguridad. Y, eso, es precisamente lo que debemos evitar. A toda costa.

–Sí, lo sé, y lo siento –se disculpó la mujer tendida sobre el diván.

–Bueno, ya que estamos, cuéntame lo que pasó. Quizás pueda ayudarte.

–Pues... Pues...

–Vamos, Perlie –runruneó con afabilidad la psicóloga–. Tienes que abrirte al mundo. Empieza por las personas que te rodean.

–Pues que... Que...

–Suéltalo de una vez.

–¡A Patrick le gusta el sadomasoquismo! ¡Las fustas! ¡El cuero! ¡Y los cintupollas! –A toda velocidad, Perlie se acercó la mano a la boca y aspiró el aire.

–¡Guau!

La paciente respiraba anhelosamente, intentaba recuperar el aliento, como si acabara de correr los cien metros lisos. La doctora Kanderstappen, por su parte, se mantenía con la mandíbula desencajada.

–Dijo usted que no se iba a sorprender.

–Es que... ¡Vaya...! No me esperaba algo así. Me has cogido desprevenida. Por cierto, ¿cintupollas? ¿Te refieres a *strap-ons*? ¿De dónde has sacado algo así?

–No lo sé. Supongo que lo habré oído en algún lado. Lo siento, me he excitado. No es propio de mí.

–¡No, no, no, no...! Está bien, Perlie. Tienes que mostrar tus sentimientos. Y exteriorizar tus pensamientos. ¡Así se hace!

–¿De veras? –articuló Perlie con la expresión de una niña exenta de un castigo justificado.

–¿Y por qué no pruebas a preguntarle directamente a tu marido?

–¿¡Eh!? ¿Está usted loca? Me moriría de la vergüenza. ¿Qué iba a pensar él de mí?

—Pues que eres una mujer resuelta y decidida.

—No puedo hacer eso.

—Está bien. Calma. No pasa nada. Quizás es pronto todavía para dar ese paso. Te propongo una cosa.

—Suen a que no me va a gustar.

La psicóloga torció el gesto y arrojó un buen chorro de aire caliente por la boca. A continuación, dijo:

—¿Sabes, Perlie? Efectivamente, no te va a gustar, por eso no es una propuesta. Son... deberes. Como en el cole. Así que la próxima vez que vuelvas a mi consulta, deberás traerlos hechos sí o sí. Si no, te suspenderé como paciente.

La mujer a la que iba dirigido aquel encargo se quedó amilanada. Sumisa. Se preocupó:

—¿Y no me dejará continuar?

—Para que la terapia funcione tienes que poner de tu parte. No puedes limitarte a venir aquí a que te escuche. Así no conseguiremos nada. Nunca.

Una emisión gutural por parte de Perlie dio a entender que no le quedaba más remedio que seguir las pautas de su consejera.

—Vas a ir a un *sex shop*.

—¿Perdón?

—Que vas a entrar en una tienda erótica, Perlie, maldición. Y no solo eso, vas a comprar algo que creas que puede excitar a tu marido. Algo con lo que tú también te puedas sentir cómoda. Ya lo sé, ya lo sé... Me vas a decir que con nada, ¿verdad?

—Me ha leído el pensamiento.

—Por eso, comprarás algo con lo que no te sientas demasiado violenta, pero al mismo tiempo que puedas asumir su uso. ¿Estamos? Y lo usarás.

—¿Puedo comprarlo *online*, doctora?

—No, eso no me vale. Todo forma parte del proceso. Tienes que enfrentarte a tus miedos. Y entre ellos está el adentrarte en un lugar al que no estés acostumbrada. Atravesar un umbral físico puede que haga un clic en tu mente. Recuerda: esto no es debatible si quieres seguir con este tratamiento. Si no estás de acuerdo, te recomiendo que busques otro terapeuta.

Perlie se incorporó y dejó que fueran sus posaderas lo único que entrara en contacto con el diván. Reflexionó por unos instantes y contestó:

—Me pone usted contra las cuerdas. Veré lo que puedo hacer.

—Genial. —La psicóloga echó un vistazo a su reloj y añadió—: Me temo que la sesión ha concluido. Buena suerte con tu cometido.

La paciente, la señora Hambleton, Perlie Alyse Hambleton, como así quería que siguiera siendo por muchísimo tiempo, inspiró, y con una caída de ojos, murmuró, tan bajo que solo ella

pudo oírlo:

—La voy a necesitar.

Perlie pasó por el Foothill Village antes de regresar a su hogar. No entró a ningún *sex shop* (ni siquiera sabía si allí habría alguno y tampoco tenía intención de averiguarlo de momento). Necesitaba concienciarse antes para ello; reunir el valor necesario, y quizás hasta pedir que la acompañaran. En cambio, compró algunos artículos de cosmética de tonos agresivos, como pintalabios negro. Resuelta, sin entretenerse, no tardó más de lo estrictamente necesario. Pero al salir, justo un segundo después de desactivar el cierre centralizado de su coche, y cuando todavía la separaban unos diez pasos de este, se oyó:

—¡Perlie! ¡Perlie!

La mujer reconoció aquel timbre de voz al instante, lo que llevó a evitar girarse en busca de su procedencia. No solo eso, sino que también murmuró:

—Oh, no, maldición...

El llamamiento sonaba lo bastante lejano como para intentar una evasiva. Perlie aceleró la cadencia de sus pasos, como así también ocurrió con el taconeo tras aquella voz distante, que repiqueteaba contra el asfalto como tambores de guerra. Y a Perlie le daba mucha pereza embarrarse en la batalla.

—¿Es que no me oyes?

La mujer de padres surcoreanos, obligada por una mano en contacto con su hombro derecho que tiró de ella, se dio la vuelta y exclamó:

—¡Hombre, Jillian! ¡Pero si eres tú! ¡Qué alegría! Con las prisas no te había visto.

—¿En serio? Pues bien fuerte que te he llamado. ¿Y qué hay de los wasaps? No me has contestado.

—Perdona, es que he estado muy liada. En fin... ¿Qué tal estás? ¿Cómo llevas lo de tu...?

—Perlie se dio cuenta al momento de su torpeza y dejó el final de la frase en el aire.

—¿Divorcio? —le ayudó Jillian.

—Sí, eso.

—Bien, supongo. ¿Sabes?, ahora que no me tengo que ocupar de ese holgazán tengo mucho tiempo libre. Bueno, eso cuando no me toca enseñar la casa. La hemos puesto en venta. Ya sabes, ganancias.

—Oh, vaya... Qué jaleo.

—No pasa nada. Estoy aprovechando el resto del tiempo para ponerme en forma. He retomado las clases de tenis.

—¿De veras? Cuánto me alegro.

—Deberías conocer a mi profesor. Christopher. Menudo torso. Y qué pelazo. Una melena que le llega a los hombros. Y ya sabes lo que dicen de los tenistas...

—No. ¿El qué?

—¡El qué va a ser, mujer! Pues que cuánto más duro dan a la pelota, mayor empuje tienen en la cama.

—Ah... No-no lo había oído nunca.

—Pues ahora ya lo sabes. ¿Y sabes qué más?

—No. La verdad es que no.

—Estoy saliendo más que nunca. Ayer mismo estuve en un lugar llamado Echo Nightclub. Deberías venir conmigo algún día.

—No, mejor no.

—Bueno, chica, pues tú te lo pierdes. Luego no digas que no te invité.

Perlie se estaba poniendo cada vez más nerviosa. Deseaba subirse a su vehículo y partir hacia su casa.

—Me alegro de verte tan bien, Jilly. Lo siento mucho, pero es que me tengo que ir —se excusó.

—De acuerdo —contestó Jillian con una gran sonrisa sin dientes.

Pero cuando Perlie ya había abierto la puerta del conductor y estaba a punto de posar un pie dentro del coche, su forzada interlocutora explotó en plañidos.

—¡Oh, a quién voy a engañar, amiga! ¡Lo estoy pasando fatal! ¡Me siento sola! ¡No me gusta quedarme en casa sin nadie! ¡Las paredes se me vienen encima!

Perlie desistió de su intento de montar en el vehículo, enarcó las cejas y suspiró. Su deber moral la obligaba a quedarse a escuchar los lamentos de su antigua compañera de club. Y más cuando observó cómo se le saltaba una lágrima.

—Tranquila...

—¡No lo soporto, Perlie! ¿Por qué tuvo que dejarme? ¿Por qué tuvo que pedirme el divorcio? Os echo de menos. Echo de menos formar parte del Club de las Esposas Dichosas. No tengo con quien hablar. Me siento desprotegida. Os necesito. Por favor, haz que me readmitan, amiga. Hazlo por mí.

—¿Y qué puedo hacer?

—Habla con ellas.

—¿Yo? No, no, no...

Jillian juntó las palmas de sus dos manos en forma de oración e imploró:

—Por favor, por favor, por favor, ayúdame.

Perlie se paró a reflexionar. Las dudas acudían a su mente como moscas a un excremento de ciervo mulo. Entonces, recordó lo que le había dicho su psicóloga. Y se abrió todo lo que

pudo.

–Jilly, si quieres que te vuelvan a dejar formar parte del Club de las Esposas Dichosas no te queda otra que regresar con tu marido. O buscarte uno nuevo, claro está.

–Eso es muy fácil decirlo. Mírame, yo ya no tengo el cuerpo de cuando tenía veinte años. Y los hombres de mi edad van a lo que van.

La mujer con el coche esperando a ser usado volvió a quedarse callada. Entrecerró los ojos y sopesó los pros y las contras de revelar información confidencial. Y cuando la balanza de lo positivo y lo negativo parecía estar en equilibrio, la conciencia de Perlie terminó de provocar que dicha balanza se decantara hacia uno de los dos lados.

–Vamos a cumplir las fantasías de nuestros maridos.

A juzgar por la expresión encarrujada de su rostro, Jillian no acababa de comprender aquella declaración.

–Es que nuestros matrimonios no están a travesando el mejor momento.

–¿Te refieres al de todas?

–Sí. Y a Charissa, al ver que te separabas, le entró el pánico. Por el suyo. Y ella nos lo transmitió a nosotras. Y vimos que tenía razón. Y... Y... Y...

–¿¡Y qué, por Dios!?

–Pues que se nos ocurrió espiar los historiales de nuestros maridos.

–¿Los historiales? ¿Qué historiales? ¿Los médicos?

–¡No! Los de los móviles.

–¡Qué fuerte...!

–Bueno, los de los móviles o los que fuera. Portátiles, *tablets*..., ya sabes... La cuestión era saber lo que veían cuando estaban a solas. Sin nosotras. Porque solo así íbamos a estar seguras de qué les gusta realmente. Para complacerles sexualmente. Para reavivar nuestras relaciones. ¡Hala, ya lo he dicho! ¡¿Estarás contenta?!

A Jillian se le iluminó la cara. Su gesto decía algo así como «¿por qué no se me ha ocurrido a mí esa idea?».

–¿Tú crees que eso mismo me funcionará a mí?

–No estoy segura. Ni siquiera yo lo he intentado todavía.

–¿Y por qué no?

–Estoy indecisa.

–Tienes miedo.

–¡No!

–Tienes miedo –dejó caer Jillian la frase a plomo sobre los hombros de su interlocutora–. Vamos, dilo, no pasa nada.

La mujer de padres surcoreanos meneó la cabeza de arriba abajo y de lado a lado

repetidas veces. Por fin, reconoció:

–¡Sí, vale! Tienes razón. ¡Y, ¿qué?!

–Tienes que superar esa vergüenza tuya para todo. No puedes vivir siempre a la sombra de todo el mundo.

–Ya lo sé. ¿Crees que no lo intento? Es difícil cambiar la forma de ser de una persona.

–A mí me gusta como eres.

–Gracias –contestó Perlíe, y exhibió una sonrisa en consonancia con el buen día de primavera que hacía en Salt Lake City.

–Pero más me gusta seguir perteneciendo al club, nuestro club –protestó la mujer recientemente divorciada–. Soy y siempre seré una miembro más del Club de las Esposas Dichosas. Así que voy a llevar a cabo el mismo plan. Estoy decidida. Voy a hacer que Spencer vuelva conmigo. Y me tendrán que readmitir. ¡Vaya que si lo harán!

–No digas que te lo he dicho yo, por favor –se inquietó la dueña del coche con la puerta abierta.

–¡Claro que no! ¿Por quién me tomas? Somos amigas. Y, como amiga, te daré un consejo: si no te das prisa, serás tú la que se quede compuesta y sin novio, cariño.

El sol seguía brillando en lo alto; sin embargo, un cielo encapotado acudió en busca de Perlíe, a quien, de vuelta a casa, solo le faltó accionar los limpiaparabrisas de su vehículo para obtener un mínimo de visibilidad.

10

–¿Por qué has contratado una chica de la limpieza? –protestó Raymond en cuanto supo de la noticia.

–¡Pues para que me eche una mano con la casa! ¿Para qué si no? –explicó Arabella muy airada.

–Yo pensaba que ya te ocupabas tú de eso. Por eso dejaste de trabajar, ¿no?

–¿Que no trabajo? ¿¡Que no trabajo!? *Ti faccio sapere...*

Raymond se cuadró como lo haría un soldado en instrucción a la orden de su sargento y, con una cortísima inspiración de aire, y a continuación de mover la nuez, exhibió un ademán de arrepentimiento.

–Perdona, cariño. No quería decir eso. Sé cuánto te esfuerzas en el hogar.

–En el hogar y en todo. Y por eso he decidido que vengan a echarme una mano. ¿De acuerdo?

–Sí. Claro. Lo que digas. Lo que no entiendo es por qué a estas horas. ¿No sería mejor por las mañanas?

–¿Y que te interrumpan mientras trabajas? No, mi vida. Tu trabajo es lo primero—. Por mucho que se esforzó la mujer, su entonación sonó ridículamente falsa. Primero porque estaba enfadada por el menoscabo verbal sufrido; segundo por poseer el conocimiento de que su marido pasaba una buena parte de su jornada laboral viendo videos de contenido obsceno.

El timbre sonó a los pocos minutos. Apenas veinte. Arabella había postergado la revelación de aquella decisión unilateral hasta el último momento para que a su esposo no le diera tiempo de inventar una excusa con la que ausentarse y echar, así, todo el plan al traste.

–Ábrela tú, Ray, por favor. Tengo que ir a mirar una cosa a la cocina –mintió ella en pos de un primer encuentro a solas entre su marido y la mujer contratada.

El dueño de la casa se dirigió hasta la entrada principal entre refunfuños. Sin embargo, nada más hacer girar las bisagras y despegar la hoja del quicio, sus párpados se juntaron y se despegaron con insistencia involuntaria. Quiso salir de aquel sueño, pero le resultó imposible al ser dicho acontecimiento una realidad. Contuvo el aliento.

–Hola, ¿señor Varley?

–Ho-hola. Sí, soy yo.

–Soy Crystal. Vengo a echarle una mano con la casa.

–En-encantado. Pasa, pasa.

Raymond invitó a Crystal a pasar casi con una reverencia. Y mientras ella accedía a la vivienda, él no pudo evitar fijarse en su trasero. Aquella joven quizás no fuera la más exuberante del mundo, pero su figura de veinteañera, cuidada con evidente mimo y dedicación, resultaba tan llamativa como el rojo para los mosquitos. Pero él no era un insecto y a ella ese día no le había venido bien adornarse con el color de la sangre. Crystal llevaba un peto vaquero tan ceñido como el traje de neopreno de un submarinista. Lo conjuntaba con top blanco de algodón fino de manga larga y unas zapatillas deportivas de cuña, también blancas, que la elevaban unos cinco centímetros por encima de su metro setenta. Todo ello, junto a un *look* surfero, gracias a un peinado de ondas sueltas y a un maquillaje a base de polvos de sol, hechizó a aquel hombre. No solo eso. La fragancia acuática adherida a ella, que se coló como una brisa fresca, terminó por embriagarlo.

Una vez dentro, Crystal se presentó ante Arabella y esta le dio una serie de indicaciones acerca de la limpieza del hogar que a ninguna de las dos le importaba lo más mínimo. Pero el asunto requería simular aquel escenario frente a Raymond para que fuera lo más verosímil posible. Mientras dialogaban, Arabella no pudo evitar echar alguna mirada furtiva, lo más disimulada posible, a su marido, que iba y venía. Resultaba obvio que este no estaba haciendo nada en particular, y que se dedicaba a pasar una y otra vez para observar (de soslayo, eso sí) a la chica contratada.

Cuando las indicaciones de Arabella concluyeron, Crystal, después de pedir permiso, se metió en el aseo de la planta baja y se cambió. Salió con una bata de manga corta con un patrón de cuadros en tonos rosas pastel. Una talla, quizás dos, menos de la debería haber llevado. Puede que no fuera la vestimenta sugerente con la que había llegado, pero seguía presumiendo de sensualidad. El uniforme además contaba con unas solapas blancas en el cuello realmente pronunciadas anexadas a un escote en forma de pico y un par de bolsillos de grandes proporciones a cada lado de la cintura para, supuestamente, reservar utensilios de limpieza, aunque lo que aquella guardaba y guardaría no fueran más que secretos y más secretos.

En no más de diez minutos Arabella recibió una llamada. Con tono forzosamente elevado pronunció un par de «¡no me digas!» y unos cuantos «voy a echarle una mano». Colgó. Se dirigió a toda prisa hacia Raymond y le comentó que su amiga Charissa estaba en un apuro.

–Pero ¿qué le pasa?

–Luego te lo cuento. Procura que Crystal esté bien y proporcióнала todo lo que necesite.
¿De acuerdo?

–De acuerdo.

–Tardaré un buen rato. No te preocupes si tardo. Además, llevo el móvil.

–Vale, vale, pues bueno...

Casi como llevada por un vendaval, Arabella tomó su bolso y salió de la casa. Un portazo, intencionado, marcó el inicio de un encuentro nada casual. Pero eso era algo que Raymond desconocía. El hombre se aproximó a la cocina, lugar en el que se hallaba la supuesta limpiadora del hogar. Carraspeó para llamar su atención. Crystal, que hacía que limpiaba, se giró y comentó:

–Oh, señor Varley, no le había visto.

–Lláname Raymond... Ray –se corrigió a sí mismo.

–Está bien –contestó ella con su mejor sonrisa.

Los dientes blancos y perfectamente alineados en mitad de unos labios jugosos e hidratados derritieron al varón que se encontraba frente a ella. Raymond dio un par de pasos para aproximarse a la joven y, con voz trémula, formuló:

–Eh... ¿Quieres algo de beber?

–Bueno... La verdad es que con los nervios de agradar a un cliente nuevo tengo la boca algo pastosa.

–¿En serio? No te preocupes por eso. Lo estás haciendo bien. Por mi parte tienes el *okay*.

–¿De verdad, señor Varley? Quiero decir, ¿Ray? Cuánto se lo agradezco.

–No hay nada que agradecer. Es un verdadero placer para mí. –Mientras decía estas palabras, Raymond había puesto rumbo hacia el frigorífico para, navegando entre olas de cerveza, alcanzar aquella orilla de arena fina que le recordaba el ligero tono dorado del maquillaje de Crystal.

–¿Una Bud sin alcohol?

–Prefiero una soda, si no le importa.

–Claro que no. ¿Coca-Cola?

–¿Sin calorías?

Raymond sacó la variante del refresco citado y se lo entregó a su supuesta empleada del hogar. Ella, por su parte, e intencionadamente, al agarrar la lata, deslizó las yemas sobre los dedos de su interlocutor. Suavemente y como un verdadero juego nada inocente.

Raymond carraspeó y sonrió casi al mismo tiempo. De hecho, no se podría aseverar qué hizo antes de qué. Sin más dilación, tiró de la anilla y le dio un trago tan largo a su lata que la dejó por la mitad. Ella también bebió, pero un sorbo tan escaso como el de un petirrojo americano.

–¡Pero Ray!

–¿¡Qué!? –dijo él, alarmado.

—No hemos brindado.

—¡Ah...!

Crystal alzó el brazo hasta la altura de su hombro. Así también lo hizo Raymond, guiado por un irremediable deseo de complacer a aquella mujer a la que empezaba a ver como a una invitada más que como a una empleada.

—*Cheery, cheery, cheery... Cheers, cheers!* —cantó ella.

El dueño de la casa volvió a beber como si no hubiera un mañana y Crystal, al igual que la vez anterior, apenas dejó pasar una mínima cantidad del líquido burbujeante por su garganta. Se quedó observando a su convidador, solamente exhibiendo una sonrisa pícara.

Algo intranquilo ante la ausencia de palabras, y por cómo lo miraba Crystal, Raymond pronunció:

—¿Qué?

—Si no es porque estoy contratada diría que esto es una cita.

—Jajajaja —se rio, bobaliconamente, él—. Qué tontería...

—¿En serio, Ray? —Crystal dio dos pasos al frente para acercarse al hombre que pretendía seducir.

Raymond intentó retroceder, pero pronto su trasero chocó con la encimera, lo que se lo impidió. A falta de algún contenido en su lata, por mínimo que fuera, tragó saliva. La erección estaba ahí, detalle del que la falsa empleada del hogar se percató.

—Vaya...

—Lo siento, no era mi intención —se disculpó Raymond al ver las pupilas de Crystal en dirección al bulto en sus pantalones.

¡Bang!

—¡Falsa alarma! —vociferó Arabella desde el recibidor de la casa.

Después de espachurrar la lata vacía debido al sobresalto, Raymond se alejó de Crystal al igual que lo hubiera hecho un creyente de un objeto embrujado. Ella, en cambio, no solo no se movió ni un ápice, sino que actuó como si no le importara lo más mínimo, lo cual no era ni más ni menos que la pura verdad, sabedora de las nulas consecuencias de sus actos libertinos.

Si la supuesta empleada del hogar había entrado como una suave brisa marina, la mujer de la casa se adentró en la cocina como un auténtico torbellino.

—Vaya, vaya. Así que entreteniendo al servicio —se quejó.

—Solo trataba de ser un buen anfitrión —se justificó Raymond.

—Y yo trato de que nuestra casa esté como los chorros del oro. Así que Crystal, por favor, sigue con tu tarea. No me sale gratis tenerte aquí.

—Claro, señora Varley.

—Mujer, no seas así de dura, a la muchacha se le ve buena disposición.

—No tanta como a ti.

Un escalofrío recorrió la espalda de Raymond, de arriba abajo, y hasta reblandecer su pene como lo había estado antes de la irrupción de Crystal en el seno de su hogar.

—Anda, acompáñame a nuestro dormitorio un momento, Ray, *amore*.

Dispuesto a sufrir una recriminación larga y severa, al hombre le pareció que el estómago se le iba a dar la vuelta.

—En cuanto a ti —dijo Arabella dirigiéndose a la mujer que ella misma había contratado—, quiero que empieces por la planta de arriba. Comienza por el estudio, por favor.

Crystal asintió con la misma complacencia a la que estaba habituada con sus clientes del sexo masculino y enfiló las escaleras principales con los bártulos de limpieza. A continuación, lo hicieron Raymond y Arabella. Él aguardaba en silencio a ser reprendido en la privacidad de su dormitorio, pero, para su sorpresa, Arabella se lanzó a sus brazos y lo besó. Él la correspondió y, en el proceso, le levantó la falda del vestido y colocó las manos en las dos cachas de su mujer.

Cuando hubo el suficiente intercambio de sensaciones, Arabella se bajó el escote, puso su busto al aire, y exhortó:

—¡Tómame, Ray!

Raymond se lanzó a lamer los pechos de su mujer. Entonces, Arabella comenzó a gemir. Primero con voz queda, pero rápidamente los gritos de placer tomaron posesión de la alcoba.

—Baja el tono. Crystal está en la habitación de al lado. Nos va a oír —apuntó él.

—Que nos oiga, así parecerá que somos uno más.

Aquellas palabras dejaron helado a Raymond, no por desagrado sino por sorpresa, al venir de boca de su mujer. Y, más que enfriarlo, lo encendieron. Lo envolvieron en llamas. Y su pene, en toda su plenitud sanguínea, tomó una ligerísima curvatura hacia el cielo de la que creía que a su edad ya no sería capaz de volver a obtener.

Como cada fin de jornada laboral, Piers regresó a su querido y amado hogar. Cómodo y espacioso, y dominado por las formas geométricas exageradas. Entró, se quitó la chaqueta y se bebió una Crush de naranja, previo paso por la cocina. En cuanto calmó la sed que le había provocado el interminable turno de noche, y tratando de evitar los primeros rayos de sol de la mañana que se colaban por la ventana de encima del fregadero, subió hasta su dormitorio, dispuesto a acostarse. Allí encontró a Charissa.

—Buenos días, cariño —le recibió ella. También le dio un beso en los labios.

—Vengo molido —se quejó él y se desabrochó el botón superior de la camisa. Cuando se hubo liberado el cuello, venció la somnolencia al fijarse en Charissa—. Pero ¿de qué te has disfrazado? —preguntó.

–De nada, bobo. ¿Es que no te gusta?

–Sí, supongo. No sé, estás rara.

Charissa se alejó un par de pasos. Desprendía olor a limpio, a jabón con esencia de vainilla. Giró sobre sí misma y presumió de conjunto. Marcaba tendencia *athleisure*; una combinación de *crop top* carbón con pantalones de chándal rojos y, por supuesto, estrenaba zapatillas de deporte, por lo que se había permitido ponérselas para andar por casa en total libertad.

–¿Vas a hacer ejercicio? –insistió él en sus pesquisas.

–Claro que no. Bueno, quizás luego, pero no voy vestida así por eso.

–Ah, vale. Es solo que esa no parece tu ropa habitual de deporte.

–Porque no lo es. Ya te lo he dicho. Pero, vamos, que de todas formas esa también la he renovado.

–Ah...

–¿Te gusta o no? ¡Que no dices nada!

–Sí, sí. Es que estás como más... juvenil. Me ha chocado. Perdona.

Charissa sonrió dispuesta a acercarse más a él y, esa vez, darle un abrazo. Entrar en contacto con su esposo y proseguir hasta fundirse entre las sábanas recién estiradas. Pero no tuvo oportunidad. Piers echó a andar hasta el baño. Empezó a lavarse los dientes. La mujer, desconcertada, lo siguió. Y lo miró a los ojos a través del reflejo del cristal.

–¿Una noche dura, cariño? –se interesó ella.

–Ni te lo imaginas. –Piers frotaba con viveza todas sus piezas dentales, lo que le hacía hablar dificultosamente.

–Deberías decirles: «¡Ahí os quedáis!». –Charissa chascó los dedos, sacó los labios lo más hacia afuera que fue capaz y movió la cabeza de lado a lado. Después añadió, como si tal cosa–: Por cierto, ¿has vuelto a tener a esa chica de prácticas?

–Qué va. Los estudiantes solo vienen en turno de mañana. No sé por qué. Son los primeros que se van a comer los turnos cuando ingresen en el mercado laboral.

–De todas formas, tiene que entrarte una pereza absoluta, ¿no? Eso de tener que enseñar desde cero...

–¡Pero ¿qué dices?! –Tras sorber agua, enjuagarse y escupirla al lavabo, prosiguió–: Zoe es un amor. Ojalá todos a los que tuviera que enseñar tuvieran una décima parte de su simpatía. Y de su interés.

–¿Cómo? –Charissa volvió a menear la cabeza de izquierda a derecha un par de veces y procedió a quejarse–: Lo dices como si no encontraras simpatía ni interés en tu propia casa.

–Lo siento, cariño. No quería decir eso; no me malinterpretes.

Piers se giró y quedó confrontado a su mujer. Entonces, le dio un abrazo afectuoso,

aunque desprovisto de pasión alguna. En cuanto se separó de ella, la agarró de los hombros y, mirándola fijamente, preguntó:

—Oye, ¿por qué mueves así el cuello?

—¿Qué por qué lo muevo? Por nada, por nada... —rehuyó el tema ella, no sin antes dar un paso atrás y desprenderse de aquel abrazo flácido que le estaba produciendo una sensación desagradable.

—Si tú lo dices... —comentó él. A continuación, se pasó la mano por la nuca y resopló—. Tengo las cervicales machacadas. —Tomó dirección a la cama.

—¿En serio te vas a acostar?

—¿Qué si no?

—¿Cómo que qué si no? Algo.

—¿Algo? —repitió Piers en forma de interrogante, pues no terminaba de comprender.

—Cualquier cosa. —Cuando Charissa decía «algo» y «cosa», claramente estaba aludiendo al sexo, pero no tenía ni la más mínima intención de incorporar dicha equis en su vocabulario. El término «explícito» estaba vetado si quería que la relación con su marido mejorara. La acción decisiva tenía que salir de él. Si no la deseaba, si no rogaba por devorar su cuerpo, si no la hacía suya, ¿de qué iba a servir? Ella estaba intentando poner los ingredientes, incluso el menaje de cocina, pero era él y no otro el que se debía poner a preparar un plato hecho con amor. Al contrario de cuando se va a restaurante, en donde se paga por comer lo que se exige, en casa las personas se deleitan con lo que se les guisa sin poner objeciones. Todo sabe mejor en el hogar. ¿Y si salían de la habitación y descendían las escaleras? Puede que en la cocina Piers, de una vez, se colocara el delantal y bregara como se esperaba de él. Pero al parecer ya era tarde para eso. Charissa observó con pena cómo el hombre, su hombre, se encontraba ya entre las sábanas, así que no insistió más. Piers se durmió al instante y ella se fue de allí. Lloró frente al fregadero, en donde no cocinó, pero sí se refrescó la cara. Y reflexionó acerca de que a lo mejor su marido era un hombre inteligente, un gran médico, pero un necio en las relaciones conyugales.

11

Todas estaban hechas un manojo de nervios. La que más, Perlie, pues no tenía nada que contar, y ello acarrearía más de una amonestación por parte de sus allegadas. La reunión semanal del Club de las Esposas Dichosas había dado comienzo, y a pesar del compromiso de relatar sus experiencias, ninguna de las otras tres mujeres, que sí habían puesto en práctica sus nuevas estrategias sexuales, quería ser la primera en quebrantar el recelo.

–Bueno, qué, chicas, ¿hablo yo o preferís empezar alguna de vosotras? –dijo Charissa, que, como anfitriona semanal, se confirió el derecho a dirigir la sesión.

–Habla tú, habla tú –respondió Corinne.

La mujer de cabello rubio abrió la boca para emitir las primeras palabras de su relato.

–¿Sabes qué? Hablaré yo.

Charissa contrajo la mandíbula y expulsó el aire con fuerza por la nariz. Acto seguido, observó con el ceño frunció a su amiga de origen afroamericano.

–Lo hicimos en el coche. Primero en marcha. Digamos que ofrecí a Luther una especie de regalo que no se esperaba. Ahora bien: lo mejor vino después. Pensé que pasado aquello ya no se recuperaría. Ya no está para esos trotes, ya me entendéis. Iba con la idea de pasar un resto de día agradable con él; hacer turismo. Pero resultó que sí. Aparcamos en un lugar poco transitado. Solo veíamos pasar algún que otro coche cada tanto. Y, entonces, sucedió la magia. Se repuso como un toro y me tomó, allí mismo, en los asientos traseros de nuestra Ford. Hacía años que no sentía algo así. Fue maravilloso. Gracias, chicas.

Las arrugas en la parte alta de la nariz de Charissa habían desaparecido. A ellas les había dado el relevo un par de arcos que envolvían parte de sus aletas nasales y un fragmento de la comisura de sus labios.

–¡Pero mírala...! –Exhibiendo una amplia gama de dientes superiores, Arabella dio una palmada en el muslo de Corinne.

–No esperábamos menos de ti.

–Gracias, Charms.

–Pues esperad a que os cuente lo que me ha pasado a mí. Vais a alucinar.

Charissa volvió a torcer el gesto. Al parecer iba a tardar en desahogarse. Pese a ello, contuvo su ligera molestia y prestó toda su atención al relato de su otra compañera.

—Obviamente, no iba a meter en mi cama a nadie con nosotros. Así que, como me aconsejasteis, dejé que fuera la imaginación de Raymond la que volara. Metí a la chica que contraté en la habitación de al lado. Y la puse a *limpiar*. —Arabella bajó los dedos índices y corazones de ambas manos dos veces al pronunciar la última palabra. Continuó de seguido—: Ella podía oírnos a nosotros. Y, si no hubiéramos hecho tanto ruido, nosotros a ella. Supongo. Y, mientras hacíamos el amor, le hablé de que me daba igual que nos oyera o que entrara y nos pillara en mitad del acto. Desnudos. Era como tenerla, en cierto modo, allí con nosotros. Pero ahora viene lo más fuerte del asunto. Raymond estaba excitadísimo. Como nunca. Lo juro. Nunca le había visto así. Y yo... Pensaba que no me iba a gustar. Pero resultó que sí; yo también me sentía excitada. No sé por qué. Por una parte, quería que la mujer que había contratado estuviera allí con nosotros.

—¿Pero, Bella, ¿qué estás diciendo?! —se alarmó Corinne.

—A ver, chicas, a ver... No me malinterpretéis. Solo digo que me pareció excitante. No sé... Quizás simplemente fuera una enajenación transitoria. La locura pasajera fruto del momento. Pero ¡olvidadlo, olvidadlo! Ahora le toca a otra. Cuéntanos, Cha-Cha, ¿qué hay de ti?

A la fémina nombrada se le hinchó el pecho; sin embargo, en vez de expeler el aire contenido en él, junto a un montón de emisiones vocales, aguantó el aliento. En un principio había pretendido contar la verdad, aliviar su aflicción, pero llegada a ese punto, en el que Arabella y Corinne ya habían explicado lo bien que les había ido, sus intenciones cambiaron. Ahora necesitaba disimular; evitar ser la mujer por la que otras se compadecen.

—Pues... la verdad es que no me ha ido nada mal —mintió—. Piers se alegró de mi cambio de *look*.

—¿Y por qué no has venido con él?

—Oh, sí, pagaría por vértelo puesto.

—Me parece que de momento lo dejaré de puertas para adentro. Si no os importa.

—¡Yo! ¡Yo! —se burló Arabella mientras, al igual que el más ridículo de los raperos, estiraba los dedos índices, meñiques y pulgares y se ponía las manos a la altura de la cara.

—Muy graciosa. A ver, ¿por dónde iba?

—Tu *outfit* —le recordó Corinne.

—Ah, sí, eso. A Piers le sedujo. Lo noté más predispuesto que de costumbre. A ello se le sumó mi cambio de actitud. Más del gueto, ¿sabéis?

—¡Yo! ¡Yo! —volvió a hacer la gracia su amiga de ascendencia italiana.

—¡Bella, ya está bien!

—*Scusa, scusa...*

–Como iba diciendo, ¡funcionó!

–¡Genial! –se alegró Corinne.

Charissa, tratando de desviar la atención, e intentando evitar seguir con la mentira, rápidamente se fijó en la única de sus compañeras que quedaba por hablar.

–Y tú, ¿es que no vas a decir nada?

–Sí, llevas ausente desde que hemos empezado. Tú y un busto tallado en piedra hubieseis hecho la misma función –se sumó a la queja la mujer de piel café.

–Eh... Pues es que no tengo mucho que contar –confesó Perlie.

–¿En serio? ¿Nada de nada?

–No me digas más. Todavía no te has puesto manos a la obra –resolvió Charissa, con un pronóstico más que inclinada hacia una convicción, la demanda de Corinne.

Perlie asintió en silencio y con los ojos puestos en el suelo. Se mantuvo así un buen rato hasta que, fruto de la impaciencia, Arabella exhortó:

–¡Mujer, di algo!

Tras levantar la barbilla, y antes de proceder a hablar, Perlie echó un vistazo a su alrededor. La combinación de líneas en zigzag, y el uso de círculos y espirales en el salón de su amiga Charissa, le hizo considerar que, posiblemente, aquella decoración podría ser lo más parecido al estado de su mente en ese momento.

–Pues es que... necesito tiempo.

–¿A cuándo quieres esperar? ¿A que tu marido se vaya con otra? –la urgió Corinne.

–¡No! Por supuesto que no.

–¿Entonces?

–Os prometo que me pondré manos a la obra lo antes posible. Mañana mismo.

–Más te vale, Perlie. Y más te vale que en la próxima reunión del club nos mantengas al tanto. Si no, no te dejaré pasar a mi casa. Me toca ser la anfitriona y, por mi parte, la residencia de los Etienne mantendrá prohibida la entrada a quien no cumpla con nuestros deberes y obligaciones.

Mientras la reunión del Club de las Esposas Dichosas de aquel primer jueves de junio se llevaba a cabo, Jillian se dirigió hasta el centro. Allí, en la University Blvd, su exmarido había alquilado un piso de una sola habitación. Sabía de las señas, pues habían tenido que tratar varios (demasiados) asuntos desde el divorcio. Esperó a la hora en la que Spencer empezaba sus clases en la universidad para asegurarse no ser descubierta. Estaba decidida, costara lo que costara, a ejecutar el plan preconcebido (del que sabía gracias a arterías e insistencia a partes iguales) por las integrantes de su antiguo club vecinal. Buscó por internet formas de forzar una puerta y

resolvió hacerlo con una radiografía. Por suerte, no había tirado los informes de una antigua luxación de hombro sufrida años atrás. Guardada en un sobre en el fondo de un cajón de su hogar, tardó una tarde entera en encontrarla. Ahora estaba decidida a utilizarla con unos fines en las antípodas de la medicina. Esperó en el pasillo de la cuarta planta de un edificio que hacía esquina con la Main Street y hasta que se creyó exenta de ojos curiosos. Así, cuando no percibió el movimiento de ningún vecino por un largo rato, introdujo la placa flexible por la rendija de la vivienda a allanar.

Tras un par de minutos interminables, y sin dejar de vigilar a cada instante sus flancos, Jillian lo consiguió. Entró tan rápido como pudo y cerró de nuevo la puerta, eliminando así cualquier indicio de intrusión.

Lo primero que le llamó la atención fue el aroma floral. El piso apenas tenía muebles, ni decoración, pero estaba repleto de jarrones con todo tipo de plantas. Tantas como un jardín botánico. Aquel repertorio desmesurado de seres fotosintéticos la desconcertó. «¿Este idiota se ha vuelto jardinero?», se burló la mujer. «¿O es que se ha creído que es Tarzán?».

Sabía que el teléfono de su exmarido no estaría allí, pero sí tenía la esperanza de que no se hubiera llevado consigo el ordenar portátil. Rebuscó. Jillian tuvo suerte, pues enseguida lo encontró. Lo encendió y tecleó la contraseña de inicio. La sabía de sobra: «Dos, tres, cinco, siete». Los cuatro primeros números primos. Se metió en el historial del navegador y lo que encontró fue... ¡nada! La más absoluta nada. Sexualmente hablando. Solo páginas sobre el cuidado y cultivo de plantas. Floricultura, fruticultura, arboricultura... Horticultura, en general. «Pero ¿qué le ha dado a este? Está peor de lo que pensaba». Además de aquello, Spencer también había buscado temas relacionados con las matemáticas y la física, había abierto el correo electrónico, y había visitado un par de páginas de noticias sobre la actualidad.

—¡Achís!

Jillian se sacó un pañuelo y se limpió la nariz. Toda aquella exuberancia vegetal cargada de polen le estaba empezando a causar alergia. Dejó todo como estaba, sin dejar ni rastro de su paso por el piso de su exmarido. Al abrir la puerta (solo una rendija), se cercioró de que no hubiera nadie afuera, ni siquiera en el rellano. Cerró con tiento, sin hacer ruido y, como el mejor ladrón de guante blanco, abandonó el edificio como un transeúnte más.

12

Estuvo plantada en la acera de la 559 S 300th W un buen rato, a pleno sol. Justo en frente de la entrada de Mischievous, una tienda para adultos con la fachada a rayas verticales violetas y amarillas. Solo cuando una polvorienta y anticuada Chevrolet Silverado aminoró la marcha, la pitó y, desde el interior, alguien gritó «¡eh, *coñito chino*, sube con nosotros si lo que quieres es pasar un buen rato!», Perlie se decidió a entrar. Y lo hizo taconeando a toda velocidad. Una vez a salvo de las dos bestias que la habían acosado, se dio cuenta de que parecía un pez fuera del agua. O, más bien, a la inversa, algún tipo de felino sumergido en mitad de un gran estanque. Comenzó a andar por el pasillo más próximo, curioseando todos los productos con los que se iba encontrando. Consoladores, nada más que consoladores. De todos los tamaños, formas y colores. Con vibración y sin ella. Supuso que era el producto estrella; el más vendido. Le siguió el turno a los succionadores de clítoris, y en cuya estantería enfrentada se hallaban sus homólogos para hombres: las vaginas en lata.

A Perlie le temblaban ligeramente las rodillas. Y el corazón le latía mucho más rápido que de costumbre. Cambió de pasillo y se topó de frente con un maniquí vestido con un traje de cuero negro adornado con tachuelas, un collar de pinchos al cuello y la cabeza tapada con una máscara sin aberturas. Se sobresaltó debido a la agresividad que emitía aquel armazón con forma humana. «¿Cómo se respirará con eso?», pensó con inocencia. Entonces, descubrió una plétora de objetos a cada cual más estrafalario. Sin exagerar, no sabía para qué servían más de la mitad de ellos. Decidió que lo mejor era preguntar a alguien. No solo por su desconocimiento, sino por las pautas a seguir demandadas por la doctora Kanderstappen.

—Ho-hola, buenos días —dijo con voz apagada al llegar al mostrador.

—¿En qué puedo ayudarla?

Perlie se fijó en el aspecto de la persona situada al otro lado del tablero de metacrilato: tatuajes por brazos y casi hasta el cuello; innumerables piercings a lo largo y ancho de la cara; y dos enormes dilataciones en los lóbulos de las orejas. Pese a aquel aspecto agresivo según sus cánones del buen parecer, agradeció que se tratara de una mujer.

—Es que, verás, estoy buscando algo para mejorar mis relaciones sexuales.

La dependienta emitió un suspiro, en el que había algo de risa, una fugaz y contenida risa, que daba a entender que aquella demanda era más que habitual.

–Para recomendarla un dildo primero debemos hablar de su vagina –indicó.

–¿Mi vagina?

–¿Es usted clitoriana o llega mejor al orgasmo con una penetración profunda?

–Eh...

–¿Y cómo anda de secreción vaginal? ¿Se ayuda en las relaciones con algún tipo de gel hidratante?

–Pues...

–¿O prefiere un succionador tipo Satisfyer? Resultan muy placenteros.

–Pare. Pare un momento, por favor. Creo que no me ha entendido. Lo que yo busco es algo que nos ayude a mi esposo y a mí. Un complemento, digamos.

–¡Ah, ¿con que es eso?! ¿Y venía usted con algo en mente?

–Pues la verdad es que sí. Bueno, sí y no. A mi marido le gusta... –Perlie agachó la cabeza y se rascó la ceja derecha. Sin apartar la vista del mostrador, aclaró–: A mi marido le gusta la dominación.

–Ajá. Comprendo

–Pero... yo no estoy muy acostumbrada a estas cosas. Necesito algo *light*.

–Algo con lo que iniciarse.

–¡Eso! Exacto. Lo ha entendido usted perfectamente. Gracias.

–Venga por aquí. Acompáñeme.

La dependienta salió de detrás del mostrador y enfiló uno de los pasillos sin dudar lo más mínimo. Como un explorador guiado por un nativo a través de la peligrosa selva amazónica, Perlie imitó sus pasos.

–Aquí tenemos un poco de todo –indicó la mujer con múltiples tatuajes–. Cuerdas, collumpos, collares con correa, pinzas para pezones, mordazas, arneses, tanto para hombre como para mujer, pero..., si realmente se está usted iniciando en la actividad, mi recomendación es...

–Sí, dígame –se impacientó Perlie.

La dependienta agarró una caja de un palmo de grosor, se la mostró a la futura compradora y finalizó diciendo:

–Un kit de iniciación.

La mujer de ascendencia asiática estudió con asombrado detenimiento la imagen del producto. Estaba dispuesta a comprarlo, pero más por obligación que por gusto. Su máxima preocupación en ese momento, habiéndose desecho de la vergüenza inicial, era cómo usar los juguetes sexuales dentro de la caja de cartón que sostenía entre las manos. Y más lejos aún: de qué manera planteárselo a su esposo sin desear que se la tragara la tierra.

–Si me permite una sugerencia más...

–Por supuesto, ¡cómo no! Usted es la experta.

–A muchas parejas les encanta combinar esos elementos con cera. Sin el sentido de la vista, y al ver privada la libertad de movimiento, la sensación de la cera caliente en la piel resulta sumamente excitante. No hay nada como que una de las dos partes tenga el control absoluto de la situación.

A Perlie le cogió por sorpresa aquel asesoramiento; nunca habría pensado en ello. Infligir daño a Patrick, o él a ella, para disfrutar del sexo, se encontraba en las antípodas de lo que ella consideraba satisfactorio. Aun así, sin querer ofender a aquella mujer perforada hasta el último músculo facial, y que tan amable se había mostrado con ella, respondió:

–Bue-bueno, si usted cree que es algo beneficioso. Sí, ¿por qué no?

Las dos mujeres se dirigieron de nuevo al mostrador, y de la parte baja de este la dependienta sacó un set de tres velas: roja, morada y negra.

–Son velas de baja temperatura, así que puede estar tranquila –explicó–. No sufrirán quemaduras. Pueden jugar con ellas tanto como quieran. Solo notarán pellizquitos. Y un ligero enrojecimiento que se irá al rato.

Perlie respiró aliviada, pagó en efectivo (no quería dejar rastro en la cuenta de su compra en un *sex shop*) sin interesarse por nada más, deseosa de salir de allí cuanto antes, pero intranquila por que los dos energúmenos que la habían faltado al respeto antes de entrar en Mischievous siguieran allí fuera. Afortunadamente, aquellos dos cavernícolas habían proseguido su trayecto.

Durante el regreso al hogar, Perlie no paró de estudiar cómo haría para introducir a Patrick de manera natural los objetos que había comprado. Pensó y repensó sobre ello sin alcanzar ninguna solución. Tan abstraída condujo que cuando se bajó del coche se cuestionó cómo había llegado a su casa. Por lo visto, había conducido con el piloto automático. Y puede que eso fuera lo que necesitara para con su marido: actuar y dejar de darle más vueltas al asunto.

13

Lo esperó a la salida de la facultad de matemáticas.

Sin que la viera, Jillian siguió a su exmarido. Condujo tras él por las calles de Salt Lake City, guardando una distancia prudencial para no ser advertida mediante alguno de los retrovisores. Si no podía conseguir la información que anhelaba a través de los dispositivos informáticos en la vivienda alquilada por Spencer, lo haría observándolo *in situ*. Quizás con un poco de suerte hasta conseguiría sorprenderle con quien fuera que le había estado engañando hasta la separación. ¿Estaría saliendo con una florista? En un principio Jillian lo dudó, y mucho, pero llegado a ese punto estaba convencida de que así era. Aquella pasión repentina por las plantas no era ni medio normal, y con toda seguridad atendía a razones sentimentales. «A fin de cuentas, los hombres cometen locuras cuando están enamorados, ¿cierto?». «Cierto», se contestó a sí misma.

Llegaron a los alrededores del Liberty Park. Y aparcaron. Primero él; luego ella. No es que fuera de los sitios preferidos de Jillian, pero había estado con anterioridad hasta en un par de ocasiones creyó recordar. Aquel parque albergaba un aviario, unas cuantas canchas de tenis, un pequeño museo dedicado al arte folclórico y un lago con una tienda de alquiler de hidropedales; y la mujer tras la pista de su exmarido, ni lo veía dando raquetazos ni menos aún interesado por el estudio de las aves. ¿Sería su amante jardinera en aquel espacio arbolado? Sí, de eso se trataba. Por eso todo aquel interés desmesurado por las plantas. Jillian ahora estaba más que segura. Solo le quedaba seguirlo y confirmar su teoría.

Sin quitarse las gafas de sol, y con la cabeza cubierta con una gorra, la mujer siguió a su exmarido a tal distancia que resultara imposible ser descubierta. Entre la distancia y la vegetación que se interponía entre ellos dos, apenas lo vislumbraba. Jillian caminó y caminó. Prácticamente atravesó el parque de punta a punta. Para su desconcierto, Spencer no parecía andar buscando a nadie; solo deambulaba. Entonces, pasó algo. El hombre al que seguía se paró frente a unas flores. Imposible distinguir los girasoles de las balsamorhizas desde aquella distancia, pero no el hecho de que Spencer se tumbara y empezara a restregarse por el suelo, por las flores. Realizaba unos movimientos espasmódicos y extrañamente comprometidos. «¿Por qué

hace eso?», se preguntó Jillian forzando la vista todo lo que pudo. La mujer se acercó más, todo lo que creyó conveniente sin poner de manifiesto su presencia por parte del espiado. Y aprovechó unos arbustos para ocultar el cuerpo. Tan solo asomaba la cabeza y poco más.

Después de unos cuantos minutos, Spencer se levantó. Pero no se molestó en sacudirse toda la tierra y fragmentos de las flores por las que se había revolcado. En lugar de eso, se aproximó a un árbol. Y, entonces, lo vio. Jillian lo vio. No estaba teniendo una alucinación. Puede que una pesadilla, pero una tan real como el graznido que se oía de fondo. Y es que su exmarido se acababa de sacar el miembro a través de la bragueta. Peor aún, lo meneaba con la mano tratando de ponerlo firme.

Desde luego, y en ese momento exacto se dio cuenta la observadora, Spencer no había elegido aquel lugar al azar. Y la razón era porque allí no había testigos. Testigos de aquel descrédito. Al parecer, ella se sentía mucho más azarosa que él. La mujer no paraba de vigilar a su alrededor, como si fuera a ella a la que pudieran expedir una denuncia por escándalo público. Y, al mismo tiempo, no podía despegar los ojos de su exmarido.

Se acercó un poco más; lo justo para apreciar algún detalle que se le hubiera pasado por alto. Siempre buscando la nuca de aquel perturbado con el que había estado casada hasta hacía poco. El hombre se encontraba junto a un árbol. Y cuando Jillian pensaba que allí ya no había nada que pudiera causarle más vergüenza ajena, sucedió la hecatombe de sus neuronas. Agitada, fue testigo de cómo Spencer introducía el miembro, no muy grande, pero sí erecto, por un orificio en el tronco de un pino salgareño. No sabía si aquella abertura en el tallo del árbol era de origen natural o si su exmarido la habría elaborado con premeditación y alevosía. Tampoco le importaba. Aquella acción resultaba igual de reprobable fuera como fuese. Con la mandíbula desencajada, asistió como única espectadora a una serie de movimientos de vaivén (cada vez más resueltos) hasta que él terminó de descargar su simiente en el interior de aquel pobre pino al que acababan de ¿violar?

Aprovechó el momento posterior a la eyaculación, aquel en el que los hombres descansan en una cama de nubes esponjosas ajenos a toda preocupación, para huir sin ser vista. Así que antes de ser captada por la visión periférica de aquel hombre sin juicio ni razón, y con las piernas semiflexionadas para camuflar la parte superior de su tronco entre la vegetación, abandonó el Liberty Park y se marchó a casa en coche. Conmocionada.

Maldita sea, seguía siendo viernes.

No, no se había equivocado. Perlie rogaba a algún ser divino para retroceder en el tiempo. O para avanzarlo sin ser conocedora de los sucesos acaecidos. Pero nada de eso iba a ocurrir en un mundo desprovisto de la magia propia de la ficción. Estaba obligada a afrontar los hechos y

debía actuar en consecuencia. E iba a aprovechar la noche durante la que su hija se iba a quedar a dormir en casa de una amiga. Mina sí podía decir aquello de «¡Gracias a Dios que es viernes!», pero Perlíe era ya una mujer adulta (demasiado, a su parecer) con responsabilidades (excesivas, a su juicio). Y nada ni nadie iba a cambiar la que se le venía encima. Así que tomó conciencia de ello en cuanto se despidió de Mina con la mano en alto desde la puerta de casa. Patrick fue quien llevó a la adolescente en coche hasta el lugar en el que pasaría la noche y parte de la mañana siguiente.

Durante los veinte minutos que estuvo sola en casa, Perlíe deambuló como un pollo sin cabeza. Y mientras iba y venía, de una estancia a otra, argüía en su cabeza la forma de iniciar una sesión de juegos sexuales de sumisión y dominación sin que su marido la mirara como a una lunática. Ya hacía ocho horas desde su primera incursión en un *sex shop*, y desde su regreso no se le había ocurrido una buena excusa. Sin más opciones a las que agarrarse, simplemente colocó el kit para iniciados en BDSM en mitad de la cama, bien a la vista. Y encendió las velas.

Patrick no tardó en aparecer en la casa. Subió a cambiarse, pero la sorpresa que le esperaba allí arriba se lo impidió.

—¿Qué es esto? —preguntó.

Iluminada solo por la luz de las tres pequeñas llamas, Perlíe contestó:

—Es una sorpresa.

—¿Es nuestro aniversario? —El hombre se echó una mano a la frente y exclamó—: ¡Me ha olvidado de nuestro aniversario!

—Quedan dos meses todavía.

—¿Entonces?

—¡Que lo abras! Lo estoy pasando fatal.

—Perdona, cariño, ya voy.

Lo cierto era que permanecer entre aquella media luz le hacía sentirse un poco más confortable de lo que en un principio se había imaginado. Aun así, vestida con un camisón de satén liso, Perlíe mantenía los brazos cruzados delante del estómago y los hombros hacia adelante, como si tuviera frío o sintiera vergüenza, o las dos cosas juntas. Contuvo el aliento mientras observaba a su marido acercarse a la cama y abrir el paquete. Este sacó un antifaz, unas esposas y un azotador negro de tiras de polipiel; se quedó sin palabras.

—Lo siento, Patrick. No te ha gustado. Es una tontería, lo sé. Perdona...

—No —la cortó él.

Perlíe pestañeó con fuerza repetidas veces.

—¿Qué? —titubeó.

—Que sí. Que me gusta. ¿Te apetece usarlo?

—Si tú quieres...

—Por supuesto.

Fue Perlie la que tapó los ojos a su marido y lo esposó a la cama. Lo acarició, lo besó, incluso lo masturbó. Después de aquello, corrió a cuenta de Patrick azotar a su mujer con el látigo corto de tiras negras. La flageló con delicadeza al principio. A medida que los golpes se sucedían, la mujer clamaba por ser castigada con mayor severidad. Y sus glúteos, como no podía ser de otro modo, se iban enrojeciendo más y más, así como las intenciones de Patrick. Finalmente, ya sin ningún tipo de rubor (en su rostro, no así en sus nalgas, totalmente coloradas), ella propuso usar la cera caliente de las velas sobre sus cuerpos. La combinaron con el antifaz y mientras mantenían aprisionadas las muñecas. Primero él, luego ella. Durante el turno de Perlie, al derramar por tercera vez aquella sustancia fundida (la de color violáceo, exactamente) sobre la piel de su pareja, el timbre de la casa sonó. La mujer de origen surcoreano se sobresaltó, y al hacerlo la cera caliente cayó justo sobre el escroto de Patrick.

Este aulló al ritmo de un segundo ding dong.

—Lo siento, cariño —si disculpó ella—. ¿Estás bien?

—Sí, sí. Ve a ver qué pasa. Estas no son horas.

Perlie bajó a toda prisa las escaleras, no sin antes cubrirse con un albornoz. De puntillas, para no llamar la atención de quien fuera que se encontrara en el porche de su casa al anochecer. Puso el ojo en la mirilla. Y resopló mientras negaba con la cabeza. Terminó por abrir la puerta principal.

—¿Qué haces aquí, loca? —se quejó.

—Necesito tu ayuda.

—Lo que necesitas es un psicólogo.

—¡Exacto!

Jillian, entonces, cambió la expresión de su rostro. Pasó de mirar con ahogo a la dueña de la casa a la que había llamado a observarla de pies a cabeza con una mueca pícara.

—¿Te cojo en mal momento?

—Más o menos.

—¿Qué estabas haciendo? ¿Eh, pillina?

—Sé más discreta, por favor —protestó Perlie.

—Vale, vale. Cómo te pones, nena... —rezongó Jillian—. No vas a creer lo que me ha pasado. Bueno, a mí no. O sí. En cierto modo sí. Pero...

—¿Sí o no? Tengo frío, Jill.

—He seguido a Spencer sin que me viera y lo he cazado.

—¿Lo has pillado con otra?

—No exactamente.

—No te sigo. Por Dios, date prisa.

–¿Los árboles tienen sexo?

–¿Los árboles?

–Sí, los árboles. Esas cosas con ramas y hojas. Árboles. Tú sabes mucho de jardinería.

¿Tienen sexo o no?

–¿En serio? ¿Ahora? –habló con mucha (demasiada) pereza Perlie–. A ver, no es tan fácil. Depende de la especie. Están las plantas monoicas, las dioicas. Existen las hermafroditas...

–Hermafrodita, no, que se la estaba metiendo bien metida –le cortó la mujer bajo el porche.

–¡Pero ¿de qué estás hablando?!

–¡Nada, nada! Por favor, Perlie, yo venía para que me dieras el contacto de tu psicólogo. Necesito ayuda profesional.

–Y que lo digas.

–¿Podrías darme su número?

–Sí, luego te lo envío por WhatsApp. Pero me temo que tendrás que esperar al lunes para que te coja el teléfono. No pasa consulta los fines de semana.

–Claro, lo que haga falta. No hay problema.

–Y vete ya, ¡por lo que más quieras!

Jillian se dio la vuelta y se marchó, pero cuando apenas había dado un par de pasos, y aprovechando que Perlie todavía no había cerrado la puerta del todo, giró la cabeza y soltó:

–Suerte, tigresa. Aaargh.

14

No era suficiente.

Si a sus colegas de club les había funcionado el plan, ¿por qué no iba a obtener ella los mismos resultados gracias a la tenacidad? A la tenacidad y al grado en que ejecutarlo. Por eso, llegó a la conclusión de que su transformación no podía reducirse a una serie de prendas de vestir en la intimidad de su domicilio y al visionado de algunas películas y series destinadas a ser consumidas, en mayor medida, por el público afroamericano. Charissa decidió que su cambio tenía que ser mucho más radical y a tiempo completo. Nada de modificar su aspecto dependiendo de la ocasión. Por ello, se desnudó y se puso unos *leggings* y una sudadera con capucha. A partir de ese momento solo vestiría así, con los nuevos artículos de moda adquiridos, y se pasearía como una verdadera afroamericana de la década actual. Esto desembocó en el almacenamiento y reclusión de toda su ropa acumulada a lo largo de una vida, rancia y deslucida para alguien *de la calle*. La guardó en el vestidor, al que no puso un candado porque su fortaleza mental era tan sólida como su convicción.

Después de salir a la calle con su nuevo y permanente estilo de vestir, se dirigió decidida al lugar en el que se encargarían de cumplir su siguiente objetivo: obtener un tono de piel más oscuro. En el centro de bronceado al que acudió le informaron de que las máquinas con las que contaban eran de alta presión. Aquello quería decir que en tan solo cuatro sesiones vería unos resultados más que evidentes. La principal diferencia con respecto al bronceado obtenido mediante máquinas de baja presión es que el primero resultaba menos duradero, pero mucho más rápido e intenso. Eso entusiasmó a Charissa. Lo que no le gustó tanto fue la advertencia de que el tiempo de espera entre tomas se estimaba en no menos de cuarenta y ocho horas. Dos días como mínimo entre sesión y sesión; demasiado a su juicio. Por ello, insistió y persistió en darse una segunda sesión de bronceado al día siguiente, aunque fuera a última hora del día, prácticamente antes del cierre del local. No podía acudir a la siguiente reunión del Club de las Esposas Dichosas sin unos resultados dignos de mención.

Tras salir del centro de bronceado, la mujer de cabello rubio se pasó por un salón de belleza cuyo grueso de clientes y, por supuesto, en donde la totalidad de las profesionales que allí

trabajaban eran de origen afroamericano. Había pedido cita el día anterior. Charissa no tenía intención de acudir al Sanctuary Day Spa and Salon, su centro de estética y peluquería de confianza, pues no le apetecía tener que dar más explicaciones de las necesarias. Seguramente sus peluqueras habituales la intentarían hacer desistir por todos los medios de su decisión, alegando que ese nuevo *look* no la favorecería, poniendo mil trabas al estilo deseado, aunque lo que en realidad estarían haciendo fuera quitarse trabajo de encima y deshacerse de futuras quejas por unos resultados por debajo de las expectativas. ¡Fuera justificaciones! Por ello, había preferido un local mucho más humilde en equiparación a su posición económica, pero al mismo tiempo presumiblemente más certero en cuanto al rendimiento esperado. Ese lugar no era otro que el Ebony & Ivory Hair Design, a recomendación de Corinne, en donde, bajo convencimiento de esta, suponía que obtendría los resultados que andaba buscando.

En cuanto entró por la puerta del establecimiento, todas las personas existentes (y hasta un gato que por allí rondaba) voltearon sus cabezas y se quedaron mirándola. La mujer con el pelo del color de la paja se sintió cohibida por un momento, pero pronto entendió que su aspecto no podía sino llamar la atención dentro de aquellas paredes.

–Buenos días –saludó con una sonrisa tirante.

Todo el mundo siguió a los suyos.

Fuera de las miradas delatorias de clientas y profesionales, la encargada del Ebony & Ivory Hair Design la atendió con plena cortesía. Tras confirmar la cita, Charissa pasó con una de las peluqueras, una mujer voluminosa y de pelo trenzado hasta más allá de las caderas.

–¿Qué te hacemos, reina mora? –le preguntó esta con manifiesta ironía en el tono utilizado.

–Pues... quería teñirme el pelo de color chocolate. Un tono bastante oscuro.

–Ajá.

–Y también quería rizármelo. Lo más que se pueda.

La peluquera enarcó una ceja y comentó:

–¿Te estás marcando un *blackfishing* o qué?

–¿Cómo?

–¿Qué si te quieres parecer a una negra?

–Eh... –A Charissa le temblaba ligeramente la voz–. Sí, la verdad es que sí que me gustaría –confesó.

La peluquera se giró para recoger algún tipo de aparejo y masculló:

–Putos pijos blanquitos...

–Perdona, no te he llegado a entender –expresó Charissa, como de hecho así había sido realmente.

–¡No, nada, nada...! ¿Es algo definitivo?

–Oh, eso espero.

–Está bien. Te recomiendo el moldeado. El rizo quedará más natural. Usaremos bigudíes de diámetro pequeño. ¿De acuerdo con eso?

–Tú eres la profesional; estoy en tus manos.

–Por supuesto que lo estás.

Tras aquella aseveración de los más airosa, Charissa entrecerró los ojos y se dejó hacer.

Corinne estaba decidida a probar suerte en un nuevo sitio público, ¿y qué mejor que un centro comercial? A más gente, más probabilidad de ser sorprendida. Por supuesto, que aquello pudiera ocurrir no significaba que de verdad tuviera que suceder. Claro que no iba a suceder, nunca, de ningún modo, pues ella tenía todo bien dibujado en la mente. Le transmitió a Luther sus ganas de dar una vuelta por el complejo comercial The Gateway tras su cita semanal con Dios; para pasar un día de compras en familia y comer fuera de casa. Descartó en primera instancia el City Creek Center, primero por no disponer de salas de cine en su interior, y segundo por ser parte de una corporación propiedad de la iglesia mormona. Puede que esa última no fuera una razón de peso, pero si ya de por sí Corinne no estaba muy decidida a ir allí, aquel factor terminaba de desequilibrar la balanza.

Después de la misa matinal y de las correspondientes palabras de cortesía posteriores entre amigos y conocidos, fieles y devotos todos, la familia Etienne se dirigió al The Gateway. Corinne eximió a sus hijos de las compras, aburridas a todas luces para un adolescente y una niña a las puertas de la pubertad, y les propuso que vieran una película. Así, los dos hermanos, entusiasmados, compraron entradas para el pase de las 14:00 de un título de animación y fantasía. Entraron con un gran bol de palomitas y un par de refrescos de cola.

Corinne y Luther disponían de casi dos horas para ellos solos. Y lo iban a aprovechar. ¡Vaya que si lo iban a hacer! Pero eso, por el momento, era algo que solo lo sabía una de las dos partes.

Entraron en Victoria's Secret, ya que la mujer necesitaba adquirir realmente un par de sujetadores con forro ligero para la actual temporada primaveral y, sobre todo, la más cálida venidera. Sin la oportunidad de ejecutar ahí su plan con una mínima garantía de no ser vista u oída por las empleadas, se limitó a comprar dos pares de prendas interiores y a salir seguida de su marido. Se dirigió a la siguiente tienda. Así, Luther y ella accedieron a un H&M, pero el trasiego de clientes le hizo desistir de nuevo en su tentativa de mantener relaciones sexuales fuera de la comodidad hogareña. Entonces, mientras deambulaban mirando escaparates, los pies de Corinne se pararon en seco ante las seis letras blancas de un letrero. A la mujer de origen afroamericano Torrid le pareció un nombre lo suficientemente sugerente como para intentar

seducir allí a su marido. Sin duda, era una señal. Quién sabe si divina, para ayudarla en el cometido de salvar su matrimonio. Se trataba de una cadena de ropa de tallas grandes. Y aunque lo cierto era que Corinne estaba a las puertas de aquel tipo de medidas, todavía (y esperaba que así siguiera siendo toda la vida), no las había necesitado. Con una talla nueve, podría estar justificada su entrada en la cadena de ropa y, lo más importante y por encima de ello, el uso de los probadores para la puesta de las prendas seleccionadas sin llamar demasiado la atención.

—¿A dónde vas? —se extrañó Luther.

—Calla y entra conmigo —le contestó su esposa.

Corinne examinó la tienda: cada pasillo, el mostrador, y, en especial, la zona de los probadores. Lo tenía claro; aquel era el lugar idóneo para materializar los deseos ocultos de su marido. Asió cuatro prendas al azar (de poco le importaba el diseño o el tipo de corte y lo último que se le pasaba por la cabeza era cubrir su propio cuerpo con ellas) y entró en el probador más lejano de una fila de seis.

—Pasa conmigo —dijo en voz baja Corinne a Luther.

—No. Te espero fuera —objetó este.

—¡Que pases! —le ordenó ella con severidad, pero sin alzar la voz.

El hombre entró junto a su esposa en el probador. Para ser un habitáculo para el cambio rápido de ropa, resultaba un lugar espacioso. Ella colgó las perchas con ropa de la tienda en un par de ganchos y, con sorpresiva determinación, se bajó el escote del vestido junto al sujetador y sacó los pechos a pasear. Se inclinó hacia Luther y los dispuso a un par de palmos de los ojos de este.

—¿Qué haces? —se sorprendió el hombre.

—Cómetelas.

—¿Qué? ¿Aquí?

—¡No, en casa! ¿A ti qué te parece?

—Pero, Corinne, cielo, ¿y si nos pillan?

—Nos tendremos que arriesgar. ¿No te da morbo? —Ella tomó las manos de su marido y las deslizó por debajo de su falda para que le agarraran con fuerza el trasero.

A Luther se le abrieron los ojos de par en par; emitió una serie de jadeos contenidos. Y, de repente, como un potro desbocado, se lanzó hacia ella y la besó. Apretó las manos con fuerza desmedida hasta hacer diez marcas rojizas, las correspondientes a los extremos de sus dedos, en los glúteos de su mujer. Cuando terminó de besarla, se agachó y le bajó las bragas, y comenzó a practicarle un *cunnilingus* como Corinne no recordaba. Después de ello, Luther giró a su esposa y le subió la falda del vestido hasta la cintura. Así, los dos quedaron enfrentados al espejo del probador, contemplándose a sí mismos, como si fueran los dos únicos espectadores de un video pornográfico casero. ¿Los únicos? Mientras su marido la penetraba con ganas insanas, atraída

por un leve movimiento, a Corinne se le fueron instintivamente los ojos hacia el suelo. Y, entonces, lo vio. Un pequeño, un niño de apenas cuatro años, los observaba por el hueco inferior de la puerta de probador. Aquellos dos ojos curiosos con todo por descubrir admiraban la escena sin apenas parpadear.

—¡Luther, un niño! —susurró Corinne.

—¿Qué?

—Hay un niño espiándonos por debajo de la puerta.

—¡Chsss! ¡Vete! —Luther no paraba de dar placer a su mujer.

—¡Niño, vete! —dijo ella sacudiendo una mano.

—Voy a parar, cariño. Nos va a delatar.

—Ni se te ocurra, Luther. Piensa en algo.

El hombre, sin parar de realizar movimientos de vaivén, examinó cada rincón de aquel habitáculo. En cuanto la ropa de talla extragrande que había tomado Corinne como excusa se alineó con sus pupilas, estiró los brazos, la agarró y lanzó las prendas al suelo, hacia la entrada. Todas ellas quedaron amontonadas de tal forma que taparon el hueco de la puerta y, así, la visión del niño.

—Corre, date prisa, antes de que nos llamen la atención. Termina.

—¡Ya voy, ya voy! —Luther estrujó los pechos de su mujer al tiempo que aceleraba la cadencia con la que la penetraba. El sonido del choque de sus caderas se intensificó, con el riesgo que ello suponía, pero gracias a ello consiguió eyacular más pronto que tarde y sin ser descubierto.

Por supuesto, Corinne no llegó a comprar nada en aquella cadena de ropa. En cambio, sí disfrutó de una bebida tonificante junto a su marido antes de que terminara la película que estaban viendo sus hijos.

Era domingo por la noche, y Charissa se encontraba acelerada a más no poder. Se había dado una segunda sesión de rayos UVA, desatendiendo así los consejos de espaciar las sesiones a un mínimo de cuarenta y ocho horas. Su piel tenía el tono de bronceado de quien pasa un fin de semana entero en la playa; de su cabeza brotaban una infinidad de espirales chocolateadas; y las prendas que vestía las podría haber llevado cualquier veinteañera afroamericana proveniente de área oeste de Salt Lake City.

Miró el móvil: las 19:00. En unos quince minutos Piers estaría en casa. Se puso más nerviosa. Quería gustarle; estaba decidida a seducirle; y deseaba que enloqueciera al verla. Y más debido a lo que le había pasado: Charissa, en un arrebato por mostrar los resultados a su marido, había acudido ese mismo día, en calidad de visitante, al hospital donde él trabajaba.

Sobre las 16:00. Tres horas antes del momento presente. Cuando preguntó en el control de la zona adjudicada al hombre con el que estaba casada, le informaron de que el doctor Makenzie se había cogido un pequeño descanso y que, probablemente, se encontraría en la cafetería. Así que allí se dirigió. Y lo vio. A lo lejos. No quiso acercarse dada la visión que obtuvo de él. Piers estaba compartiendo mesa con una mujer jovencísima. Pero ese no había sido el inconveniente. De hecho, Charissa se habría acercado aún con más motivo. El problema radicó en el hecho de que aquella chica de unos veintitantos años era afroamericana. Intensamente afroamericana. De piel marrón como el chocolate más dulce, y labios tostados como el mejor de los cafés en grano. Charissa no podía competir contra ella; no en cuanto a aspecto. Su capacidad para albergar dudas se vio colmada. Así que, desalentada, y esperando una mejor oportunidad sin una oponente a la que enfrentarse en el cuerpo a cuerpo, se había ido a casa, a esperar su momento, a recibir a su marido y ofrecérsele sin una oponente directa.

Pasados quince minutos de las siete de la tarde, y otro cuarto de hora más, finalmente la cerradura de la puerta principal sonó. Charissa corrió a esconderse en el baño, a darse unos últimos retoques de maquillaje en la cara, a respirar hondo y aplacar sus nervios. Mientras eso ocurría, Piers fue directo a la cocina, abrió la nevera, y dejó correr, como siempre, el contenido de una Crush de naranja por su garganta. Miró a su alrededor; todo estaba en silencio.

—Cariño, ¿estás por ahí?

—¡En seguida voy! —gritó ella desde el baño.

Piers volvió a dar un trago a la lata. Cuando sus labios estaban todavía en contacto con el metal, Charissa apareció por la puerta. El hombre se sorprendió. Espurreó todo el líquido gaseoso acumulado entre sus mejillas. El refresco cayó sobre la encimera como el agua de un nebulizador lo hubiera hecho sobre la mesa de una terraza. Impresionado, Piers solo atinó a preguntar:

—¿¡Qué te has hecho!?

—¿No te gusta? —La mujer se dio cuenta del gesto facial de desconcierto en su esposo—. No te gusta. —Y se marchó rauda.

Piers tuvo que salir de la cocina en busca de su mujer. La alcanzó a la altura de los primeros peldaños de la escalera.

—Espera.

—Voy a cambiarme. Déjame.

—No. Sí que me gusta. Es solo que no esperaba verte así. Estás muy diferente. Me ha pillado totalmente por sorpresa.

—Ah, ¿sí? —En ese instante, Charissa vislumbró un rayo de esperanza. Por fin, le pareció que empezaba a hacer las cosas bien. Y más cuando su esposo la tomó por los hombros y la besó en los labios con un poco más de pasión de lo que lo había hecho en los últimos meses.

Moviendo los ojos hacia arriba, y con una suave elevación de cabeza, la mujer tanteó—: ¿Te apetece...?

15

Arabella pidió a Crystal que regresara, previa llamada a Dollhouse.

Al igual que la vez anterior, la *escort* interpretó el papel de empleada del hogar. Y esa vez la dueña de la casa sí avisó a su marido de la visita de aquella mujer que llevaba tras de sí una embriagadora brisa marina. A Raymond se le disparó la testosterona cuando la vio dentro de un vestido mini estilo mesonera de tirantes y con estampados florales.

Adelante, adelante –dijo él con mucha complacencia.

Crystal entró en la residencia de los Varley con toda la gracia del mundo y atravesó el recibidor como si, a cada paso, sus botas altas tan claras como el alabastro entraran en contacto con esponjas naturales.

–Hola, señora Varley –saludó con una amplísima sonrisa y un guiño de ojo que Raymond no pudo llegar a apreciar.

–Buenos tardes, Crystal. Encantada de verte otra vez. ¿No la ofreces nada de beber, Ray?

–Eh, no, no, yo...

–Sírvela lo que quiera. Las temperaturas han subido hoy. Vendrá acalorada.

«Tú sí que estás acalorado ahora mismo», le hubiera gustado decir a su esposo Arabella, mas solo lo pensó. «Y tienes la cabeza encendida como la piedra de un mechero, ¿o me equivoco?».

Raymond no se molestó en preguntar qué quería de beber la mujer contratada para encargarse falsamente de la limpieza y el orden de su casa. Del mismo modo que la vez anterior, agarró una Coca-Cola Zero y se la entregó, junto a un vaso, a Crystal.

–Muy amable –agradeció ella.

–Bueno, bueno...

Raymond y Crystal giraron sus cabezas hacia Arabella, que era quien acababa de emitir aquella última voz.

–Si te hemos vuelto a llamar–continuó–, supongo que entenderás que es porque quedamos satisfechos con tu labor. ¿A que sí, cariño?

Raymond se quedó cortado por un momento; levemente ruborizado. Tan pronto como

tomó conciencia de que se necesitaba su valoración, carraspeó y contestó:

–Sí, sí. Realmente contentos. Hiciste un trabajo excelente.

Crystal, que había vertido más de la mitad de la lata en el vaso, dio un sorbo a aquella efervescencia chisporroteante y sonrió a la pareja cortésmente.

–Por favor, cámbiate cuando estés lista –pidió la dueña de la casa–. Pero, por favor, empieza por la parte de arriba si eres tan amable. Igual que la semana pasada.

–Por supuesto, señora Varley.

Mientras Crystal se cambiaba de ropa en el cuarto de baño de invitados de la planta baja, Arabella y Raymond se metieron en su dormitorio. A esas alturas, dentro del cráneo de él solo había cabida para el sexo. Y en cuanto oyó a la que él creía que era una verdadera empleada del hogar trabajar en la habitación de al lado, todas sus necesidades amorosas precisaron plasmarse a través del coito. Junto a Arabella.

La pareja se besó con locura. Él recorrió cada centímetro del cuerpo de su mujer con las manos, primero; después usó los labios de forma prodigiosa. Arabella gimió del placer al contacto de la lengua de su marido con el clítoris. Bien alto. Tan alto como para ser oída, no en la habitación contigua, sino dos más allá. Posteriormente, en un acto recíproco, ella le devolvió el mismo tipo de sensaciones a través de una felación esmerada.

–Ponme a cuatro patas.

Raymond colocó las manos en la cintura de su mujer y la ayudó a girarse. Y al igual que un cuadrúpedo, la penetró desde atrás. Una y otra vez, cada vez más fuerte. Lo único que lo diferenciaba en aquel momento de un perro era la contención de la lengua dentro de su cavidad bucal, pero los jadeos no distaban en exceso. Y los gritos de ella no hacían más que encender su pasión; hinchar su instinto animal.

Si él estaba fuera de sí, el estado de ella no le iba a la zaga. Incluso lo excedía.

–¡Sí, sí, sí, sí! –vociferaba Arabella–. ¡Llámala!

–¿¡Qué!? –pronunció él sin dejar de golpear la cadera contra los glúteos de su esposa.

–¡Que la llames!

–¿A quién?

–¿¡A quién va a ser!? ¡A Crystal!

–Pero déjala que limpie lo que quiera. Ella sabe lo que hace.

–*Ma sei coglione?* ¡Que la llames para que venga aquí!

Raymond dejó de menear su cuerpo adelante y atrás. Mientras respiraba honda y avivadamente, preguntó:

–¿¡Quieres que limpie aquí mientras hacemos el amor!?

–*Madonna santa!* –exhortó ella con evidente tono de desesperación–. ¡Quiero que se sume a nosotros! ¡En la cama!

—¡Pero ¿tú te has vuelto loca!?

—¡Ve a por ella ya! ¡Tráela!

—¡No! ¡Se asustará! ¡Puede que hasta nos denuncie! ¿Tú has visto lo joven que es?

—¡Aparta! ¡Yo misma traeré a esa *figa*! —De un empujón, Arabella quitó de en medio a su marido. Salió desnuda del dormitorio principal y, a los treinta segundos, entró de vuelta con Crystal cogida del brazo. La lanzó a la cama, en la que Raymond todavía permanecía, solo que ahora perplejo ante las nuevas circunstancias.

Arabella no comprendía lo que la pasaba. De lo que sí tenía pleno conocimiento era de que necesitaba más; no le bastaba con ser penetrada por el hombre con el que había estado casada por quince años. Su vagina ardía, y su mente se había nublado hasta tal punto que frente a sus ojos verdes volvían a caer las cascadas de Varone. Y de la última visión de la caída de esa agua hacía más de dos décadas, en el norte de Italia, cerca de su ciudad natal. Aquello que había calmado las fantasías sexuales de su marido a través de una pantalla, en ese instante se había convertido para ella en la manera de resolver una urgencia física tan real como el aire que necesitaba para seguir con vida.

Mediante un par de tirones, Arabella retiró el uniforme de limpiadora de la mujer contratada por ella misma. Crystal no opuso resistencia, ya que momentos antes, durante aquel escaso medio minuto en el que la dueña de la casa había salido a buscarla a la habitación de al lado, le había prometido doblar sus honorarios si realizaba un trío. Raymond observó con asombro, y enorme deseo, el cuerpo terso de la joven. Los globos oculares, por supuesto, hacían esfuerzos por no salirse de las cuencas.

—Métesela —le ordenó su esposa.

—Bella... —titubeó él—. Pero, Bella, cariño, ¿has perdido la cabeza?

—¡Que se la metas! ¡Quiero ver cómo te la follas!

Arabella no podía creer que aquellas palabras sucias estuvieran saliendo por su boca, pero así era. Impulsada por el deseo, dominada por la lascivia, poseída por un súcubo, agarró el pene erecto de Raymond y lo dirigió como una lanza hacia la vulva de Crystal.

—*Trombare questa zoccola!*

Los brazos de Arabella rodeaban el torso de su marido, el cual se encontraba de rodillas sobre la cama, con la inesperada invitada tumbada bocarriba y pegada a él. El hombre manejaba el vaivén de su propio miembro con destreza mientras trataba por todos los medios de contener la eyaculación. Arabella, mientras tanto, asomaba la cabeza por encima del hombro izquierdo varonil tras en el que se encontraba, de modo que obtenía la misma visión que Raymon, la visión de la penetración frontal de aquella joven profesional del sexo.

—Dala duro. Que gima de placer. Así, *amore*, así... —le susurraba al oído.

Aquello parecía excitarle aún más a Raymond, que cada vez embestía con más fuerza y

con una cadencia más vertiginosa a Crystal.

Cuando Arabella sintió que a su marido estaba a punto de culminar, le obligó a sacar el miembro del interior de la vagina que estaba penetrando con tanta ansia. El ya consensuado trío salió de la cama, y Arabella invitó a Crystal a arrodillarse en el suelo junto a ella. Entonces, Raymond, de pie, recibió una felación a dos bocas. La suavidad de la acción le ayudó a contenerse. A pesar de que las dos mujeres succionaban el mismo pene, y de que en el proceso una tomaba inevitablemente la saliva de la otra, no resultó un impedimento para ninguna de ellas. Inauditamente para Arabella, pues eso era algo que en el pasado le habría parecido una completa falta de moralidad.

Después de que las dos mujeres deslizaran sus lenguas húmedas por aquel glándulo congestionado por el bombeo inagotable de sangre, e incluso las entrelazaran entre sí, Arabella pidió a Raymond que siguiera yaciendo con ellas.

Los juegos sexuales se sucedieron. Raymond se recreó con una y otra mujer, en diferentes posturas y a desiguales ritmos, hasta que finalmente no aguantó más y descargó todo su esperma.

Después de aquella sesión prolongada de sexo increíble, y ya sin Crystal en la casa, hombre y mujer descansaron hasta el día siguiente. Y, como un sueño que debe permanecer para siempre en el cerebro del durmiente, Arabella se prometió que jamás desvelaría a su marido la verdadera ocupación de la mujer con la que habían compartido sus relaciones más íntimas.

—Gracias, otra vez, por citarme con tan poco tiempo.

—No hay de qué, Jillian —restó importancia al hecho la doctora Kanderstappen—. Pero, de verdad, no hace falta que sigas agradeciéndolo. Ha coincidido que ha habido una anulación de última hora. Además, que, si vienes de parte de Perlíe, estoy segura de que serás un reto.

—Esta Perlíe... ¡Cómo es! Cuente. Cuente.

—Ejem. Estaba pensando en alto. Me parece que estamos aquí para hablar de ti, no de ella, así que ponte cómoda y cuéntame qué te preocupa. ¿Por qué has decidido acudir a mi consulta?

Jillian tomó asiento. Inquieta, como siempre, le costó recostarse en el diván y cerrar los ojos. Después de unos ejercicios de respiración propuestos por la psicóloga, y de unas palabras tranquilizadoras, la mujer pareció relajarse. Entonces, ante la reiteración de la doctora Kanderstappen, expuso todas sus tribulaciones. Desde la chispa que prendió la mecha de su divorcio hasta las recientes inclinaciones sexuales descubiertas de su exmarido, pasando por su obligada salida del Club de las Esposas Dichosas.

A decir verdad, Jillian no era una persona muy dada a escuchar lo que se le decía. A ella, más bien, le gustaba atosigar a las personas con su palabrería. Así que, de todo lo que le comentó

la psicóloga, solo se quedó con lo poco que le interesaba. Lo primero, que Spencer, probablemente, sufriera de dendrofilia. O, dicho en palabras más sencillas, el hombre que la había pedido la separación experimentaba una parafilia por la que sentía atracción sexual hacia los árboles y las plantas, y por eso los usaba como objetos para calmar sus deseos carnales. El otro tema por el que prestó atención fue por su expulsión del club al que había pertenecido. Al parecer el miedo a estar fuera de él radicaba en su falta de autoconfianza por los recientes sucesos y, quién sabía, si alguno que proviniera desde mucho más atrás, pero eso era algo que la psicóloga no podía averiguar con tan solo una sesión.

Jillian no hizo demasiado caso a esto último. Ella estaba convencida, y nadie iba a sacarla de su parecer, de que la pertenencia al club en el que había pasado tantas tardes de jueves, y en el que había chismorreado tanto, era su vida. Sin él, se sentía vacía.

—Bueno, ahora que ya hemos hablado de mí, hablemos de Perlie, ¿no le parece? — insistió—. ¿Sabe?, el otro día la pillé en bata. Oía un poco fuerte. Yo creo que estaba duro que te pego con su marido. Ya sabe... —Insertó el dedo índice de la mano derecha en una circunferencia descrita con los dedos índice y pulgar de la izquierda.

—Por favor, Jillian. Ya te he explicado que mi código profesional me impide hablar de otros clientes.

Jillian incorporó el tronco y replicó:

—Ya, ya, si ya lo sé. Era solo por comentarlo. Es que últimamente no andaba muy bien. Bueno, ¡qué la voy a contar!, usted lo sabrá todo mejor que yo. ¿A qué sí?

La doctora Kanderstappen giró la muñeca y echó un vistazo, tan forzado como exagerado, a su reloj de pulsera.

—¡Vaya! Me temo que la sesión ha terminado. Lo siento, Jillian, pero tengo a otro cliente esperando. Puedes pedir cita si lo crees conveniente. O no. Tú tranquila, sigue mis consejos, te irá bien.

En cuanto la mujer recientemente divorciada salió de la consulta, la psicóloga respiró aliviada y comentó para sí misma:

—Qué pesada. Si todas sus amigas son como está, no me extraña que Perlie esté tan hecha polvo.

16

Perlie parecía otra persona.

–¡Madre mía, chicas! –expresó con júbilo–. ¡Ha funcionado!

–Cuánto me alegro. Así se hace.

–Sí, y yo –se sumó Charissa a la manifestación de Corinne, solo de palabra pues mantenía la mandíbula apoyada en una mano y una sonrisa más falsa que su rizado capilar.

–¡Enhorabuena, *ragazza*!

–Estoy como más...

–¿Segura de ti misma?

–Sí, eso es –le dijo la mujer de origen surcoreano a la de ascendencia italiana.

–Pero ¡cuenta, cuenta!, no escatimes en detalles –inquirió Corinne–. ¿Verdad, chicas?

–Oh, sí. Por supuesto –declaró Charissa nuevamente con desgana disimulada. En cuanto notó el silencio acusador, dejó de mirar al infinito y se fijó en que los ojos de sus compañeras estaban puestos en ella. A raíz de ello, creyó que habían accedido a su mente y que sabían toda la verdad. Inspiró con sonoridad y exhortó–: ¿¡Qué!?

–Caray, Charms, es que me resulta raro verte así. Pareces otra persona.

–Sí, Cha-Cha. ¿No quieres volver a tu estado natural? No sé, este no te pega demasiado.

–Ah, ¿no? –se molestó la mujer objetivo de las críticas–. ¿Y por qué no?

–Es que ese pelo... Si Dios te hizo rubia y blanca por algo sería. Por no hablar de la ropa. Chica, yo no le veo la clase por ningún lado.

–Pues para que lo sepas, Bella, para que lo sepáis todas, a mi marido le encantó –mintió, sobre la marcha, Charissa–. Le puso a cien. Qué digo a cien... A mil por hora. Se convirtió en el maldito Patrick Dempsey. Y yo en Meredith Grey.

–Creo que estás mezclando realidad con ficción.

–Creo que estás mezclando realidad con ficción –repitió con tono burlón la mujer a la que habían corregido.

–Me refería a que uno es el actor y la otra la...

–Ya te he entendido. Y vosotras a mí también, ¿cierto? Lo importante es que le encanta

mi nuevo aspecto. Y le pone a tono. Hicimos el amor durante horas. Así que no, no voy a echarme atrás. Esta es la nueva Charissa.

—Si a ti te funciona, ¿quién narices somos nosotras para contradecirte? —intentó calmar el ambiente Corinne—. Además, nunca está de más tener a una *hermana* en el club—. A pesar de que la mujer de origen afroamericano intentó poner una entonación de los suburbios, no fue capaz de disociarlo de su acento pijo de barrio residencial.

—Claro, nos alegramos por ti. Faltaría más. Lo siento, Cha-Cha. Pero ¿por qué no dejamos a Perlie continuar? Luego, cuando llegue tu turno, podrás contarnos todo con pelos y señales.

Charissa asintió en silencio con la boca torcida y se abstrajo. Entonces, ante el interés manifiesto de Corinne y Arabella hacia Perlie, esta última expuso:

—Eh... ¿Por dónde iba?

—Da igual.

—Sí, da igual. La cuestión es que des detalles. Cuantos más, mejor.

—Poca cosa. Usamos un set de *bondage*. A recomendación de una profesional, por supuesto.

—¿No me digas que fuiste a un club de sadomasoquismo?!

—¡No...! Me refería a la mujer de la tienda.

—Ohhh —pronunció con notoria decepción Corinne.

—Lo cierto es que era algo muy sencillito. Esposas, antifaz y una pequeña fusta.

—¿Te gustó que te azotara?

Perlie se ruborizó.

—Venga, Perlie, suéltalo. ¿Te gustó que te azotara? —repitió Corinne, y esta vez la pregunta sonó más como la de un interrogatorio policial.

—Pues... tengo que confesar que sí. Pero... ¿Sabéis lo que más me gustó?

—No, no. Cuenta, cuenta.

Tras morderse el labio inferior hasta por cuatro ocasiones, Perlie reveló:

—Lo que más me gustó fue cuando yo le azoté a él.

—¡Vaya, vaya, con la timidita! —bromeó Arabella—. Claro que sí. Mujeres al mando.

—Dejemos de hablar de mí, por favor. ¿Cómo os fue a vosotras?

—Ay, esperad que os cuente —pronunció Corinne con los nervios de un niño a punto de subirse a una montaña rusa. Tras darse una palmada en el muslo, continuó—: No os lo vais a creer. Ni yo me lo creo aún. Resulta que Luther y yo fuimos con nuestros hijos al The Gateway. Ya sabes —se dirigió a Perlie, la única madre junto a ella del grupo— lo difícil que es encontrar un momento a solas, sin ellos. Así que allí, aprovechando los cines, les engañamos.

Mientras la reunión del Club de las Esposas Dichosas se desarrollaba, Charissa se ausentó mentalmente del salón de la mujer que estaba relatando su experiencia en los probadores de un

centro comercial. No podía creer que a todas les hubiera ido bien menos a ella. ¡Con todo el esfuerzo que había puesto! Todavía faltaba que Arabella contara el resultado de su estafalario plan, pero, a juzgar por la expresión jubilosa que exhibía y su buen humor, había sido exitoso. ¿Qué había hecho ella mal? O peor, ¿qué no había hecho que las demás sí? No lo comprendía. ¿Podría ser que Piers, su Piers, se hubiera convertido en un vetusto individuo dominado por las restricciones? El doctor Makenzie en el hospital; el señor Makenzie en el hogar; y el viejo Makenzie en el lecho conyugal. «Tal vez, si le meto Viagra, cumpla como un hombre. Es médico, no me costará mucho conseguirla», elucubró. «Pero, pensándolo mejor, ¿qué mérito tendría? Me necesitaría para aliviarse como podría necesitar a otra cualquiera. Tiene que desearme a mí por encima de todas las cosas».

–Cha-Cha, ¿estás escuchando?

Charissa salió de su ensimismamiento y dijo:

–Sí. ¿Qué pasa?

–No sé. Parecías ida. Ahora voy yo. Atiende. Atended todas. ¿Recordáis la experiencia con Crystal?

–La limpiadora –recordó Perlie.

–Esa misma. La volví a llamar. Bueno, bueno... Cuando Ray la vio, no daba crédito. Ya, entonces, noté cómo el corazón, y otra cosa, se le ponía a funcionar. Así que volví a pedirle que limpiara la habitación de al lado...

La materia gris tras el pelo teñido de oscuro y rizado de forma artificial de Charissa comenzó a entrelazarse con el mundo de la entelequia. «Puede que mi tono de piel todavía siga siendo demasiado claro. ¡Claro, eso es! Al fin y al cabo, para ser afroamericano el color de piel es lo primordial. Por mucho que me vista, por mucho que me cambie el pelo, por mucho que modifique mi actitud, sigo siendo caucásica, con un tono más moreno, pero caucásica. Y lo que a Piers le gusta son las afroamericanas, no las imitaciones. Así que lo que yo necesito no es parecerme a una, sino convertirme en una mujer de piel negra».

–...y se sumó a la fiesta.

Aquella confesión devolvió a Charissa a la realidad más inmediata. Redireccionó sus pabellones auditivos, así como los ojos, hacia su charlatana amiga.

–¡Hala! –prorrumpió Perlie.

–¡Venga ya! ¡No te creo! –alucinó Corinne.

–Os lo juro. Y nos montamos un trío. Como los de las películas.

–Pero, Bella, no sé yo si eso está moralmente aceptado. No sé yo si en tu Iglesia... –trató de desanimarla Charissa.

–Escucha, cuando se trata de salvar mi matrimonio, todo está aceptado, señora-quiero-ser-como-Beyoncé.

Charissa gruñó; Arabella, en cambio, con una amplia sonrisa, expresó:

–Pensé que sentiría asco, o celos, o las dos cosas a la vez. Pero lo que sentí fue excitación, y morbo, y un deseo irrefrenable de practicar sexo.

–Madre del amor hermoso, perdónala, Señor, está delirando –intentó disculparla Corinne ante los ojos de Dios.

Perlie estaba a punto de taparse las orejas con las manos como una niña que no quiere oír más. Obviamente, como adulta, no llegó a hacerlo.

–De delirando nada. Y, claro, os podéis imaginar que por su parte no hubo ninguna queja.

–¿De tu marido? ¡Nos ha fastidiado! Yo al mío lo hubiera matado en directo.

–Pues yo al mío no, Cha-Cha. Lo veía disfrutar, y eso me excitaba. Supongo que el verme disfrutar a mí a él también le excitaba. Todavía más. ¿Y sabéis qué? Que si lo que le pone es verme disfrutar, voy a cumplir sus deseos.

–Bella, anda con cuidado, por favor.

–Os recuerdo que lo que se dice en el Club se queda en el Club.

–No lo decía por eso –reformuló Corinne–. Puedes confiar en nosotras. Pero sé discreta. No llames la atención. Nuestra comunidad religiosa no se lo tomará nada bien si se llegan a enterar. ¿*Capisci*?

–*Capisci*. Nadie mejor que yo para la discreción.

–Si tú lo dices... Bueno, y tú, ¿qué? ¿Vas a entrar en detalles? –se dirigió Corinne a Charissa.

–Por supuesto que voy a entrar en detalles. Primero os contaré cómo comencé mi transformación y cómo se sorprendió Piers cuando me vio. Para bien. –Realmente aquella mujer con el pelo teñido de marrón oscuro iba a relatar su paso por el centro de bronceado y la peluquería recomendada por Corinne porque necesitaba tiempo para inventarse una reacción pasional, invadida por el sexo, por parte de su marido y que, al mismo tiempo, resultase lo más verosímil posible. Siempre sin quedarse atrás frente las experiencias relatadas por sus amigas.

Cuando Charissa concluyó su testimonio, las cuatro integrantes del Club de las Esposas Dichosas convinieron en seguir ejecutando el mismo plan dados los excelentes resultados hasta el momento. Si algo funcionaba ¿por qué cambiarlo? Y si ellas se sentían cómodas, más incluso que sus propios maridos, entonces, aquello resultaba una razón de peso para mantener sus nuevos hábitos sexuales y, quién sabía, quizá hasta expandirlos.

Jillian estuvo rumiando los consejos de la doctora Kanderstappen durante toda la semana. Plantas, árboles, flores... ¿Qué sentido tenía todo eso? Pero, claro, si se trataba de una desviación sexual, no había más remedio que entenderlo y tratarlo. En ese orden. Por ello, la mujer recientemente divorciada se decidió a pasar un día entero rodeada de vegetación. Solo así, tal vez, pudiera interpretar lo que sucedía en la mente de su exmarido. Puede que incluso empezara a concebir la idea de ayudarlo e instarle a buscar ayuda psicológica. Quién sabía.

Caviló sin prisa dentro de la bañera mientras las sales de baño reducían su estrés en el agua tibia. Podía ir de nuevo al Liberty Park. También podía optar por un lugar tan espléndido como el Memory Grove Park. «Oh, sí, desde luego ese parque es verdaderamente una delicia», pensó. Lo siguiente que le cruzó por la mente fue la realización de una ruta a pie; el senderismo podría ayudarla a conectar con la naturaleza. No muy lejos del Memory Grove Park se hallaba el famoso City Creek Canyon, un área natural como pocos, donde cientos de deportistas caminaban a diario entre el verdor más refrescante de la Ciudad de los Santos. «Demasiado cansado», arguyó. Jillian encogió las piernas, juntó los párpados y sumergió la cabeza en el agua. Aguantó la respiración. Y ahí, en las reducidas profundidades de su bañera de latón, se le ocurrió el sitio perfecto. «Qué mejor lugar para conocer las características de las plantas y al mismo tiempo admirar su belleza que el jardín botánico?»

Estaba decidido.

Al cabo de una hora, la mujer había aparcado frente al Jardín botánico de Red Butte, en el noreste de Salt Lake City, y había pagado los dieciséis dólares que costaba la entrada. La primera zona por la que paseó fue el Four Seasons Garden. Como era primavera, en el recinto florecían los manzanos silvestres, los espinos rusos y los cerezos cornelianos, en mayor medida, y el olor aliáceo proveniente de los bulbos de *allium* se colaba allá donde hubiera un par de orificios nasales. Y es que más de un visitante se quedaba sorprendido al descubrir, después de buscar por las inmediaciones, que allí no había rastro de ningún puesto ambulante en el que se vendieran cebollas o ajos.

Después de permanecer un buen rato en ese primer jardín, Jillian atravesó un paseo floral

en el que la diversidad de tramos (de sensación mediterránea; con un arco de guillomos sobre el camino; abigarradamente guarnecido por una cama de flores multicolor; bajo el cobijo por un bosque de narcisos...) se le asemejó más a un túnel interdimensional que a cualquier lugar de la Tierra. Aquel paseo desembocó en terreno plagado de rosas. Y a este le sucedió un jardín acuático tan magnífico como refrescante. Jillian se sentía embelesada por toda aquella belleza, pero, desde luego, no excitada. Sexualmente hablando.

Cuando poco después se adentró en una terna de jardines temáticos únicos (con plantas medicinales, con plantas utilizadas para dar sabor a alimentos y bebidas, y con plantas de fragancias atrayentes y vigorosas), se fijó en un plátano de sombra. Ahí estaba, solo, en el centro de una pequeña glorieta, salvaguardado por un muro de contención que no sobrepasaba la altura de las rodillas de una persona de estatura media y que, además de contener la tierra, servía para delimitar el espacio hasta donde podían extenderse las raíces de dicho árbol. Jillian rotó trescientos sesenta grados, examinando los alrededores con afán. La zona parecía desprovista de visitantes; al menos, justo en ese instante. Pensó en Spencer, en lo que le había visto hacer, y también en lo recomendado por la doctora Kanderstappen. Tenía que ponerse en su lugar: sentir como él; experimentar sus emociones. Y con toda aquella amalgama de ideas, cuando menos, estrafalarias, y aún sin creerse lo que estaba a punto de hacer, Jillian alzó una pierna y se subió al poyete. A hurtadillas, se aproximó al árbol, donde empezó a restregarse contra el tronco como una perra en celo lo haría con la pierna de su amo. Lo abrazó, lo besó, y hasta frotó sus partes íntimas contra aquella rugosidad que no le sedujo lo más mínimo. Viendo que no obtenía ningún placer sexual, y sintiéndose una completa idiota, maldijo en alto su propia estupidez, y se bajó de allí antes de que alguien pudiera verla.

Seguía sin comprender a su marido. Pero ¿qué es lo que veía aquel hombre devoto de las matemáticas en las plantas? ¿Tan cautivadora resultaba aquella parafilia para que un ser humano pudiera experimentar gozo con un vegetal? Entre preguntas que no le llevaban a ningún lado, Jillian terminó el recorrido del jardín botánico. De camino a casa, paró en el supermercado. Un par de compras no le vendrían mal para desconectar, menos aún algún producto de la marca Ghirardelli, el mejor chocolate que hubiera probado nunca. Eligió un surtido premium en forma de cuadraditos, con hasta cuatro tipos de sabores: frambuesa, menta, caramelo y cacao. Cuando se disponía a regresar a casa, una zona en particular del supermercado captó toda su atención. Observó intrigada, parsimoniosa por inseguridad. Y, entonces, se acercó hasta donde primero habían estado sus ojos y parte de su disparatada mente. ¿No habría practicado la psicóloga algún tipo de sesión encubierta sin que ella se hubiera dado cuenta? ¿Y no estaría, a causa de ello, bajo los efectos de la hipnosis? Fuera como fuese, se acercó a la sección de frutas y verduras. «Dendrofilia, ¿eh?», consideró. Espero a que nadie estuviera cerca para no ser objeto de miradas inquisitorias. Y llegado el momento justo, sus manos entraron en contacto, sin miramientos, con

las verduras de aspecto fálico. Las palpó. Incluso las manoseó. Y eso incrementó su temperatura corporal. Una quemazón acudió a sus partes íntimas. Jillian no lo podía creer. Creyó que estaba chiflada, que su exmarido le había contagiado la locura, como si Spencer hubiera sido portador de una enfermedad venérea y no hubieran tomado las precauciones adecuadas durante las últimas relaciones íntimas de su matrimonio.

Pepinos. Eso fue lo primero que echó a la cesta. Pepinos y más pepinos. A estos les siguieron los calabacines y las berenjenas. Obvio que a la vista resultaban demasiado grandes, pero la imaginación de la mujer se encontraba ya disparada. Jillian daba brincos, sin que al parecer le afectara la gravedad de la Tierra, por un sembrado de vergas, en donde los miembros viriles brotaban de la tierra en busca de un destino provechoso. Por ello, la mujer comenzó a salivar ante la visión de los pepinos ingleses. Largos, y firmes, y sin imperfecciones. Aunque por su contextura bulbosa las mazorcas de maíz se hallaran en el polo opuesto, la irregularidad de estas no resultó menos llamativa para ella. Depositó unos cuantos frutos de grano amarillo en el recipiente con asa proporcionado por la tienda, así como nabos. Acto seguido, se fijó en las zanahorias. ¿Cómo no cogerlas? Pero el cestón adyacente, sobre las baldas, la hizo dudar por un momento. ¿Y por qué no tomar a sus hermanas pequeñas? De ese modo, junto con las zanahorias, prendió una bandeja de la variedad *baby*.

Ahora le tocaba el turno a la fruta, pero los alimentos con forma fálica se reducían a las bananas. Aun así, y después de reunir con el resto de la compra un buen racimo cuyo color amarillo indicaba el punto óptimo de madurez, y sin saber muy bien por qué, empezó a agarrar pomelos y tomates. Algo haría con ellos; de eso estaba segura. Así que, con unos movimientos propios de un aprendiz de malabarista, los fue encestando en el recipiente de plástico que sujetaba gracias a su antebrazo izquierdo.

Pagó. Y se fue a casa. Decidida.

En la tranquilidad de su hogar, entre cazos y sartenes, se desnudó. Completamente. Estar al aire libre, con árboles y flores y otras plantas, no había originado ningún ignoto despertar sexual en su ser; en cambio, por primera vez, la sola intención del uso de productos comestibles de origen vegetal para la satisfacción sexual estaba provocando tal excitación psicológica en Jillian que su zona vaginal se encontraba, de hecho, húmeda. Muy húmeda. ¿Parafilia o perversión? ¡Qué más daba! Llegado a ese punto, solo había una cosa que hacer. Los pezones de la mujer se endurecieron hasta adquirir la forma de dos pitones. Se mordió el labio inferior al tiempo que observaba los pomelos. Rauda, los cortó por la mitad con un cuchillo, sobre una tabla. Y empezó a exprimirllos usando como referencia sus areolas. Los jugos cítricos recorrieron primero sus pechos; su abdomen después. Las gotas supervivientes de aquel sensual recorrido se entremezclaron con el vello púbico.

Cuanto más exprimía los pomelos con sus pechos más gemía aquella mujer recientemente

divorciada.

Después les tocó el turno a los tomates. Más que exprimirlos, Jillian los estrujó mientras se los restregaba por el cuerpo. Todo el cuerpo. De pies a cabeza. Se rebozó entera con ellos. Y su grado de excitación llegó a tal punto que sintió la necesidad imperiosa de chupar algo. Lamerlo con deleite. De todo aquello que tenía a mano, el sabor de las bananas se auguraba, incuestionablemente, como lo más sabroso. Arrancó una del racimo. Y la peló. Y como si de estimular un pene se tratara, la sacó y la metió de su boca repetidamente. Con diligencia para no dañarla y a pesar de que, en algunas de las inserciones, llegara a tocarse la campanilla. Buscaba calmar su apetito, pero no el referente al hambre, precisamente. Las lágrimas se le saltaban, a las cuales le acompañó alguna que otra repentina arcada debido al entusiasmo empleado.

Terminó por pegar un mordisco, masticar, ensalivar y tragar aquella plasta blanquecina. Necesitaba los carbohidratos, la energía que de ellos obtendría, para lo que estaba a punto de venir. Había llegado la hora de introducir algo en su vagina. ¿Qué sería lo primero? La cesta de la compra era amplia y variada. Tras decidirse por los pepinos, y aunque Jillian era ya de por sí una mujer regida por cierta espontaneidad, agarró uno de ellos con un ímpetu ignoto en ella hasta el momento. Sin ambages de ningún tipo (pues ya estaba lo suficientemente húmeda), hizo que el fruto verde pino y ceroso atravesara el umbral carnosos marcado por los labios de su vagina. Reino animal y reino vegetal combinados para siempre, sin ningún tipo de barrera que marcara una distinción entre ambos.

El amor fluyó.

Tras unos minutos de placer extremos, les tocó el turno a las mazorcas de maíz. Puede que su cultivo fuera cosa de campesinos, pero el trato que Jillian les dio fue el perteneciente al de las clases más acaudaladas. Así, como si del consolador bañado en oro de una reina se tratara, se introdujo una de ellas por la vagina. Aquella panoja, de superficie rugosa, produjo a la mujer un placer tal que, una vez conocido, sabía que le costaría desprenderse. No quería parar. De hecho, pretendía ampliar sus horizontes sexuales a toda la clase de frutas y tubérculos posibles. Sin excepción, y solo limitado por la finitud de lo que había comprado. Las zanahorias y los nabos pronto quedaron impregnados por su flujo vaginal. En cuanto a los calabacines y las berenjenas, pese a su tamaño, Jillian dio todo de sí para no privarse de unas sensaciones extremas de las que nunca había sido receptora.

Después de aquello, de horas de fruición, suministradas por el mundo vegetal, la señorita Baker, antigua señora McBride, descansó en un lecho de rosas. Metafóricamente. Pronto lo haría de manera literal, se juró. Y es que así pretendía dormir en cuanto lo dispusiera, bajo el amparo del tacto de los pétalos y del aroma floral más natural.

18

–¡Venga, mamá, ¿por qué no quieres que te acompañe?! Necesito hacer un par de compras.

–¡Que no, hija! ¡Que no!

Perlie no sabía cómo deshacerse de su hija. Daba vueltas por la casa, como si así, en algún momento, Mina fuera a decidir parar de seguir sus pasos.

–Pero ¿por qué no? –insistió la muchacha de dieciséis años.

–Pues porque... porque... porque tengo que ir a hablar con una amiga primero –mintió la mujer–. Y no creo que le haga gracia que vaya con mi hija adolescente.

–Es un tema sexual, ¿no?

–¡Mina!

–¿Qué?

–Es un tema que no te incumbe. ¿De acuerdo?

–Pues se lo diré a papá.

–Deja en paz a tu padre. Está muy liado con el trabajo.

–Ya, como siempre. Le pediré a él que me lleve. Cuando regrese.

–Haz lo que quieras. Pero, hasta entonces, quédate en casa. No abras a nadie.

–Me quedaré jugando videojuegos. Tooodo el tiempo.

–Está bien.

–¿Está bien? –se sorprendió Mina.

–Está bien –repitió Perlie.

–Vaya, vaya...

–«Vaya, vaya», ¿qué?

–Pues que si no te importa que me quede enchufada al PC es que es un tema picante. Muy picante.

–En casa lo único picante que hay es el gochu jang. Y si no paras, esta noche te lo echaré en la cena sin avisarte.

–Qué agresividad...

—Perdona, hija —Los nervios le habían jugado una mala pasada. No era propio de ella hablar así, y más a su propia y querida hija. Sin embargo, desde la desinhibición sexual compartida con Patrick, el apocamiento de Perlíe se había visto disminuido y, por ende, sus reacciones, en la vida en general. Pero aquel sentimiento de librición contenida resultaba extraño para ella. Muy extraño e incómodo. Percibía como si a todas horas se lidiara sobre sus hombros una cruenta batalla, como si el diablo del lado izquierdo luchara contra el ángel del derecho.

—¡Que era broma! —dijo la adolescente. —Relájate, anda.

La mujer de origen surcoreano se rio aliviada. Y, tras darle un beso a su hija, salió de casa.

Efectivamente, como le había comentado Mina, aquel desplazamiento estaba relacionado con un tema procaz. Así, regresó a Mischievous, el *sex shop* en el que había adquirido el kit de iniciación al BDSM. En cuanto la dependienta la vio entrar, a juzgar por la caída de ojos y la sonrisa pícara, la reconoció al instante.

—Hola, buenos días —contestó Perlíe, algo ruborizada.

—Le gustó, ¿no?

—¿Cómo?

—Por eso ha vuelto.

—¿Cómo sabe que no vengo a devolver el producto? ¿O a interponer una queja?

—Nunca me ha pasado.

Perlíe se quedó tan cortada que solo atinó a pronunciar:

—Ah, ¿no?

Y la dependienta, con los tatuajes asomándola por el cuello de la camisa como llamas atrayentes hacia un mundo de divertida perversión, contestó con un tajante:

—No.

Al silencio le siguió un leve carraspeo por parte de la clienta. Aclaró la voz y comentó:

—El caso... es que yo venía a por algo más. Y si no es demasiado inconveniente...

—Quiere que le siga aconsejando.

—Si es tan amable.

—¿Qué fue lo que más les gustó?

—Ay, no sé.

—Vamos, no sea tímida, este no es un lugar para andar con remilgos.

Perlíe se llevó las uñas, de un tinte anaranjado muy sutil, a la sien y se rascó entre el cuero cabelludo.

—Puede que el látigo de colas.

—Le va la marcha.

—¿Perdone?

–Que le va la marcha –repitió la dependienta sin ningún tipo de pudor ni corrección–. Es usted una tigresa en el cuerpo de una linda gatita, ¿me equivoco?

Perlie desvió la mirada. Primero a alguna zona indeterminada de los estantes; en cuanto vio que su desazón no decrecía, al suelo.

–Tranquila –dijo la mujer con múltiples perforaciones por toda la cara después de dar una palmada efusiva a su interlocutora en el brazo. Soltó una risotada.

Lo que parecía haber sido un gesto para sosegar a Perlie, en realidad lo que provocó fue una tensión aún mayor en el cuerpo de esta. La mujer a punto de entrar en la cuarentena elevó el mentón con vistas a cerciorarse de si los dos clientes que pululaban por entre los pasillos se estuvieran fijando en ella. No hubo lamentaciones, pues aquella subida de tono espontánea, al parecer, no había despertado ni la más mínima muestra de curiosidad en ellos. Puede que, tal vez, fuera lo estipulado entre clientes habituales de tiendas para adultos, una norma no escrita por los usuarios de aquel tipo de productos, pero Perlie no se consideraba uno de ellos. De ahí su extrañeza, y pese a que ella también tuviera la opinión de que la discreción resultaba esencial en un sitio como ese.

–Oiga, entre usted y yo –susurró esta vez, incluso se acercó un palmo a su interlocutora, como dejando en evidencia que aquello era una confidencia y que buscaba un trato recíproco–. Necesito algo más fuerte.

–¿Mucho más fuerte? –musitó tan sibilantemente la dependienta que más parecía una burla que el interés hecho palabras.

Con los ojos abiertos de par en par y los labios cerrados a cal y canto, Perlie asintió con la cabeza en completo silencio.

–¿Ha sido usted madre?

La pregunta dejó totalmente desconcertada a Perlie. Tanto que no se le ocurrió ni preguntar el porqué.

–Sí –se limitó a contestar.

–¿Y le dio usted el pecho?

¡Pero ¿a cuento de qué veían esas preguntas?! ¿Qué tenía que ver su etapa como madre con la adquisición de productos sexuales en una tienda para adultos? Perlie cada vez comprendía menos, así que tan solo dijo la verdad.

–Sí, pero durante los primeros meses nada más.

–Mmm, veamos... Venga por aquí.

La dependienta guio a Perlie hasta el lugar más recóndito del establecimiento; allá donde no podían ser vistas por los cuatros clientes que pululaban entre los pasillos cargados de juguetes para satisfacer las necesidades sexuales de hasta el más exigente.

–Está bien. Enséñeme los pezones –mandó la dependienta.

–Creo que ha habido un malentendido. Lo siento, no me gustan las mujeres.

–A mí sí.

La seriedad de aquella mujer repleta de tatuajes provocó que Perlie intentara humedecer su garganta reseca por los nervios. Después de ello, y de levantar la mano derecha y encoger todas las falanges menos la del dedo anular, hizo alarde de su anillo dorado de veinticuatro quilates y comentó:

–Además, que estoy casada.

La dependienta se carcajeó.

–No se trata de eso. Hágame caso y sáquese las tetas. Ahora.

Perlie receló de su interlocutora, de si no estaría usando aquella excusa para ver cumplidos sus sueños húmedos de lesbiana.

–Tóqueselos.

–¿Perdone?

–Que se los toque. Los pezones. Así, con los deditos –explicó la dependienta al tiempo que frotaba sus dedos índices y pulgares sobre su camiseta a la altura de sus pechos–. ¡Oiga, ¿quiere que le ayude o no?!

–Pues claro. Ya voy, ya voy. –Perlie le presentó sus senos, no sin clara vergüenza. El rubor en el rostro así lo atestiguaba. Se frotó los pezones ante la atenta mirada de su asesora, a pesar de que ni siquiera conocía el nombre, y hasta que logró endurecérselos.

–Suficiente. Tápese ya si quiere.

Para la mujer de origen surcoreano no hubo esa vez ningún titubeo. Ni un segundo tardó en ejecutar la demanda sugerida.

–No entiendo...

–Verá –explicó la dependienta–. Hay mujeres con los pezones planos que no pueden usar según qué tipos de juguetes. Y a usted no se le marcan demasiado.

Una mirada delatora sobre su busto hizo que Perlie agachara el mentón y dirigiera sus ojos negros hacia los dos salientes custodiados por el escote cruzado de su vestido salmón. Cruzó instintivamente los antebrazos sobre el pecho.

–Pero, por suerte, tiene usted lo que se llaman pezones pseudoinvertidos. Que, a pesar de estar incrustados, con la estimulación tienden a sobresalir. Simplemente quería asegurarme de venderle el producto correcto.

–Ah...

Tras ser conducida a un estante donde se ubicaban multitud de productos destinados a la excitación de la zona pectoral, desde lubricantes a succionadores, la dependienta tomó una caja con el dibujo de unas pequeñas tenazas.

–Son pinzas de mariposa –informó–. Unidas por una cadena. Le gustarán. Continuemos.

La siguiente parada fue frente a los corsés. De toda la variedad allí existente, a juzgar por su determinación, la dependienta parecía que lo tenía claro. Sacó una de las prendas de cuero negro del envoltorio de plástico en el que iba empaquetada y pidió:

–Algo sencillo, pero práctico. Dese la vuelta. Veamos qué tal se siente con ello.

–Despacito, por favor.

La mujer perforaciones en la cara le colocó un corsé de brazos, los cuales quedaron aprisionados por detrás de la espalda, a Perlíe. Primero lo ajustó mediante cuerdas para generar la tensión adecuada; después lo aseguró con dos correas. No había posibilidad alguna de escape. Así que, aprovechando dicha inmovilización y, desde atrás, fuera del alcance de la vista de su clienta, le dijo al oído a esta todas las indecencias que se proponía hacerle:

–Te voy a subir ese vestido de putita rica que llevas. Y te voy a bajar las bragas hasta las rodillas. Seguro que llevas unas de encaje. Eh, ¿coñito apretado?

–Pero ¿qué hace? ¿Se ha vuelto usted loca?

–¿Quieres que te azote? Sé que quieres que te azote. Te voy a dar tal paliza en el culo que se te va a poner al rojo vivo. Apuesto que tienes unos cachetes redondeados como una manzana. Una de esas rojas y apetitosas.

–Oiga, pare, pare... No estoy cómoda.

–Sí que lo estás, mentirosa. Te estás poniendo cachonda. Y más que te vas a poner cuando pase mi lengua por tu coñito chino.

–Soy surcoreana, no china.

–¿Quieres enfadarme? ¿Quieres que me ponga de mala hostia? Está bien, porque te voy a penetrar con una polla de goma tan grande que se te van a saltar las lágrimas.

–Por favor... Por favor...

–Estás bajo mi domino. Y quiero follarte.

–Por favor...

–Por favor, ¿qué?, putita mía.

–¡Por favor, hazlo ya! –declaró Perlíe. Los párpados no pudieron despegársele más. Y tres arrugas se formaron más allá de sus cejas perfectamente depiladas. No podía creer lo que acababa de decir. De haber contado con sus manos, se las habría echado a la boca. Pero no podía tapársela. En lugar de ello, apretó el labio superior contra el inferior de tal manera que ambos quedaron ocultos dentro de su cavidad bucal.

La dependienta se rio a carcajadas; no podía parar.

Perlíe, desconcertada, se giró y preguntó:

–¿Qué ocurre?

Tratando de serenarse, pero todavía bajo los efectos de los espasmos causados por la risa, la mujer a cargo del *sex shop* aclaró:

—Perdone... Es que es usted... un caramelito...

Perlie no entendía nada de nada. Esperó a que la dependiente hablara.

—No se enfade, por favor. Era solo una broma. Le prometo que le haré un descuento. Y no solo eso, le recomendaré algo por lo que me dará las gracias el resto de su vida. Y su marido también. —Antes de proseguir, le quitó el corsé de brazos a su interlocutora y le devolvió la libertad. Luego pidió a Perlie que la acompañara hasta un nuevo estante, dos filas más allá de donde estaban, y, como el más preciado de los tesoros, le colocó con intencionada solemnidad a su clienta una pequeña caja entre las manos, una caja de cartón recubierta por otra de plástico transparente y de apenas unos cuatro dedos de longitud en todas sus aristas.

—Obsequio de la casa.

—¿Qué es?

—Un *cockring*. Le juro, como que estamos usted y yo aquí y ahora, que experimentarán las sensaciones más placenteras de su vida.

—Oh. —Perlie se sentía una total y completa estúpida, pero llegado a ese punto solo tenía dos opciones: o salir de la tienda y no volver jamás, o terminar de una vez lo que había empezado. Con la voz imaginaria de su psicóloga azuzándola en el oído, optó por la segunda alternativa. Por ello, curioseó—: ¿Y a qué se debe eso?

—Lleva vibración. Así que, cada vez que su marido la penetre, notará a través del clítoris...

La mujer atendió a todas las ventajas expuestas por la dependienta sobre aquel anillo inventado para el placer humano, como, por ejemplo, a cómo obtendría un acto sexual más prolongado y a que el tamaño del pene de su marido se vería engrandecido y ello repercutiría en su propio beneficio. Y mientras la retahíla de ilustraciones se sucedían, Perlie se quedó mirando, absorta, la dilatación del lóbulo derecho de aquella mujer a la que le asomaban los tatuajes por el cuello.

Perlie oía, pero no escuchaba lo que le estaban diciendo. Solo observaba aquella perforación, tan grande como para insertar un pene erecto a través de ella. Había sido humillada, por un lado, y desprovista de su vergüenza innata, por el otro, con la broma reciente. Ahora le daba igual qué imaginar y sobre qué no fantasear. Estaba desinhibida, y decidida a comprar todo lo sugerido. Entonces, confeccionó en su mente imágenes mucho más extrañas, retrotraídas de su niñez, como la de la atlética Rosi, de *Fraggle Rock*, columpiándose en el aro. Incluso se vio a ella misma, transformada en un ser diminuto, ejerciendo movimientos pendulares y chocando en cada uno de ellos contra el tentáculo de tinta dibujado en el cuello de su, autoadjudicada, nueva consejera sexual.

Se hacía llamar Stormy.

–¡Ray, he invitado a alguieeeen!

Los ojos le hicieron chiribitas. Y más cuando su mujer asomó por la puerta del salón. Y es que aquel tono picantón utilizado no daba lugar a segundas interpretaciones.

–¿Dónde está? –preguntó él con notoria ansiedad.

–Calma, calma, *amore* –contestó Arabella mientras se acercaba a su marido contoneando las caderas–. Antes, quiéreme un poco a mí.

–Vale, subamos.

–No. Aquí primero. Solos, tú y yo. –La mujer dejó a un lado su bolso cuadrangular de cuero marrón y se soltó el tercer botón del escote. Los dos primeros ya los llevaba desabrochados como forma de mostrar su libertad al mundo. El vestido camisero que cubría su cuerpo le otorgaba un aire sofisticado a la par que tremendamente sensual, y cuyas rayas azules y blancas verticales, tan finas como espaguetis crudos, estilizaban su figura voluptuosa.

Arabella se subió las faldas y ofreció sus carnosas caderas a Raymond. Él las rodeó con los brazos al tiempo que las mordía aquí y allá. Fuerte como para marcar los dientes, pero con la justa delicadeza para no provocar moratones. Le bajó el tanga. Y pronto la lengua tomó el relevo de los dientes. Entró en contacto con los labios vaginales de su mujer, como no podía ser de otra forma. Los movimientos circulares del órgano muscular de Raymond llegaron hasta el clítoris de Arabella. Por supuesto, este, carnoso y eréctil, respondió a la llamada; respuesta que sirvió de invitación a una verga que ya no cabía en los pantalones de su dueño. Luego de que el hombre se quedara al descubierto de cintura para abajo, Arabella le practicó una felación tan húmeda como apasionada. Él permaneció recostado en el sofá, con los brazos por encima del respaldo, como si estuviera rodeando por los hombros a dos acompañantes, una a cada lado.

–Oh, Bella, sigue chupando... –gimió él de placer.

Dicho y hecho. Aquella felación se convirtió en la más obscena y falta de modales jamás realizada por una mujer de clase pudiente y residente en el barrio de East Bench. La verga de Raymond le atravesó la cavidad bucal hasta tocarle la campanilla en varias ocasiones, provocándole así una serie de arcadas que ella solucionó escupiendo su semilla sobre el miembro de su marido. Aprovechó todo aquel líquido para deslizar sus manos desde la base del pene hasta la punta del glande. El escroto del hombre tampoco se libró de los juegos de aquella mujer de origen italiano. Arabella estiró los labios todo lo que le permitieron sus músculos faciales y se metió dentro de la boca la bolsa de piel que contenía los testículos de su esposo. Le chupó el escroto con la lascivia propia de una diosa del amor recién liberada de un cinturón de castidad. Arabella se acababa de convertir en la diosa Venus desatada, desenfrenada, portentosamente desmelenada, que estaba llevando al éxtasis más absoluto a su pareja con todas aquellas

perversiones sexuales realizadas con la boca y que fueron objeto de una imaginación desbordante.

—Subamos ahora —dijo ella inmediatamente después de pasarle la lengua por los alrededores del ano y mientras le masturbaba.

Raymond asintió como un autómatas y sin decir nada. En la cavidad membranosa de su miembro no había una gota más de sangre. En sus pulmones, afortunadamente, todavía quedaba aire.

Subieron las escaleras. Entraron en la habitación. Y Arabella cerró la puerta.

—¿¡Quién es ese!?

¿Era posible que los globos oculares de Raymond se hallaran más lejos de las cuencas que la punta de su verga del abdomen? Posible y lógico.

—¿Cómo que quién es? Es Jacques. Le he invitado a realizar un trío. Bueno, en realidad, he pagado por él.

—¡Espera, espera, espera! ¿Dónde está Crystal?

—¿Crystal? No lo sé. En la agencia para la que trabaja, supongo. O en su casa. ¿Cómo voy a saberlo?

—No lo entiendo, Bella. ¿Por qué está ese tipo en nuestra habitación? ¿Y en pelotas? — Raymond no podía despegar la mirada de aquel intruso, musculado hasta decir basta, y bronceado como si acabara de llegar de un viaje por Cancún. En realidad, no se encontraba totalmente desnudo, pues tapaba sus partes nobles con un suspensorio. De momento...

—¿El qué no entiendes? Hicimos un trío con una mujer. Dos veces. Habrá que equilibrar la balanza un poco hacia mi lado.

—Ah, no, no. Ni de broma. ¡Yo no te comparto con ese!

—*Che cazzo!* ¿Y con mujeres sí?

Raymond se quedó sin palabras. Solo atinó a pronunciar:

—Bueno..., es que no es lo mismo.

—¿Qué no es lo mismo?

—Por favor, sal de aquí —se dirigió Raymond a Jacques.

—*Col cavolo!* —le dijo Arabella.

Aquel hombre contratado para mantener sexo daba pasos adelante y atrás, totalmente confundido.

—No pienso acostarme contigo y con este tipo a la vez —aseveró el marido de Arabella.

—Oigan, arreglen sus desacuerdos y después llámenme. No quiero problemas.

—Sí, será mejor que te vayas —dijo la mujer—. Toma. —Abrió la mesilla y sacó una serie de billetes ya contados y plegados. Se los puso en la mano a Jacques con una firmeza que casi pareció un choque de manos.

Jacques se acercó a por su ropa, doblada sobre una de las mesillas.

–Me cambiaré abajo –informó.

Al darse la vuelta, el suspensorio dejó a la vista sus dos glúteos desnudos, que a pesar de estar palpablemente trabajados en el gimnasio y bien depilados, causaron que Raymond exteriorizara su rechazo mediante una gran arruga que le envolvió la nariz.

La pareja esperó a que el hombre (querido por una de las partes, indeseado por la otra) saliera del dormitorio.

–*Ci fai o ci sei?*

–¿Qué? –preguntó Raymond, pues aquella pregunta en italiano, además de incomprensible, le había cogido pendiente de la salida de su dormitorio de aquel prostituto.

–¿Qué si eres tonto o te lo haces?

–¿Yo?

–¿Quién va a ser si no, Ray?

–Ya te lo he dicho. No voy a compartirte con otro hombre.

–¿Y por qué motivo sí lo haces con una mujer?

–¡Me vas a decir que es lo mismo acostarnos con Crystal que con ese tal...!

–Jacques. Se llama Jacques. Y eso te parecerá a ti. Porque para mí los dos son profesionales del sexo.

–No me pone nada, ¿vale?

–A quien se la va a meter es a mí, no a ti.

–Es que no quiero que te la meta. ¡Pua! ¡Qué asco!

–¿Pero sí quieres follarte a Crystal? ¿A Crystal y a mí? ¿Te gusta pasar de un agujero al otro?

–¡Pues sí! ¡Pues sí!

–*Porca miseria!* Pues si tanto te gusta tendrás que aprender a compartir las experiencias.

–Está bien, pues dejémoslo. No lo hagamos con nadie nunca más. –A esas alturas, Raymond ya tenía el pene como un chicle masticado.

–Ah, de eso nada. Escúchame, Ray. Presta atención porque esto es una amenaza. Me vas a compartir con otro hombre. Ya te digo yo que sí. Porque si no lo haces, habrá consecuencias graves. Las peores que te puedas imaginar. *Lo giuro.* –Y Arabella selló el juramento con un beso sonoro en su propio puño.

Corinne apareció por la fábrica de su marido como si fuera una trabajadora más. La pararon en el control de entrada.

–Soy la mujer de Luther Etienne, jefe de producción en la sección de preparados –

informó.

El vigilante de la garita, previa llamada a la persona referida, subió la barrera de entrada y permitió el paso a la mujer. Después de que Corinne aparcara en las plazas reservadas a los visitantes, la guiaron hasta el despacho de su marido.

—¿Ha pasado algo? —se preocupó Luther nada más ver a su esposa.

—No, ¿por qué? —contestó ella como si tal cosa.

—¿Cómo que por qué? Pues porque has venido a mi trabajo. Nunca has venido a mi trabajo.

—Eso es mentira. Sí que he venido.

—Bueno, vale. Pero cuando han sido jornadas de puertas abiertas. ¿No has podido llamar por teléfono?

—Me temo que no.

—¿«Me temo que no»? ¿Qué clase de respuesta es esa?

—Una —replicó con total indolencia Corinne— ¿Puedo sentarme, caramelito mío?

Aquella forma cariñosa (excesivamente cariñosa) de llamarle le puso sobre aviso.

—Mmmm, ¿qué es lo que quieres de verdad?

—Ya te lo he dicho: sentarme. ¿Puedo o no?

—Sí, pero estoy muy liado. Siéntate y dime a qué has venido realmente.

Los dos tomaron asiento, él inmediatamente después de su imprevista visitante.

—A esto —confesó ella.

Luther pegó un respingo en su silla de oficina. No llegó a levantarse; se agarró a los apoyabrazos. Observó su entrepierna, y descubrió que allí se hallaba el pie descalzo de su esposa. Corinne se había quitado el zapato de tacón, y acababa de pasar la pierna derecha por debajo del hueco del escritorio. De ese modo, acariciaba con destreza los genitales del hombre con el que estaba casada, por encima del pantalón chino gris.

—¡Corinne, para! —ordenó Luther sin levantar la voz.

—Hazme el amor —pidió su cónyuge.

—¿Pero has perdido la cabeza? Que estamos en mi trabajo.

—Por eso. ¿No te pone?

—No...

Los tocamientos de Corinne a su marido continuaban, y cada vez resultaban más certeros a juzgar por el bulto creciente.

—¡Joder, sí!

—Pues hazme el amor. Con tus compañeros pululando por aquí. Imagínate como podría llamar alguien a la puerta mientras lo hacemos.

Aquella hipótesis terminó de encender los ánimos de Luther. Este se levantó y se atusó el

pantalón. Se puso la americana, que descansaba sobre el respaldo de la silla, y dijo:

–No podemos hacerlo aquí. Nos cogerían seguro. Pero conozco un lugar.

Corinne se calzó y siguió a su marido por una serie de pasillos. Durante el recorrido, Luther, sin poder pasar desapercibido, debido principalmente a su puesto de jefe de producción, tuvo que saludar a un par de operarios y excusarse frente a otro par de mozos de almacén.

Por fin, llegaron a una zona de la fábrica desprovista de tanta luz y abrigada por un silencio inquietante. Las cajas se amontonaban junto a algunos embalajes de gran tamaño cubiertos de plásticos.

–Son máquinas que ya no se usan. Y piezas –explicó él.

–Me da igual lo que sean. Hazme el amor. Antes de que venga alguien.

Y así lo hizo. Previa constatación visual de que allí no había nadie, Luther sentó a su mujer sobre una máquina antigua, de forma que la vagina de esta quedó a la altura de su miembro. Entonces, la penetró con una dureza desconocida en él. Durante un buen rato. Y ella, por supuesto, pedía por más. Cada vez más. A esa postura le siguieron muchas otras, ayudándose siempre de los elementos que allí había, rellenando huecos de sus imaginaciones vacíos hasta aquel momento.

Nadie los vio.

Después de una gozosa sesión de sexo clandestino, Corinne salió de la fábrica como había entrado, y como la mujer que hubiera llevado un emparedado a su marido para almorzar en una época marcada por el blanco y negro, agitó la mano y se despidió con una sonrisa del vigilante de la garita.

19

—¿Dónde estás, mi vida? —gritó Patrick después de rebuscar por algunas estancias de la planta baja de su domicilio. Debido a que había recibido una llamada telefónica de su mujer, sin motivo declarado, y con un solo «necesito que vengas urgentemente», durante su hora del almuerzo, aquel aparejador con un importantísimo proyecto entre manos se encontraba algo inquieto.

—¡Aquí! —le contestó su esposa desde algún punto lejano de la casa.

El estilo minimalista, de tonos claros, de la residencia de los Hambleton no permitía demasiados escondrijos, por lo que Perlie no podía permanecer oculta a los ojos de su esposo durante mucho más tiempo.

—Aquí, ¿dónde, exactamente?

—¡En nuestra habitación!

La voz de Perlie sonaba como ahogada, falta de cierta capacidad torácica.

—¿Estás bien? —Patrick aceleró el paso y subió las escaleras de tres en tres—. Espero que sea importante. —Abrió la puerta del dormitorio principal y contempló su dormitorio. Estaba vacío. Giró la cabeza a un lado y al otro, y, sin una respuesta visual que aclarara su incertidumbre, habló—: ¿Perlie? ¡Perlie!

—Aquí. Detrás de la puerta —contestó ella con tono suave.

Extrañado, verdaderamente desconcertado, Patrick entornó la puerta. Y, entonces, la vio. Descubrió a su mujer, pero no como esperaba. Perlie estaba colgada de la puerta, por la parte interior de la hoja, gracias a una especie de eslingas negras hechas de algún tipo de material sintético.

—Pero ¿qué haces, loca? —se quejó él sin apenas pestañear.

—¿Es que no lo ves? Columpiarme como una niña traviesa.

A excepción unos zapatos de tacón alto, Perlie no llevaba nada puesto, y, debido a su posición, ofrecía la vagina en toda su plenitud a Patrick.

El hombre inspiró profundamente; espiró con una larga bocanada. Si no estaba debatiéndose entre complacer a su mujer o regresar a su importante proyecto laboral, no lo hacía

en nada. Y se decidió por la primera de las alternativas. Se lanzó hacia las piernas de Perlie y, entre ellas, jugó con su lengua al ritmo de gemidos.

Cuando llegó el momento de la penetración, el matrimonio Hambleton llevó a cabo dicha práctica sin prescindir del columpio sexual. En cada embestida, la espalda de Perlie golpeaba contra la hoja de la puerta, provocando un ruido seco que se propagaba por el ambiente como el hachazo de un leñador. Exentos de toda prudencia al saber que su hija asistía a las clases de instituto a aquella hora del mediodía, los golpes resultaban cada vez más apasionados.

—¡Sigue! ¡Sigue! Colúmpiame más fuerte.

—Vamos... a romper... la puerta... —dijo él entre jadeos.

—Rómpeme el coño, mejor.

Patrick paró en seco sus movimientos pélvicos. Se quedó mirando fijamente a su mujer, como reprobando sus palabras.

—Ups, lo siento —se disculpó ella.

Entonces, sin que Perlie lo esperara, aquel varón de miembro al aire estrujó los labios, frunció el ceño y embistió nuevamente a su mujer. Mucho más fuerte. Y fuera de sí.

—¡Patrick! ¡Patrick! ¡Patrick!

Pero Patrick no podía parar.

Parecía poseído.

Y solo se detuvo cuando eyaculó.

La pareja recuperó la respiración y él ayudó a su esposa a bajarse del columpio sexual.

—Tengo otra cosa —le confesó ella—. Mira. —Le mostró las pinzas de mariposa para pezones y el corsé de brazos de tira central que había comprado en Mischievous.

—No puedo. He terminado —indicó él con una respiración profunda y anhelosa.

—Vamos, cariño, no me dejes así. Necesito más. Necesito que me castigues.

—Por Dios, Perlie, ¿qué te pasa? Vas a acabar conmigo. Ya no soy un chaval; no sé si conseguiré una erección tan de seguido.

—Espera. —Perlie, que había reservado el *cockring* como sorpresa final, no esperó y se lo colocó a su esposo. Accionó el botón y aquel artefacto empezó a vibrar.

—¡Ohhh!

—Venga, átame los brazos y ponme las pinzas en los pezones.

Mientras constreñía las extremidades superiores de su mujer, el juguete sexual surtió efecto. Gracias al estímulo vibratorio y a la retención parcial del flujo sanguíneo, Patrick logró una nueva erección. Impensable hasta ese momento para él. Aunque vigorizado, frente a la sorprendente lubricidad de Perlie se sintió como un joven inexperto y sobrepasado por las circunstancias. ¿Y si no estaba a la altura? Y, como si le hubiera leído la mente, su mujer le

advirtió:

–Más te vale dar la talla.

Por supuesto, aquello puso aún más presión sobre la debilitada mente de Patrick.

–Ponme las pinzas en los pechos –demandó Perlie. En cuanto los extremos de caucho le presionaron los pezones, esta prorrumpió–: Y ahora poséeme desde atrás. No quiero que pares hasta que me desmaye del placer. Hazme gemir como una maldita puta.

«¿Cómo una maldita puta?». ¡Dios santo, ¿quién era aquella mujer y dónde estaba su esposa?!

Una perra en celo se hubiera comportado de una forma más comedida. Pero Perlie estaba como poseída. Puede que tal vez lo que necesitara no fueran relaciones sexuales de cariz sadomasoquista sino, más bien, un exorcismo. Y también puede que para ello el matrimonio Hambleton tuviera que hacerse miembro de una comunidad religiosa. La mormona, para no ir más lejos. Y valdría la pena, si finalmente lograban aplacar aquella lujuria desmedida. En Utah, más en concreto en Salt Lake City, ingresar en la Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días resultaría tan fácil como ver un partido de los Utah Jazz en el Delta Center. Pero esta era una fantasía fruto del azoramiento. Y ni su mujer estaba endemoniada, ni él iba iniciar una vida regida por el beneplácito de Dios. Por ello, aquel hombre ciñó su actuación a cubrir las continuas demandas carnales de su esposa. Cada vez más exigentes a nivel físico e incompasivas para alguien cuyo récord histórico (y de eso hacía eones) estaba en dos descargas sin descanso de por medio.

Cuando se quedó tan vacío como el interior de un tambor, Patrick cayó exhausto. No podía más. No solo en aquel momento, sino para el resto del mes y hasta podría ser que parte del siguiente.

Tras aquella sesión inesperada de sexo, el esposo de Perlie se duchó en un visto y no visto, y, bajo la zozobra de no haber sido capaz de dar todo lo que se pedía de él, condujo hasta su lugar de trabajo mientras pensaba en una excusa creíble que le alejara de toda sospecha de absentismo laboral.

Si bien era cierto que la última tentativa de encandilar a su esposo tampoco había desembocado en sexo (por más anodino que hubiera resultado), Charissa al menos había notado a Piers algo más interesado en ella con respecto a encuentros previos a su cambio físico. Eso le insuflaba garra para seguir adelante en su propósito, pese a que sabía bien que se agarraba a un clavo ardiendo. Pero se desollaría la palma de la mano si hacía falta antes que soltarlo.

Había seguido tomando rayos UVA y se había inyectado ácido hialurónico. Sus labios, visiblemente más gruesos, y su piel, considerablemente más morena, sino por afroamericana, la

hacían pasar por alguien de origen latino. El resto de sus rasgos faciales, en cambio, seguían sin engañar a nadie. Y ello a pesar de aquel color de pelo semejante a la madera más oscura, rizado hasta lo absurdo. Todo su tiempo libre, además de al cambio físico, lo había destinado a ver películas *blaxplotation* y a oír música de cantantes de origen afroamericano. Puede que Alicia Keys fuera la que se llevara la palma en cuanto a número de reproducciones. Mientras oía música, Charissa se decía una y otra vez, autoconvenciéndose: «Si le gusta el porno con chicas de ébano y su alumna, con la que tan ensimismado se le ve, es afroamericana, ¿qué otra cosa puede ser? Le gustan las mujeres negras. Punto». Y mientras sonaba *Come for me*, se le ocurrió: ¿y si veían conjuntamente una serie protagonizada por actrices de piel oscura de buen ver?

Estuvo un buen rato buscando hasta dar con algo que creyó que quizás le serviría. *P-Valley*, una serie sobre bailarinas de un club de estriptis. Por supuesto, todas ellas afroamericanas.

—¿Te apetece empezar una serie nueva que me han recomendado? —le dijo a Piers cuando este llegó a casa.

—Sí, claro, ¿por qué no? —le contestó él, no sin antes alabar su impactante cambio físico. Por cómo la habló, por el modo en que la observó, saltaba a la vista que su apetencia resultaba complacida.

A medida que el episodio transcurría, y que los personajes encarnados por actrices afroamericanas se desnudaban parcialmente en sus roles de *strippers*, un bulto creciente en los pantalones de Piers evidenciaba lo supuesto por Charissa. La mujer lo miraba de soslayo. Una y otra vez. Hasta que decidió actuar. Su mano derecha recorrió el muslo de su marido, desde la rodilla hasta la bragueta. Y palpó. A la altura de los órganos genitales.

A Piers se le entrecortó la respiración. Por primera vez en mucho tiempo miró con deseo a su esposa. Esta le bajó la cremallera y le sacó el miembro fuera. Erecto como el edificio de las Oficinas Generales de la Iglesia. Bendita Iglesia... y bendito miembro.

Hicieron el amor en el sofá, con el episodio de *P-Valley* de fondo. Al contrario que molestarle, a Piers parecía motivarle. Y de qué forma. Eso, y el nuevo aspecto de su mujer.

Una vez terminado el coito, Charissa lo tuvo claro. No quería parecer una mujer afroamericana, ¡quería serlo! Por supuesto, en ello influyó el hecho de que las relaciones íntimas con su esposo hubieran renacido, pero aquella mujer vivía realmente en armonía con su nueva esencia. Era como si hubiera sentido la llamada de la selva. Como si un recuerdo oculto en su cerebro hubiera aflorado de repente. Y no podía dar la espalda a su verdadero ser.

En algún momento posterior a aquel encuentro sexual satisfactorio, Charissa decidió acudir a la cita del destino.

20

La paciente, tumbada sobre el diván, sonrió al oír las palabras de enorgullecimiento por parte de su psicóloga.

–Pero no sé si estamos llegando demasiado lejos –se inquietó Perlie.

–¿Lejos? –pronunció la doctora Kanderstappen–. ¿A qué te refieres exactamente?

–No sé. Es que... somos gente decente. Vivimos en un barrio bueno. Y todo este tema del sexo... ¿No nos estaremos volviendo unos degenerados? Qué horror.

–Se trata de tu autoestima. Estás mejorando. ¡Y de qué forma! Olvídate de esas tonterías. Esas normas establecidas por la propia sociedad no hacen más que cortarnos las alas como individuos.

–Pero ¿y si a alguien le da por comentarle a nuestra hija nuestros nuevos gustos? Que sus padres son unos obscenos.

–Te contaré una historia. Tal vez así lo interiorices mejor. Imagina un árbol en el jardín de tu casa. Y sobre las ramas del árbol, un pajarito.

–¿Qué árbol? ¿Y qué pájaro?

–No sé. Da igual. Por ejemplo, un cerezo. Y un bonito petirrojo.

–Un cerezo y un petirrojo –repitió Perlie con un susurro casi inaudible y mientras mantenía los ojos cerrados.

–Ahora piensa en las raíces del árbol –continuó la doctora Kanderstappen–. Vivirá, toda su vida, anclado a la tierra, sin moverse. En cambio, el petirrojo volará libre siempre y cuando quiera. Cuando le venga en gana a ese pajarito, se posará sobre las ramas del árbol. Pero solo cuando le venga en gana. O podrá elegir otro si así lo desea. Y es que, aunque necesita de un lugar en el que anidar y pasar su tiempo, nadie le dice cómo y dónde.

–No la sigo.

–¡Caramba, Perlie! –pronunció con rudeza la psicóloga–. Sé libre. Vuela como ese maldito petirrojo. Muévete en total libertad sin que las raíces de las plantas te marquen cuál es tu lugar en el mundo. Las raíces son la sociedad, por si no te habías dado cuenta.

–Ah, claro –musitó la mujer de origen surcoreano–. Y yo soy el petirrojo. Y tengo que

hacer lo que me venga en gana.

—Exacto. Siempre y cuando eso te haga feliz. Es momento de que continúes; no echés por tierra todos los logros obtenidos.

—¿Y qué hay de Patrick? ¿Querrá seguir como hasta ahora?

—Tu marido tendrá que esforzarse —declaró, sin ambages, la psicóloga—. De todas formas, ¿él está contento?

—Eso parece.

—Pues, entonces, el resto da igual. Da rienda suelta a tu imaginación. Cumple todos tus deseos. Satisface tus necesidades, sean del tipo que sean. Todo ello repercute en tu forma de interactuar con el mundo. Desinhibete. La Perlie que está ahora mismo sentada en mi consulta no es la misma que entró el primer día. Afortunadamente.

La paciente de ojos rasgados separó los párpados y enarcó las cejas. Se incorporó y, al establecer contacto visual con su terapeuta, inspiró por la nariz un aire oxigenado y vivificante.

—Perlie, déjame que te aconseje una cosa.

La mujer asintió, incluso ladeó levemente la cabeza como para indicar «soy todo oídos».

—Ve a por todas. Que nada te pare. Y piensa en ti por encima de todas las cosas. Si tú no estás satisfecha, complacida y feliz, tu vida no servirá de nada. Los demás... que se aguanten.

Como una deportista que acabara de recibir una arenga antes del partido, Perlie salió de la consulta con el pecho hinchado y la barbilla en alto. Con ganas de comerse el mundo y, sobre todo, a su marido.

En la sala de espera se topó con Jillian.

—¡Oh, Perlie, qué sorpresa!

—¿Qué haces aquí?

—¿Cómo que qué hago? Tú me distes el número.

—Pensé que se trataba de un arrebato.

—¿Arrebato? No, no, no, no. Es fantástica. Esta psicóloga es fantástica. Gracias, Perlie.

La mujer de origen surcoreano recibió un abrazo tan inesperado como efusivo.

—De nada. Supongo... —agradeció.

—Oye, un día de estos podría ayudarte con tus plantas. Así aprendo algo de jardinería. ¿Te va bien?

—Eh... Sí, ¿por qué no?

—¡Genial! Bueno, chica, te dejo que el tiempo corre. Y es oro en estas sesiones. Nos vemos por el barrio, entonces.

—Claro, claro.

Jillian se adentró en la consulta de la doctora Kanderstappen. Allí, después de relatar sus experiencias recientes y los sentimientos derivados de ellas, la profesional en salud mental le

expuso que el amor era una cosa buena, independientemente de por quién o hacia qué se sintiera.

–¿Incluso las plantas? –inquirió Jillian.

–Incluso las plantas.

–Pues me deja mucho más tranquila.

–Si realmente te sientes afín al mundo vegetal, ¿qué te impide disfrutar de él?

–La verdad es que nada –discurrió la mujer de cabello rubio.

–Jillian, no te obceques más con tu exmarido. Al parecer, has encontrado la felicidad con las plantas.

–¡Y vaya que si lo he encontrado! –comentó, entre risas, Jillian, risas que le hicieron parecer una niña boba en plena edad del pavo.

–Continúa por esa senda. Si tu camino se aleja del hombre con el que estuviste casada, no lo fuerces más. Él parece que ha pasado página. Y lo mejor que puedes hacer tú es emplear todo tu tiempo y esfuerzo a aquello que llena tu corazón.

–Bueno, mi corazón y otras cosas –masculló la mujer sobre tumbada en el diván.

–¿Perdón?

–Nada, nada, doctora. Que tiene usted razón. Creo que a partir de ahora me dedicaré en cuerpo y alma a las plantas. Siento una gratitud hacia ellas como nunca anteriormente había sentido. Es una comunión total. Por fin parece que soy feliz. Además, que ellas nunca me dicen que no. Haga lo que haga, es imposible discutir. ¡Mi vida por una berenjena!

21

–¿Cómo que te vas a Alemania sin Piers?

–Pues eso, Bella, que me voy una temporada –insistió Charissa.

–¿Hay alguna localidad que se llame Alemania en los Estados Unidos? –preguntó, ingenuamente, Corinne.

–No seas boba. Me voy a Alemania de Europa. Al país.

–¿Tú sola? –se alarmó Perlie–. No puedes irte tú sola. ¿Y si te pasa cualquier cosa?

Arabella se retorció en el sitio y se sumó a la queja:

–Sí. Además, ¿por cuánto tiempo?

–No lo sé a ciencia cierta. Unas semanas. Bastantes. He programado una serie de intervenciones quirúrgicas. Llevarán tiempo. Sobre todo, el postoperatorio.

–Pero... ¿y qué dice Piers? ¿Está de acuerdo?

–Sí y no. A ver, ¿qué te diría Luther si le dijeras que quieres aumentarte los pechos?

–Ya los tengo lo suficientemente grandes, gracias.

–Vale. Entiendo. Reformularé la pregunta: ¿Qué opinaría si decidieras hacerte una liposucción?

–¡Uy! –Arabella se mordió el puño y, a continuación, añadió–: Eso ha sido un golpe bajo. Perlie negó con la cabeza mientras se aguantaba la risa.

Con los brazos en jarra, y los labios más hacia afuera de lo normal, Corinne expresó:

–Supongo... que a mi Luther le parecería bien. A nadie le amarga un dulce, ¿no?

–Pues precisamente eso es lo que voy a hacer yo: traerle una caja de *bretzels*. Piers al principio se mostró reacio. Pero justo después de hacer el amor un hombre dice que sí a todo. Y el problema es que lo que quiero hacerme solo está en manos de un cirujano de Frankfurt.

–¿Donde las salchichas? Genial –terminó por refunfuñar Corinne.

–¿Y qué es exactamente lo que quieres hacerte?

–Cosillas.

–¡Cha-Cha...! –insistió Arabella, esta vez con intencionada aspereza en el tono utilizado.

–Está bien... Parecer un poco más negra.

–¿Parecer más negra? Charms, como afroamericana, me ofendes.

–Lo siento. Me he expresado mal. No quería sonar racista.

–Pues lo has hecho.

–Quería decir que, a medida que progreso en mi cambio estético, me siento cada vez más unida a la comunidad a la que perteneces.

–A la afroamericana.

–Sí, claro. A esa. ¿A cuál si no?

–Siento ser yo quien te ponga los pies en el suelo, pero eres blanca. Tus padres son canadienses.

–Sí, y de ascendencia británica. ¿Qué pasa con ello?

–¿Cómo que qué? Pues que eres caucásica.

–Vamos, vamos, por favor, no discutáis –intervino Perlie–. Lo más grave de todo es que el Club de las Esposas Dichosas se quedará cojo. Una silla con tres patas no terminará por aguantar.

–¿Y si llamamos a Jillian en tu ausencia? –sugirió Corinne con los brazos cruzados sobre el regazo.

–¡Ni se os ocurra! Volveré para estar con vosotras. Sois mis amigas. Y mis compañeras de club. Un club que sirve para apoyarnos.

–Si te apoyamos, Cha-Cha, es solo que... ¿No crees que es una locura?

–Mirad –expuso Charissa–, os oigo hablar de lo bien que van vuestras vidas. De cómo han mejorado exponencialmente vuestras relaciones amorosas. Parece que todas habéis tomado las riendas de vuestros matrimonios y que van viento en popa. A mí, en cambio, me está costando horrores. Y ahora que parece que estoy viendo la luz, que veo de verdad a mi marido interesado en mí, como un quinceañero con su primera novia, no quiero parar. De verdad creo que este salto al vacío que voy a dar va a servir para que mi marido vuelva a verme con los ojos con los que me miraba al conocernos. Y todo esto no podré llevarlo a cabo si no tengo vuestro apoyo moral. ¡El apoyo del Club de las Esposas Dichosas!

Las otras tres integrantes de aquella sociedad informal formada por vecinas de East Bench alzaron sus mentones y asintieron. Pero aquel hechizo pronto se rompió, no cuando los polvos mágicos cayeron y las dejaron salir de aquel estado de ensimismamiento, sino en el momento en que Arabella objetó:

–Lo que no entiendo es por qué tienes que operarte allí. ¿De verdad tienes que volar tan lejos?

–Ciertos medicamentos que tienen que usar son ilegales en los Estados Unidos.

Corinne se echó las manos a la cabeza mientras decía:

–Madre mía...

Perlie se tapó la boca, casi los ojos, con las manos.

–Cha-Cha, ten cuidado, por favor. No hagas locuras.

–Está todo controlado, ¿vale? Es uno de los mejores cirujanos del mundo. Piers es médico, ¿recordáis? Se ha informado. Voy a un sitio seguro. Solo allí hacen lo que busco. Además, que podré hacer turismo. Ver mundo. ¿No os da envidia?

Nadie respondió. La respuesta omitida (y obvia) era un «no», pero ninguna de las mujeres allí presentes quería iniciar una guerra dialéctica. La situación de Charissa ya era lo bastante inverosímil como para echar más leña al fuego y hacer crecer una hoguera que terminara por arrasar su vecindad y, con ella, el barrio residencial que las mantenía unidas y gracias al cual existía su sociedad.

Se trataron algunos temas más. Perlie, Corinne y Arabella se enorgullecieron de sus progresos en materia sexual y se volvió a tratar, de forma mucho más liviana, el cambio de Charissa y de cómo a Piers parecía agradarle.

Al término de la reunión, llevada a cabo en casa de Perlie, Arabella y Corinne esperaron a perder de vista a Charissa por entre los setos y las vallas. Cuando la mujer con bronceado extremo y rizado artificial desapareció, y en vista de que Perlie no se había molestado en salir al patio para despedirlas (ya lo había hecho en el recibidor de su hogar), las dos mujeres de creencias católicas intercambiaron confidencias allí mismo, frente al jardín de la anfitriona de esa semana. Fueron inquietudes de carácter religioso, ajenas al Club de las Esposas Dichosas, puesto que ni Perlie ni Charissa seguían el mismo credo que ellas.

Finalmente, las dos mujeres con sendos dilemas morales determinaron que su deseo era mayor que su amor por Dios. Y que si, al fin y al cabo, sus nuevas conductas sexuales servían para mantener a salvo sus matrimonios, a ojos del Señor no sería un inconveniente.

El llamamiento de Dios a una mujer era afirmar, recibir y nutrir el liderazgo amoroso de su esposo en el matrimonio. Y ellas lo estaban haciendo. No había más que hablar.

22

La espera se le estaba haciendo eterna.

Con el talón derecho temblándole de manera involuntaria, esperando a ser atendida, Jillian permanecía sentada en una incómoda silla de plástico azul frente a la puerta de la decana del Centro botánico de la universidad del Estado de Utah. Tal había sido su fascinación por lo vegetal que se había decidido a aprender más sobre el mundo de las plantas. Quería aprender el arte de la horticultura de forma oficial; ser una maestra jardinera y, quién sabía, incluso trabajar de ello algún día.

Mientras esperaba, aburrida y nerviosa a partes iguales, realizó una detallada inspección ocular de la sala de estar en la que se hallaba. Cuadros honoríficos y titulares recortados y enmarcados revestían las paredes. Entreveradas, multitud de plantas, tanto colgantes como a ras de suelo, terminaban de ocupar los huecos. Y un revistero servía como único elemento con el que poder interactuar de forma manual y directa. Así, la mujer asió un puñado de aquellas revistas. Echó un vistazo a los títulos: *Fine Gardening*, *Horticulture*, *Garden Gate*, *Birds and Blooms*... Se decidió por *Garden Gate* y su abigarrada portada. Hojeó la revista, leyendo muy por encima algún que otro artículo, hasta que uno en concretó llamó poderosamente su atención. Se trataba del caso de Kate Cunningham. Un claro suceso de dendrofilia. Kate Cunningham era una mujer de Sefton, Inglaterra, que había declarado su amor por los árboles y, en consecuencia, había contraído matrimonio en septiembre de 2019 con un saúco en el Parque Nacional de Rimrose Valley. Cuatro años después, de cuando databa la revista que Jillian sujetaba, se celebraba el aniversario de aquel acontecimiento insólito y, por eso, se le dedicaba un escueto reportaje.

Aquello le hizo pensar. Se imaginó yendo al altar del brazo de un ser híbrido con cuerpo de hombre y una calabaza por cabeza gloriosamente tallada y nada aterradora. Representó en su cerebro a todos los invitados como tubérculos con formas y proporciones humanoides. Y concibió al sacerdote que oficiaba el enlace como alguien que alababa los beneficios de la unión de dos mundos tan dispares como eran el vegetal y el perteneciente a la carne. Todo ello bajo las imponentes paredes del Templo de Salt Lake y según las condiciones de la Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días, a la que Jillian pertenecía. No sabía por qué, pero tras esa

fantasía le sobrevino el recuerdo de Charissa, la áurea y nacarada Charissa, y de cómo su querida colega podía haber capitaneado su salida forzosa del Club de las Esposas Dichosas.

–Jillian Baker.

La mujer volvió a la realidad y miró en dirección a la puerta de la decana. Estaba abierta, y por ella asomaba una mujer de unos cincuenta años ataviada con una camisa de manga larga floreada y unas gafas de pasta rosa rectangulares. Entró y se informó. Preguntó todo lo que pudo y más. Y decidió que estudiaría el curso de Maestra Jardinera.

Pero no solo decidió eso.

Mientras conducía desde Kaysville (donde se ubicaba el Centro botánico de la universidad del Estado de Utah) para regresar a su hogar, no paró de pensar en si su futuro no pasaría por dedicarse en cuerpo y alma a las plantas y dejar el amor por las personas al resto de la humanidad.

En una nueva consulta con la doctora Kanderstappen, después de acomodarse debidamente, Perlie se interesó:

–¿No tendrá cita Jillian después de mí?

–¿Eso te preocupa, Perlie? –preguntó la psicóloga.

–No. Es solo que, a veces, resulta demasiado pesada.

–Cuando quieres decir pesada...

La mujer tendida sobre el diván entendió que aquella frase sin terminar tenía el mismo tinte que el de una pregunta.

–Chismosa. Habla más de la cuenta –reveló.

–No te preocupes por eso. Eres la última paciente del día. No habrá nadie más en mi consulta en lo que resta de día.

Perlie espiró el aire que contenían sus pulmones, y eso la liberó de toda preocupación. La siguiente bocanada de aire la reverdeció. Estaba preparada para ser sincera, para hablar sin filtros, exponiendo de esa forma sus tribulaciones e informando de todos sus avances.

–Cuéntame, entonces, qué tal te ves actualmente –habló la mujer encargada de mejorar la salud mental–. ¿Crees que estás progresando?

–Oh, ya lo creo, doctora Kanderstappen.

–Faith –la corrigió la psicóloga.

–Faith, perdona.

La doctora Kanderstappen sonrió mientras anotaba algo en su cuaderno. A continuación, dijo:

–De acuerdo. ¿En qué forma? Descríbeme tus avances.

—He perdido parte de mi timidez. O eso creo. Aunque me sigue costando tomar la iniciativa. Y responder a según qué cosas.

—¿A tu hija? ¿A tu marido? No me digas más: a tus amigas. A esas del club del que dices formar parte.

—No, sí, no sé. A ver... Cada situación resulta diferente. Criar a una adolescente es realmente frustrante. Aun así, cuando tengo que hablar a Mina es diferente. Suelo imponerme. Hasta cierto punto. Supongo que forma parte del instinto maternal. En cuanto al Club de las Esposas Dichosas, me siento bien. Me siento cómoda y hablo de asuntos de los que no lo haría con otras personas. Pero, la mayoría del tiempo, las personalidades de Corinne, Arabella y Charissa me avasallan. Y me hacen quedar en un segundo plano. Son mucho más decididas que yo.

—¿Y por qué no hablas como lo estás haciendo ahora?

—Lo he hecho sin darme cuenta. ¿Tal vez me he excedido?

—Por supuesto que no. De hecho, eso es lo que deberías hacer siempre, en todos los ámbitos de tu vida. Hablar como lo estás haciendo ahora. Mostrar al mundo tus sentimientos y pedir por que se cumplan tus necesidades.

—Oh...

—Continúa, por favor. ¿Qué hay de tu marido? ¿Cómo evoluciona tu relación?

—Puede que eso sea lo mejor de todo. Nuestras relaciones sexuales son de otro planeta. No me reconozco cuando estoy a solas con él. Es como si me transformara en una *dominatrix*. Y siento que cada vez necesito prácticas más extremas. ¿Por qué me pasa eso?

—Es lo que ocurre cuando reprimes tus necesidades sexuales durante mucho tiempo. ¿Folláis muy a menudo?

Aquella palabra, «folláis», le sonó demasiado fuerte a Perlie, y más viniendo de una profesional de la psicología. Aun así, hizo oídos sordos, y respondió:

—Siempre que podemos. Más bien, siempre que conseguimos que nuestra hija esté fuera de casa. Cuando usamos los juguetes sexuales somos muy escandalosos. Y yo me desinhibo. No puedo evitarlo. Mi boca parece la de otra persona; una sin el más mínimo recato. El problema es que...

—Adelante —la instó a proseguir la psicóloga.

—El problema es que siento que Patrick no está a la altura. ¡Quién lo diría viniendo de mí! Mis necesidades sexuales han ido creciendo hasta el punto de que lo he sobrepasado. No tengo límite. Y creo, firmemente, que... que... Pues que...

—Dilo, Perlie. Dilo sin pelos en la lengua.

—¡Que soy yo la que se lo folla a él!

La doctora Kanderstappen enarcó las cejas. Perlie, por su parte, puso los labios en forma de rosca y aspiró. No pudo ya las palabras, solo el aire tibio de la consulta.

—Vale, no te preocupes. No pasa absolutamente nada. ¿Él se ha quejado?

Después de tragar saliva, la mujer de origen surcoreano pronunció:

—No. Es solo una sensación que tengo. Pero, ya sabe cómo son los hombres. ¿Superado por una mujer? Jamás lo reconocería.

—Vale, Perlie. Te lo preguntaré sin ambages. Quiero que tu respuesta sea igual de directa. ¿Te gustaría poseerlo?

El mutismo se instauró en la garganta de la paciente. Tras cinco segundos de examen mental, manifestó:

—Sí. Yo soy el hombre.

—Pues selo. Y traslada esa actitud al resto de ámbitos de tu vida. Sé la Perlie que quieres ser.

Si Perlie se había sentido reverdecida al inicio de aquella sesión, en este momento notaba cómo había florecido con la llegada de una primavera tardía. Sin embargo, algo la reconcomía. Y no podía dejarlo pasar; no sino quería continuar angustiada el resto de la semana. Por ello, comentó:

—Hay algo que no le conté en nuestra última sesión. Y siento que debería hacerlo.

—Por supuesto, Perlie, debes contármelo todo. Si no, no podré ayudarte como es debido.

—Hace ya casi dos semanas, en una de mis visitas a un *sex shop*, Stormy, la dependienta, me hizo insinuaciones de carácter sexual muy... obscenas. Digámoslo así.

—¿Cómo de obscenas?

—De lo más fuerte que se pueda imaginar.

—Ya veo...

—Y eso me puso muy caliente.

—Oh... —La doctora Kanderstappen dejó su bolígrafo y su cuaderno en la mesilla más cercana, se levantó y se atusó la falda de tubo, que con el cambio de postura se le había subido medio palmo por encima de las rodillas. Acto seguido, el impacto de sus tacones contra el entarimado repiqueteó hasta llegar a la altura de su interlocutora. En esa posición, solicitó—: Incorpórate, por favor.

Perlie despegó la espalda del diván, como así le había pedido su terapeuta. Luego, la doctora Kanderstappen se sentó a su lado y se echó el pelo por detrás del hombro.

—Explícame qué te dijo, exactamente.

—Doctora...

—Faith. Llámame Faith, por favor. Necesito saber los detalles para comprobar si es algún tipo de desviación o entra dentro de los cánones de una persona sana. Mentalmente hablando.

Perlie volvió a tragar saliva, igual que había hecho al desvelar su dominancia sexual sobre Patrick.

–Quería azotarme. Quería dejarme las nalgas en carne viva. Que gritara de dolor.

–Ajá. ¿Y qué más?

–Pues quería penetrarme con un consolador. Uno grande y largo. Uno de esos cuyo tamaño son impensables en un miembro real.

–¿E hizo todo eso?

–No, solo estaba bromeando

–¿Te hubiera gustado que lo hiciera?

–Me encontraba inmovilizada por un corsé de retención –se justificó Perlie.

–¿Te hubiera gustado que lo hiciera? –insistió la psicóloga, con más rudeza en el habla.

–Sí, me hubiera encantado. De hecho, aunque al principio me sentí aliviada, luego me invadió la decepción por que aquello hubiera sido una chanza.

–¿Stormy has dicho que se llamaba?

–Eso fue lo que me dijo.

–Estoy segura de que a Stormy, la encargada de esa tienda, le habría encantado pasarte la lengua por tu coño.

–¡Faith...!

–Es cierto. No creo que estuviera bromeando. Es solo que no quería jugarse el puesto. ¿Y si hubiera introducido sus dedos índice y corazón en tu vagina chorreante fruto de la excitación?

La sicalipsis de la psicóloga provocó que el aire oxigenado que iba accediendo al sistema respiratorio de Perlie, calentado en primera instancia por sus finas fosas nasales, no pareciera salir posteriormente de los alveolos en forma de dióxido de carbono, sino más bien de una sonora concupiscencia.

–Yo, en cambio, sí estoy dispuesta.

Una mano recorrió el muslo de la paciente sin que esta opusiera resistencia.

–Faith, no podemos...

Los labios de la doctora Kanderstappen impidieron que Perlie pudiera acabar la frase. Las dos mujeres se besaron apasionadamente, entrelazando sus lenguas, sintiendo el tacto mullido de una sobre otra, saboreando los vestigios de un chicle de menta. Y así continuaron hasta que la psicóloga decidió que era hora de dar el siguiente paso. Con esa idea, deslizó con suavidad las bragas de su paciente hasta dejar que, por sí solas, le cayeran a la altura de los tobillos.

–Oh, doctora Kanderstappen... Oh, Faith... –Con la vagina al descubierto, Perlie recibió una estimulación manual en el clítoris digna del mejor manual sobre sexo.

En un momento dado, la psicóloga le introdujo los dedos en la vagina. *Quid pro quo*, pues Perlie no se quedó a la zaga. Después de recibir placer por varios minutos, esta

correspondió a aquella maniobra de su ahora amante con el mejor sexo oral que su lengua húmeda le permitió. Una vez complacida de manera oral, la mujer a la que pertenecía el consultorio arrastró desde debajo de la mesilla una alfombra de piel falsa de vellón. La dejó a su completa disposición.

Las dos mujeres se desnudaron y adoptaron una postura cuasihorizontal. El cosquilleo de la lana en sus caderas las estimuló aún más si cabía. Además de para aliviar a sus cuerpos de la dureza de la superficie, dicha alfombra les sirvió de aislante, pues atenuaba la baja temperatura del suelo. Perlie y Faith, entonces, conformaron la postura por excelencia del tribadismo entrelazando las piernas. Y empezaron a frotar sus zonas erógenas, cada vez más rápido, entre gemidos, jadeos y palabras de fruición. Los labios mayores de ambas féminas resbalaban los unos en los otros, y los dos clítoris a los que ellos envolvían, endurecidos, llevaban a las cotas más altas de éxtasis a paciente y psicóloga. ¡Menuda alianza terapéutica! Aquel vínculo colaborativo resultaba difícil de superar. O no.

—¿De verdad querías que aquella dependienta te metiera un consolador? —preguntó la doctora Kanderstappen cuando las fuerzas le flaquearon.

—Pues claro. No te iba a mentir.

—Espera un momento.

Aquello ya no era un acto estuoso, aquello se acababa de convertir en una sesión de sexo salvaje y depravado. De un armario, en apariencia plagado de archivadores, la psicóloga sacó un pene de goma con dos cabezas. Un glándulo en cada extremo. Introdujo uno de ellos por la vagina de Perlie y el otro por la suya propia. Las nalgas de las dos mujeres comenzaron a chocar de manera repetida y constante, con el consecuente palmoteo. El ritmo de sus jadeos acompañaba la acción. El dildo de doble cabezal desaparecía y aparecía, como si un mago estuviera ejecutando el mejor de sus trucos.

Cuando, a causa del cansancio, ya no podía continuar más, la doctora Kanderstappen se extrajo el consolador y, sin advertencias de por medio, enterró sin piedad en el ano de su paciente el extremo que ella misma acababa de tener dentro de su cuerpo.

Los ojos de Perlie, por un momento, se convirtieron en los de una mujer occidental.

—¡Madre mía...!

La doctora Kanderstappen procuraba placer a su compañera por ambos orificios a la vez, con oficioso ritmo sincrónico. En un momento dado, preguntó:

—¿Quieres algo más fuerte? ¿Mucho más fuerte?

—Por favor...

La psicóloga se levantó y movió un busto que servía como adorno. Como si de una casa encantada se hubiera tratado, la estantería más cercana empezó a moverse hasta que dejó al

descubierto una pequeña sala contigua. Allí se alojaba una máquina con engranajes y tubos metálicos y, lo más impactante de todo, un desproporcionado consolador de goma. La doctora Kanderstappen ayudó a Perlie a colocarse en la posición correcta. A continuación, y tras rociarlo con un buen chorro de lubricante, lo accionó de modo que la máquina empezó a mover hacia adelante y hacia atrás. Prácticamente comenzó a taladrar a la mujer que, en un principio, había acudido a consulta. Si aquel dildo enorme no la había desgarrado ya, estaría a punto de hacerlo. Los gemidos de Perlie se transformaron en una mezcla de bramidos inundados por el placer y alaridos demandantes de ayuda. No tardó en llegar al orgasmo.

Cuando por tercera vez su vulva expulsó fluidos abundantes y sus piernas sufrieron un temblor involuntario, Perlie indicó que era suficiente. Con la mirada puesta en el par de ojos que hasta esa sesión la habían examinado de forma profesional, habló:

—Es tu turno, Faith.

La doctora Kanderstappen intentó posicionarse de modo que fuera a ella a quien la máquina diera placer, pero la voz de Perlie la detuvo antes de hacerlo.

—Espera. Me gustaría ser yo quien te penetrara. ¿Tienes un *strap-on*?

—Tengo algo mucho mejor —reveló la propietaria de aquella consulta convertida en una sala destinada a los juegos sexuales. De sus dedos, gracias a unos movimientos circulares de manos, empezaron a brotar unos polvos mágicos. Los espació en torno al bajo vientre de su *partenaire* coital.

No podía creerlo; Perlie se hallaba estupefacta. Aquello era aún más inverosímil que cualquier versión pornográfica de un cuento infantil, pues en su pubis estaba creciendo un pene. Un magnífico y glorioso miembro viril masculino. Tan erecto como la más enderezada de las ramas de un árbol.

Sin más palabras de por medio, y sin buscar lógica alguna al acontecimiento vivido, la mujer tumbó a su psicóloga. Y la penetró. Como un animal bravío. Con todas sus ganas y empeño. Sin miedo a una terminación precoz.

Todas aquellas embestidas, cada vez más violentas, indujeron a que la doctora Kanderstappen intentara quitarse de encima a Perlie a tortazos.

—¡Eh! ¡Despierta, despierta! ¡Estás soñando!

Perlie abrió los ojos y dio un respingo. Descubrió que se encontraba en Mischievous y que, junto a ella, de cuclillas, estaba Stormy, dándole palmadas en la cara para intentar alejarla del mundo de los sueños.

—Despierta, te has quedado dormida.

Perlie tenía la respiración acelerada. Intentó sosegar.

—Perdona —se disculpó.

—Tranquila. No pasa nada. Anda, levántate.

Stormy la ayudó a incorporarse. Le ofreció un vaso de agua, que la mujer recién despertada bebió gustosamente.

—¿Estás mejor?

—Oh, claro, ¿por qué no lo iba a estar?

—No sé. Parecía una pesadilla.

—No, no lo era. Creo...

—¿Creo? Oye, me parece que hemos llegado a un grado de intimidad suficiente como para que me dirija a ti por tu nombre.

Fuera del mundo onírico, pero todavía castigada por el ofuscamiento, la mujer de origen surcoreano fue incapaz de reflexionar acerca de si revelar su identidad sería una imprudencia, así que pronunció:

—Perlie.

—De acuerdo, Perlie. ¿Y qué es lo que has venido a comprar esta vez?

—Pues... no venía con una idea preconcebida, pero me parece que ahora lo tengo bastante claro.

23

Luther llegó a casa antes de costumbre. Mucho antes. Dejó su maletín en el mueble de entrada y entró en la cocina.

—¿Y los chicos? —preguntó.

—En sus habitaciones, haciendo los deberes —contestó Corinne—. ¿Qué haces tan pronto en casa? ¿Te han echado del trabajo o qué? —bromeó. Le dio un beso a su marido sin tocarle más que con los labios, pues tenía las manos manchadas de polvo blanco. Antes de recibir una réplica se dispuso a enharinar de nuevo algún tipo de pescado.

—Exacto, me han echado —anunció con voz timorata el hombre.

—¿Qué? —Corinne se echó a reír de manera muy forzada. Después, comentó—: Anda, anda, déjate de bromas. Dime qué haces tan pronto en casa.

—Ya te lo he dicho: me han despedido.

Corinne dejó lo que tenía entre manos y se colocó frente a frente con su esposo.

—Oh, cielos... ¿Es cierto? Es cierto. Pero ¿por qué? ¿Qué ha pasado?

—¿Que qué ha pasado? Saben que yo he... —Rectificó al instante—. Que nosotros hemos tenido sexo en las instalaciones.

—No es posible. No había nadie. Niégalo, Luther. Niégalo pase lo que pase.

—No puedo hacer eso.

—Sí que puedes. ¿Te va a entrar ahora el fervor religioso? Olvídate del octavo mandamiento. Todo el mundo miente de vez en cuando. Y más si es para salvaguardar el bienestar de su familia.

—No es eso, cielo. Nos han pillado. Han visionado las cintas de las cámaras seguridad y nos han visto fornicando entre las máquinas. Qué bochorno.

Lejos de causarle vergüenza, Corinne se sintió excitada. Excitada de que otras personas la hubieran visto haciendo el amor con su marido. Un repentino picor acudió a sus partes íntimas. Y lo necesitaba calmar cuanto antes. Pero no a cualquier precio. No si mientras lo hacía sus hijos aparecían por allí para coger algo de picoteo.

—No pasa nada, hay más trabajos —comentó.

–Claro que los hay –se mostró de acuerdo Luther–. Pero ¿tú sabes cómo está el sector? ¿Y si no encuentro algo pronto? ¿Y si me toca empezar desde abajo, con todo lo que ello conlleva? –vaciló.

Corinne le acogió entre sus brazos y comenzó a acariciarle la cabeza como a un cachorro. Puesto que Luther carecía totalmente de pelo, en su calva pronto se dibujaron una serie de restregones blancos.

–Tranquilo... Tranquilo...

–¿¡Cómo voy a estar tranquilo!?

–Vayamos a despejarnos –sugirió la mujer–. Tal vez un poco de aire fresco nos ayude a ver el problema desde otra perspectiva. Buscaremos soluciones.

Luther primero renegó por lo bajo. A continuación, expulsó encendidamente el aire por la nariz.

–Vamos –le instó su esposa–, ya verás como nos viene bien.

–¿Y qué hay de los niños?

–No te preocupes por eso. Tú ve encendiendo el coche.

Luther se dirigió al garaje. Mientras tanto, Corinne pidió por teléfono a su amiga Arabella el favor de quedarse en su casa por unas horas. Como esta vivía a apenas unas decenas de metros de distancia, a lo que se añadía la fortuna de que disponía de tiempo libre, en menos de un par de minutos se presentó en la residencia de los Etienne. Antes de marcharse, Corinne ordenó a sus hijos que se portaran bien en su ausencia. No hubo quejas de por medio.

–¿A dónde vamos? –preguntó, malhumorado y mientras conducía, Luther.

–Woodridge Terrace

–¿A Woodridge Terrace? ¿Por qué Woodridge Terrace? ¿Qué hay en Woodridge Terrace?

–El comienzo de un sendero.

–¿El comienzo de un sendero?

–Sí, el comienzo de un sendero.

–¿Es que pretendes hacer senderismo? ¿Ahora?

–Quiero que andemos. Andar desestresa. Y también quiero que nos dé el aire en la cara para despejarnos. Sobre todo, a ti.

–Bobadas...

–Luther, créeme. Un poco de sol en la cara te irá bien. El sol ayuda a estar de mejor humor; a afrontar los acontecimientos con mayor positividad.

–Lo que digas... –contestó, muy enfurruñado, el conductor–. ¿Y cómo sabes tú de ese sitio? Nunca te he visto hacer senderismo.

–Lo tenía en mi lista de cosas por hacer.

–¿Qué lista de cosas por hacer? ¿Desde cuándo tienes una de esas listas?

–Desde hace unas pocas semanas. Son sitios a los que me gustaría... ir contigo.

–Ah... ¿Y no podemos esperar a vacaciones? –Luther se dio un leve golpe a propósito en la calva–. Cierto, ahora estoy de vacaciones. Indefinidas. Así que espero que todos tus lugares sean gratuitos.

Luther condujo por las calles de Salt Lake City bajo las directrices del navegador del Ford Bronco Sport, y en el cual previamente Corinne había introducido el destino deseado.

Cuando llegaron al extremo norte de Wasatch Boulevard, calle eclipsada por la Interestatal 215, aparcaron en un recinto al aire libre delimitado por unas barreras de madera gualda. Las líneas pintadas en el asfalto, de un amarillo similar al de la valla, premiaban a los visitantes con unas veinte plazas de aparcamiento. Estacionaron al azar en una de las diecisiete que estaban libres.

Luther y Corinne echaron a andar cogidos de la mano. Los zapatos de ambos, inadecuados a todas luces para aquella actividad, no tardaron en ensuciarse a causa del polvo levantado al contacto de las suelas con la tierra seca.

–¿Vamos muy lejos?

–No lo sé, cielo. Hasta que nos cansemos. Relájate. Respira el aire puro.

–El aire puro de Salt Lake City... –replicó él usando un sonsonete muy marcado.

–El aire puro de Grandeur Peak. Ya cállate. Inspira. Espira. Y camina, Luther. Descarga la tensión.

Por un momento, el hombre pareció relajar los hombros, acción que acompañó soltando a su mujer la mano y rodeándola con el brazo por la cintura. Corinne se sintió a gusto, protegida, y despreocupada de una vida que la aguardaba a la vuelta.

Al principio se cruzaron con hasta ocho senderistas, pero a medida que se alejaban de la ciudad, y la naturaleza los envolvía, el encuentro con otros caminantes fue disminuyendo. Llegó un momento en el que Luther y ella fueron los únicos caminantes de la zona.

–Mira, un peñasco. Vamos a asomarnos –sugirió Corinne.

Seguida por su marido, la mujer afroamericana se posicionó en la parte más saliente de aquella gran piedra elevada. Y, desde allí, tanto ella como él otearon el área metropolitana de la ciudad, y sobre la que se cernía una capa inabarcable de humo, tan nociva para la salud como la niebla endemoniada de un relato de terror lo podía ser para sus personajes.

–Nadie sabe que los estamos observando desde aquí, Luther. La ciudad entera está a nuestros pies y, sin embargo, somos invisibles para ellos. –Corinne deslizó una mano hacia atrás que entró en contacto directo con el bulto perteneciente a los genitales de su marido. La restregó con suavidad, ejecutando diminutos movimientos circulares.

–Corinne, mi vida, que estamos en mitad del campo.

—Por eso mismo. —Corinne pasó a realizar extensos movimientos ascendentes y descendentes, a los que incluyó la curvatura propia de la zona a estimular, desde el pliegue posterior del escroto hasta la base superior del pene. Este no tardó en pedir una vía de escape y ser objeto así también de un poco de aire fresco.

Cuando se quiso dar cuenta, el matrimonio Etienne se encontraban manteniendo sexo sobre aquel peñasco. Ella delante, a solo un paso del abismo; él, poseyéndola desde atrás.

—Estoy volando, Luther.

—¿Qué?

—¡Estoy volando! —Los voluminosos y tostados pechos de Corinne botaban en el aire, casi al compás del saco escrotal que bailaba tras sus nalgas.

Vista la temeridad de su esposa, Luther mantenía a esta agarrada por la cintura, más con la intención de evitar el desastre que de asegurarse placer.

—¡Eh, mirad ahí arriba! —se oyó decir a alguien.

Al hombre se le cortó la respiración. Buscó con la mirada la procedencia de la voz, y descubrió a un cuarteto de senderistas a unos treinta pies hacia el fondo y como a unos cincuenta de lejanía. Los cuatro curiosos admiraban la escena con sumo y descarado interés.

—¡Venga, dale duro, máquina! —gritó uno de ellos.

Luther quiso parar, pero las manos de su mujer se lo impidieron. Corinne había estirado los brazos hacia atrás y, con las palmas en las caderas de su esposo, lo atrajo hacia sí, impidiendo de esa forma que el hombre dejara de complacer a la vagina en la que tenía el miembro hundido.

—¡Ni se te ocurra sacarla, Luther!

—¡Que nos están mirando, mi amor!

—Si la sacas, me tiro. ¡Contigo! Y moriremos haciendo el amor.

En esas circunstancias, y ante la disyuntiva de morir fornicando o fornicar muriéndose de la vergüenza, optó por esta última. Decisión de la cual se arrepintió al momento, pues vio cómo hasta tres de los senderistas sacaban sus *smartphones* y dirigían las lentes de las cámaras integradas en los dispositivos hacia ellos.

—¡Nos están grabando, Corinne! —informó él de lo evidente.

Pero su esposa no hizo más que avivar las llamas, pues pasó a ser ella quien movía las caderas para facilitar con ello una penetración rítmica y constante. Levantó los brazos en uve, y gritó:

—¡Soy la reina del mundo! ¡Yujuuuu!

Eran las once en punto; aun así, el matrimonio Varley salió a tomar unas copas, a insistencia de Arabella.

Se arreglaron antes, principalmente ella, que pasó casi dos horas acicalándose. A Raymond tan solo le llevó unos pocos minutos, lo que tardó en darse una ducha y vestirse.

—Conozco un sitio estupendo —comentó la mujer.

—¿Dónde? ¿En el centro? —se interesó él.

—Sí, más o menos. Yo te guiaré. He reservado una mesa.

—Oh, no me habías dicho nada.

—Es que es una sorpresa. Me han hablado muy bien de ese lugar.

Raymond condujo por las calles de Salt Lake City bajo las directrices de su mujer y hasta llegar al destino.

—¿The Rabbit Hole? —leyó él con extrañeza el rótulo del local.

—The Rabbit Hole. Es un sitio con clase y distinción. Y muy especial.

En cuanto entraron, Raymond descubrió que su esposa no mentía. Una especie de *maître* los guio hasta su mesa, previo descenso por unas escaleras que daban a una planta subterránea. El *swing* sincopado de una melodía *jazz* aportaba elegancia al lugar; así como el mobiliario antiguo, con sofás y sillones perteneciente al siglo XVIII europeo. La combinación de telones de terciopelo aguamarina y borgoña, las paredes de ladrillo visto como si de una bodega se tratara, y las vigas de una madera veteada en todos los cielorrasos, terminaban de completar un popurrí que, sorprendentemente, combinaba a la perfección.

—¿Qué desean? —preguntó un camarero con chaleco y pajarita.

—Champán —se adelantó en hablar Arabella—. Para los dos.

—¿Champán? —articuló con gran desconcierto Raymond.

—Champán. ¿Qué problema tienes?

—Ninguno, ninguno. Pues champán. Ya lo ha oído. Ah, y por favor, algo sencillito.

El camarero asintió y se retiró. Al rato volvió con dos copas alargadas y una botella de Moët & Chandon. Sirvió el espumoso, tras lo cual el matrimonio brindó. Él se mojó los labios; ella dio un buen sorbo.

Raymond echó un vistazo a su alrededor. Sin duda, todos los clientes, distinguidos, repeinados y, probablemente, perfumados, disfrutaban de sus respectivas bebidas. Sin embargo, hubo algo que le desconcertó. No había grupos, ni en las mesas altas ni en las bajas, ni siquiera entre aquellos que permanecían de pie. Toda la clientela del local, al menos allí abajo, se reducía a parejas. Antes de que el marido de Arabella pudiera abrir la boca, un camarero, distinto al que les había servido el champán, dejó una nota en mitad de la mesa y comentó, apuntando discretamente con el dedo índice a otra:

—De aquella pareja de allí. El caballero de pantalón blanco y americana celeste.

El hombre descrito realizó un suave movimiento vertical con la cabeza.

En cuanto el encargado de servir las consumiciones se marchó, Arabella abrió la nota.

«¿Nos encontramos en un reservado?», decía. Raymond giró la nota y también la leyó.

–Espera, espera. ¿Esto es un club de intercambio de parejas?

–Claro, *amore*, ¿qué esperabas? ¿Me estás diciendo de verdad que no te habías dado cuenta antes?

–Pues no. ¿Cómo me iba a imaginar que me ibas a traer un club de *swingers*?

–¿Y por qué no? Ya te dije la última vez que eso no quedaría así. Tú disfrutaste de un trío con una mujer. Y yo no pude hacerlo con un hombre. Así que, lo más justo, y un punto intermedio, es hacer un cuarteto.

–¿¡Un cuarteto!? –se alteró el hombre, aunque siempre manteniendo un tono de voz que no llamara la atención del resto de personas–. Pero ¿tú te has vuelto loca? No pienso compartirte con otro hombre. Ya lo hemos hablado. Olvídate.

–Eres un machista. Y un egocéntrico.

–¿Un egocéntrico?

–*Un vero rompipalle. Porca miseria!*

–Lo que quiero es que ningún tipo se acueste con mi mujer. Mi mujer –repitió dando con el puño en la mesa lo suficientemente fuerte para demostrar su dominancia, pero sin que llegara a ser un golpe cuyo ruido alcanzara los oídos de demasiada gente.

–Mira, Ray. Ahora mismo me voy a levantar y me voy a acercar a esa mesa. Y me voy a ir con ellos. De ti depende unirme al grupo o que me quede a solas con ellos dos. *Vado a scopare con questa coppia.*

Arabella se levantó sin la aprobación de su marido y, copa en mano, meneó la cadera, realzada por el vestido corto y exageradamente ceñido de color esmeralda del que hacía gala, hasta llegar a la altura de la pareja en cuestión. Raymond fue tras ella, y guardó las formas.

–Buenas noches –dijo ella.

Aquel hombre se levantó, le dio la mano y se presentó:

–Soy Oliver. Ella es mi mujer, Holly.

Holly también se incorporó. Exhibió una gran sonrisa repleta de dientes perfectamente alineados.

–Encantados –se adelantó a hablar Raymond–. En realidad, nosotros ya nos íbamos.

Arabella echó una mirada fulminante a su marido. Con una sonrisa más forzada que la caja fuerte de un banco recién robado, contradijo:

–Sí, pero hemos cambiado de opinión en el último momento. Creo que nos quedaremos.

–Me alegra oír eso –dijo Oliver–. ¿Os apetece que hablemos mejor en un reservado?

–¿Por qué no mejor aquí? –tanteó Raymond.

–¡Claro que sí! –pronunció apenas medio segundo después Arabella, hablando por encima de su marido–. Así tendremos más intimidad.

Sin ningún tipo complejo ni vergüenza, Oliver tomó de la mano a Arabella. A Raymond se le cortó la respiración. Pronto volvió a tomar aire, y más cuando Holly le rodeó un brazo con los suyos, como si fueran una pareja de novios. Tieso como un palo, y con el ánimo de quien se dirige a su propio funeral, el hombre fue tras su mujer, su querida mujer de origen italiano, un origen famoso por sus costumbres tradicionales. Al parecer, se habían convertido en una leyenda.

Como iban en primera posición, nada más acceder al reservado, Oliver y Arabella se sentaron el uno junto al otro en un sofá de microfibra blanco. Anexado a él había una enorme *chaise longue*, la cual fue el lugar elegido por Holly para apoyar sus posaderas y obligar a Raymond a que así lo hiciera él también.

Arabella y Oliver intercambiaron impresiones, bromas y confidencias sexuales. Raymond, por su parte, permanecía atónito ante aquella complicidad repentina e incómodo por la actitud acaramelada de Holly. Se encontraba terriblemente angustiado.

—¿Empezamos ya? —articuló el hombre ataviado con americana celeste.

A Raymond le dio un vuelco el corazón; su mundo se puso patas arriba. Cuando su visión, nublada por el trance que estaba atravesando, volvió a su estado natural, este tomó conciencia de que no había vuelta atrás. Su mujer ya se estaba besuqueando con aquel hombre llamado Oliver. Las lenguas de ambos se entrelazaban a la vista de él, con total impunidad y descaro. Incluso Oliver llegó a manosearle los pechos por encima del vestido mientras seguía fundiéndose en un beso aparatoso con ella.

A pesar de que a Raymond le vino una náusea, tuvo que reprimirla para tratar de ocuparse de otros menesteres. Esto se debió a que la mano de Holly se acababa de posar sobre su bragueta. Sintió cómo le hacía tocamientos sensuales y nada comedidos.

—Déjate llevar... —le susurró al oído.

Pero Raymond no podía apartar los ojos de su esposa.

Mientras Holly le besaba el cuello y la oreja, él observaba cómo a la mujer con la que estaba casado le subían la falda y le bajaban el tanga, y cómo empezaban a estimularle el clítoris con los dedos.

En un momento dado, Oliver agachó el torso y comenzó a practicarle un *cunnilingus* a Arabella. Raymond entrecerró los ojos; no quería verlo, pero, al mismo tiempo, quería vigilar, como un perro guardián, todas las acciones del aquel otro varón. A Holly, por su parte, no parecía importarle lo más mínimo lo que estuviera haciendo su acompañante. Tanto era su desinterés en lo que estuviera haciendo Oliver que se centró en Raymond, y en bajarle la bragueta y succionarle el miembro.

Aquella acción tampoco entró dentro de las preocupaciones Arabella más inmediatas.

—Hazme el amor, Oliver —pidió esta, en cambio.

El hombre al que acababan de conocer los Varley sacó un par de preservativos de su

cartera, rasgó la junta que los unía, se bajó los pantalones hasta la altura de las rodillas y recubrió su pene con uno de ellos. El otro lo lanzó a la *chaise longue*.

—Siéntate —sugirió Arabella. En cuanto su nuevo compañero de prácticas sexuales apoyó las nalgas desnudas en el sofá, ella se puso a horcajadas sobre él. Y empezó a botar. Primero despacio; después como una loca.

—¡Así! ¡Cabálgame!

—¡Ahhh! ¡Sí! ¡Joder! ¡Ahhh! —gritaba ella.

Aquello no era divertido. Aquello no era nada divertido. Ni agradable, ni estimulante, ni siquiera entretenido. Lo que excitaba a Raymond en videos pornográficos, vivido en sus propias carnes resultaba tan repulsivo como introducir su órgano reproductor en un montón de estiércol. Y ahora se veía envuelto en pesadilla real, en la que, encima, no podía quedarse atrás.

—¿¡Qué te pasa!? ¡Venga! —le urgió Holly al tiempo que le golpeaba el torso con el otro preservativo. La mujer comenzó a quitarse los pantalones y las bragas, así como la parte de arriba.

Mientras Holly se desnudaba, Raymond se colocaba la funda de látex, no sin dificultad, pues a pesar de la esmerada felación recibida, mantenía el pene algo flácido. Lo logró. También consiguió introducirlo en la vagina de su impuesta compañera de fornicio.

—¡Venga, fóllame fuerte! ¡No te quedes atrás!

Pero Raymond no podía. Se limitó a mover la cadera adelante y atrás de forma automática. No estaba excitado. Con lágrimas incipientes en los ojos, vio a Arabella bajarse el escote y ponerle los pechos en la boca a Oliver, quien, por supuesto, los chupó con lascivia desmedida, embadurnándolos de saliva.

Arabella cada vez botaba más, y gemía más y más alto, y disfrutaba más del sexo extramarital.

—*Che figo! Che figo!! Che figo!!!* —Tuvo un orgasmo, un aparatoso y desmedido orgasmo.

A Raymond terminó por desprendérsele una de las gotas saladas. Recorrió su mejilla de principio a fin.

—¡A este tío no se le empalma! —se quejó Holly.

El pene del marido de Arabella se encontraba tan falto de firmeza que el profiláctico ni se mantuvo en él.

—¡Pero ¿qué te pasa, Ray?! —reclamó la mujer iniciada en los intercambios de pareja.

—No puedo, cariño... No puedo... —gimoteó él.

—*Ma sei stupido?* Más te vale que puedas por el bien que te trae. Dejé pasar aquel trío con otro hombre, pero aquí estamos parejos. Así que empieza a masturbarte ahora mismo. ¡Ya!

Oliver y Holly se quedaron impresionados por la vehemencia de Arabella. Esta, encogiendo el dedo índice repetidas veces, indicó a la otra mujer que se acercara. También

pronunció:

–Ven, a ver si conseguimos animarle.

Arabella besuqueó a Holly. Una lengua sobre la otra; unos labios puestos en los otros; y un gran intercambio de saliva. La fogosidad de aquel larguísimo beso ininterrumpido desembocó en una felación a dos bocas a Oliver. Raymond ya pertenecía al olvido. Y más cuando, después de ello, las dos mujeres se colocaron una encima de la otra, a cuatro patas, ofreciendo así sus traseros a quien quisiera disponer de ellos. Y ese no fue otro que Oliver, por supuesto, dada la escasa consistencia del miembro de su congénere. Primero se decidió por la mujer de la parte superior. Acto seguido, deslizó el pene por la vagina perteneciente a su pareja fuera de aquellas paredes. Intercambió conductos una y otra vez ante la impotencia de Raymond, que si hubiera actuado como deseaba, habría acabado entre rejas, previo escándalo mediático.

El colofón, el funesto remate que convirtió al marido de Arabella en un montón de escombros listos para retirar, llegó cuando Oliver se desfundó el condón, ordenó a las dos mujeres juntar sus caras y repartió su esperma, viscoso y blanquecino, en una y otra boca.

Arabella se tragó aquel semen. Tras ello, se fijó en Raymond, y en cómo permanecía cabizbajo y con el miembro como una lombriz, y le reprochó:

–*Mamma mia*, Ray, ¿todavía sigues así? Déjalo. Ya probarás suerte la próxima vez.

24

El viaje en avión duró casi once horas. El trayecto en taxi, apenas quince minutos.

El primer lugar al que se dirigió Charissa fue el hotel que tenía contratado, a las afueras de la ciudad. Realizó el *check-in*, avisó por mensaje a Piers de que había llegado en perfectas condiciones y luchó contra el sueño, pues sabía que el *jet lag* la impediría dormir por la noche si se echaba una cabezada antes de que anoheciera.

Pasó la tarde haciendo turismo por Frankfurt para entretenerse. El día era espléndido. Nada extraño dada la época veraniega en la que se encontraba. Paseó por la avenida Zeil, donde hizo algunas compras en varias de sus muchas *boutiques*, y visitó la plaza Römerberg. Allí, antes de regresar al hotel, entró en un restaurante para cenar algo. A pesar del idioma, no tuvo excesivo problema para darse a entender. Eligió un plato de salchicha de Frankfurt (no fue muy original) acompañada de chucrut. Y de beber una soda sin calorías. Sentada en aquel pequeño restaurante, sin más compañía que su soledad, el pensamiento de haber volado hasta tan lejos para ponerse en manos de un cirujano alemán la conmovió. ¿Se había vuelto rematadamente loca? Se quedó mirando hacia su plato. Lo observó con detenimiento. Más en concreto, aquella enorme salchicha sobre una cama de col blanca. Y, por un motivo obvio, se le asemejó al miembro de un varón. Entonces, recordó el porqué de su odisea particular: cuando consiguiera adquirir el aspecto de alguien de ascendencia africana, estaba segura de que el órgano viril de su marido adquiriría un tamaño similar cada vez que la viera. Ello le llevaría a unas relaciones sexuales más numerosas y dotadas de mayor pasión. En consecuencia, su matrimonio se vería a salvo de rutinas y ella quedaría exenta de una ruptura que la alejara de ser una esposa dichosa.

Cenó. Regresó al hotel. Y a las nueve de la noche ya estaba durmiendo.

A la mañana siguiente, Charissa se arregló para su encuentro con el cirujano. Siempre con un estilo deportivo y juvenil alejado de lo que demandaba su edad y, más aún, su posición social. Tenía concertada la cita, y todas las intervenciones a las que se iba a someter, desde antes de volar a Europa. Pero primero debía entrevistarse con el médico encargado de su cambio físico extremo. Por fortuna para ella, el cirujano plástico hablaba un inglés perfecto, aunque con una mezcla de acento alemán y británico.

–¿Y por qué quiere parecer africana, señora Makenzie? –se interesó él.

–No estoy conforme con mi condición –expresó ella.

–¿Por qué no? Yo la veo bien.

–Quiero ser franca con usted. Al principio, quería agradar a mi marido. Y aún quiero seguir haciéndolo. Pero a medida que fui cambiando mi apariencia, a medida que me fui interesando por la cultura afroamericana, mi mente se fue transformando. Y, ahora, realmente siento que pertenezco a ese colectivo.

–Usted es consciente de que por mucha operación a la que se someta, eso no cambiará su ADN, ¿cierto?

–Obvio, doctor, ¿por quién me toma?

–Lo reformularé: ¿Ha pensado usted si al colectivo afroamericano le gustará lo que está usted haciendo?

–Eso es algo que no me preocupa. América es un país libre. Si alguien se siente ofendido, que mire para otro lado. Yo solo estoy siguiendo los pasos que me dicta el corazón.

–Y, sin embargo, viene a Europa a operarse.

–Esas malditas leyes... Sigo sin entender las restricciones a según qué fármacos. ¡Ni que fueran drogas! Pero, bueno, ¿quién dijo fácil?

–De acuerdo, solo quería avisarle de los riesgos. Muchas veces son más psicológicos que físicos. Y, creo, que su caso es un claro ejemplo. ¿Está usted segura de que quiere continuar?

–No he volado más de ocho mil kilómetros para nada.

–Entiendo. Pensaba que ustedes usaban las millas para calcular distancias.

–Así es. Solo quería sonar implicada.

–Ajá. Y, dígame, además de implicada, ¿cuáles son sus mayores preocupaciones con respecto a la cirugía?

–Mi principal meta es cambiar mi color de piel. No quiero estar «simplemente» bronceada. Me gustaría tener la piel negra. Y oscurecerme los ojos. Reniego de este color azul. ¿Es eso posible?

El cirujano torció el gesto y jugueteó con las yemas de sus dedos, con las de una mano sobre las de la otra.

–Las inyecciones de melanina cambiarán su tono de piel. De eso no hay duda –informó–. No surten el mismo efecto en todo el mundo, como no funciona igual el mismo medicamento en diferentes pacientes. Pero obtendrá un tono de piel oscuro; eso se lo garantizo. En cuanto a los ojos, esa misma melanina se encargará de dar un tono amarronado a sus iris. Aquí hay más incertidumbre. Es posible que lleguen a oscurecerse por completo, pero no puedo afirmarlo tajantemente. Ni yo ni nadie. En cualquier caso, siempre puede usar lentillas.

–No quiero usar lentillas.

–Y, como he dicho, yo no puedo garantizárselo. Ningún médico puede. Si le dicen lo contrario, la estarán mintiendo. Tómelo ahora o déjelo.

Charissa sopesó las palabras del médico situado al otro lado de la mesa y contestó:

–Estoy conforme.

–¿Siguiente paso?

–Me gustaría un aumento de cadera. Y agrandar mis labios. Ah, y también ensanchar mi nariz.

–Despacio, despacio, despacio...

La paciente se amilanó por un momento, pero solo hasta que el profesional de la medicina volvió a hablar.

–Le sugiero evitar la cirugía. Lo de las caderas y los labios podemos solucionarlos con infiltraciones.

–¿Será suficiente?

–Le aseguro que el resultado será más que óptimo. En cuanto a la nariz, obviamente, sí que recurriremos a la cirugía. Con anestesia general, por supuesto.

–Gracias, doctor.

–Espere, espere. Esto llevará un tiempo. ¿Dispone usted de las semanas necesarias para llevar a cabo aquí el postoperatorio?

–No hay problema. Créame. Estaré el tiempo que sea necesario.

–De acuerdo, entonces. –El cirujano plástico se incorporó y extendió el brazo, invitando así a que su paciente le diera la mano como una forma de cerrar el trato (más tarde se firmarían los documentos necesarios) y abandonara la consulta.

Charissa se levantó y apretó la mano del médico que pronto la operaría.

–Espere fuera, por favor –expuso él–. Enseguida mi adjunta le informará de los detalles del preoperatorio y concertará los horarios exactos de las intervenciones.

–Muchas gracias, doctor.

–Es un placer.

En un breve periodo de tiempo en la recepción, Charissa fue atendida. Además de tomarle su historial clínico, le hicieron un estudio psicológico en profundidad. Posteriormente, le dieron citas para realizarle una analítica de sangre y orina, una radiografía frontal y lateral del cráneo, y un electrocardiograma. También le informaron de que la someterían a un estudio pormenorizado del estado de su piel.

Tras las citas del preoperatorio, vinieron las de las intervenciones en sí. Un día para la cirugía de la nariz y otro para los labios, dos para el aumento y levantamiento de glúteos, y hasta tres sesiones para las inyecciones de melanina. A eso había que sumarle el postoperatorio. En total, Charissa debería permanecer en Alemania unos dos meses aproximadamente.

Estuvo conforme y así iba a ser.

25

–Patriiiiick...

El hombre no aparecía por ningún lado.

–Te voy a encontraaaaaar...

Perlie sabía que su marido estaba en casa, pues solo hacía diez minutos había estado con él, y lo seguiría estando a no ser que hubiera huido como un felino asustado. Hablando de gatos...

–Miauuuuu. –La mujer se paseaba por la casa desnuda, con tan solo una diadema con orejas de zorro en la cabeza y una cadena de paseo al cuello. Husmeó por todos los recovecos; por todas las habitaciones que encontraba a su paso. Hasta que abrió el baño de la planta baja y lo localizó.

–¿Qué haces aquí?

–¿Qué crees? –se excusó él–. Arreglándome un poco.

–Ya no hace falta, aquí está tu gatita favorita.

–Perlie, por favor, llevamos un nivel de locos. Estoy exprimido como un limón.

La mujer de origen surcoreano hizo oídos sordos e himpló como una pantera a la vez que imitaba, en el aire, el arañazo de un animal salvaje.

–Por lo que más quieras... ¿En serio no te apetece descansar?

–¿Y desaprovechar que Mina no está? Miauuu.

–Últimamente no pisa la casa para nada. La has apuntado a... ¡todo!

–Claro. Para pasar más tiempo con mi marido.

–Solo hacemos el amor. Bueno, por decirlo de una forma suave. Es que no hacemos otra cosa en todo el día.

–La doctora Kanderstappen me dijo que debía cubrir mis necesidades. Y eso es justo lo que estoy haciendo. ¿Acaso no me ves cambiada? He recuperado casi toda mi autoestima.

–Prefería a la antigua Perlie, con la que me casé.

–Yo..., no.

Perlie se lamió la mano e hizo como que se limpiaba la cara con el dorso, al igual que lo

haría un felino.

–Miau...

–Esto se nos está yendo de las manos. ¿Y si nos hacemos mormones? O, mejor, amish. Podemos irnos a vivir a Ohio. Dejaré mi trabajo si hace falta. Seremos felices en la continencia.

–La doctora Kanderstappen dice...

–Me da igual esa psicóloga. Iré a hablar con ella. Estás desatada. Y yo no te sigo el ritmo.

En ese mismo instante, Perlie empezó a ronronear. Se dio la vuelta de manera muy juguetona y ofreció el trasero a su esposo.

–¡Oh, Dios...!

–Grrrrr.

Adherida al ano de Perlie se hallaba una cola de zorro. De color pardo. Parecía tan suave, y se movía con una gracia digna de la perversión más zoófila.

–Quiero practicar sexo anal –reveló ella.

–¿Estás segura?

–Quiero que me la metas por mi culito. He estado practicando.

Todo lo dicho por él anteriormente, de pronto, pareció haber sido fruto de un calentón, palabras de las que uno se arrepiente después de dichas. No se retractó; tampoco se excusó. Tan solo articuló:

–Vale. Vale.

–Pero, Patrick...

–¿Qué?

–Llévame a la habitación como a una gatita.

Patrick asió la cadena unida al cuello de su mujer por una correa negra y forzó a la mujer a andar a cuatro patas, como un animal. Usando las manos y las rodillas, Perlie subió las escaleras, atravesó el pasillo e ingresó en su dormitorio.

Y, allí, reclamó:

–Ahora, castígame el culo.

–Oh, joder, sí.

Ella tiró del *plug* anal hasta sacarlo de su recto. El ano, que se le había dilatado para dejar paso al juguete sexual, volvió a cerrársele mediante una contracción involuntaria. Patrick, que ya se había desnudado, y aunque urgido por un hipotético arrepentimiento súbito de su mujer, se detuvo justo antes de introducir el pene en el apretado orificio.

–¿Necesitas lubricación antes?

–Ya me he ocupado de eso. Métela sin miedo.

El hombre no se lo pensó más. Y allá que fue con su miembro. Lo encajó de una vez, desde la punta hasta la base. Y comenzó a poseer sexualmente el trasero de su esposa.

Ella gemía, fusionado alaridos de dolor y placer sexual.

–¡Fuerte! ¡Más fuerte! –pedía Perlie.

–¡Joder, cariño! ¡Te voy a romper el culo!

–Me he portado mal. Me lo merezco.

–¿Has sido una gatita mala?

–Oh, sí. ¡Ah...! Una gatita muy mala.

–¡Pues toma!

El matrimonio se abalanzó sobre la cama. Patrick le dio la vuelta a su mujer, por lo que ambos quedaron cara a cara. Tras subirle las piernas, volvió al ataque. En esa postura la penetración resultaba aún más profunda. Siguió y siguió, como si no hubiera un mañana.

–Madre mía, Perlie, este agujero está muy apretado. Vas a hacer que me venga.

–Pues hazlo.

–Ah... Ah... ¡Aahhhh...!

Patrick cayó rendido encima de Perlie, pero esta se zafó rodando por la cama. Dejó a su marido, tendido como un muñeco, bocabajo sobre el colchón, respirando de tal modo que parecía que estuviera dando sus últimos estertores.

¡Clac!

Patrick frunció el ceño y torció el cuello. Miró hacia el cabecero, a su derecha.

¡Clac!

Ahora miró hacia arriba a la izquierda. Perlie acababa de esposarle al cabecero de la cama; una muñeca a cada extremo.

–Espera aquí –solicitó ella, tras lo cual se aproximó al armario, oculta a los ojos de su esposo gracias a la hoja del mueble. No tardaron en sonar una serie de ruiditos semimetálicos, como de hebillas de cinturón. Los juegos sexuales se habían ido intensificando con el paso de las semanas, y como un drogadicto necesita una dosis mayor, Perlie quería más. Le obsesionaba poseer a su marido; sentir la dominancia de un macho; ser el hombre.

Ojiplático, atónito, y espantado, Patrick pronunció:

–¿Qué... cojones... crees que estás haciendo?

–Calla, perra. –Perlie tenía puesto un arnés con un dildo unido a él. Un gran dildo. La mujer echó a andar con un aplomo absoluto. Su movimiento de cadera al avanzar meneaba el consolador de lado a lado.

–Perlie, no tiene gracia. Para de una vez.

–¡Shhhh!

–Perlie, te lo advierto...

–Vas a ser mi putita.

–Perlie, no. Perlie, ¿cuánto mide eso?

—Más de un palmo.

—Ni se te ocurra. ¿me oyes? —A pesar de las sacudidas de brazos y contorsiones de cuerpo, Patrick ni pudo zafarse de las esposas ni evitar que su virginidad anal dejara de depender de la voluntad de su mujer. Si no sucedía un milagro, sus ojos no iban a ser la única parte rasgada de su anatomía, así que rogó con lágrimas incipiente en ellos—: Por favor...

No hubo piedad. De ningún tipo. Los berridos del hombre así lo atestiguaron.

Perlie acometió a Patrick una y otra vez. Como si le fuera la vida en ello. Se sintió poderosa, viva, soberana del mundo. Por un momento su piel ardió en colores encarnados, y la lujuria mundana en ella se convirtió en un despertar espiritual. Y mientras vilipendiaba a su marido, y le destrozaba el orificio que este solo había usado hasta ese momento para su función natural, ¡la puerta se abrió!

—¡Mamá! ¡¡Papá!! ¡¡¡Oh, Dios mío!!!

Perlie deslizó aquel pene de goma de veinticuatro centímetros fuera del ano de Patrick, y con él colgando de su pubis como si fuera un miembro más de la familia, se quedó observando a su hija sin tener muy claro qué argumentar. Su marido, en cambio, además de respirar aliviado, sí que lo supo.

—Hija, ayúdame... —imploró con las mejillas surcadas por las lágrimas.

Mina se tapó los ojos y salió corriendo hacia su dormitorio. Ello desencadenó una serie de maniobras para dejar libre a Patrick, permitir al matrimonio cubrirse con ropa de calle, y dirigirse hacia la habitación de su hija para explicarle los motivos que los habían llevado a tales prácticas sexuales.

Recién llegada desde Alemania, Charissa tomó un Uber.

—Al 1398 de la Ambassador Way —pidió.

El conductor se alejó del aeropuerto y puso rumbo a East Bench. Durante el trayecto, la mujer recién operada bebió en varias ocasiones de una botella de agua mineral dispuesta expresamente para los clientes. Pero bien sabía que no era agua lo que necesitaba para aplacar sus nervios y acabar con esa sensación pastosa en su boca. ¿Cómo reaccionaría Piers ante su cambio radical de aspecto? ¿Y si se había excedido y lo que en realidad le produjera fuera rechazo?

En cuanto llegó, con la ayuda del conductor, sacó las maletas del vehículo y llamó al timbre de su propia casa. Aun disponiendo de las llaves. Quería darle una sorpresa a su marido. Una magnífica sorpresa. Que se encontrara de sopetón con la nueva señora Makenzie, la afroamericana Charissa Makenzie.

—No queremos nada, gracias —articuló Piers nada más abrir la puerta principal. Volvió a

cerrarla sin esperar una réplica, dándole así con la hoja blanca de sapeli en las narices a su cambiada esposa.

Charissa volvió a llamar. Más insistentemente. Y él abrió de nuevo.

—Ya le he dicho que no queremos nada.

—¡Soy yo, estúpido!

Entonces, Piers inspeccionó a la mujer que tenía en frente. La admiró con la mandíbula desencajada; no podía salir de su asombro. Charissa había pasado de ser una mujer blanca, rubia y de pelo lacio a una persona de rasgos africanos, con la piel y los ojos oscuros, el cabello rizado y una poderosa cadera de glúteos desmesurados.

—¿Charissa?

—No, Janelle Monáe. ¿¡Tú qué crees!?

—¡Cariño! —El hombre pestañeó repetidas veces y con fuerza, casi como para deshacerse de algún tipo de filtro oscuro que se hubiera interpuesto entre él y Charissa. Enseguida descubrió que la imagen de su mujer era real, tan real como la agitación que acababa de nacer en su interior—. Cariño, estás...

Una bandada de buitres ascendió al cielo azul desde la imaginación de aquella mujer y voló en círculos alrededor de su cabeza. Por supuesto, esperaban a alimentarse de su cadáver, lo cual iba a suceder en la siguiente frase pronunciada por Piers.

—Estás...

Charissa no pudo resistirlo ni un segundo más, así que la aflicción habló por ella:

—Hecha un horror.

—Iba a decir impresionante.

—¿Te gusta? —se sorprendió ella.

—¡Me encanta! —aseguró él.

La mujer se echó a los brazos de su marido y lo besó en los labios. Lo que no se esperaba es que él la respondiera de la manera en que lo hizo. Se olvidaron de las maletas, que se quedaron bajo el porche de la casa, y accedieron, sin separarse el uno del otro, al salón.

—Piers, ¿qué te pasa?

—No lo sé, pero verte así me ha puesto a mil por hora. Te deseo. Necesito sentir tu dulce cuerpo de chocolate sexy. Ven aquí.

Después de aquella declaración espontánea, solo hubo palabras inarticuladas. Y gemidos, muchos gemidos.

Lo que no había logrado la entrega más absoluta, lo había conseguido la cirugía estética. Una de consideraciones éticas muy cuestionables. Si bien, gracias a la cual, el matrimonio Makenzie tuvo sexo como nunca lo había tenido antes.

26

Todas estaban en *shock*. Todas menos Charissa, pues a ella se debía el mutismo en el reencuentro del Club de las Esposas Dichosas.

–¡Decid algo! –se quejó la dueña de la casa en la que se estaba llevando a cabo la reunión.

–Yo es que estoy alucinando todavía.

–Caray, Cha-Cha, yo también. No sé muy bien qué decir.

–Yo, sí –pronunció Perlie.

Todas se quedaron con la mirada puesta en ella.

–Bravo por tu valentía –prosiguió.

–A lo mejor... –interpuso Corinne–. A lo mejor no es lo más inteligente del mundo.

–¿¡Ah, no!? ¿Y por qué no?

–Pues porque ver a una blanquita de buen vecindario convertida en una persona de color conlleva estar en el punto de mira de todas las críticas.

–Mira, querida Corinne. Lo de «buen vecindario» te ha sobrado, ya que a ti el Bronx te queda muy lejos. En cuanto a lo de las críticas...

–Es que es como haber vivido el cambio de Michael Jackson a la inversa –la cortó Arabella–. De blanca a negra. Pero negra, negra –sentenció.

–Bueno, bueno. Dejaos de vainas. El caso es que Piers y yo, por fin, somos felices. No sabéis cómo me desea. La pasión con la que me hace el amor. Ya solo tiene ojos para mí. ¿Y sabéis lo más importante de todo?

–No –gruñó Corinne cruzándose de brazos.

–Que estás a gusto contigo misma.

Ceñuda, Charissa dirigió la mirada hacia Perlie. Se quedó en silencio por un par de segundos. Cuando separó sus abultados y ennegrecidos labios fruto de la cirugía estética, pronunció:

–Exacto. Me siento mejor que nunca. Siento que soy la mujer que siempre he deseado.

–Esos son bobadas. ¿Desde cuándo te sientes afroamericana? Pero si eres de Canadá. De

la maldita Canadá.

–Mis padres –le aclaró Charissa a Corinne.

–Quien sea. ¡Pero si allí solo hay franceses y británicos! Y para colmo mormona. ¿Alguna vez has visto una mormona negra? Ya te contesto yo: ¡no! ¿Y sabes por qué? Porque los mormones predicaban que la única manera en que los negros podían entrar en el cielo era como esclavos. ¡Como esclavos! Charms, no quiero ser cruel contigo, pero tienes un cacao mental...

–Dejaré de pertenecer a la Iglesia de los Santos de los Últimos Días.

–¿Qué dejarás de ser mormona? No te lo crees ni tú.

–Mi condición de afroamericana es más fuerte que cualquier creencia religiosa.

–¿Tu condición de qué? Bueno, bueno, bueno... Yo es que estoy flipando.

–Eh, chicas chicas, chicas... –intentó poner orden Arabella–. No peleéis. Este club es para apoyarnos. Para mejorar nuestras vidas maritales. Para compartir nuestras preocupaciones y ponerles remedio. Si Cha-Cha ha visto su matrimonio revitalizado, ¿quién somos nosotras para juzgarla?

–Pues yo, como afroamericana y no mormona que soy.

–Venga, Corinne –habló Perlíe–. Deja los prejuicios a un lado.

–¿Que deje los prejuicios a un lado? ¡No, si todavía soy yo la que se está volviendo loca!

–Oye, ¿por qué no nos cuentas tú tus avances con Luther? Seguro que es más interesante que esta discusión en la que nos hemos enfrascado. ¡Queremos saber! Apuesto a que se sentirá exultante.

Corinne espiró todo el aire emponzoñado de sus pulmones. En cuanto logró librarse de parte del veneno inmaterial que la corroía por dentro, comentó:

–El otro día..., el otro día lo hicimos al aire libre. En lo alto de un peñasco. ¡Qué sensación! Me sentí libre. A lo «llamada de lo salvaje». Una con la naturaleza. Quiero hacerlo en sitios nuevos. Eso de hacer el amor en la cama es un atraso. Demasiado convencional. Creo que no volveré a usar una si no es para dormir. Necesito sitios nuevos. Quiero hacerlo donde nadie jamás se haya atrevido.

–¿Has probado en lo alto de la Torre Eiffel? –sugirió, no sin cierta burla, Charissa.

–Estate segura de que lo haré. Qué romántico. Y qué atrevido. Pero por ahora me ceñiré al Estado de Utah. Wyoming, quizá.

–O Nevada –añadió Perlíe.

Corinne observó con interés a su amiga; obviamente, quería que desarrollara la respuesta. Perlíe se dio por enterada y continuó:

–En Las Vegas hay todo tipo de espectáculos y se me está ocurriendo un lugar...

–¿Cuál? –la urgió la interesada.

–Mejor me callo –rectificó la mujer de origen surcoreano–. Puede que sea una sugerencia

demasiado fuerte.

–¡Nada es demasiado fuerte!

–Puede que para ellas sí.

–¿Para nosotras? Habló la mojigata –se molestó Charissa.

–Eso ya forma parte del pasado. Ahora me atrevo con todo.

–Ah, ¿sí? Pues, entonces, dilo. Ahora no nos dejes con la duda –se sumó a la queja Arabella.

–De acuerdo, lo contaré –sentenció Perlie–. Pero, antes, ¿por qué no me demuestras que estás a la altura?

–*Dici sul serio? OK, OK.* Hablaré sin pelos en la lengua, pero luego ya puedes empezar soltar prenda. Me he hecho socia de un club de *swingers* y estamos yendo todas las semanas. Sin excepción. A veces, incluso, un par de veces. Y hemos probado todo tipo de combinaciones.

Charissa se llevó las manos a la cara; Perlie sonrió de medio lado. En cuanto a Corinne, agachó la mirada y resopló.

–Dos hombres para dos mujeres la mayoría de las veces. Lo de los tríos se nos quedó corto, y más cuando Ray se negó a compartirme con otro hombre.

–Normal –se oyó decir a Charissa a pesar de la barrera que ofrecían sus manos.

–¿Y que se sume a la fiesta otra mujer sí?

–Bueno, es que si partimos de la base que yo no podría tener a una tercera persona con nosotros...

–Pero yo sí –prosiguió Arabella–. Y no es justo que solo llueva en una dirección. Así que lo más justo eran los cuartetos. Bueno, y las orgías. Hemos participado en alguna que otra. Así está equilibrada la balanza. Y que cada uno tome lo que necesite. La pega es que, a la postre, solo acabo teniendo relaciones sexuales yo.

–¿Cómo, Bella?

–Pues eso, Cha-Cha. Que no se le levanta. Al principio, cuando solo había otra mujer con nosotros, Raymond se ponía como una moto. Jamás le había visto tan excitado. Pero en el momento en que introducimos a una parte masculina, se vino abajo. Ahora mientras lo hacemos, él se dedica a mirar con el pene hecho un globito.

–¿Y tú? –preguntó Corinne.

–¿¡Yo!? Obviamente, fornico como una loca.

A las otras tres integrantes del Club de las Esposas Dichosas se les abrieron los ojos de par en par.

–Pero ¿sabéis lo mejor? O lo peor, según como se mire.

Corinne, Perlie y la metamorfoseada Charissa negaron con pasmoso interés. Arabella, adoptando la postura del orador de una conferencia, se incorporó y habló desde una posición más

alta:

—Que eso me pone. Más que el hecho de intercambiar pareja, lo que me excita es verle humillado. Era algo que nunca se me había pasado por la cabeza. Pero saber que soy yo quien lleva las riendas, sentirme deseada, crea en mí un fuego interior que me hace arder. Fijaos que, últimamente, se me ha ocurrido que...

¡Ding dong!

Charissa hizo el amago de levantarse del sillón, pero, con un gesto de mano y un «espera», y aprovechando que ya se encontraba en pie, Arabella la detuvo en su acción.

—No te preocupes, iré yo —declaró.

Los talones de las zapatillas de Charissa volvieron a entrar en contacto con el suelo; no así los tacones de Arabella, que repiquetearon a lo largo de la planta principal de la casa.

El cerrojo de la puerta principal sonó de fondo. A los pocos segundos, alguien que decía:

—¡Bella, qué alegría!

Perlie, Corinne y la dueña de la casa se miraron unas a otras. Y esperaron.

La mujer de ascendencia italiana contestó, apreciablemente furibunda, desde la entrada:

—¡No puedes pasar!

—¡Ya lo creo que sí! ¡Aparta!

En no más de cinco segundos, Jillian apareció en el salón, seguida de Arabella.

—No he podido pararla, me ha arrollado —se excusó la segunda.

—¿Qué haces aquí? Es la reunión semanal del club.

—Por eso mismo, Corinne. Por eso mismo. Quiero volver a pertenecer a él. Quiero volver a ser una integrante del Club de las Esposas Dichosas. —La mujer de pelo rubio, la única con el cabello del color del oro de entre las cinco que allí estaban, reparó en la otra persona de piel oscura ubicada en el salón de los Makenzie. Acto seguido, y usando un sonsonete de ofensa, comentó—: Muy bonito. Pero que muy bonito. Anda que habéis tardado en reemplazarme. ¿Eso es todo lo que me apreciabais?

—Jill, soy yo —indicó Charissa al ser consciente de que era ella la aludida.

Jillian enarcó las cejas, primero; frunció el ceño, a continuación.

—¿Charissa? —pronunció sin poder dar crédito de lo que estaba viendo—. Venga ya...

—Ahora soy afroamericana.

—No, no lo es —interpuso Corinne—. No la hagas ni caso. Lo que es, es una *tanoréxica* con una permanente que todavía no sé cómo diantres han conseguido hacérsela.

—¿Qué me he perdido?

—Demasiadas cosas —apuntó Perlie.

Jillian encontró en Perlie una cara amiga. O, al menos, la más afable de cuantas allí había.

—La cuestión no es lo que te has perdido —habló Charissa—, sino por qué has acabado

apareciendo aquí.

–Ya os lo he dicho. Porque quiero volver a ser una integrante del Club de las Esposas Dichosas y asistir a las reuniones semanales.

–Te recuerdo, señorita Baker, que estás divorciada.

–Ah, ah, ah, ah... –articuló Jillian mientras movía un dedo índice a izquierdas y derechas consecutivamente–. Ya no.

–Venga, Jill, no me creo que Spencer y tú estéis de nuevo juntos –protestó Arabella, todavía en pie–. Y menos que os hayáis vuelto a casar.

–¿Quién ha dicho que me haya casado de nuevo con mi exmarido?

Las cuatro componentes del Club de las Esposas Dichosas se quedaron ofuscadas por un momento. Ninguna sabía muy bien qué contestar, y más ante la falta de cualquier tipo de detalle, lo que podía llevarlas a equivocarse y tener que pedir perdón. No tardaron en exigir más información.

–Veréis –comenzó su exposición Jillian–, estas semanas han sido muy complicadas. No solo por la ruptura, sino porque he tenido tiempo para conocerme mejor a mí misma. Al principio fueron paseos por la naturaleza: parques, jardines... Y terapia psicológica, por supuesto. Y, un buen día... –Chascó los dedos–. Lo sentí. Sentí mi amor por las plantas.

–¿Por las plantas? –se extrañó Corinne–. A mí también me gustan las plantas. Y a Perlie, ¿o es que no has visto su maravilloso jardín?

–No me refiero a ese tipo de fascinación. Fue un flechazo, lo juro. Así que me he casado con Pando.

–¿Pando? ¿Quién es Pando? ¿Un jardinero cubano o qué? –preguntó Arabella.

–No lo entendéis. Siento amor por las plantas en sí. De manera física. Y emocional también, por supuesto.

–¿Por las plantas? Sí, claro, te has enamorado de un cactus, no te digo –bromeó Charissa.

–Algo parecido. Me he casado con una extensión de álamos de cuarenta y tres hectáreas en Fish Lake. Realmente es un mismo organismo. Como decirlo: es un sistema interconectado; una colonia clonal. Aquí tengo los papeles. –Tras rebuscar en su bolso, Jillian sacó unos papeles que acreditaban su enlace con Pando.

–*Madonna santa!*

Perlie se cubrió con la mano una inevitable sonrisa dirigida, no a Jillian, sino sus tres compañeras de club, como si estas acabaran de recibir su justo merecido.

–Bueno, ¿y qué? –objetó la dueña de la casa en la que se encontraban–. Eso solo demuestra que estás mal de la cabeza.

–¿Qué yo estoy mal de la cabeza? Me lo está diciendo alguien que, por lo que veo, está pretendiendo cambiar de raza.

Charissa miró a sus compañeras, como esperando el respaldo de alguna de ellas, pero las tres se limitaron a elevar los hombros y a apretar las bocas. Y, es que, por lo que parecía, Jillian llevaba razón. Por ello, la mujer de cabello con tonos dorados expuso:

–Lo explicaré mejor. Cuando fui expulsada del Club de las Esposas Dichosas, el único requisito que se me puso para volver a ingresar fue estar casada. Lo oí bien claro. Creo que todas os acordáis. Ciertamente, ¿no? Pues bien, he contraído matrimonio. De forma legal. Nada impide tomar nupcias con una planta; este es un país maravilloso. ¿Y sabéis lo mejor? Que mi marido, Pando, no tiene ninguna queja respecto a mí. Ni siente celos. Ni discute conmigo. Así que, no solo exijo mi reingreso en el club, sino que, desde ahora mismo certifico que nunca más volveré a salir de él. No si no es por decisión propia.

La nuez de Charissa se movió arriba y abajo por debajo de los músculos de su cuello oscurecido. Jillian, por su parte, sin esperar a una confirmación proveniente de alguna de sus compañeras, tomó asiento con una amplia sonrisa. A continuación, dijo:

–Bueno, veo que me he perdido muchas cosas durante todo este tiempo. Pero no os preocupéis. Estoy más que lista para que me pongáis al día.

Se produjo un silencio incómodo. Los traseros de las mujeres se removieron en sus respectivos sillones.

–Empezaré yo –saltó Perlie.

Unas bocanadas laxas sucedieron a aquella declaración. Tras ellas, y con el apoyo verbal de Corinne, Arabella y Charissa, y mediante chascarrillos y acotaciones, la mujer de origen surcoreano expuso, con pelos y señales, todo lo acontecido desde la salida de Jillian del Club de las Esposas Dichosas.

Al finalizar la reunión, tras vanagloriarse de todos sus avances, de jactarse de la felicidad que las había aportado el nuevo rumbo sexual que habían tomado sus vidas, y de arropar a Jillian cual hijo pródigo de una familia bien estructurada, exclamaron al unísono, como si de un equipo de fútbol a punto de salir al campo se tratara:

–¡Que cumplan nuestras exigencias!

Una luz se encendió en el interior del cráneo de Arabella, que no salió a través de sus dos luceros verdes, sino por su boca y en forma de dos vocablos:

–Nuestras... ¡*sexigencias*!

Todas se alborotaron, gozosas, risueñas, y repitieron de nuevo en forma de una sola voz:

–¡Eso! ¡Nuestras *sexigencias*!

27

Como cada domingo, la familia Etienne acudió a la catedral de la Magdalena.

La celebración católica se abrió nada más finalizar el canto por parte del sacerdote, durante el cual se fomentó la unión de quienes allí se habían reunido, elevando sus pensamientos a la contemplación del misterio litúrgico.

Los fieles se santiguaron y, previa invitación del sacerdote, iniciaron una oración colectiva. A ella le siguió una primera lectura, tomada del Antiguo Testamento, un Salmo Responsarial, y la esperada segunda lectura, perteneciente, como siempre, al Nuevo Testamento. Y fue, precisamente, durante esta última, cuando Corinne musitó a su marido al oído:

–Luther, cielo, ¿te acuerdas lo que nos pasó la última vez en Grandeur Peak?

–Como para olvidarlo... –contestó él, también en un tono tan bajo que solo pudo ser oído por la persona más cercana a él.

–...siempre humildes y amables, sed comprensivos; sobrellevaos mutuamente con amor; esforzaos en mantener la unidad del Espíritu, con el vínculo de la paz.

Sin hacer el más mínimo caso a las palabras del párroco, Corinne volvió a acercarse a la oreja de Luther.

–Es que no dejo de pensar en aquel hombre que nos grabó. ¿Y si lo ha colgado en internet?

–Corinne, mi vida, no me des el día. Bastante tengo ya.

–Ya, ya... Pero ¿y si ese video está circulando por la red?

–Pues que se nos va a caer la cara de vergüenza.

–...amad a vuestras mujeres como Cristo amó a su Iglesia. Él se entregó a sí mismo por ella, para consagrarla, purificándola con el baño del agua y la palabra, y para colocarla ante sí gloriosa, la Iglesia, sin mancha ni arruga ni nada semejante, sino santa e inmaculada. Así deben también los maridos amar a sus mujeres, como cuerpos suyos que son.

–¿Y si hacemos un video nosotros? –sugirió ella.

–¿¡Cómo!? –se alteró él, aunque sin levantar la voz para no llamar la atención de ningún asistente, en especial los más cercanos a su posición.

—A ver, es que ya puestos, ¿qué más da que nos grabemos? Es que no dejo de darle vueltas y me pone muy caliente el hecho de que alguien nos pueda ver en un video casero.

—Corinne, esto se te está yendo de las manos. Tienes que ponerle freno ya a esto o nos va a llevar a la ruina.

—...como Cristo hace con la Iglesia, porque somos miembros de su cuerpo.

—O sea, ¿qué no quieres? Pues yo, cuanto más lo pienso... Oh, Luther...

—¿Qué?

—Necesito salir de aquí.

—¿Te encuentras bien?

—Creo que no. Por favor, acompáñame.

Sin esperar a una réplica de su esposo, y dando por hecho que este seguiría sus pasos, Corinne se levantó de aquel banco largo de madera y pasó por delante de sus hijos y de tres asistentes más para lograr salir a uno de los pasillos laterales de la iglesia.

—Quedaos ahí, enseguida volvemos —le dijo a Ron y a Quisha justo antes de dejarlos atrás.

—No os mováis, chicos —añadió el hombre en un susurro.

El matrimonio Etienne salió de la visión de todo el mundo. Corinne se sentó en una pequeña bancada de un pasillo contiguo, tras subir un tramo de tres escalones de piedra.

—Pero ¿qué te pasa, mujer? —se preocupó él.

—Me está dando un sofoco.

—¿Un sofoco? ¿Te encuentras bien? ¿Puedes respirar?

—Sí, sí... Es solo que... Necesito...

¡Ras!

Cuando Luther se quiso dar cuenta, tenía el pene fuera de los pantalones, asomando por entre la cremallera del pantalón, y Corinne lo sujetaba con una mano. Se le cortó la respiración; balbucía como un bebé.

—Luther, hazme el amor.

—¿Cómo? ¿Aquí?

—Estoy cachondísima.

—¿¡Has perdido la cabeza!?! Estamos en una iglesia. Detrás de ese muro están dando misa ahora mismo.

—Oh... Santa Madre de Dios... —gimió ella, que, por el tono de los sonidos emitidos, a buen seguro acababa de mojar sus bragas.

—Ni se te ocurra. ¿Me oyes, Corinne? No pienso ceder a esto. ¡Que nos excomulgan! ¡Eso si nos vamos directamente al infierno!

—Vamos, Luther —rogó ella mientras masajeaba el miembro de su esposo. Te prometo que

esta será la última vez.

En ese instante, la actitud de Luther cambió. Recapitó por unos segundos. A continuación, replicó:

—¿Y volveremos a hacerlo como un matrimonio tradicional? ¿En la cama?

—Te lo prometo.

—De acuerdo —accedió él después de resoplar.

Y mientras en el altar se preparaban los dones que posteriormente se convertirían en el cuerpo y en la sangre de Cristo, en aquel pasillo apartado del tránsito de fieles de la catedral de la Magdalena se inició una sesión de sexo clandestina.

El matrimonio Etienne intentaba hacer el menor ruido posible, pues sus voces reverberaban a lo largo y ancho de aquellos muros de piedra desnuda. Sin embargo, la intensidad del sexo cada vez era mayor, y con ella la excitación de Corinne. Llegado el momento en que Luther la penetró desde atrás, ella no pudo aguantarlo más y tuvo la necesidad imperiosa de usar sus cuerdas vocales. Así, recitó:

—Dios mío, estoy arrepentida de todo corazón por haberos ofendido...

Luther la siseó sin dejar de moverse, pero ella continuó diciendo:

—Detesto todos mis pecados a causa de tus padecimientos, pero sobre todo porque te ofendo, Mi Dios...

—¡Te quieres callar de una vez! —la regañó sin levantar en exceso la voz. Aquel hombre sustituyó sus ganas dar un bramido a su mujer por un empuje mucho más violento.

—Me propongo firmemente, con la ayuda de tu gracia, no volver a pecar y a evitar las ocasiones de pecado. Amén.

—¡Améeeeeeeen!

Antes de que Luther sacara el miembro del interior de su esposa, con toda su esencia dentro de la vagina de Corinne, caliente y viscosa, un monaguillo dobló la esquina y los vio. Aquel niño con sotana roja y sobrepelliz, de unos doce años, se quedó turbado. Tanto que la bandeja de plata que sostenía se le escapó de sus delicadas manos prepuberales. Por supuesto, ese descuido provocó que se esparcieran por el suelo una cantidad incontable de obleas blancas, todas la que aquel monaguillo transportaba en dicha bandeja. Lo peor, sin lugar a duda, se produjo en el instante del contacto del metal con el mármol. El eco del impacto viajó por los pasillos como un saltimbanqui reconvertido en pregonero.

Luther se separó de su esposa, lo cual permitió que su pene flácido y chorreante quedara al aire, el aire fresco y puro de aquel lugar sagrado. Con ello, las primeras gotas de semen emergieron de entre los labios vaginales de Corinne.

—¡No, espera, chaval...!

Pero antes de que pudiera inventar cualquier excusa, o de llegar a algún tipo de acuerdo,

incluso fingir una obstrucción de un conducto arterioso, el niño salió corriendo despavorido.

El timbre de la residencia de los Varley sonó hasta en cuatro ocasiones consecutivas. Quien quiera estuviera al otro lado de la puerta, desde luego, tenía algún tipo de urgencia, cuando menos. O quizás, simplemente, una impaciencia de la cual nadie tenía culpa.

—¡Ya voy yo! —informó Arabella.

Raymond, sentado frente al ordenador, torció el cuello, direccionando su oreja derecha hacia la puerta del despacho e intentando captar, aunque fuera, la más mínima modulación vocal que le diera una pista de qué quería quien quiera que estuviera en la entrada de su hogar.

Siguió trabajando.

A los dos minutos, el timbre volvió a sonar. No con tanta insistencia, pero sí con la determinación propia de alguien que mantiene presionado el pulsador durante más del medio segundo necesario. Al cabo de cinco minutos, se repitió la acción un par de veces más.

Receloso, Raymond dejó el trabajado en el que se encontraba enfrascado y bajó las escaleras que lo ponían en la planta principal mientras pronunciaba:

—¿Quién llama tanto, Bella? ¿Hemos organizado una fiesta y yo no me he enterado?

—Algo así.

El hombre se contrarió al descubrir a su mujer vestida con un picardías blanco semitransparente y unos zapatos de tacón, también blancos, que daban vértigo el solo verlos.

—¿Qué está pasando?

Había algo extraño en el ambiente, una presencia inapreciable más allá de las paredes, y un olor palmario a perfume de hombre. Raymond terminó de bajar los peldaños, apartó a su mujer con el brazo y se adentró en el salón. Allí, de pie, colocados en hilera, como en un certamen de belleza masculina, aguardaban hasta seis hombres.

—¿Qué hace esta gente en mi casa? ¿Quiénes sois?

Arabella se apresuró a entrar en la estancia. Se colocó al lado de su esposo.

—Los he invitado yo —dijo ella.

—Pues ya se están largando. Y tú ponte algo de ropa ahora mismo.

—Ray, quiero hacer un *gangbang*.

—No lo dices en serio.

Los seis hombres se mantenían callados ante los pendencieros acontecimientos. ¿Y es que quién en su sano juicio habría llegado a pensar que aquella mujer los hubiera invitado a su casa sin dar previa notificación a su pareja? Tres de ellos se mantenían de brazos cruzados; dos se pasaban la mano por el cuello, rascándose la barba en torno a la zona de la papada; el sexto llegó a doblar las rodillas y a dejar descansar el trasero en el apoyabrazos del sillón.

–Realmente quiero hacerlo. Contigo delante.

–Bella, esto ha ido demasiado lejos. Voy a llamar a la policía.

–*Chi se ne frega!* Me los habré tirado antes de que hayan venido. Además, tienen mi permiso para estar aquí. Y esta casa es tan tuya como mía.

–No te atreverás...

–Oye, ¿por qué no respetas su decisión? –articuló uno de los tres hombres que estaban de brazos cruzados, el más alto de todos.

–¡Tú, cállate! –habló Raymond con verdadera rabia en su tono.

–Vale, vale... –expresó su indeseado interlocutor mientras levantaba los brazos y exhibía las palmas de las manos, casi como si frente a quien se hallara fuera a un agente del orden.

–Ray, no creo que puedas contra seis hombres –sentenció Arabella–. Así que tienes dos opciones: quedarte y ver cómo mantengo sexo con todos ellos o irte e imaginarte qué es lo que me van a estar haciendo. Y, créeme, la imaginación, en este caso, juega en tu contra.

–Bella, ni se te ocurra...

Pero antes de que Raymond hubiera terminado la frase, su mujer ya había comenzado a caminar en dirección a sus seis invitados.

–Por supuesto, puedes unirme cuando lo desees –manifestó ella–. Nada me haría más ilusión.

Al borde del infarto, Raymond sucumbió a la realidad que le estaba tocando vivir. Sino había entrado en catatonia, su actitud era lo más parecido a ella que se pudiera imaginar. Arabella, por su parte, y sin parecer importarle el estado de su marido, se aproximó a aquellos hombres, tanto que dos de ellos la empezaron a tocar. Más bien, a manosear. Uno por el lado izquierdo, en los glúteos; el otro por la derecha, palpando los senos con insolencia.

Pronto los seis hombres se bajaron los pantalones junto a la ropa interior y Arabella inició la succión de sus miembros. Pasaba de uno a otro sin ningún tipo de prudencia. Usaba las dos manos para estimularles, pues solo con su boca era incapaz de dar placer a más de uno al mismo tiempo. El más alto de todos, aquel que se había atrevido a replicar a Raymond, enfundó su pene en un preservativo y, con toda la tranquilidad del mundo, penetró a la mujer desde atrás. De ese modo, con el tronco arqueado, Arabella podía seguir dando placer oral al resto del grupo en el que ella era el foco central de la actividad sexual.

Raymond estaba bloqueado, abatido y ninguneado. Y lo que menos le apetecía en ese instante era ser partícipe de del sexo grupal que estaba aconteciendo en su salón, con su esposa, y ante su negativa más absoluta. Pero lo peor vino cuando, después de haber tenido sexo con uno y otro y el de más allá, y en variadas e, incluso, trabajosas posiciones, Arabella accedió a ser penetrada por dos hombres al mismo tiempo. Así, uno le introdujo el miembro por delante y el otro por detrás. A la fricción acompasada de sus vergas la revistió los gemidos desmedidos

provenientes de la mujer.

El animal perdido que era Raymond, intentando cruzar La Transcontinental, tratando de dejar el Gran desierto del Lago Salado en el que iba a morir deshidratado a causa de la actividad de sus glándulas lagrimales, acababa de ser espachurrado por un tráiler de cinco ejes. Y, ahora sí, sus ojos empezaban a ser eyectados del cráneo.

La sesión no hacía más que ir a peor. A peor para Raymond, el espectador, pues para los siete participantes, por sus emisiones sonoras de gozo, aquella situación resultaba más que placentera.

El hecho que terminó de hundir a Raymond en las profundidades más lúgubres y lo llevó, metafóricamente, a ser defenestrado de su propia casa, acaeció cuando todos los allí presentes se pusieron de acuerdo para eyacular en la boca de su anfitriona, a lo cual ella no puso ninguna objeción. Arabella separó los labios y sacó la lengua, y ayudó mediante la estimulación manual a que la esencia de todos y cada uno de los hombres terminara recorriendo su garganta.

Acodado en sillón, Raymond meneaba la cabeza entre lamentos y lágrimas. Y mientras los invitados de su esposa iban saliendo de allí uno a uno, no sin antes ponerse de nuevo la ropa, notó cómo el último de ellos en abandonar el salón le daba una palmada fugaz en un hombro a la voz de:

—Ánimo, tío.

28

Patrick no pudo sentarse en una semana. Y, sin embargo, ahí estaba, tendido sobre el diván de la doctora Kanderstappen. Con un cojín en el trasero.

Lloraba como un bebé privado de teta.

–Tranquilo, Patrick. –La psicóloga le tendió un clínex.

Él lo tomó y se sonó la nariz sin ningún tipo de decoro. Después, con voz nasal, habló:

–No sé qué hacer. Estoy desolado.

–Desolado... Desolado es una palabra muy fuerte, Patrick. Tú mujer entró en esta consulta con unos serios problemas de autoestima que, afortunadamente, hemos logrado subsanar.

–¿Y qué pasa con la mía? Ha sido ultrajada. Me siento violado. Me siento como una muñeca hinchable a la que hubieran usado de forma indiscriminada. Estoy a merced de sus deseos. Sus deseos diabólicos. Y encima, por si fuera poco, me ha dicho que antes del sexo me haga lavativas. Que eso de penetrarme por detrás tiene que ser una cosa limpia. ¡Vamos, que puede ser todo lo bruta que quiera, pero con remilgos!

–Lo entiendo. ¿Y sabes qué? Que creo que estás pasando por un *shock* postraumático. Así que necesito saber hasta qué punto. Esto es lo que haremos: antes de nada, respira conmigo, desde el diafragma. –La doctora Kanderstappen inspiró y espiró de forma exagerada para que su paciente pudiera oírla con claridad.

Patrick hinchó la zona del estómago al tomar aire y, después de contener el oxígeno hasta ocho segundo en su interior, echó poco a poco ese mismo aire a través de la boca, calentado por la actividad de sus vísceras. Cuando se hubo calmado, vio cómo la psicóloga sacaba una serie de cartulinas de un archivador grande y negro.

–¿Qué es eso? –se inquietó.

–Es un test de Rorschach. Nos ayudará a saber hasta dónde y de qué forma te está afectando esta situación.

–Pues ya se lo digo yo: muchísimo y de mala manera.

–Calma, calma, Patrick. No es solo eso. A través de los resultados, podremos incidir

sobre el problema desde el ángulo adecuado.

–Como usted diga.

La doctora Kanderstappen mostró el primero de los dibujos. Patrick lo observó con detenimiento.

–¿Y bien? –preguntó ella.

–Y bien, ¿qué?

–¿Qué es lo que te sugiere?

–Nada, es solo una mancha.

–Vamos, Patrick, esta ficha tiene que sugerirte algo.

–Sí, que se ha caído un poco de café sobre ella. Oiga, trabajo en arquitectura. Lo mío son las líneas. Los trazos con sentido. Con proporciones lógicas. Y con un fin determinado. Para construir edificaciones.

La mujer a cargo de la sesión hizo resbalar sus labios, uno sobre otro, humedeciéndolos en el proceso. Se frotó la barbilla con los dedos índice y pulgar de la mano izquierda.

–Veamos si así lo entiendes mejor –argumentó–. Tu cerebro está formado por recuerdos, ideas adquiridas con el paso del tiempo con el que has construido una torre sobre la que se sustenta tu visión del mundo. Pero los que estamos afuera solo podemos ver la fachada. Hermosa. Acristalada. Llena de todo tipo de detalles. Con reflejos dorados debido a los rayos incidentes del sol. Y también con su majestuosa entrada, regida por una escalinata. Sin embargo, a pesar de todo ello, para alguien ajeno al proceso de construcción, alguien que no ha estado presente durante toda tu infancia, alguien que no ha sido partícipe del lecho conyugal en el que tú has estado presente todos y cada uno de los días de tu vida, para alguien como yo, en definitiva, la única forma de acceder a los planos y al actual estado de los cimientos que es ahora mismo tu cerebro es a través de tu subconsciente. Así que, por favor, expresa lo primero que te venga a la mente.

Patrick resopló, observó la enorme cartulina con manchas negras en ella y añadió:

–Una especie de máscara.

–De acuerdo –expresó ella. La guardó y sacó la siguiente–. ¿Y aquí?

–Eh... Un gigante. Parece que está pisando algo. O a alguien.

–¿Y en esta?

–Oiga, ¿de verdad es necesario esto? –se quejó el paciente ante la visión de un tercer dibujo.

–Continúa, por favor, de otra forma no podré ayudarte.

–A ver... Una mujer devorando una... ¿fruta?

–¿No ves dos animales?

–¿Debería?

Las imágenes del test de Rorschach se sucedieron con las consecuentes respuestas de Patrick y hasta alcanzar, al menos, una veintena.

—¿He acertado en todas? —se inquietó Patrick.

—No hay respuestas correctas o incorrectas —aclaró la psicóloga—. Se trata de diagnosticar el estado del paciente. —Hizo una pausa durante la cual tomó una serie de apuntes en su cuaderno. En cuanto lo tuvo claro, habló—: Tienes un cuadro claro de ansiedad.

—¿Y para eso un test?

La doctora Kanderstappen obvió la respuesta de su interlocutor y prosiguió como si esa contestación nunca se hubiera producido.

—Sufres una deficiencia de receptividad a la actividad sexual, lo que te ocasiona una preocupación personal recurrente. La perspectiva de interacción sexual con tu mujer se acompaña, actualmente, de intensos sentimientos negativos y te produce un nivel elevado de miedo. Por eso, rechazas dicha actividad.

—Oh, vaya...

—Mi recomendación es que intentes esforzarte más para colocarte a la altura de las exigencias de tu mujer. El sexo es algo tan natural como el comer o el respirar, y cualquier forma de experimentarlo es válida. No hay límites; ni restricciones. ¿Qué está bien? ¿Qué está mal? No te pongas barreras morales, Patrick. Olvídate de ellas.

—Perdone, pero mi culo no opina lo mismo. ¿Y qué hay de mi hija? Piensa que somo unos depravados. Todavía tiene pesadillas.

—En cuanto a ella, debe entenderlo como algo positivo. Que sus padres gocen de una buena salud sexual hará que la familia se mantenga unida.

—¿En serio?

—En serio.

—¿Sabe lo que pienso?

—No, Patrick. Adelante, ábrete.

El hombre se levantó con tal ímpetu que se olvidó de su percance rectal y, a consecuencia de ello, le acudió un repentino dolor. Se le pasó enseguida, por lo que pudo hablar casi al instante.

—Pienso que está usted confabulada con Perlie. Que me dio su referencia para tratarme solo porque antes habían llegado a algún tipo de acuerdo conjunto. Mi esposa quiere seguir... abusando de mí, utilizándome como un juguete, exprimiéndome como un maldito limón hasta sacarme la última gota de jugo y, para ello, ha acordado con usted que me diga lo que ella quiere. Buscaré otro psicólogo, ¿me oye?

—Está bien, Patrick. No hay problema. ¿Quieres que te sugiera alguno?

—¡No, no, no, gracias! —expresó Patrick con una risa nerviosa y negando con el dedo

índice bien en alto. Se dirigió con decisión hacia la puerta de salida y se fue de allí, no sin antes declarar—: Y voy a prohibir a mi mujer que regrese a esta consulta.

—Ave María Purísima.

—Sin pecado concebida.

Amparado por el secreto de confesión, Raymond estaba dispuesto a contar hasta el último de sus pecados recientes. Iba a ser una confesión completa, sincera y humilde, o así se lo había propuesto, pero, desde luego, ni breve ni prudente. Había demasiado que decir y en cada acto reciente de su mujer la transgresión del sexto mandamiento estaba implicada. De rodillas sobre la madera maciza de abeto envejecida, Raymond estaba pegado a la rejilla que lo separa de su confesor. Tenía las manos entrelazadas, y los codos hincados en un poyete.

—Perdóneme, Padre, porque he pecado —pronunció—. Mi mujer y yo hemos sucumbido ante las tentaciones de la carne.

—¿De qué forma, hijo mío? ¿No estáis unidos por el santo sacramento del matrimonio?

—No es eso, Padre. Es algo más complicado. Antes de nada, déjeme decirle que si vengo a misa todas las semanas es más por mi mujer que por voluntad propia.

—¿A qué se debe eso?

—Ella descende de italianos. Sus abuelos están allí. Aún viven.

—Gracias a Dios.

—Con esto quiero decir que la tradición católica está muy instaurada en su familia. Yo soy algo más... proclive a no seguir cada paso del Señor me dicta.

—No te preocupes, eso tiene remedio.

—El problema surge desde que ha sido ella quien parece haber tomado una senda diferente y a la que me veo arrastrado.

—Sé más concreto, hijo.

—Verá, invitamos a nuestra cama a otras personas.

Alarmado por la revelación, el religioso se santiguó.

—Es voluntad de Dios que los creyentes se aparten de la inmoralidad sexual; que cada uno aprenda a controlar su propio cuerpo de una manera santa y honrosa, sin dejarse llevar por los malos deseos como hacen los paganos, que no conocen a Dios.

—Lo sé. Por eso necesitaba a alguien en quien descargar mi culpa.

—Entiendo por tus palabras de que te arrepientes de tus pecados.

—Por supuesto, Padre.

—¿Qué ha ocurrido para llegar a ese extremo, hijo?

—La verdad, no lo sé. No sé cómo hemos podido llegar a ese punto. Todo comenzó

cuando una empleada del hogar entró en nuestra habitación mientras manteníamos relaciones.

—¿Y nunca la habías deseado antes?

Raymond resopló, acuciado por el deber de decir la verdad.

—Padre, tengo que confesar que últimamente no podía evitar mirar a otras mujeres. Era superior a mis fuerzas.

—Cualquiera que mire y codicie a una mujer que no sea su esposa ya ha cometido adulterio con ella en el corazón.

—Perdóneme. Estoy muy arrepentido.

—Tranquilo, hijo, y prosigue.

—El compartir nuestra intimidad con aquella mujer hizo saltar una chispa en el cerebro de mi esposa. A partir de ese momento, ella entró en una espiral de lujuria. Quiso compartir la intimidad que nos brinda el vínculo matrimonial con otros hombres. Y mujeres. Los dos al mismo tiempo.

—Estás hablando de...

—Me temo que sí, Padre.

—No habéis tenido en alta estima el matrimonio.

—No.

—Habéis vilipendiado la fidelidad conyugal.

—Sí.

—Sabiendo que Dios juzgará a los adúlteros y a todos los que cometen inmoralidades sexuales.

Raymond empezó a gimotear.

—¿Ha venido tu mujer contigo? —preguntó el párroco.

—¿Qué? ¡No! Ella no sabe nada. ¡Me mataría! —Raymond se dio cuenta de la expresión utilizada y añadió—: Perdón, Padre.

—No pasa nada, hijo. Pero debes parar esa situación cuanto antes. No podéis vivir bajo el encanto del erotismo externo a la intimidad del matrimonio. De otra forma, solo conseguiréis la excomulgación.

—No es tan fácil. Ya lo he hablado, pero ella se niega. Se niega a abandonar sus nuevas prácticas. Dice que le aportan más felicidad que la mismísima gracia de Dios.

—Virgen Santísima. —El Sacerdote volvió a santiguarse ante tal blasfemia.

—No puedes permitirlo. Como feligrés de mi iglesia que eres, no puedo permitir dejarte caer en las redes de la lujuria. No permitas que esa hija del mismísimo Satanás te arrastre al pecado. Lucha con todas tus fuerzas para remediar la situación.

—Por supuesto, Padre. ¿Pero qué puedo hacer?

—Imponte. Háblale de la voluntad de Nuestro Señor Jesucristo. De cómo el matrimonio

está pensado para respetarse mutuamente. El día que tomasteis nupcias prometisteis respetaros el uno al otro. Y, por lo que dices, ella ha roto ese pacto sagrado.

—Tiene razón, Padre. Tiene toda la razón del mundo.

—Es solo la palabra de Dios. Cúmplela. Y hazla cumplir. Lo más importante es que no te dejes seducir por los encantos del maligno. Por tentadores que sean. Haz todo lo que esté en tu mano para lograrlo. Sé fuerte. Y toma las medidas que creas necesarias, pero siempre sin apartarte del camino del Señor.

—Lo haré, Padre. Tenga por seguro que lo haré.

—Que así sea, hijo mío. Lo que menos necesita ahora mismo esta santa casa es otro escándalo.

—¿Se refiere a lo de los Etienne?

—En efecto...

El sacerdote negó con la cabeza, o así lo intuyó Raymond por la silueta difuminada en la oscuridad detrás de la rejilla. Él también meneó barbilla y frente, conocedor de la amistad entre su esposa y la de Luther, y de la pertenencia de las dos mujeres a aquel club informal por el que se juntaban todas las semanas. Raymond se preguntó si la reciente lascivia mostrada por ambas mujeres, por diversas que hubieran sido las situaciones, no estaría relacionada. ¿De qué hablaban cuando se juntaban? Él, que en un principio pensaba que de modelos de ropa, series de televisión y recetas de cocina, amén de los típicos chismorreos vecinales, entendió que los temas involucrados iban más allá. Mucho más allá.

Estuvo a punto de abrir la boca, hacer algún tipo de comentario, pero no quería crear más controversia, ni tampoco dar una voz de alarma que pusiera en el candelero de la comunidad la situación en la que se hallaba su matrimonio. Aun por mucho que estuviera amparado por el secreto de confesión. Al fin y al cabo, si a los Etienne les habían sorprendido con las manos en la masa, ¿por qué con él y Arabella iba a ser diferente?

—Ellos ya no pueden evitar el mal hecho a esta comunidad. Tú, sí. Aún estás a tiempo —se adelantó a hablar el sacerdote.

«El párroco tiene razón. Es hora de dar un ultimátum o, en el peor de los casos, de cortar por lo sano», razonó el confesado.

—Reza diez padrenuestros y doce avemarías. Puedes ir con Dios.

29

–Espera, espera, espera. A ver si lo he entendido. ¿Quieres que nos mudemos a África?

–Ajá. A Namibia, concretamente.

–Te has vuelto completamente loca.

–Al contrario. Por fin he encontrado a la verdadera Charissa. Bueno, en realidad me gustaría cambiar mi nombre por el de Ndapandula.

–¿Ndapanqué?

–Ndapandula. ¿Puedes llamarme así hasta que logre cambiarlo de forma legal? Es para irme haciéndome a la idea.

–Charissa, mi vida, te estás volviendo «algo» loca. Quieres irte a vivir a Namibia, cambiarte el nombre por uno africano... Me gustaba tu nuevo aspecto, no te lo voy a negar, pero esto ya no tiene ni pies ni cabeza.

–Tú también deberías cambiártelo.

–Me gusta mi nombre: Piers. Es el que me pusieron mis padres.

–¿Qué tal Hafeni?

–¿No me has oído? No pienso cambiarme el nombre.

–O, mejor, Natangwe.

–Madre mía...

–¿No te parecen geniales?

–Pues no. Y a menos que no haya una ley que me lo prohíba, seguiré llamándote por tu nombre: Cha-ri-ssa.

–Nda-pan-du-la –le corrigió ella poniendo hincapié en cada sílaba.

–Charissa, estás a un paso de que te ingrese en un psiquiátrico.

–Pero es que ahora pertenezco al continente con forma de oreja de elefante.

–Cariño, como médico que soy te lo explicaré de forma sencilla para que lo entiendas. Puedes haberte operado para que tus rasgos físicos sean los de alguien con ascendencia africana, pero de ningún modo eres de raza negra. Las cadenas de ADN que contienen tu información genética siguen siendo las mismas de cuando naciste. Así que olvídate de eso de que eres

afroamericana porque no es cierto. No nos vamos a ir a vivir a Namibia porque no pintamos nada allí.

—Pues ya he comprado los billetes.

—¿¡Qué has hecho qué!?

—Comprar los billetes de avión. Para ir a Namibia, claro.

—¿¡Cómo!? Yo estoy alucinando. ¿Quieres que nos vayamos así, sin más, a la aventura?

—¿Te crees que soy estúpida? Es un viaje de reconocimiento. Para una primera toma de contacto, para ver las costumbres del lugar, buscar residencias...

Piers tuvo que sentarse en uno de los sillones del salón de su casa, en el maravilloso y pacífico barrio de East Bench, en la ciudad de Salt Lake City, dentro del territorio de los Estados Unidos de América, a nueve mil malditas millas del país al que pretendía viajar su mujer. Se echó las manos a la cabeza, hincó los codos en sus muslos, ejerciendo una presión descomedida, y se tiró de los pelos, rociados por el grisáceo de la experiencia y, desde ese momento, regados por el efecto del estrés. El conjunto de líneas rectas y en zigzag que acaparaban la decoración del salón de los Makenzie, junto con todas las curvas y espirales desperdigadas aquí y allá, por un segundo, parecieron acudir hacia aquel hombre desesperado, incidiendo directamente en su cráneo, azorando un cerebro preparado para la prevención, diagnóstico y tratamiento de enfermedades físicas, pero desprovisto de información para la resolución de problemas en el campo de la psicología más avanzada.

—No voy a ir contigo a África. Bueno, si son unas semanas, de vacaciones, sí. Como hacen todas las parejas. Va-ca-cio-nes. Pero de ningún modo nos iremos a vivir ahí. Así que ni hace falta reconocimiento de ningún tipo ni mucho menos buscar una casa. A mí no se me ha perdido nada en ¿Namibia?

—Pues a mí sí —sentenció Charissa.

—¿A ti sí? ¿El qué?

—Mis orígenes.

—¡Pero si provienes de Canadá! —Piers estaba desesperado, sentimiento que exteriorizó alzando los brazos al cielo y, a continuación, tirándose otra vez del cabello. En cuanto se retiró las manos de la cabeza, algunos mechones permanecieron ligeramente encrespados.

—Y mis sentimientos más profundos —insistió ella.

—Hasta hace dos días, prácticamente, tu mayor preocupación era elegir entre comprar un bolso de Gucci o uno de Prada.

—Bueno, pues eso es algo que ha cambiado. Y tú también deberías cambiar. Más bien, evolucionar.

—¿Evolucionar? ¿Hacia qué? Soy Piers Makenzie. Licenciado en Medicina. Trabajo en el Hospital de la Universidad de Utah. ¿Hacia qué se supone que debo evolucionar que no sea eso?

—No lo sé, Piers. Hacia algo. Lo que sea. ¿Has pensado que en África tus servicios serían mucho más útiles que aquí? Allí la mortandad infantil es muy elevada.

—Oh, venga, no seas demagoga. Aquí también muere gente a diario. Si vieras lo que veo yo...

—Ya, pero no al mismo nivel.

—Charissa, no puedo dejar mi vida... —Rectificó al momento—: ...nuestra vida por ir a curar a gente a otro continente. No pertenezco a Médicos Sin Fronteras.

—Nunca es tarde.

—¡He dicho que no!

Charissa se cruzó de brazos y bufó con la misma furia que un toro a punto de embestir. De haber podido, hubiera corrido hacia adelante con todas sus fuerzas y, ofreciendo la corinilla, y hubiera propinado el golpe más severo del que hubiera sido capaz a su marido en la boca del estómago. Pero nunca llegó a hacerlo. En su lugar, exclamó:

—Es por esa chica, ¿no?

—¿Chica? ¿Qué chica? —se extrañó él.

—Esa que tienes de prácticas. La morenita.

—¿Monique? ¿Qué pasa con Monique?

—¡Oh! Monique, Monique... —El cuello de Charissa inició una serie de movimientos más propios del mecanismo de un muelle que el ofrecido por el conjunto de vértebras y tendones que lo componían. También, como si fueran unas pequeñas pinzas, hizo volar al ritmo del aleteo de una mariposa sus dedos índice y pulgar. En cuanto aquel ademán burlesco llegó a su fin, la mujer añadió—: ¿O es que no es por el color de piel y es por la edad?

—Pero ¿qué estás diciendo? Si la saco casi veinte años. Por supuesto que no. Oye, estás paranoica.

—¿Yo estoy paranoica? Tú sí que estás mal de la cabeza. ¿Crees que no sé que te atraen las mujeres negras? Entonces, ¿por qué te casaste conmigo?

—Es cierto —reconoció Piers—. Me gustan las mujeres afroamericanas. A la vista, siempre a la vista. Es algo que ha surgido con el tiempo. Pero eso no quiere decir que piense en acostarme con una de ellas. Sigo enamorado de ti.

—Nunca lo demuestras.

—¿Y cómo se supone que debo hacerlo? ¿Mudándome a otro continente? De ninguna manera.

Charissa gruñó. Refunfuñó. Y, finalmente, expresó:

—Bueno, tú haz lo que quieras porque yo estoy decidida.

Olor a vainilla proveniente de una vela aromática, una cama recién hecha con sábanas de seda, y una cantidad ingente de luz artificial. Así estaba acondicionado el dormitorio de los Etienne, listo para ser el lugar donde se produciría el mayor de los placeres de pareja.

Luther entró en calzoncillos. De hecho, su prominente barriga lo hizo antes que él. Se vio obligado a cubrirse los ojos con el dorso de la mano ante tantísima claridad, pues en el pasillo, desde donde provenía, todo era penumbra.

—¿Puedo apagar? —dijo mientras se aproximaba al interruptor de la luz.

—Ni se te ocurra.

Luther se vio obligado a apartarse la mano de la cara y a suplir aquella desprotección manual dejando apenas una rendija entre los párpados superiores e inferiores. En cuanto consiguió advertir los detalles de su mujer, su sistema visual pareció olvidar el proceso involuntario por el que las pupilas se contraen para adecuarse a la iluminación del ambiente. Entonces, toda la luz del mundo penetró hacia el fondo de sus retinas, y con ella la imagen de Corinne. Se sorprendió al verla tumbada sobre la cama, de costado, con la cabeza sujeta gracias a una de sus manos, postura que lograba gracias al apoyo de un codo en el colchón. Su piel canela solo solo era cubierta por un vaporoso picardías tan teñido en rojo como el propio fuego que la mujer parecía desprender.

—Caray, nena, parece que estés posando para una sesión fotográfica.

—Lo hago para mi esposo, que es mucho mejor.

Una media luna con los bordes apuntando hacia los pómulos solo podía significar una cosa. Los pies descalzos de Luther querían despegarse del suelo, volar por los aires, y lanzarse a aquella cama de matrimonio como si de una piscina se tratara. Y hasta nadar los cuatrocientos metros mariposa si hacía falta. Pero se limitó a acercarse como un animal. En celo, eso sí. Tanto que hundió la cara en los pechos de Corinne, y meneó la cabeza entre ellos, entre risotadas de ella.

Tan excitado se encontraba aquel varón que no se esmeró en dedicar ni el más mínimo tiempo a los preliminares. Todos sus esfuerzos se concentraron única y exclusivamente en la penetración. A pesar de ello, no hubo quejas. Tampoco síntomas de disgusto o descontento por parte de su mujer. Luther adoptó la postura del misionero. En los revuelcos previos a la introducción del pene en el conducto membranoso por el que habían salido al mundo sus dos hijos, sus pies quedaron mirando hacia el cabecero. Su cabeza, y por tanto la de Corinne también, hacia los pies de la cama. Y mientras introducía el pene una y otra vez, repasando la plantilla de los Utah Jazz en pos de un retardo de la eyaculación, columbró un elemento extraño sobre la cómoda, no por sus características sino tanto más por su posición.

El hombre se detuvo. Es más, llegó a sacar del miembro de aquella gruta del placer.

—¿Qué es eso? —se inquietó.

–¿El qué? –contestó ella.

–No te hagas la tonta. Tu móvil. ¿Por qué está de lado? ¿Nos estás grabando?

–Pues... quién sabe...

–Corinne –insistió Luther, casi gruñendo–, ¿estás grabando cómo estamos haciendo el amor?

–¿Pasaría algo?

–¡Claro que pasaría! ¡Ni siquiera me has avisado!

–Cariño, ¿quieres que nos grabemos mientras hacemos el amor?

–¡No!

–¡Pues, entonces, ¿para qué me haces preguntar?!

–¡Para que me avises, maldita sea! ¿Para qué nos estás grabando?

–Era solo por si acaso. Tenía curiosidad. Quería ver desde fuera qué tal se nos daba. Te prometo que tenía intención de preguntarte si al final me decidía a subirlo.

–¿Subirlo a dónde?

–¿¡A dónde va a ser!? A Internet. A alguna web para parejas *amateurs*.

–No me lo puedo creer. Es que no lo puedo creer.

En ese momento, los dos se encontraban ya sentados en la cama, cada uno en un extremo, y Luther intentaba ocultar su miembro flácido con los mismos calzoncillos que se había quitado antes de iniciar aquel conato de cámara oculta.

–Me prometiste que esto había acabado –continuó.

–Te prometí que se había acabado el sexo en público.

–Esto es lo mismo –espetó él, indignado.

–De eso nada. En esta habitación solo estamos tú y yo.

–Sí, y en cuanto lo subas a Internet nos verán miles de personas. ¿Has pensado en nuestras familias y amigos? ¿Y en nuestros hijos?

–He pensado en todo. He comprado máscaras, así no nos reconocerán. Tengo una de cerdito tipo Porky. Para que hagas el cochinote conmigo. Y otra de diablo. Para las perversidades.

–¡Ni de broma! ¡Es que ni de broma! ¿Me oyes?

–Pues por mi parte, si no tengo el aliciente de que nos estén observando mientras hacemos el amor, estoy tan fría que no me entran ganas ni de intentarlo. O nos grabamos... ¡o no hay más sexo que valga!

A primera hora de la mañana, cuando el calor del verano todavía daba tregua a los paseantes, Raymond convenció a su esposa para acercarse hasta el Sugar House Park. De

exuberante vegetación, con un gran lago repleto de patos que lo moteaban como copos virginales intentando permanecer a flote sobre un piélago inestable de perversidad, aquel parque atacaba a la pareja con continuas menciones silenciosas, pero vívidas. Desde su posición, sentados sobre la hierba frente al lago por su cara oeste, los dos contemplaban la cordillera Wasatch. Raymond como a picos de sierra a punto de segarle sus partes íntimas, de convertirle en un eunuco; Arabella como a las cotas más altas de placer a alcanzar.

—¿Te acuerdas cuando nos conocimos? —comentó él.

—Cómo iba a olvidarlo. No seas tonto... Aquel perro tuyo... ¿Cómo se llamaba?

—Rocco.

—¡Eso! ¡Casi me tira al suelo! Yo te pregunté si el nombre se debía a que era un semental. Por lo de Siffredi.

—Y también trataste de averiguar si lo había bautizado así por algún tipo de relación familiar con Italia.

—¿Qué es lo que me dijiste?

—Que no era más que por una marca de comida de perros que solía comprar.

Arabella rio y luego dijo:

—Qué decepción más grande.

—Y, sin embargo, aquí estamos.

Raymond deslizó la mano derecha por el tapete natural de color verde sobre el que descansaban sus posaderas y en donde apoyaban las plantas de los pies. Tomó la izquierda de su mujer. Y apretó las falanges con delicadeza.

—Añoro aquellos años —reveló él—. Éramos muy felices. No parábamos de hacer cosas nuevas. Tú y yo. Y no necesitábamos a nadie más. Nos bastábamos el uno al otro.

El entrecejo de Arabella se arrugó por un momento. Torció el cuello y forzó la vista, como queriendo ver más allá del pelo rubio del hombre con el que estaba casada. Ante la falta de poderes adivinatorios, la carencia de haber nacido sin el don de la telepatía, tuvo que preguntar:

—¿A dónde quieres ir a parar?

—A que después del período de noviazgo, durante el cual nos sobraba el resto del mundo, cuando nos casamos, nos prometimos amarnos y honrarnos, y vivir nuestro matrimonio según el mandamiento y la promesa de Dios.

Arabella se deshizo, en un movimiento de brusca sutileza, de la mano de su esposo. Volvió a mirar hacia los montes Wasatch. En concreto, a los picos más altos, aquellos más difíciles de escalar, pero al mismo tiempo, y con toda probabilidad, los que más satisfacción otorgarían al montañero que lograra hacer cima. Y ella llevaba pegado a su piel un traje inmaterial de alpinista.

—Si te refieres a nuestros nuevos hábitos...

–Tus nuevos hábitos –la corrigió él.

–Tú también participas.

–No disfruto con ello.

–Si no lo haces es porque no quieres. He encontrado la liberación; la forma de sentirme viva, deseada, completa.

–Y yo desdichado. ¿Sabes por qué?

Arabella prefirió callar.

–Porque no estamos cumpliendo con nuestros votos matrimoniales. Si no lo haces por mí, hazlo por Dios.

–¿Hacer? ¿El qué?

–¿Qué va a ser si no? Apartarte de esa vorágine sexual en la que te has metido.

–Ray, no pienso renunciar a esa fuente de placer extrema que he descubierto.

–¿Y qué pasa con nosotros?

–Ya te lo he dicho: estás incluido.

–No desde que no disfruto viendo a mi mujer manteniendo sexo con otras personas.

–Yo sí que me lo paso bien.

–Ya, ya me he dado cuenta. Pero lo tuyo está a otro nivel. Has perdido el control, Bella.

–¿Yo? ¿El control? Sé muy bien lo que hago.

–Eso mismo dice la gente con problemas mentales. Los locos siempre aseguran que son los demás los que se comportan de forma extraña. Y los que tienen una adicción, que controlan perfectamente y saben cuándo parar.

–¿Me estás llamando loca? ¿O que soy una adicta?

–Sí, una adicta. Adicta al sexo.

–*Che noia!*

–A mí sí que me molesta. Los mandamientos nos prohíben este libertinaje. Vamos, Arabella, tú eres la que proviene de una férrea tradición católica. Conseguirás que nos expulsen de la Iglesia. Estuve hablando de ello con el párroco...

–*Cazzo! Ma sei idiota?*

Arabella se puso de pie. Raymond elevó el mentón y la imaginó como a un gigante a punto de destriparle con la suela del zapato contra el césped.

–Soy realista. Y estoy desesperado... porque estoy perdiendo a mi mujer.

Si Raymond estaba desesperado, Arabella parecía fuera de sí.

–*Che palle! Ancora non hai capito quello che voglio?* Si tengo que elegir entre renunciar a la religión y al sexo grupal, renuncio a lo primero, hazte a la idea. ¡Se acabó nuestro matrimonio!

30

Acudió al Pioneer Park. Más en concreto, al mercado de productos agrícolas. No en busca de frutas y hortalizas (que también), sino para interaccionar con alguien y poder intercambiar impresiones. Y es que hablar con un calabacín, o con cualquier otro tipo de fruto, resultaba terriblemente aburrido.

—¿Le gustan los pepinos? —preguntó el hombre al otro lado del mostrador hecho con tablas y hierros mesas de *camping*.

—Oh, ya lo creo.

El ambiente festivo obligó a Jillian a elevar la voz. Y no solo por el murmullo proveniente de los cientos de transeúntes aglomerados en aquel mercadillo destinado a la exposición de alimentos frescos de producción propia, sino por las notas musicales que viajaban desordenadas por el aire. Unas, gracias a las cuerdas de un violín ciertamente no afinado por un profesional; otras, más lejanas, si bien ampliadas por la boca de una guitarra acústica, y acompañadas por la percusión de un yembé.

—Tengo aquí unos *kirby* supercrujientes y tiernos. —El tendero los tomó entre sus manos para poder exhibirlos con el orgullo propio de quien lo había cultivado personalmente.

—Son algo pequeños, ¿no?

—El tamaño no importa, cielo.

—¡Eso dicen todos! —contestó con sorna la mujer.

—Está bien, está bien. Será por pepinos... ¿Sabía que existen unas cien clases?

Jillian arqueó las cejas con regocijo, si bien, cuando estaba a punto de solicitar más información, su interlocutor se adelantó a la petición con un listado minucioso y detallado.

—Desgraciadamente no puedo ofrecerle todos ellos —agregó—, pero tengo estos blancos que son deliciosos. Apuesto a que nunca los ha probado.

Jillian llevó la mirada hacia el cajón que señalaba el vendedor. En él, observó un acopio de pepinos del color del marfil.

—Los *White Wonder* los llamamos.

—¿*White Wonder*? —repitió ella.

–Ajá. Fresco y crujiente. Como mejor se disfrutan son crudos. En ensalada, por ejemplo.

–¿Puedo? –Jillian estiró las falanges en dirección a aquellos frutos blanquecinos sacados, seguramente, de plantas cucurbitáceas de invernadero. Ante el asentimiento del propietario del puesto provisional de vegetales comestibles, ella palpó tres de aquellos pepinos de un palmo de longitud y de puntas romas y piel poco granulada–. Pesan bastante –sentenció.

–Eso es porque son muy carnosos. El sabor es suave y realmente agradable.

A Jillian se le hizo la boca agua, y no precisamente por hambre. Se lo imaginó entre las piernas de un varón de carne y hueso. ¿A quién podría pertenecer? A un noruego o a un sueco. ¿O por qué no a un danés? Un escandinavo, a fin de cuentas. Lechoso, pero alto, y delgado, y rubio, y también atlético y de constitución poderosa. También se imaginó aquellas verduras blancas de forma cilíndrica perforando su conducto más sagrado y a través del cual había alcanzado, en los últimos tiempos, un placer de lo más intenso.

–Señora... –pronunció el vendedor ante la total abstracción de su posible compradora.

–Señorita –le corrigió ella.

–Perdone. ¿Y bien?

–Me llevo un par de libras.

El dependiente y agricultor asintió con amabilidad mientras procedía a echar en una bolsa el alimento fresco seleccionado. Jillian, pendiente de que el vendedor terminara de realizar su labor, deslizó la mano izquierda por las cajas adyacentes a la de la fruta que acababa de adquirir. Fue un acto instintivo; casi una necesidad. Su piel ansiaba el tacto de otras frutas, de sus formas y sus texturas. Sus labios vaginales, tapados por el algodón de su ropa interior, habían comenzado a humedecerse ante la idea de disfrutar en privado de aquellos pepinos arios y a los que estaba dispuesta a complementar con otras verduras.

A expensas de que el tendero pesara, con atino, el contenido de la bolsa que él mismo se había encargado de llenar, Jillian notó el tacto de algo que no era de procedencia vegetal. Muy al contrario, la calidez, la ligera velloidad, y un ligero movimiento, anunciaban a alguien de carácter humano, y tan vivo como el maravilloso día en torno al histórico Pioneer Park.

–Perdone –se disculpó Jillian.

–La culpa es mía –dijo el hombre al que pertenecía la mano tocada.

En cuanto se miraron el uno al otro, descubrieron lo inimaginable.

–Spencer...

–¡Jill...!

–¿¡Qué haces aquí!?

–Comprando fruta.

–Oh... ¡Oh...! –Si en primera instancia no había pensado en ello, en apenas medio segundo una imagen le sobrevino a la mente. ¿Estaba Spencer comprando productos

provenientes de la tierra para alimentarse o, por el contrario, para dar rienda suelta, al igual que ella, a sus fantasías sexuales más depravadas? La principal diferencia estribaba en que ella disponía de vagina y él no, y hasta donde ella sabía su exmarido nunca había sido entusiasta del sexo anal. Propio, menos aún. ¿De verdad Spencer, su poco aventurero exmarido, se había atrevido a usar el orificio en que remataba el conducto digestivo para introducir pepinos y zanahorias y todo de verduras con formas fálicas? Enseguida se dio cuenta. Y de no haber tenido a nadie viéndola, se habría golpeado con la mano en la frente. Jillian estaba extrapolando sus gustos en él, por lo que la situación no tenía por qué ser así. Y al igual que lo había visto introducir el pene por un agujero creado en el tronco de un árbol, ¿por qué no lo haría de la misma manera en la fruta? Y, claro, la curiosidad pudo con la mujer. Así que se propuso conocer qué clase de productos frescos le gustaba a su exmarido llevarse a casa.

—¿Quiere algo más, señorita? —consultó el vendedor.

—No, no. Atiéndalo a él.

—Termina, Jillian. Por mí no te preocupes. Como si no estuviera.

—De verdad. Atiéndalo a él. Me gustaría ver la mercancía con tranquilidad. Estoy algo indecisa. —Sin apartar la mirada del vendedor, esperó al instante oportuno para guiñarle un ojo sin ser vista.

El tendero y agricultor se dio cuenta de la acción dirigida a él y habló hacia el hombre que apenas llevaba ni un minuto frente a su puesto.

—Ya lo ha oído. Pida por esa boca. Tengo unas lechugas tan frescas como el agua de manantial.

—Pues..., entonces... Oiga, creo que pasaré de las lechugas. No se ofenda. ¿Puede darme un par de melones?

«Ajá», pensó Jillian.

—¿Y tiene papaya?

—Por supuesto.

—Póngame una, entonces.

«Por supuesto», se reafirmó la mujer.

—Y un racimo de plátanos. Que estén un poco pasados. No me los dé demasiado verdes.

—Usted manda.

«¿Cómo?», titubeó la mujer. Era obvio que el melón y la papaya, previa perforación, y gracias a su estructura interna caldosa y molificada, podría servirle para sentir un placer pariente al de una masa carnosa y húmeda. Pero ¿los plátanos? Quizás simplemente los quería para comérselos, o por falta de potasio, y ella, muy sibilina, no hacía más que orientar todas las compras del hombre con el que había estado casada hacia el terreno sexual. ¿Era posible que fuera ella y solo ella quien estuviera dominada por la salacidad?

Se sintió culpable. Y extraña frente al hombre con el que una vez lo había compartido todo. Entendió que, si se encontraba mejor que nunca, se debía a él y a su decisión de finiquitar aquel matrimonio desgastado para ir en busca del amor verdadero, un amor malentendido por el groso de la sociedad, pero al que ella no solo había llegado a comprender sino también a experimentar en sus propias carnes.

—Spencer...

—¿Sí? —pronunció él al tiempo que rebuscaba en su cartera el dinero necesario para pagar los productos que pretendía llevarse.

—¿Te apetece acompañarme a casa? Me gustaría tomar un café contigo. Si no tienes inconveniente.

—Tengo cosas que hacer —reveló el hombre.

«Cosas sexuales», vaticinó ella. A continuación, con el obligado movimiento de labios, pronunció:

—Por favor. No te robaré mucho tiempo. Solo quiero charlar amistosamente. Me gustaría saber que estás bien.

Spencer frunció el ceño.

—Lo digo en serio. Y así podrías ayudarme con estas bolsas. —Jillian hizo un gesto hacia el suelo, donde descansaban varias bolsas que había comprado en un puesto previo al que se hallaba—. Pesan mucho.

Spencer entregó varios billetes de cinco y dos dólares al vendedor. Esperó a recibir el cambio. Después de ello, articuló:

—De acuerdo.

La pareja de excónyuges entró en el que durante muchos años también había sido el domicilio de Spencer. Tras el reciente divorcio, todavía tenían pendiente la venta, y si Jillian disfrutaba del usufructo de aquella vivienda, no sería por mucho más tiempo.

—¿Todavía te apetece ese café? Expresó con toda la cortesía del mundo la mujer.

—Claro.

A falta de café recién hecho, Jillian le sirvió uno instantáneo a su exmarido. Al roce de una mano sobre otra cuando ella le pasó la taza a él, Spencer la confesó:

—Jill, sé que no me crees, pero no hay otra. La decisión que tomé fue por un motivo única y exclusivamente personal.

—Lo sé.

—¿Lo sabes? —El invitado miró a un lado y a otro, visiblemente alarmado, y se inquietó—: ¿Es una encerrona?

–No seas tonto; no es ninguna encerrona.

–No lo entiendo.

–Es muy fácil: quiero que me ayudes a hacer el amor.

Spencer se quedó estupefacto; patidifuso; privado de entendimiento. Antes de que su sequedad bucal fuera total (con el consecuente escozor) y esta le impidiera hablar como era debido, atinó a decir:

–Verás, no es tan sencillo...

–También lo sé –le cortó ella.

–No, no. Creo que no sabes... por dónde voy, Jillian. –Tuvo que toser. Spencer también se vio en la necesidad de mojar su garganta para calmar la aspereza adherida a ella. Y tan impetuosamente bebió que apenas dejó medio dedo de café instantáneo en la taza.

–Créeme cuando digo que estoy al tanto. Por eso, quiero que me penetres con esto–. La mujer sacó uno de los pepinos blancos recién comprados y lo exhibió, orgullosa, en el aire.

Spencer espurreó el café remanente en su boca.

–Quiero que me masturbes con estos pepinos –prosiguió ella–. Quiero sentir cómo el mundo vegetal entra y sale dentro de mí sin ser yo quien lo maneje. De verdad quiero sentir que se mueven ellos solos.

–Pe-pero... Pero, Jillian... –titubeó él.

–¿Aceptas o no?

Pero el miembro de Spencer ya había hablado por él. El hecho de que el hombre pudiera usar hortalizas a discreción en un cuerpo femenino al que una vez amó era una oferta que no podía rechazar.

–A cambio, yo puedo hacer que goces como nunca con esos melones y esa papaya que has comprado.

En la cara de Spencer se instauró la misma expresión de un tierno infante en la apertura de las piscinas en época veraniega.

Jillian deslizó la lengua a lo largo del *White Wonder* en su mano. De punta a punta, con estudiada lentitud. Tras ello, lo introdujo en su boca y comenzó a meterlo y sacarlo como un miembro viril siendo succionado. Spencer, por su parte, ante tal visión, se acercó con paso trémulo, no ya por inseguridad, sino debido a la tremenda erección que le impedía andar con normalidad. En cuanto llegó a la altura de su exmujer, esta le entregó aquel vegetal albino, se desvistió y apoyó su espalda desnuda en la encimera de la cocina. Las piernas le quedaron en el aire.

–Penétrame con él.

Sin rechistar, Spencer introdujo el pepino en la vagina descubierta y totalmente ofrecida a él. Lo metió y lo sacó con gana desmedida, cada vez más rápido, con el acompasamiento de los

gemidos de su exmujer. Jillian no supo si se debió a la molestia auditiva, a una falta acusada de concentración, o sencillamente por dejarse llevar por el frenesí, el caso fue que su peculiar *partenaire* sexual tomó otro de los pepinos del interior de la bolsa y se lo encajó, sin previo aviso, en la boca. Entonces, con la misma hortaliza blanquecina con que la había estado penetrando, después de extraerla, y cubierta de secreciones vaginales, el hombre comenzó a frotar el clítoris de Jillian. Los labios mayores de su vagina ondeaban desordenadamente como banderas zarandeadas por un huracán.

La mujer de pelo rubio y todavía residente en East Bench terminó por tener un orgasmo ahogado. Llegada la calma, ella misma se deshizo del pepino en su boca.

—Ahora vas a saber lo que es bueno.

—No creo que tú puedas...

Pero antes de acabar la frase, Spencer fue testigo de cómo Jillian tomaba el par de melones adquiridos en el mercado de productos agrícolas sabatino del Pioneer Park y se los posicionaba justo a la altura de los pechos.

—Tócame las tetas.

El deseo sexual de Spencer se disparó. Hecho que se materializó en una apertura máxima de ojos y de las falanges de sus manos. Por supuesto, hacia allí que se dirigió: hacia los pechos ficticios de Jillian. Verdes, duros, y ligeramente estriados. Los manoseó. Los palpó de arriba a abajo. Pasó la lengua por ellos, chuperreteándolos al son de los grititos de placer fingido de su exmujer, que esta vez le parecieron adecuados y, por la insistencia con que tocaba y besaba y lamía aquellas dos piezas de fruta de aspecto globoso, hasta insuficientes.

Después de cinco minutos de lengüetazos y besos mojados y apasionados, Jillian echó a un lado a su compañero sexual, así como al par de melones con los que fingía tener dos enormes pechos verdosos.

—¡Agáchate, maldito! —demandó. Por suerte para ella, disponía de una gran variedad de fruta en la nevera. No tardó en abrir el electrodoméstico y sacar un higo de él. Clavó la uña, larga y pintada con motivos florales rosas y azules, en el pedúnculo de aquella infrutescencia púrpura. Y la desplegó. En varios fragmentos en torno al ostiolo, sin llegar a desprenderlos, formando algo parecido a los pétalos de una flor. Entonces, lo posicionó a la altura de su vulva, en contacto con ella. Sin más explicaciones, y tirando desde la nuca de Spencer, atrajo a su exmarido hacia sí.

Spencer volvió a sacar la lengua a pasear, y la sumergió sin reticencia en la carnosidad granulada del sicono ofrecido para deleite de los placeres sexuales y, por qué no, también alimenticios. El dulzor del fruto no hacía más que incentivar la insistencia succionadora del hombre, que movía la lengua en círculos, y verticalmente, y también ejercía cierta presión para propinar algún que otro beso. Todo aquello se producía ante los plañidos incontinentes de Jillian,

de entre los cuales pudo distinguirse, al final de una escalinata sonora hacia el cielo, un orgasmo tan real como la falta de pulpa en aquel fruto proveniente de la higuera.

—Ponte a cuatro patas —articuló Jillian mientras acompañaba a su exmarido en el movimiento.

—¿Qué vas a hacer? —se inquietó él.

—¿Tú qué crees? Meterte un pepino por el culo.

Spencer lanzó una voz de asombro, mas no hubo resistencia por su parte. Y se dejó hacer.

—¡Oh...!

Jillian, que había untado previamente aquel juguete verdoso y alargado con un poco de mantequilla, no tuvo piedad a la hora de enterrarlo en el recto del hombre.

—¡Fíjate! ¡Te cabe todo!

—¡¡¡Oh...!!!

Durante aquella unión de lo vegetal con lo carnal, entre gañidos y berridos, Spencer no sabía si aquella tropelía ejercida sobre su trasero se debía a un grado máximo de excitación o a la saña acumulada sobre su persona durante el último período. Volvió la cabeza hacia atrás y pudo dar fe de que se trataba de lo primero, a juzgar por cómo se tocaba, y no sin gran destreza, su exmujer entre las piernas con la mano le quedaba libre.

—Para ya, por favor... —demandó él—. Creo que voy a acabar ya.

—Pues ven aquí. —La mujer corrió hacia las bolsas con los productos que había comprado en el mercado del Pioneer Park y sacó un calabacín, un verdinoso, diminutamente moteado en crema calabacín de textura rígida y cerosa. Lo puso justo debajo del miembro de su compañero de juegos sexuales, en contacto también con el escroto, apartando a un lado y a otro los testículos. Acto seguido, colocó tanto aquel calabacín como el pene de su exmarido entre sus generosos pechos. Y empezó a deslizar ambos elementos alargados, uno verde, el otro rosado, con la satisfacción del trabajo bien hecho y al que poner un glorioso colofón. La fricción, pero sobre todo la visión de aquel fruto verde, largo y cilíndrico, entre las tetas de Jillian provocó que el hombre no pudiera contener más su esencia. Así, lo bañó todo de blanco: encimera y suelo, pero también los senos, el rostro e, incluso, el cabello de su exmujer.

Hombre y mujer cayeron exhaustos.

Después de unos minutos, que ambos usaron para recuperar la respiración y, también, cierta sensatez, Spencer comentó:

—No sabía que fueras dendrófila.

—Pues ya ves... Yo, en cambio, me olía algo.

Spencer torció la cara.

—¿Cómo es posible? —pronunció.

—Ya sabes, las mujeres tenemos un sexto sentido para estas cosas.

Tras enarcar las cejas, el hombre pidió:

–¿Quieres que volvamos a estar juntos?

–Lo siento, ya estoy casada –manifestó ella.

–¿Cómo? ¿Con quién? ¿Cuándo? ¿Dónde?

–Cuántas preguntas. Veamos... A través del registro civil. Con Pando, una extensión de álamos. Hace ya... –hizo memoria– unos dieciséis días. En Fish Lake.

–¿Con un árbol? ¿En serio?

–En serio.

–¿Podría hacerlo yo también?

–No veo por qué no.

–¿Sabes lo bueno de estar casada con un ser fotosintético? –Era una pregunta retórica, así que Jillian no dejó tiempo para una réplica–. Que no hay celos por la otra parte. Ni ningún tipo de privación. Ni queja. Es estupendo.

–Vaya...

–Así que, Spencer, no puedo casarme contigo.

Los hombros del hombre se descolgaron.

–Pero podemos volver a vivir en pareja –añadió ella, que acababa de darse cuenta de que, por encima del sexo de índole vegetal, le hacía todavía más feliz compartir ese amor con su exmarido–. Tú... y yo... y el mundo de las plantas.

La postura de Spencer se volvió erguida, tan erguida como el más enderezado de los pinos.

–Claro. Me encantaría. Sería maravilloso. Te prometo que te colmaré de flores y bonitas plantas. No te faltará una sola fruta o verdura, y convertiré esta casa en un paraíso vegetal.

A medida que Spencer prometía cosas, Jillian se palpaba el busto, y el abdomen, y también la vulva. Se pasó la lengua por los labios y dijo:

–¿Y si empiezas por quitar ese cartel de «se vende» de la entrada mientras te preparo una sorpresa muy *verde*?

31

No eligieron ninguno de sus domicilios sino un bar especializado en cervezas, de mesas cuadrangulares de madera rústica, pero barnizada, tan anchas como para no invadir su espacio interpersonal. Y a una hora con poca clientela. Mas si había un distanciamiento físico entre ellos, no así uno emocional. Todos se encontraban en la misma tesitura, y por ello habían convocado aquella reunión fruto de la desesperación. Raymond había pedido consejo a Luther días antes, su compañero dominical de iglesia hasta la famosa expulsión por escándalo público. También Piers había acudido a Luther en primera instancia, pues este era el único de aquellos maridos con un origen real afroamericano y, dado ese detalle, de algún modo, podía haberle obsequiado con alguna clave que le hiciera entender la absurda situación que estaba atravesando. En cuanto a Patrick, previa a esa quedada de emergencia lejos de los oídos y de los ojos y del sexto sentido de sus mujeres, sus tres vecinos con problemas maritales, con los que ahora estaba sentado, se habían preguntado en su momento si él también habría estado padeciendo un gran sufrimiento emocional en silencio.

A pesar de las jarras de cerveza servidas por una joven y atenta camarera, las caras de aquellos varones eran tan largas como las de cuatro caballos. En sus expresiones faciales se advertía, sin el más mínimo esfuerzo de discernimiento, una sed equina propia un corcel desprovisto de abrevadero después de una travesía por el desierto para participar en el posterior combate.

El Club de los Esposos Desdichados se había instituido. No así declarado oficialmente. Nadie quería una nueva reunión con semejante cariz. Todos pretendían, sino salir victoriosos del pugilato, al menos no caer heridos de muerte en el cuadrilátero.

—Ayudadme, muchachos. Os lo pido de corazón —imploró Raymond—. La mía me ha pedido el divorcio. ¿Y es que cómo me voy a mantener casado si esto ya no es un matrimonio ni es nada?

—Yo no descarto que Perlie haga lo mismo. La prohibí ir a esa psicóloga que no hace más que meterle pájaros en la cabeza. Y me contestó que quién me creía que era yo para prohibirla nada. Que estaba mejor que nunca. Y que no pensaba dejar a su terapeuta ni las prácticas

sexuales que la habían ayudado a reafirmarse como mujer.

Luther se echó una mano a la cabeza. Cubrió su calva con ella, y negó mientras apuntaba con la nariz a la mesa. Resopló y dijo:

—Oh, no... A mí Corinne me ha dicho algo parecido. Que o accedo a sus peticiones o cada uno por su lado. ¡Si siempre hemos sido uña y carne! Nuestros matrimonios han llegado a su fin.

—No si podemos evitarlo —intervino Piers—, ¿para qué hemos quedado aquí? ¿Para flagelarnos? ¿Para hundirnos más en la miseria? ¿Para perder el tiempo?

—¿Y qué propones? —preguntó Patrick

—Si lo supiera no habría acudido a vosotros. La función de esta reunión es buscar una solución entre todos. Ayudarnos los unos a los otros. Cuatro cabezas piensas más que una. Y entre todos encontraremos una salida. Una para cada uno si hace falta. Así que, ¡vamos, a pensar!

En vez de empezar a estrujar sus materias grises, los cuatro hombres con sendas cervezas mancharon las bases de sus narices con la amarga espuma blanca y dejaron correr el alcohol por sus venas.

—Piers... Luther... —se oyó decir a alguien.

No solo los hombres referidos giraron los cuellos en dirección a aquella voz, también lo hicieron los otros dos componentes del no oficializado Club de los Esposos Desdichados.

—¡Raymond...! ¡Vaya, si está también el reservado de Patrick! ¿Qué hacéis aquí?

—¿¡Spencer...! —exclamó con gran asombro Piers, si bien podría haberlo pronunciado cualquiera de sus tres acompañantes—. ¿Qué haces aquí?

—¿Qué sino tomar una cerveza? La pregunta es: ¿qué hacéis vosotros aquí? Creo que jamás os he visto juntos si no es con vuestras esposas. —Spencer hizo un barrido visual del local y añadió—: Y no las veo por ningún lado. ¿Qué estáis tramando?

—¡Caramba, no te veíamos desde...! —Al instante Raymond se dio cuenta de su desacierto.

—Puedes decirlo: desde que me divorcié. Más bien, desde que tuve que abandonar el barrio.

—Perdona, tío —se disculpó el todavía marido de Arabella.

—¿Qué es de tu vida? —se interesó Luther en nombre de todos los presentes.

—Al igual que tuve que irme de East Bench, ¡buenas noticias!, regreso al barrio.

—¿Y eso? —pronunciaron todos al unísono, como si lo hubieran ensayado.

—Jillian y yo volvemos a estar juntos. ¡Cómo cambia la vida de un momento a otro! Hace una semana tenía la casa en venta y ayer mismo tuve que hacer mudanza de nuevo y quitar el cartel de se vende. ¿No os habéis dado cuenta?

En ese momento, la envidia se apoderó de cada uno de los cuatro hombres en torno a la misma mesa. Aquellos cuatro pares de ojos pedían por el antídoto al veneno de la separación. Por

supuesto, Patrick, que era el que más próximo vivía a la residencia de los Baker, tenía tantas preocupaciones encima que en lo último que se hubiera fijado era en un cartel de «se vende» en la casa de su vecino. Y si Patrick no se había percatado de aquel detalle, menos lo habían hecho Luther, Piers y Raymond.

—A ver, ¿cómo ha sido eso? ¿Te ha perdonado Jillian tu infidelidad?

—¿Mi infidelidad? —se sorprendió Spencer.

—Hablo por lo que sé de boca de mi esposa. Charissa me comentó que seguramente estabas flirteando con otras mujeres.

—Sí, sí, la mía también —corroboró la teoría expuesta Raymond.

—Y la mía —pronunció Luther.

—No había otra mujer. Nunca la ha habido.

—Ya decía yo... —articuló Piers—. No quiero hacerte de menos, pero no eres un adonis que digamos.

Por cómo esbozó la sonrisa en respuesta, trazada con una curvatura mínima, a Spencer no le había sentado bien el comentario, si bien pareció no darle mayor relevancia por muy verdadero que fuera, y por eso continuó exponiendo:

—Hubo una desavenencia. Fruto de la rutina, del desamor, puede que del cansancio. Qué se yo. Mis preferencias sexuales evolucionaron y las de ella no. Hasta ahora...

Desde luego, gracias a aquella última manifestación, Spencer captó la atención de los cuatro hombres sentados frente a él.

—¿Evolucionaron? ¿Hacia dónde? —inquirió Patrick.

—No puedo hablar de ello.

Raymond y Piers fruncieron el ceño mientras penetraban con la mirada a su fortuito interlocutor. Puede que quisieran internarse en su mente, saber más acerca de cómo parecía haber solventado su separación y logrado una consecutiva reconciliación. Mas si ellos se limitaban vanamente a hacer conjeturas, tuvo que ser Luther quien tomara la iniciativa al descender una de las dos sillas libres que quedaban en su mesa.

—Siéntate, por favor —dijo—. Y tómate una cerveza con nosotros.

Spencer tomó asiento. Esperó a que la camarera le tomara nota. Y cayó en un mutismo enigmático hasta que le sirvieron una jarra amarillenta y espumeante. Dio las gracias y, por supuesto, bebió.

—¿Y bien? —pronunció Piers con un nerviosismo muy, muy cercano al enfado.

—¿Qué queréis que os cuente?

—¡Pues no sé! ¡Si no son tus inclinaciones sexuales, por lo menos cómo llegaste a recuperar a Jillian!

—Veréis, al principio ella no entendía mi comportamiento. Comprensible, por otra parte.

Pero el otro día resulta que nos encontramos casualmente. ¿Conocéis ese mercado de productos agrícolas en Pioneer Park?

—¿El de los sábados? —habló Raymond—. Pues claro. A Bella le encantan ese tipo de cosas.

—Nos topamos allí, sin esperarlo —continuó diciendo Spencer tras dejar pasar más cerveza por su garganta—. Al principio resultó algo tensa la situación. Pero en seguida nos pusimos a hablar y descubrí algo.

—¿El qué? —preguntaron los cuatro oyentes ante una pausa dramática a todas luces innecesaria.

—Por lo que sea, y la verdad, no sé cómo ni cuándo, a Jillian le habían surgido las mismas inquietudes sexuales que a mí. ¡Y eso era maravilloso! Fue como si la chispa hubiera brotado de nuevo entre nosotros.

—¡Eso, eso! Eso mismo es lo que nos ha pasado a nosotros —exclamó Luther.

—Sí, pero con el agravante de que nuestras mujeres se han desatado —añadió Patrick—. Se han vuelto completamente locas. No podemos seguirles el ritmo. Y ahora nos has dado un ultimátum: o accedemos a sus *sexigencias*, como las llaman ahora ellas, o se acabó lo que se daba.

—Están para internarlas en un psiquiátrico —comentó Piers.

—Yo no lo soporto más... —Rompió a llorar Raymond como un juguete roto. Sus sollozos le hicieron asemejarse a alguien al borde del suicidio.

—Yo, tampoco... —se sumó a aquella desesperación Patrick.

—¡Y yo pensando durante todas estas semanas que era un desgraciado...! —Si no se estaba alegrando por el mal ajeno, Spencer lo disimulaba muy mal. Aun así, se mostró respetuoso en su gesto y emitió: Muchachos, tranquilos. Si yo he podido, estoy seguro de que vosotros también podéis ponerle remedio.

—Ah, ¿sí? ¿Y cómo? Porque entre los cuatro no logramos encontrar una idea ni medio decente.

—Tranquilo, Ray. Esto en América. La tierra del más grande todavía. —Y, entonces, al mismo Spencer, quien había pronunciado esa última frase, y a raíz de ella, de manera insólita y fortuita, le sobrevino una solución que no tardó en manifestar, no sin antes celebrarlo con un largo trago de deliciosa cerveza—: ¡Eso es! ¡El número de Graham!

—¿El qué?

—Vuestro salvoconducto, Piers. El número de Graham es un número tan absurdamente grande que te resultaría imposible definirlo si no es de forma recursiva. Mirad, se define un primer ge subuno como la pentación de tres sobre tres...

—¿La pentaqué? —le cortó Luther.

–Pentación, para que lo entiendas, es como la repetición de potencias, si no me equivoco –explicó Patrick, el único allí (con la excepción de Spencer, claro estaba) con unos conocimientos lo suficientemente bastos sobre matemáticas como para conocer ese término–. Pero, vamos, que tampoco es mi campo. Lo que no sé es qué tiene que ver eso con lo nuestro.

–Sí, ¿a qué has venido? ¿A restregarnos tu condición de profesor de matemáticas? –se enfadó Raymond.

–De acuerdo. Puede que me haya excedido. Os pondré un ejemplo muy sencillito. – Spencer habló alegremente con el fin de disimular cualquier parecido con la realidad–. Imaginad que mi esposa me pidiera meterle un pepino por la vagina. No habría problema, ¿cierto?

Todos le miraron con la extrañeza propia de quien tiene un encuentro cercano.

–¿Un pepino? –habló Luther.

–¿Por qué querías meterle un pepino a tu mujer? –agregó Raymond.

–Es un suponer. ¿;Me dejáis exponer mi idea o no!?

–Sí, claro, perdona. –Aun con su disculpa, el todavía marido de Arabella mascullo–: Un pepino...

–Si mi mujer me pidiera introducirle un pepino, lo haría y punto. Pero ¿qué pasaría si en vez de un pepino decidiera penetrarla con una berenjena?

–Pues que seguramente te costaría. Eso en caso de que lo lograras. No cualquier mujer tiene esa capacidad. Y nunca mejor dicho lo de «capacidad».

–Ajá, compañero. Y ahora, decidme, ¿qué ocurriría si en vez de esa berenjena optara por una piña?

–¿Una piña dices? ¿;Estás chalado!/? –se sobresaltó Piers–. Pues que iría directamente a urgencias.

–¡Exacto! Entre el tamaño y la superficie áspera y con esas pequeñas puntitas, una mujer experimentaría todo lo contrario al placer.

Todos comenzaban a impacientarse, tanto que Luther profirió:

–¿A dónde quieres ir a parar?

–Sí, ¿por qué nos hablas de frutas y verduras? –se quejó, del mismo modo, Patrick. Lo nuestro no es motivo de broma.

–Calma, muchachos, por favor. ¿No veis que os estoy dando la clave?

–Spencer, nunca has sido el vecino más popular del barrio, pero ahora veo el porqué. Para de beber, anda.

Como si de un reto se tratara, Spencer clavó su mirada en la de Piers y, sin apartarla en ningún momento, apuró el contenido de su jarra. Acto seguido, explicó:

–Volveré a exponer el tema. Y de una forma práctica para que podáis entenderlo. –El profesor de matemáticas dominado por la dendrofilia estiró el brazo derecho e hizo un gesto con

la mano a la camarera. En cuanto esta se acercó, Spencer pidió—: Por favor, ¿podrías ponernos quince hamburguesas de pastrami para cada uno, veinticinco costillares con salsa barbacoa, treinta cazuelas de patatas funerarias, unos doce waffles con pollo frito... ¡No! Mejor dieciséis. Y ocho ensaladas de remolacha. Todo al mismo tiempo. Cuanto antes, si eres tan amable.

—¿Qué haces, Spencer? —se preocupó Raymond.

—Callad.

—¿Va a pagar todo eso? —dijo la camarera con los brazos en jarra y la boca torcida.

—Por supuesto.

La trabajadora de la cervecería carraspeó y, a continuación, explicó:

—No tenemos capacidad para servirle todo eso a un mismo tiempo. Si realmente lo quiere, va a tener que esperar como mínimo una hora para que se lo sirvamos. Como mínimo. Quizás hora y media. No me hago responsable del tiempo. Y, por supuesto, tendría que efectuar el pago por anticipado.

—Sabe, no disponemos de tanto tiempo. Así que déjelo. Simplemente sírvanos otra ronda. Muchas gracias. Perdona si la he molestado.

La camarera no solo carraspeó, sino que emitió un gruñido en toda regla. Se marchó en busca de cinco nuevas bebidas.

—¿Qué clase de brote psicótico te ha dado? —se quejó Piers.

—Ninguno. Os estaba demostrando mi teoría. Cuando hablaba del número de Graham me refería a que debéis llevarlo todo al extremo más absoluto. Al grado más alto que podáis imaginaros. Si vuestras mujeres quieren salir de fiesta, salid de lunes a domingo, hasta el amanecer si hace falta. Que caigan exhaustas. En dos semanas pedirán por permanecer en casa.

En ese instante, como si Dios hubiera bajado de los cielos y se hubiera presentado ante aquellos cuatro hombres con serios problemas maritales, hubo una revelación conjunta. La ilusión se apropió de los músculos faciales de cada uno de los varones allí presentes. También se puso de manifiesto cierto gesto de molestia, no la molestia debida a un factor externo sino por el fallo cometido por uno mismo, por no haberse dado cuenta antes de una solución tan lógica y simple.

—Spencer, y creo que hablo en nombre de todos al decirlo, eres un genio —habló Luther.

—Solo son matemáticas. Nunca fallan.

32

Piers esperó con impaciencia a que su mujer, su ennegrecida artificialmente mujer, entrara en casa. Ni sabía de dónde venía ni quería averiguarlo. Tan solo ansiaba ver su reacción al oír la noticia que tenía que darla.

–Hola –saludó ella en un tono lo más desabrido posible.

Sin darle la más mínima importancia a aquella sequedad en el trato, el hombre informó:

–Haz las maletas que nos vamos.

–¿A dónde?

–¿A dónde va a ser? A África, como querías.

Desde los ojos de Piers, el tipo de emoción detrás de la expresión facial de Charissa resultaba difícil de descifrar. Por un lado, las cejas levantadas transmitían asombro, pero una consecutiva arruga en forma de arco en torno a la aleta derecha, así como a la comisura de los labios del mismo lado, exhibía cierto recelo. A esa desconfianza pronto se le sumaron tres pliegues en la zona del entrecejo, disimuladas por el tono oscuro de la piel de la sorprendida, aunque visibles pese a ello y a los seis pasos que separaban al matrimonio. Pero lo que habló por ella fueron sus manos. Pedían a gritos que la noticia recibida fuera verdadera. Charissa había entrecruzado los dedos, y las mantenía como en forma de oración, como pidiendo, y rogando, y declarando su agradecimiento al Altísimo.

–No es verdad...

–Por supuesto que lo es. He pedido una excedencia en el trabajo. Nos vamos a Namibia, ¿no querías eso?

Todo aquel conglomerado de movimientos corporales se materializó en un solo gesto: una sonrisa. Que no tardó ni un chasquido de dedos en convertirse en una línea cuasirecta cuando Piers comentó:

–Con dos condiciones.

Charissa suspiró. ¡Vaya que si suspiró! No en la forma en la que se anhela un sueño, sino de quien exhala aire estuoso a causa de la agitación violenta del ánimo.

El hombre avanzó los seis pasos que le alejaban de su esposa y le puso las manos

alrededor de la cintura con la misma delicadeza de una mariposa al posarse en el pétalo de una flor. No esperó a obtener una réplica; tan solo se limitó a continuar con su exposición de requerimientos.

—Que primero busquemos una casa con calma. Desde aquí, desde los Estados Unidos. Y que mientras lo hacemos, nos vayamos a vivir a Washington D.C. De alquiler.

—¿Por qué? Podemos buscarla ahora. O, mejor, irnos de hotel a Namibia mientras la conseguimos.

—Te diré el porqué y atenderás a mis razones. Ya lo verás. Primero, el hecho de quedarnos buscando casa desde nuestro país de origen se debe a que me gustaría llegar allí con un bagaje cultural. Por mínimo que sea. Vale que el inglés es el lenguaje oficial de Namibia, pero creo que por respeto a sus gentes debemos hablar su lenguaje primigenio: el oshiwambo. Aquel que, seguramente, hablen en sus hogares, lejos de establecimientos e instituciones públicas. Ahora por internet es muy fácil contratar un curso online. Seguro que alguien da clases de oshiwambo. Así podremos sentirnos más cómodos e integrados y los namibios verán que nos los tomamos en serio. ¿No estás de acuerdo? —Piers no dejó contestar a la mujer que intentaba convencer, y si estaba soltando aquella disertación, desde luego, no era por inspiración divina, ni por verborrea, pues no era un hombre excesivamente hablador, sino porque lo tenía más que estudiado. Continuó—: Te diré más: tendríamos que cambiarnos de religión. Deberíamos pasarnos al luteranismo. Allí la mayoría de sus gentes son luteranas. ¿Qué pintan dos mormones en Namibia?

—¿Cómo sabes tanto?

—Me he estado informando. Por ti.

—Vale... —accedió ella, no sin desconcierto, que no tardó en exponer—: Lo que no atino a comprender es por qué quieres hacer todo eso desde la capital federal de los Estados Unidos. No tiene ningún sentido. ¿No sería más fácil hacerlo desde aquí y ya está?

—No. Y nuevamente comprenderás mis motivos. Puede que esto suene un poco racista, pero... lo siento, cariño, es la pura verdad. Por mucho que te hayas *cambiado de raza*... —El hombre no pudo evitar mostrar cierto malestar al pronunciar las últimas palabras, pues él sabía que aquello, además de ser imposible, se podía percibir como un ultraje al colectivo afroamericano, mas, como a los locos, tenía que seguir la corriente a su esposa—. No sé cómo explicarme. Quiero que comprendas a pesar de ser ahora una mujer afroamericana, las personas de las que te rodeas no lo son. Exceptuando a Corinne, tu entorno dista bastante del de la gente de color. Y Washington D.C. es la ciudad con más afroamericanos de Norteamérica. Si pasamos ahí una temporada, por breve que sea, mientras obtenemos unas nociones básicas del idioma de Namibia, y nos empapamos de su religión, la transición para con la gente de color será más llevadera. Solo estaremos ahí el tiempo justo, el tiempo en que nuestra casa se mantenga en venta

y hasta que decidamos por cuál queremos pagar en nuestro destino final.

–Me resulta un poco estúpida tu idea. Y eso de renunciar a nuestra Iglesia...

–Creo que es lo justo, cariño. No podemos empezar una nueva vida siendo las mismas personas. ¿Qué clase de cambio es ese? Voy a dejar mi trabajo por cumplir este sueño.

Charissa se quedó pensativa. Echó una ojeada a su alrededor, hacia todas líneas angulosas que abarrotaban la decoración de su hogar y en donde había puesto tanto empeño por que quedara a su gusto.

–Tienes razón. El cambio debe ser completo. Si soy una nueva persona, eso debe trasladarse a cada uno de mis actos, de mis pensamientos. ¿Y qué hay de ti?

–¿De mí? ¿Qué pasa conmigo?

–¡No pensarás quedarte así! Por supuesto, Piers, mi vida, tú también tendrás que someterte a un cambio físico. ¿O quieres ir como un turista del primer mundo a África?

El marido de Charissa titubeó. Vaciló en la elección de sus palabras. Finalmente, inducido por su propia trampa, pronunció:

–Pues, claro. Ya había pensado en ello. Una vez instalados en Whashington D.C., pediré cita al mismo especialista que te trató. ¿Conforme?

–Qué bien, cariño. Qué feliz me haces. ¡Oh, se me olvidaba! Tendré que avisar a las chicas. Es más, voy a organizar una fiesta de despedida. Sé que el hueco que voy a dejar en el Club de las Esposas Dichosas será insustituible, pero tendrán que aprender a vivir con ello.

Piers descruzó los dedos índice y corazón por detrás de la espalda (previamente cruzados al inicio de su mentira respecto a su cambio físico) mientras su mujer voceaba aquel soliloquio que poco y menos le importaba en ese momento.

Tenía que saber hasta el último detalle sobre BDSM y la única forma era obteniendo información de primera mano. Por eso Patrick se encontraba en frente de un *sex shop*, decidido a entrar, para preguntar por todo aquello que no se le hubiera pasado por la cabeza o que su motor de búsqueda de internet tuviera vetado por extremo o, incluso, ilegal.

Al ser la última hora de la tarde, en aquella tienda el trasiego de clientes no dejaba lugar para la privacidad; sin embargo, el poder entablar una charla, por trivial que fuera, con alguien experto en el tema le sedujo y le animó a recorrer cada pasillo. Patrick pronto se decepcionó al percatarse de que si algo no quería ninguno de los clientes que pululaban entre aquellos estantes abarrotados de productos para satisfacer hasta la necesidad sexual más extraña u original era conversación. Cada uno iba a lo suyo y, al parecer, quienquiera que fuera a ser el destinatario de sus arrebatos más lascivos desde luego no se hallaba allí.

Frenado por la reserva de la gente, por cómo se guardaban de posibles murmuradores,

puede que hasta futuros acusadores, el hombre con problemas maritales se limitó a hacer una inspección visual de todos y cada uno de los productos allí existentes. Pero nada le llamaba tanto la atención como para mostrar un interés real y certero. Extendió el cuello y fijó la vista en algunos productos con la brevedad de quien mira escaparates sin liquidez en la cuenta corriente.

—Caballero —dijo una voz femenina a su espalda.

Patrick se dio la vuelta, alarmado, y con la misma angustia de quien es sorprendido cometiendo un delito flagrante. Lo repensó y cayó en la cuenta de que no había razón para ello, pues tan solo se hallaba observando el material en venta, y sin nada entre las manos por lo que tener que justificarse. El cuello le formó un ángulo de noventa grados con respecto a su papada tersa y todavía poco abultada; miraba al frente con esforzada seguridad. Al observar a la mujer situada a dos pasos de su posición, la cantidad de *piercings* y tatuajes visibles que esta tenía le llevó a pensar sobre cuántos más estarían ocultos en las zonas del cuerpo cubiertas por la ropa. Con toda probabilidad, se multiplicarían por dos, como poco. Pero eso eran solo conjeturas. Lo que no podía dejarse a la suposición era el motivo por el que le había hablado, y más de manera tan formal. Así, Patrick preguntó:

—¿Trabaja usted aquí?

—Eso me temo —contestó ella con una elevación de hombros tan natural que cualquiera podría haber afirmado que llevaba ahí desde de la apertura de la tienda—. Bienvenido a Mischievous. Mi nombre es Stormy. ¿En qué puedo ayudarle?

Patrick no tenía ni idea de que en ese *sex shop* se hallaba la mayoría de los instrumentos utilizados por Perlie, para torturarle diría él, para procurarle placer alegaría ella. Y aquella mujer invadida por la tinta verde, roja y blanca, y no otra, era quien se los había, primero sugerido, y posteriormente facilitado. Con dicho desconocimiento, el dispuesto comprador puso toda su confianza en las manos de aquella dependienta que se hacía llamar Stormy.

—Verá, busco algo fuerte.

—¿Ha probado con el Jäger? —La mujer se rio con su propio chiste; a su cliente, por el contrario, no le hizo ni pizca de gracia—. Perdona, perdona... ¿Puede ser más concreto?

—Me gustaría comprar algo relacionado con la práctica más extrema de que disponga.

—Entiendo. Venga por aquí, por favor. —La dependienta guio a Patrick hasta el pasillo más recóndito del local. Con un movimiento de brazo en forma de abanico, pronunció—: *Voilà*.

El cliente pudo observar utensilios metálicos que bien podrían haber pasado por herramientas de tortura, a juzgar por los pinchos y detalles amenazadores. También prestó atención a juguetes destinados a aplicar descargas eléctricas sobre la piel.

—La línea entre el placer y el dolor es muy difusa —explicó Stormy—. Solo le recomiendo usarlo si tiene mucha experiencia previa. Un mal uso podría resultar fatal.

—Lo siento, creo que no me he explicado bien —replicó Patrick—. Lo que yo necesito es

algo más fuerte. Mucho más fuerte. No digo que esté prohibido por la ley, pero casi. ¡Qué carajo! Seguro que tiene algo en la trastienda que solo puede mostrar a clientes *especiales*.

—¿Es usted de la policía? —se inquietó la mujer.

—No, claro que no.

—Pues escuche, si lo que usted está buscando es participar en videos *snuff* o hacerle daño real a alguien, seré yo quien llame a la pasma ahora mismo.

Patrick juntó las manos a modo de súplica. O de perdón. O más bien de las dos cosas al mismo tiempo. Se justificó:

—Perdone. Perdóneme. No me refería a eso. Creo que me ha malinterpretado. Se lo contaré. Mire, quiero llevar a cabo la práctica más asquerosa y nauseabunda que se le pueda ocurrir. Por repulsiva, no por extrema. Y no para disfrutar con ella, sino para hacer desistir a mi mujer. Cada vez el *sado* es más salvaje. Soy un juguete en manos de una bestia.

—Vamos, que usted le quiere dar un escarmiento.

—¡Exacto! Hemos llegado a un punto en el que todo es poco y yo no doy más de sí.

—Lo siento, pero no tengo nada para eso.

Patrick era la viva imagen de la decepción. A punto de darse la vuelta y marcharse hacia la puerta de salida, la voz de Stormy le detuvo en su acción.

—Claro que...

Las orejas de Patrick se elevaron media pulgada impulsadas por los músculos de sus cejas. Con los pabellones auditivos haciendo la función de dos antenas parabólicas en constante recepción, el hombre la urgió a continuar.

—Hay prácticas que sola y únicamente dependen de uno mismo —comentó ella—. La lluvia plateada, por ejemplo.

—¿Plateada?

—La saliva, por supuesto. ¿Qué si no? Un poco de intercambio de fluidos puede resultar grato, pero cuando hablamos de cantidades exageradas, puede causar rechazo. A la mayoría de las personas un buen vaso de saliva le resulta repulsivo.

—Ajá —emitió Patrick.

—Y, entre usted y yo, la mejor forma de segregarla es con pilocarpina. Ahora bien, lo difícil es hacerse con ella sin receta médica. Normalmente la usan personas tratadas con radioterapia o con síndrome de Sjogren.

Si sabía qué era y para qué se usaba la radioterapia, Patrick desconocía por completo a qué se debía y cuáles eran los efectos de ese síndrome. Tampoco le interesaba en exceso. A lo que sí dio importancia fue al modo de conseguir aquel medicamento. Y en seguida supo a quién recurrir. Pero esa fue una información que decidió omitir.

—Pero nada mejor que la lluvia dorada o, ya puestos, la coprofilia —comentó ella.

—¡Pero, claro, ¿cómo no he caído antes?! A Perlie le da un asco tremendo el olor a excrementos. ¡Si el solo tufillo de una caca de perro le produce arcadas...!

—¿Perlie? —titubeó la dependienta—. ¿Su mujer es, acaso, asiática?

—Surcoreana.

—Mierda...

—Sí, eso ya lo ha dicho. Me ha dado una gran idea. Y se lo agradezco. Oiga, ¿por qué sabe que mi mujer es de origen asiático?

—Me temo que es clienta mía.

—¿¡Qué!? ¿Es usted quien le ha metido todos esos pájaros en la cabeza?

—Oiga, fue ella quien vino preguntando. Yo solo le aconsejé como buena trabajadora que soy. Jamás influyo en la decisión de uno de mis compradores.

—¿Cómo que no? Acaba de guiarme en el camino hacia la coprofilia.

—Por favor, no le diga que hemos hablado —le rogó Stormy al marido de su clienta—. Seguramente le parecería algo así como una traición. Qué se yo.

Con ademán de animal enfurecido, Patrick trató de serenarse. Realizó un acto de contención muscular; respiró a intervalos homogéneos en intensidad y duración.

—Está bien, nunca le diré que he estado aquí ni que usted y yo nos hemos visto. A cambio, júreme que jamás volverá a aconsejarla, ni a venderla, ni siquiera a sugerirla ningún producto de los que tiene usted en su tienda. Nada me gustaría más que usted y yo siguiéramos con nuestras apacibles vidas.

—Se lo prometo. Se lo juro. Y hasta le vetaré la entrada a su mujer en Mischievous apelando al derecho de admisión si se pone muy pesada.

33

Josephine, la única tía de Corinne, de sesenta y seis años, estaba dando los últimos estertores en el Huntsman Cancer Hospital, al noreste de Salt Lake City, entre el propio East Bench y el vecindario de The Avenues.

Como no les tomó más que unos pocos minutos acudir a aquel edificio destinados al tratamiento de enfermos con tumores malignos, y debido al cariz de la situación, Luther y Corinne decidieron que sus hijos aguardaran en casa. Acordaron alguna llamada de control, por lo que Quisha y Ron deberían estar pendientes del teléfono en todo momento y, por supuesto, además de no salir de casa, tampoco abrir la puerta a ningún extraño.

En la sala de espera del hospital se sucedieron los besos y los abrazos y las palabras de ánimo y aflicción, estas últimas a partes iguales y siempre dependiendo de la relación directa con la desahuciada. Así, Corinne no hacía más que lamentarse; Luther, en cambio, trataba de consolarla, no solo a ella, sino a cualquiera que lo necesitara. En la habitación en la que se hallaba Josephine, marengo y consumida, arropada hasta los hombros por una sábana fina y bien planchada, las palabras de los familiares y amigos iban siendo sustituidas por oraciones para que el Señor la acogiera en su gloria, oraciones ininteligibles muy parecidas a las de los murmullos trémulos de un conjunto de fantasmas errantes.

El desenlace fatal era cuestión de horas según los médicos, pero la muerte de la tía de Corinne se podía alargar hasta uno o dos días, y tanto ella como Luther no podían permanecer ahí dada su condición de padres. Así, decidieron volver a casa y regresar a la mañana siguiente si no se producían cambios en el estado de la afectada por el cáncer. De camino al aparcamiento subterráneo (donde había estacionado su Ford Bronco), Luther aprovechó la puerta abierta de uno de los baños públicos del hospital, justo en la confluencia de dos pasillos (uno principal, otro accesorio) para tomar a su esposa de la muñeca y arrastrarla al interior. Además de cerrar, echó el pestillo.

—¿Qué haces? —dijo ella sin saber a dónde echar mano.

—El amor.

—¿El amor? ¿Quieres hacerlo...?

Pero Luther no le dejó acabar aquella pregunta. Puso sus dos manos en el trasero de Corinne y les apretó los glúteos, generosos al tacto. Cuando la atrajo hacía sí, la besó en los labios.

—¡Luther, Luther, para!

—¿Por qué?

—Estamos en un hospital.

—¿Y qué? Es un lugar público. ¿No te pone eso? Podrían llamar a la puerta en cualquier momento.

—¡Aquí todo está envuelto de enfermedad, por Dios! Y mi tía está solo dos plantas más arriba debatiéndose entre la vida y a muerte. No estoy nada excitada.

—Pues yo estoy muy caliente. Bésame. —A pesar de sus esfuerzos por que Corinne juntara los labios con los suyos e intercambiaran fluidos, la mujer se resistió.

—Además —dijo ella—, es un baño público. ¡Qué asco! No pienso tocar nada. Tendríamos que hacerlo en vilo.

—Pues hagámoslo. Déjame que meta mi cara en tus tetas.

Corinne tuvo que separar a su marido de su escote, pues el hombre llegó a poner en contacto la cara con sus pechos.

Realmente Luther no sentía aquella necesidad imperiosa de mantener relaciones sexuales. Y sus formas, exageradas, pertenecían al plan que pretendía llevar hasta sus últimas consecuencias. Si su mujer quería tener sexo en lugares públicos hasta el punto de llegar a ser la comidilla de su entorno (como así había sido ya en lo referente a su comunidad católica), iban a tener que ser todos. Absolutamente todos. Cada sitio, rincón o espacio de Salt Lake City, y más allá de sus fronteras, sin importar las circunstancias, aun invadidas por la insalubridad o el infortunio, empezaría a ser una opción válida para desfogarse.

—¡Que no quiero, Luther! —se quejó ella otra vez.

—Estoy a mil, cariño. Si no me quieres tocar, al menos sácate las tetas para que me masturbe mientras las miro.

—¡Puaj! Estás enfermo.

Luther tenía que resultar creíble, así que se sacó el miembro y comenzó a meneárselo.

—¡Luther, para ya!

—¡No, Corinne! ¡No solo vas a ser tú la que elija dónde y cuándo vamos a hacerlo! Esto es un toma y daca. A mí también me gustan los lugares públicos, cuantos más raros mejor. Un hospital. ¿Lo has hecho alguna vez en un hospital?

—¿¡Con mi tía agonizando!? ¿¡Y aquí, que a saber la de gérmenes que hay pululando!?

—¡Yo no pienso en esas cosas! ¡Necesito apagar mi fuego! ¡Estoy tan caliente como unas brasas! Y si no lo hacemos ahora mismo, pienso salir de aquí y masturbarme en medio de todos.

¡Pensado en ti!

–¡Ni se te ocurra! ¡Toda mi familia está aquí!

–No lo aguanto más, Corinne. Estoy muy, muy, pero que muy cachondo al saber que podemos hacerlo a unos metros de toda tu familia. Que cualquiera puede pasar y oírnos.

–Vale, vale, Luther. Está bien. Tú ganas. Mira, te prometo que la próxima vez lo haremos donde tú quieras. Me da igual el sitio. Me dan igual las condiciones. Pero, por favor, déjalo pasar por esta vez. Solo por esta vez. No puedo hacerlo con la imagen reciente de mi tía Josephine. No podría excitarme sabiendo que ella se está muriendo y justo al lado estoy yo haciendo el amor con mi marido.

–De acuerdo, de acuerdo –contestó él, no sin antes carraspear y menear la cabeza a un lado y a otro para que Corinne viera que estaba haciendo un tremendo esfuerzo en cuanto a la decisión a tomar.

–Solo una condición –replicó ella.

–¿Sí?

–Que tú también estés dispuesto tú a tener sexo donde yo quiera.

–Donde digas. Elige el lugar y no habrá ni la más mínima queja por mi parte.

–Y quiero que nos grabemos –demandó la mujer.

–Por supuesto. Las veces que haga falta. Seré el mejor actor porno que hayas visto en tu vida.

A juzgar por el suspiro de alivio de Corinne, esta quedó satisfecha. Se atusó el escote, descompuesto por los movimientos corporales de su marido, y le pidió:

–Y, ahora, Luther, por el amor de Dios, métete el pene dentro de los pantalones y vayámonos de aquí. Los niños están solos en casa.

–Me congratula que hayas decidido seguir en terapia conmigo, a pesar de las reticencias de tu marido. Estabas haciendo un muy buen trabajo. Sería un error parar a estas alturas.

Tendida sobre el diván de la consulta de la doctora Kanderstappen, Perlie giró el cuello hacia la psicóloga y, en respuesta, sonrió. Volvió a direccionar las pupilas hacia el techo (demasiado blanco para no estar recién pintado, pues no olía a resina acrílica) y obstruyó adrede el paso de la luz por ellas.

–Sin embargo, todavía hay mucho camino por recorrer.

Como en un duermevela, y mientras una logorrea interpretativa de los hechos salía con desenvoltura desde la garganta de la psicóloga, Perlie comenzó a fantasear. Plenamente consciente de cada imagen representada en su mente, se imaginó a la doctora Kanderstappen ataviada con un kimono de seda rosa y una fusta para caballos en vez de su clásico bolígrafo para

hacer anotaciones mientras llevaba a cabo la sesión. También llevaba sus gafas de ojo de gato. ¿En qué momento se las había puesto si la última vez que se fijó en ellas estaban sobre la mesilla? La descubrió apartándose aquella túnica de origen japonés y exhibiendo un corsé oscuro y ceñido desde el pecho hasta las caderas. Rosa sobre negro. Seda sobre cuero. Profesionalidad sobre rijosidad.

Pronto todo lo perteneciente a la pulidez cayó en el abismo más profundo concebido por el ser humano. Y se desató la lascivia. En forma de autoerotismo. La psicóloga encaramó sus piernas desnudas sobre cada uno de los brazos de la butaca en la que estaba sentada. Su sexo quedó a la vista de Perlie. A partir de ese momento, no había otro lugar al que mirar; no, al menos, para su paciente. La mujer deslizó por su abdomen, dibujando una diminuta circunferencia alrededor del ombligo, aquella vara flexible negra cuyo uso originario era otro bien distinto.

A falta de equinos, se estimuló a ella misma. La fusta hacía bailar a un lado y al otro, con insistencia, los labios mayores de la vagina de la doctora Kanderstappen. En cuanto la excitación se intensificó, la mujer con gafas de oreja de gato puso todo su empeño en el clítoris.

Todas las ondas sonoras en forma de gemidos rebotaban en las paredes de aquella consulta. De pronto, fueron absorbidas por la nada como así lo había hecho con anterioridad la decencia inherente a una sesión con una profesional de la salud mental. Una mirada impúdica las sustituyó. La doctora Kanderstappen se bajó de la butaca y, a cuatro patas, se lamió el dorso de una mano e imitó el gesto de un felino al acicalarse el hocico.

Haciendo honor a las gafas sexis apoyadas en el puente de su nariz, la psicóloga emitió un «miau» largo y agudo.

—Ven aquí, gatita...

—¿Perdona?

Perlie abrió los ojos de golpe y regresó al presente, al real y efectivo presente. ¿Había dicho aquella frase en alto o dicha demanda vivía a las interioridades de su materia gris?

—Eh... Que si puedes venir junto a mí un momento, Faith, por favor —solicitó. La zona interior de sus muslos estaba mojada y clamaba por ser atendida. Las llamas y la humedad conformaban una dupla tan desigual como cohesionada.

La doctora Kanderstappen apoyó la mitad derecha de su trasero en el diván y giró el torso de tal forma que encaró a su paciente. Perlie le tomó la mano más cercana a su posición, con suavidad, con firmeza, en un punto de perfecto equilibrio. La mujer a cargo de la sesión, sin gafas estimulantes de fantasmagorías indecorosas, sin corsé incitador de las acciones más obscenas de la carne, sino con un traje gris de mujer perfectamente planchado, puso su otra mano sobre la de Perlie. Las puntas de los dedos de la paciente asomaban como en una especie de mitón; la envoltura sobre el resto de su mano más bien se parecía a la de la protección de una

madre con su hija. Perlie no lo quiso ver así. O tal vez se encontraba tan obnubilada que ni tan siquiera fue capaz. Se incorporó cual resorte accionado por el ímpetu del deseo y se lanzó a los labios de la profesional de la psicología sentada junto a ella.

Si bien no hubo intercambio de fluidos, sí existió el tacto mullido de los rebordes carnosos de las dos mujeres. La doctora Kanderstappen se separó al momento. Apenas un segundo duró aquel encuentro físico sorpresivo. También el contacto de las manos de Perlie y Faith quedó en un mero recuerdo.

—Creo que has malinterpretado mi proceder, Perlie —pronunció la psicóloga, con el tono más cordial jamás usado por alguien. A aquella amabilidad le concatenó una profesionalidad absoluta en el hablar—: Es posible que te haya enviado señales equívocas sin darme cuenta. Te pido perdón. Tan solo quería mostrarte mi afectuosidad y que sintieras que estoy aquí para apoyarte.

—¡Qué vergüenza...! Lo siento de veras, doctora Kanderstappen.

—Faith, por favor, no dejes de llamarme Faith por lo que ha pasado.

—Es que me muero de la vergüenza...

El rubor facial se apoderó de Perlie sin que esta pudiera hacer nada por ponerle remedio. Las glándulas sudoríparas de la mujer de origen surcoreano empezaron a emanar gotas saladas por su frente, que se abrieron camino a la superficie a pesar de la capa de maquillaje usada para disimular las incipientes arrugas de alguien cercano a los cuarenta.

—Es normal lo que te ha pasado —intentó tranquilizarla la psicóloga—. Tu cabeza está hecha un lío ahora mismo. Pero esta pequeña acción espontánea también me dice otras cosas.

Perlie solo atinaba a contener la respiración y, con ella, su disparado ritmo cardíaco; hablar le quedaba demasiado grande en ese instante. En consecuencia, la doctora Kanderstappen prosiguió con su explicación:

—Puede que te estés extralimitando con tu marido. Quizás le estés metiendo mucha caña, hablando llanamente. Sosiégate. Tienes que llevar un control de la situación. Una cosa es que mantengas tu libertad sexual, en lo que estoy de acuerdo, y que es un asunto al que tu esposo tiene la obligación de ceder, y otra cosa es que deba obedecerte como un esclavo sexual. Por tus explicaciones en sesiones previas, y visto que las relaciones sexuales que llevas a cabo cada vez son más extremas, creo que estás generando algún tipo de trastorno. Te masturbas compulsivamente. Empiezas a sentir la necesidad de abrirte, sexualmente hablando, a otras personas por lo que acabo de ver. Perlie, siento decirlo, pero te estás convirtiendo en una adicta al sexo. Tan malo es que seas una persona retraída que no exterioriza todas y cada una de sus necesidades, como que te extralimites y entres en una vorágine sexual de la que te sea complicado salir. Tenemos que empezar a cambiar el enfoque de la terapia; dar un giro a la manera de afrontar tus problemas.

Perlie dio la razón a su psicóloga en todo, pues quería salir de aquella consulta lo antes posible, dejar atrás el mal trago de haber sido rechazada, y más con alguien a quien debía seguir viendo si quería seguir con su tratamiento. Aunque de eso último ya no estaba muy segura. Lo que ella necesitaba era calmar su desazón, dar un final feliz a la fantasía creada en su imaginación y que le había dejado empapada la ropa interior. Así, en el aparcamiento subterráneo del mismo edificio en el que trabajaba la doctora Kanderstappen, Perlie, apremiada por el deseo sexual, buscó la plaza más recóndita del lugar, cobijada de la luz de los fluorescentes por una columna ovalada a un lado y la pared en un ángulo de noventa grados al otro, y empezó a darse placer con la mano. A su mente volvieron las gafas de ojo de gato, el corsé de cuero apretado, la fusta negra para caballos, y la figura de su psicóloga tomándola y restregándose y haciendo disfrute de su sexo. Esa vez nada ni nadie la hizo parar hasta que no tuvo suficiente.

34

Nada como un «lárgate de aquí» para entender que no era bien recibida. Desde que el matrimonio Makenzie había puesto el primer pie en Washington D.C. (su puente entre Salt Lake City y Namibia), Piers se había encargado de comentarle a todo el mundo las intervenciones de estética a las que se había sometido su esposa. Una por una y sin escatimar en detalles. Por supuesto, afirmaba que ella se adjudicaba la condición de afroamericana. Siendo el Distrito de Columbia el área con la tasa más alta de personas descendientes de esclavos africanos llevados a los Estados Unidos de América, aquello se tornaba una bomba de relojería. Las malas caras se sucedían allá donde fuera Charissa. Y algún que otro impropio volaba desde las fauces de los vecinos de la ciudad hasta los oídos de la mujer cuyos padres provenían del Canadá más oriental. Su presencia en la capital del país se hallaba en las antípodas de la complacencia de los habitantes de la ciudad y una cólera, poderosa como la furia de un Dios vengativo, trabajaba en detrimento de sus actos más racionales y decorosos.

Cada día, un infierno; cada salida, un apuro del que salir indemne; y cada dedo acusador, acompañado de un comentario dañino, la peor de las invitaciones para seguir viviendo en aquel lugar.

—¡No lo aguanto más! —se quejó Charissa nada más entrar en su residencia alquilada, en cuanto la imagen de Piers se formó en sus dos ojos operados y mutados del azul más celestial al más común de los marrones.

—¿El qué? —contestó él después hojear con toda la parsimonia del mundo el The Washington Post.

—¿El qué va a ser? ¡El cómo me trata la gente! A la gente de color le molesta que haya cambiado mi aspecto.

Sentado en un taburete, con los codos apoyados en una barra ancha de mármol, Piers levantó la mirada, cerró el periódico, con lo que la última plana quedó a la vista, y emitió:

—¡Pues imagínate cuando lleguemos a África! Allí no habrá contemplaciones.

Charissa se pasó la mano por cabeza y, con el mismo movimiento, se deshizo de la bandana que le cubría el pelo. Sus rizos, aplastados por las horas de uso del trozo de tela caqui,

quedaron expuestos a la luz blanca de la cocina con comedor integrado. Las arrugas atezadas ganaron con creces a la rigidez gestual fruto de la cirugía estética.

—¿Por qué dices eso?

—Es Namibia a donde queremos ir a vivir. La ley será muy vaga respecto a estos temas. Que una blanca... —Si Piers se guardó de seguir exponiendo su punto de vista, no fue para retractarse de lo dicho sino para justificar el cómo lo estaba relatando—. Perdón, cariño, no quería decir que lo fueras. Me refiero a que a ojos de la gente de color sigues siendo caucásica. Y allí serán el blanco de la ira de los namibios. Por muy afroamericana que seas ahora.

—¿De verdad lo crees?

—¡Vaya que si lo creo! Lo afirmo con riesgo a no equivocarme. Eso si no te agraden antes aquí, en Washington. Existen leyes que penan el racismo, por supuesto. ¿Pero el racismo de alguien de color hacia otro de su misma condición? No existe tal cosa. Me temo que vas a tener que vivir con ello, acostumbrarte a ese miedo, y tener interiorizado que pueden pegarte por ello en cualquier sitio y a cualquier hora. Sea de día o de noche. Si aquí ya es complicado, probablemente la vida en Namibia, por tu condición, resulte una auténtica pesadilla.

—Oh, vaya...

El hombre se levantó del taburete y se aproximó a su esposa. Puso una mano sobre el hombro de ella y apretó con delicadeza. A lo que ella reaccionó:

—No quiero que me insulten. Ni que me den una paliza.

—Tranquila. Me tienes a mí.

Charissa agradeció las palabras de su esposo con una sonrisa. Colocó la mano derecha sobre la también diestra de Piers, bajo las cuales quedó su hombro izquierdo, aquel que acababa de recibir la muestra de cariño del hombre con el que estaba casada. Pero su decisión se iba difuminando.

—Oye —comentó Piers—, ¿por qué no salimos a tomar algo? Te invito a un trago. Para despejarnos un poco.

Charissa dudó por un momento, pero cuando se decidió, chascó la lengua y contestó:

—¿Por qué no? Contigo me siento mucho más segura.

Una vez en la calle, Piers convenció a su mujer (nuevamente) de realizar un plan lejos de las paredes de su hogar. La copa de vino quedaría para más tarde. Pero él sabía muy bien lo que hacía, y sus intenciones distaban (y mucho) de pasar un rato agradable. Con la excusa de rendir tributo a la persona más influyente en lo que concernía a los derechos de los afroamericanos, se acercaron al National Mall, junto a la Cuenca Tidal, en donde tres mil setecientos cincuenta cerezos habían bañado de blanco y rosa aquel parque hasta hacía un mes, y de los que ahora solo quedaba el marrón rojizo de sus troncos y ramas.

La sutileza del marido de Charissa era inexistente a la hora de mirar a cada trasero

femenino tras unas mallas o unos vaqueros o a un par de piernas bajo unas faldas. Sus ojos se clavaban en cada mujer, y mientras eso pasaba, el hombre exageraba sus expresiones, ya fuera mordiendo el labio, suspirando, o simplemente manteniendo fija la vista, sin apartarla, salvo para prevenir una acusación de las destinatarias de sus exagerados ademanes justo antes de ser descubierto. No así por parte de su mujer, pues Piers quería que Charissa fuera plenamente consciente de la situación. Quería causarle celos. Los más posibles. Cosa que conseguiría porque cada mujer que observaba con deseo carnal era afroamericana. Ni siquiera se dignaba a echar una ojeada para su propósito a las de origen latino, por mucha piel canela de la que hicieran gala. El antiguo doctor del Hospital de la Universidad de Utah buscaba tecs muy oscuras, cuanto más mejor, y lo más naturales posibles a poder ser.

—¿Qué te pasa, Piers? —se quejó ella, y le propinó un golpe con el dorso de la mano en el hombro.

—Lo siento, cariño, es que es increíble la cantidad de afroamericanas que hay aquí por metro cuadrado. No quiero imaginarme en Namibia.

—Te recuerdo que soy tu mujer. Y también soy afroamericana.

—Sí. Lo siento.

—¡Impostora! —gritó alguien de sopetón. —¡No engañas a nadie! —volvió a maldecir la misma persona.

Tanto Charissa como Piers se voltearon hacia la mujer que lanzaba las acusaciones. Él contuvo la sonrisa; ella apretó los labios y se cruzó de brazos.

—¡Es esa mujer que se cree que puede ser una de los nuestros! —voceó otra mujer, perteneciente a la comunidad negra a juzgar por su anatomía, mientras, con el brazo extendido, señalaba con el dedo índice a Charissa.

Entonces, un montón de personas, la mayoría afroamericanas, que transitaban por allí para visitar el monumento de Martin Luther King, comenzaron a arremeter verbalmente contra Charissa. La mujer con la piel anteriormente blanca como la porcelana rompió a llorar.

—Sácame de aquí, Piers. Sácame de aquí ya.

Piers rodeó a su mujer con los brazos y, protegiéndola de cualquier tipo de ataque físico que, afortunadamente, nunca se produjo, la acompañó hasta el coche y condujo de vuelta a casa.

En el hogar, tras preparar un chocolate caliente, se sentó junto a ella.

—Quiero que nos vayamos de aquí —comentó Charissa.

Piers enarcó las cejas. Después de deshacerse de la forma de rosca de su boca, tanteó:

—¿A Namibia directamente? ¿Sin un domicilio elegido?

—No, a Salt Lake City. A East Bench. ¿Hemos vendido ya nuestra casa?

—No, cariño.

—Estupendo. Porque soy mormona, más blanca que la leche, y una pija de barrio rico. Y si

no te gusta, búscate a otra. –Charissa apartó la taza de chocolate humeante. El platillo rechinó a casusa del rozamiento con la mesa de cristal. En cuanto el ruido cesó de introducirse por los tímpanos de uno y otro miembro del matrimonio Makenzie, ella requirió–: Anda, sé bueno y prepárame mejor un té de camomila.

Arabella se mantuvo con los ojos vendados a petición de su marido durante los treinta minutos que duró el viaje por carretera. En todo el trayecto, desde el mismo instante en que las ruedas comenzaron a girar por el asfalto, solo sonó la música de un top de éxitos latinos de Spotify gracias a la conectividad del vehículo con el Smartphone de aquella mujer privada momentáneamente del sentido de la vista. «¡En algo tendré que mantener ocupada la mente!», fue lo que alegó ella ante la desgana exhibida por parte de Raymond hacia ese tipo de género musical. Él tuvo que ceder, y por eso apretó el acelerador más de lo recomendado por las señales de tráfico. Tanto así fue, que había estimado la llegada diez minutos más tarde de cuando finalmente lo hicieron. También corrió de esa manera debido a las ansias, a los nervios, a todas las esperanzas puestas en un plan que rogaba a Dios por que saliera bien.

En cuanto el motor se apagó, Arabella se bajó el fular rojo y otorgó, así, a sus dos ojos verdes de nuevo la libertad. Miró a través de las lunas, extrañada, girando el cuello a un lado y a otro.

–¿Dónde estamos? –preguntó.

–En Ogden.

–¿En Ogden? *Fesseria*... ¿Qué se nos ha perdido en Ogden? ¿Y para qué me tapas los ojos si me lo acabas de decir?

–No lo sé. Por mantener la emoción, supongo.

–Muy bien, Ray... Y, ahora, ¿te puedes dejar de jueguecitos?

Con las manos aferradas al volante, en mayor medida para que su mujer no percibiera en temblor de sus dedos, Raymond giró el cuello hacia la derecha de modo que su visual entró en contacto con la de Arabella. Inspiró profundamente y anunció:

–Cariño, quiero que sepas que apoyo tus fantasías y deseos. Al principio pretendía encontrar una forma de evitar el problema. Pero luego me di cuenta de que esto es un círculo vicioso del que no hay salida. Y puesto que no hay salida, ¿qué mejor que adentrarse de lleno y aceptarlo de la mejor manera posible?

–¿Quieres decir que a partir de ahora mostrarás una actitud positiva en nuestros intercambios de pareja?

–Sí. Y no solo eso...

La mano izquierda de Arabella se arrastró con la suavidad de la caricia de un amante

hasta la curvada palanca de cambios de aquel Alfa Romero automático de ocho velocidades y 520 CV. El hombre con el volante en sus manos continuó explicando:

—He conseguido que nos acepten en una de las mejores fiestas de *swingers*. Al menos, en el Estado de Utah. Es solo para gente vip. No cualquiera consigue una invitación. Me ha costado mucho dinero y muchos contactos. Te lo puedo asegurar. Pero tú no te mereces menos.

A medida que Raymond hablaba, los dedos de su mujer jugueteaban con el mando del Giulia Quadrifoglio. En un momento dado, hasta le pareció que Arabella intentaba estimular manualmente por medio de la palanca a aquella máquina de fabricación italiana.

—Ahora bien, te lo advierto...

Arabella pestañeó hasta cuatro veces consecutivas, como saliendo de sus ensoñaciones, pues aquella admonición arrastraba un condicionamiento.

—Esta velada dista mucho de cualquier otra. Aquí jugamos en las ligas mayores. Y, una vez dentro, debemos cumplir. Tanto tú como yo. Sobre todo, tú... porque vas a ser una de las estrellas. El foco de atención. Y no podremos dar marcha atrás sin represalias. Hay gente con mucho poder. Y con mucho dinero. ¿Estás segura de que quieres participar?

La circunspección en el rostro de Raymond condujo a un mutismo receloso desde más allá de la campanilla de su acompañante. El único sonido que se oyó fue el del aire al entrar y salir por los dos reducidos orificios nasales de Arabella y, aunque inaudible, mas sí figurado, el de la saliva al correr por su garganta.

De pronto... ¡Rio! A una gran carcajada le dio paso una palmada en el pecho del hombre. La corbata *beige* de Raymond se descolocó a causa del golpe repentino.

—Perdona —se disculpó ella, que procedió de inmediato a colocarle la prenda correctamente a su esposo—. ¿Te piensas que me da miedo o algo?

—Habrá muchos..., ¡muchos más hombres que mujeres! Y Dios sabe qué sorpresas más.

El gesto de Arabella se tornó en el de alguien ofendido. Subió y bajó un solo hombro con la velocidad del rayo y dijo:

—Parece que se te haya olvidado, pero me he hecho con hasta seis hombres. Y no tuve ningún problema. ¿O es que ya lo no recuerdas? Si intentas meterme miedo, te equivocas conmigo.

Por supuesto que no se le había olvidado. De hecho, no había pasado un día sin que aquella imagen le atormentara, ya fuera en el mundo onírico o mediante recuerdos vívidos. Y por eso no tenía nada que perder. Raymond había caído por un precipicio y le daba igual que aquel descenso vertiginoso fuera de una milla o de seis. Y si con seis (o siete u ocho o las que fueran necesarias) conseguía darle un escarmiento a su mujer y conseguir que se retractara en su libidinoso modo de vida, que así fuera.

—No intento meterte miedo —fingió él—. Solo quiero que luego no me eches en cara que no

te lo advertí. Por mi parte, cariño, yo, pretendo empezar a disfrutar de esto. ¡Y voy a poner toda la carne en el asador!

–Pues genial porque yo también. ¿A qué esperamos?

El matrimonio Varley se bajó del vehículo y se acercó hasta una puerta de doble hoja cobijada por un porche verde petróleo y totalmente opaco. Más bien parecía el acceso a un hotel que a un local.

–Contraseña –exigió uno de los dos porteros que custodiaban la entrada.

–He oído que la noche se va a poner tórrida aquí –contestó Raymond.

Las puertas se abrieron y Raymond y Arabella accedieron al recinto. La opulencia reinaba allá donde hubiera un espacio a decorar, pero aquel lujo parecía efímero, puesto allí solamente para la ocasión, como el decorado de un rodaje que fuera a ser retirado tras su utilización.

–*Mamma mia...*

Pronto la fascinación de Arabella se convirtió en desconcierto. Una mujer alta, de facciones duras, en parte gracias a un maquillaje excesivo, y con vestido de gala negro con lentejuelas, separó al matrimonio.

–Sígueme, por favor –le pidió a Arabella al tiempo que la tomaba de la mano–. Su acompañante enseguida se sumará a usted. Bueno, su acompañante y el resto de los invitados –añadió, no sin cierto tonillo.

Mientras se alejaba, Arabella echó un último vistazo a su marido como si estuviera siendo raptada y él no se opusiera a ello. Las dos mujeres penetraron en una gran sala diáfana amueblada con sofás de formas extravagantes, incómodos para descansar, pero apetecibles para experimentar con posturas sexuales novedosas. Hasta cuatro camas redondas, grandes como para dar cabida a seis personas, y situadas en puntos con una equilibrada distribución, terminaban de completar el mobiliario. Había más detalles. El primero referente a uno de los extremos de la sala. Allí, una barra larga de bar, tras la cual aguardaban dos camareros, albergaba todo tipo de bebidas. Si uno elevaba el mentón se revelaba un techo compuesto enteramente de espejos. No solo encima de la barra, sino por toda la sala, aun con lo grande que resultaba ser. De esa forma, la altura de aquel lugar parecía mucho mayor de lo que de verdad era. A través de él, y ese era el último elemento que destacar (y quizás el más importante), se podía observar la coronilla de una decena de mujeres más, esparcidas por aquí y por allá. Arabella volvió a relajar los músculos del cuello y, en busca de una confidente que le pudiera aportar algo de información, se acercó a la invitada más cercana a su posición. Pero cuando apenas le separaban de ella un par de pasos, el resto de los invitados, todos hombres, sin excepción, comenzaron a entrar.

A Arabella se le encogió el corazón. No por la cantidad de invitados del sexo masculino (que no eran pocos; una proporción de tres a uno con respecto a las mujeres), sino por la edad

media que estos representaban. Según sus estimaciones, el más joven de ellos se hallaría en su bien entrada setentena. De hecho, su marido parecería fuera de lugar entre todos ellos; lo tenía claro. Lo buscó con la mirada entre la multitud, que se fue dispersando. Aquellos hombres añosos se distribuyeron sin una aparente motivación, salvo los que se dirigieron a la barra.

Lo encontró. Arabella levantó el brazo con cierto disimulo e hizo un gesto con los dedos. Raymond se acercó a su esposa con una sonrisa que, por muy amigable que resultara, no la tranquilizó lo más mínimo.

—Ray, ¿qué es esto? Son todo vejestorios —se quejó la ella susurrando.

—Esta es la orgía más exclusiva a la que podamos asistir. —El hombre se tapó media boca con una mano y añadió—: Aquí hay políticos, empresarios importantes, altos cargos, y puede que veas hasta algún famoso.

Arabella observó a su alrededor, y sin ningún recatamiento, pero no a los varones, precisamente, sino a ellas.

—*Sono puttane?*

—¿Prostitutas? ¡Pero ¿qué dices!? ¡Claro que no! Son sus amantes. Sus queridas. ¡No querrás que traigan a sus mujeres!

—¡¿Y tú no querrás que toque a ninguno?! Están arrugados. Y olerán a viejo.

—Ahora hay que cumplir, Bella. Me he jugado mucho para que estemos aquí. Si yo he accedido a estar presente en las orgías que querías, tú vas a responder en consecuencia.

—Tendrán la *minchia* con más arrugas que un Shar Pei. *Che schifo!*

—Calla, te van a oír. Bella, no nos dejes en mal lugar.

—Claro, como todas son unas *figas pazzescas*...

—Unas veces por ti, otras por mí.

—*Sei proprio un coglione. Lecchino...*

—Vaya, vaya, vaya... —pronunció uno de aquellos hombres, uno calvo, gordo, con bigote de morsa, algunas manchas en la piel, y cercano a los ochenta años—. Una italiana de pura cepa.

Arabella notó la mano del hombre en el trasero, que se instaló allí, al parecer, sin intención de retirarse.

—¿Le importa si...?

—Por supuesto que no, para eso estamos aquí. Si a ella le parece bien —contestó Raymond a aquel hombre engalanado.

—Estoy seguro de que a esta belleza le parecerá bien.

Unas cadenas invisibles, como las utilizadas en los puentes levadizos de la Edad Media, tiraron de las comisuras de los labios de Arabella. La tensión en sus mejillas era máxima, así como lo forzado de su simpatía exhibida a su inesperado acompañante. Aquel octogenario la guio hasta uno de los sofás, de superficie ondulada, donde aguardaba otro varón de no menos

edad y, desgraciadamente, con aún menos atractivo físico. Los dos hombres empezaron a manosearla, y a desvestirla, y a pasarle sus lenguas ásperas de cuello para abajo. Arabella hizo de tripas corazón y dejó hacer a sus nuevos compañeros sexuales. Intentó evadirse observando lo que acontecía a su alrededor, pero lo que descubrió no distaba en demasía de sus propias circunstancias. A todas las mujeres que había allí, operadas, maquillas, emperifolladas con joyas de exquisito valor, las rodeaban los asistentes masculinos como lobos a punto de darse un festín. Pronto las más casquivanas de todas ellas, las más deseosas de medrar social y económicamente, dispusieron sus cuerpos apetitosos para ser objeto de alivio carnal.

Cuando Arabella se quiso dar cuenta, se hallaba de rodillas y tenía los dos penes semierectos (lo más que se podría pedir a aquellos dos añosos desconocidos entonados por la viagra) entrando y saliendo de su boca. Mientras les daba placer oral, al tratar de apartar la mirada de los pubis canosos y los bajos vientres colgantes, columbró entre los miembros de aquella orgía a su marido. Hasta tres mujeres se lo turnaban para mantener relaciones sexuales con él. Y no era de extrañar. En comparación con el resto de los asistentes masculinos, Raymond era un caramelo a las puertas de un colegio.

En un momento dado, un varón corpulento y peludo como un oso se arrimó a Arabella.

—Ahora me toca a mí, *mademoiselle* —comentó. La tomó de la cabellera, la obligó a girar ciento ochenta grados con una brutalidad desenvuelta y la puso a cuatro patas. Entonces, comenzó a penetrarla por el orificio más apretado que encontró.

En la mente de Arabella se dibujó aquella fantasía suya de ser embestida por Bestia, el personaje de la clásica película de Disney. Contra todo pronóstico, la estaba llevando a cabo. Su fantasía se había vuelto realidad, solo que los jadeos de animal imaginados en su cerebro habían sido sustituidos por los gruñidos pertenecientes a un jabalí con acumulación de colesterol. De improviso, cuando menos se lo imaginaba, surgieron los aullidos. Pero no la voz prolongada de Bestia que siempre había ansiado, sino su propio chillido. El aullido de Bella rogando por una luna llena que la convirtiera en una poderosa mujer lobo.

Arabella apretó el esfínter anal y obligó a sacar a aquel hombre peludo el pene de su culo. Se puso en pie, dolorida, y se disculpó:

—Perdona un segundo.

—¿Qué te ocurre? Pensaba que ya veníais preparadas para cosas como esta.

—*Aspetti un momento, per favore...*

—No tardes, querida.

—¡Quitad, quitad! —Apartando a manotazos a las otras mujeres, Arabella se abrió paso entre el cuarteto en el que participaba su marido y hasta quedar enfrentada a él.

—¡Eh, que es nuestro! ¡No hay sitio para otra más! —se quejó la más bajita de las tres mujeres.

Haciendo caso omiso a aquella advertencia, la mujer de Raymond exclamó:

–Vístete. Nos vamos de aquí.

–¿Qué? ¿Ahora? Cariño, me coges en un mal momento.

–¡Sí! ¿¡O es que no lo ves!? –reprendió a Arabella esta vez la más alta de las tres mujeres e inclinándose ligeramente hacia ella en actitud arrogante.

Pero Arabella no prestó ni la más mínima atención a su acometedora. En vez de ello, continuó hablando a su esposo:

–Se acabó, Ray. *È finito*.

–No podemos marcharnos. No ahora. En mitad de la orgía.

–Ni en mitad, ni al final, ni al principio.

–¡Pero, Bella...! Hemos subido en el escalafón social. Esto es lo que nos espera a partir de ahora. Codearnos con la más alta sociedad. Hay que comportarse.

–*Niente feste! Niente orgia! Niente di niente!*

35

El cáncer se había llevado a la tía de Corinne.

Nueve días después del fallecimiento, a petición de Luther para sorpresa de su esposa, el matrimonio Etienne se acercó al cementerio Católico Mount Calvary. El día estaba gris, si bien la predicción meteorológica ofrecía cierta seguridad para prescindir de paraguas. Aun así, Corinne, mujer precavida en lo que concernía a su apariencia, portó uno bajo el brazo. Luther se arriesgó, y en su lugar llevó un gran ramo de claveles rojos y amarillos. A aquella hora tardía, en las fronteras del día y la noche, cuando el Sol daba sus últimos estertores acompañado de una ligera brisa proveniente del sur, en un martes cualquiera, nadie más excepto Corinne y Luther parecían quedar allí.

—Vámonos, se está poniendo muy oscuro —dijo ella después de dejar las flores, rezar por el alma de su tía fallecida y pasar un buen rato rememorando algunas anécdotas.

—Espera, quiero rezar un último responso —pidió Luther.

—¿Es que no has tenido tiempo suficiente?

—¿Qué te importa? No hay prisa. Dame diez minutos y nos vamos.

—Que sean cinco.

Pero lo que Luther quería era actuar con premeditación, alevosía y, por supuesto, nocturnidad. Después del lapso estipulado, hombre y mujer emprendieron el camino de regreso al coche. Caminaban entre tumbas, en la soledad inquietante que solo podía ofrecer un camposanto envuelto por las sombras de la noche, cuando Luther dio una cachetada en el trasero a su esposa. El silencio sepulcral amplificó sobremanera aquel golpe rápido y certero contra el glúteo izquierdo de Corinne.

—¿A qué ha venido eso? —se inquietó.

—A las ganas de hacer el amor aquí mismo. ¿No te da morbo?

—¿Entre muertos? ¡No!

—Pues yo quiero hacerlo aquí y ahora. Entre las lápidas. Tendidos sobre la hierba.

—¡Luther, por Dios!

—¡No solo vamos a hacerlo donde a ti te convenga! Te recuerdo el acuerdo al que

llegamos la última vez: ¡lo haríamos donde yo también quisiera!

—Pero, pero, pero...

—¡Pero nada! Quise hacerlo en el hospital y no hubo manera. Y desde entonces no solo lo hemos hecho al aire libre, sino que incluso te he dejado que nos grabaras.

Corinne miraba a un lado y al otro, como buscando una salida de emergencia en un edificio en llamas.

—¡Pues si quieres hacerlo aquí, yo quiero que publiquemos nuestros videos en internet! —soltó ella en una especie de berrinche infantil.

Luther, como era obvio para un padre de familia tradicional, ni quería ni pretendía subir los videos íntimos con su mujer a una página web al alcance de cualquiera. Sin embargo, su plan para hacer desistir a Corinne en su actitud libidinosa y exhibicionista pasaba por llevar la situación hasta sus últimas consecuencias.

—Está bien. Los publicaremos. No en una, en todas las que quieras. Que nos vea tener sexo todo el mundo. Hasta nuestros hijos. Ya verás cuando sus amigos les pasen los videos... —Luther se abalanzó sobre su mujer. Comenzó a besarla. La desnudó y se metió sus pezones en la boca. Ella no lo estaba disfrutando. Gemía con más pena y angustia que otra cosa. Con respiración anhelosa, no le quedó más remedio que dejarse tirar al suelo. Su marido le bajó las bragas y, sin perder ni un segundo, se sacó el miembro. Erecto, y no gracias a la excitación, precisamente. Aquel hombre de tez oscura y barriga pronunciada había recurrido al sildenafil en forma de comprimidos de color azul, y todo gracias a Piers, quien se lo había proporcionado debido a su condición de médico.

—¡Para, Luther, para! ¡No puedo!

El hombre se detuvo con gusto. Prefería mil veces privarse de aliviar sus necesidades más primitivas, de apaciguar aquella erección descomunal, de experimentar el placer de vaciarse, que de arruinar el plan con el que pretendía recuperar su estatus de marido tradicional.

—¿Qué ocurre, cariño? —disfrazó de preocupación su artimaña—. ¿Te encuentras bien?

—No puedo hacerlo aquí. Ya sabes la aprensión que me dan los muertos. La lívido se me pone por los suelos.

—A mí, en cambio, es uno de los sitios públicos que más excitación me provocan. Pensar en todas las personas que ya no podrán disfrutar del sexo y que yo sí... Me pone muy excitado.

—Pues no cuentes conmigo —sentenció la mujer mientras se ponía en pie y se atusaba el pelo. Se sacudió la ropa para deshacerse de la hierba adherida a ella y se colocó toda la ropa donde debía estar.

—Vaya, y yo que el siguiente lugar que te iba a proponer era una morgue.

—¿Una qué?

—Un depósito de cadáveres. O, mejor, durante un velatorio. No me malinterpretes. No

deseo la muerte de nadie, pero imagínate hacerlo con el resto de gente velando el cadáver.

—Luther, estás mal de la cabeza.

—¿Yo? Esto ya lo hablamos. Si tú puedes decidir en qué lugares públicos lo hacemos, yo tengo el mismo derecho a elegir alguno que me convenga. Somos un matrimonio. Esto es un *quid pro quo*. ¿Cierto?

—Mmmm...

Luther escudriñó en la oscuridad la expresión de su mujer. Mientras esperaba una respuesta compensatoria o, mejor aún, una que pusiera el broche de oro a un plan trazado en pos de la tranquilidad vital, se colocó el pene de tal forma que quedara lo más disimulado posible dentro del pantalón.

—Mira, Luther, no puedo. Es que es superior a mis fuerzas. Siento rechazo, y miedo, y también una angustia que no puedo soportar.

—Bueno, ¿y qué?

—¿Y si dejamos nuestras relaciones matrimoniales para la intimidad de nuestro hogar? No puedo ofrecerte eso que quieres.

—No estoy demasiado seguro de ello... ¿Y piensas dejarme así? —El hombre se señaló la entrepierna.

—Lo siento, pero sí. Oye, mira, incluso pediré disculpas al párroco. A ver si nos readmiten en la Iglesia. ¿Te parece bien? Pero no quiero que nunca más vuelvas a sugerirme hacer el amor en un sitio que tenga la muerte mínimamente cerca. Es que ni lo menciones. Ahora, si no te importa, ¿podemos irnos de aquí? Tengo los pelos de punta.

Luther balanceó la cabeza, como si estuviera haciendo un gran esfuerzo al ceder a los intereses de su esposa.

—¡Está bien, está bien! Pero que conste que lo hago por ti. Porque te quiero.

Patrick estuvo practicando durante de días. No por gusto, sino para aguantar durante el tiempo necesario sin vomitar. Al contrario que un competidor de apnea, su propósito se fundamentaba en respirar con total normalidad. Al principio resultó tremendamente duro, pero como en la vida, a todo se podía acostumbrar uno, incluso el peor de los olores.

Esperó su momento. Y mientras este llegaba, tuvo que someterse a las prácticas sexuales más despiadadas por parte de su mujer. El lado bueno de todas las fechorías a las que se vio sometido su ano fue que este orificio, perforado una y otra vez y dilatado hasta el extremo, se convertiría en la mejor de las autopistas para sus detritos. Y no precisamente porque sufriera de estreñimiento. El día elegido fue uno en el que Perlie le avisó de que se preparara para la noche. ¡Y vaya que si lo hizo aquel pobre diablo! Pero no en la forma en que su esposa se imaginaba.

Ella le sugirió que se mentalizara, ya que Mina, su querida hija, se quedaría a dormir en casa de una amiga. Patrick, en cambio, antes de que llegara la noche, pasó por Ruth's Diner, uno de los restaurantes con las raciones de comida más grandes de Salt Lake City. Comió hasta explotar. Cuando llegó a casa, todavía se forzó a comerse una naranja y una manzana, y a tomarse medio litro de café caliente. Evitó por todos los medios ir al baño, aun a pesar de que su vejiga y sus intestinos le rogaban por ser vaciados al amparo de un retrete.

Cuando la temida sesión de BDSM con Perlie dio inicio, Patrick se sentía como un globo lleno de agua a punto de estallar. El más mínimo pinchazo y, ¡plas!, todo quedaría mojado. Evitó por todos los medios que aquello sucediera. Aguantó estoicamente los azotes dados en sus posaderas por su mujer. Después de lograr enrojecerle las dos cachas, su indeseada compañera de juegos sexuales extremos le mostró un látigo de aspecto retorcido.

—¿Qué es eso? —se inquietó él.

—Es mi nueva adquisición: un vergajo.

—¿Un vergajo? A mí me parece un látigo. ¿No irás a usarlo conmigo?

—Es una verga de toro. Se seca y se retuerce, y, efectivamente, se usa como látigo. —Sin esperar a un fallo asertivo por parte de Patrick, Perlie le propinó el primer trallazo.

Un chasquido y, el posterior alarido del hombre, llenaron el contenido de la habitación. Una quemadura, fina y alargada, se dibujó en su espalda macilenta.

—¿¡Estás loca o qué!?

—¡¡Calla, perro!!

¡Chasss! Otro vergajazo cruzó su espalda de arriba abajo. Patrick hizo un esfuerzo sobrehumano por aguantar los excrementos dentro de su organismo. Le vino a la cabeza la imagen de Stormy y la maldijo una y mil veces. Le había dado su palabra de no volver a vender a su mujer otro de aquellos juguetes sexuales que a él le parecían instrumentos de tortura. Y se juró a sí mismo vengarse de la dependienta de Mischievous, si era capaz de salir vivo (indemne ya resultaba imposible) de allí.

—¿Dónde has comprado eso?

—En Dungeon Dominus, una web mexicana. ¡¡Toma, esclavo!!

—¡¡¡Aaaaaahhh!!!

El hombre aguantó todos y cada uno de los latigazos de Perlie, pero más aguantaron sus esfínteres. No vertió ni una sola gota de orina; ni el más mínimo fragmento de materia fecal.

Con la espalda al rojo vivo, contrito por su acusación equivocada a Stormy, resentido al máximo con su esposa, estaba dispuesto a ejecutar su plan. Y lo iba a llevar a cabo hasta las últimas consecuencias. Así, se tumbó en el suelo, bocarriba, y pidió:

—Cágame en el pecho.

—¿Cómo?

–Ponte de cuclillas y cágame encima.

–Pero ¿qué bicho te ha picado?

–Y méame en la boca.

–No, Patrick, eso es una guarrada.

–Es *scatsex*. Me he estado informando. Forma parte del BDSM. Y quiero probarlo.

–¡Ni loca! No voy a dejar que me veas cómo hago de vientre.

–Está bien –accedió él–. Si esa es tu voluntad... Pero quiero que me hagas un beso negro a cambio.

–No quiero meter mi lengua ahí –se quejó ella.

–¡Pero un consolador sí, ¿no?!

–Es diferente.

–Es diferente para ti. He dejado que me des bien de latigazos. O me haces un beso negro o no hay más que hacer aquí.

Ella renegó, mas terminó por acceder a la demanda.

–De acuerdo... Pero rapidito, ¿eh? –expresó.

Con aquel beneplácito, Patrick se tumbó en la cama, se sujetó las piernas por las corvas y ofreció el perineo, en toda su plenitud, a la mujer con la que estaba casado.

–¿¡Te habrás lavado!? –se preocupó Perlie.

–Como siempre.

La mujer se tapó la nariz con los dedos índice y pulgar y sacó la lengua. La dirigió hacia el ano de su marido. Primero empezó a deslizarla, después la restregó con fuerza al tiempo que mantenía los párpados bien pegados.

–¡Perlie, lo siento, pero quiero que practiquemos la coprofilia! –Con un esfuerzo perianal, a la vez que presionaba con las manos su bajo vientre, Patrick expulsó sobre su mujer la más pletórica de las deposiciones de un ser humano. Y semisólida. Aquella deyección la bañó de marrón. En no más de tres segundos a las heces se le sumó un chorro de orín que, como salido de un surtidor, lo salpicó todo: cama, suelo, hombre y mujer.

Perlie se pasó las manos por la cara para apartarse los excrementos de los ojos y observó, aterrada, la situación.

–¿¡Qué has hecho, insensato!? –Y vomitó. No pudo contener sus jugos gástricos. Las arcadas se sucedían como un coche falto de batería al que su dueño se obcecara en arrancar.

Detritus, micción y bilis, todo mezclado, como una sopa nauseabunda, adquirió el color propio del horror; el contenido del caldero de una bruja repartido por doquier.

–Sadismo se llama. –Para Patrick resultaba tan desagradable como para su pareja, pero la amplia sonrisa exhibida, tan forzada como verosímil, pedía por más. Designio que explicitó a través de la garganta–: Y no veo el momento de que hagas tú lo mismo conmigo. La próxima

vez. Espero.

Entonces, Perlie reflexionó sobre las últimas palabras pronunciadas por su psicóloga. Le llegaron sin ningún esfuerzo mental, latentes como el magma de un volcán que irrumpe a la superficie todo de golpe. «Puede que te estés extralimitando y, cuando te quieras dar cuenta, te halles inmersa en una vorágine sexual de la que te sea complicado salir». «Sosiégate. Tienes que llevar un control de la situación». «...estás generando algún tipo de trastorno». Y exclamó, como si le fuera la vida en ello:

—¡No si puedo evitarlo!;Se acabó! Volvemos a las relaciones de toda la vida. Y si hace falta, nos adscribimos a la religión mormona. O a la católica. O a la más conservadora que exista en este condado. Y, por supuesto, tú y yo vamos a empezar terapia con la doctora Kanderstappen. Juntos.

36

En cuanto Charissa regresó de Washington D. C. convocó una reunión del Club de las Esposas Dichosas. Del mismo modo que ella, todas las integrantes estaban inquietas, pesarosas y claramente preocupadas por el estado de sus matrimonios. Dicha congregación no tuvo lugar en el hogar de ninguna de ellas, ni en un sitio al aire libre en el que poder ventilar sus mentes embotadas, sino en una de las mejores confiterías del estado de Utah. Y también entre dulces, helados, pasteles y chocolates. Todo el azúcar del mundo era poco para calmar la angustia vital de aquellas cinco mujeres. En realidad, cuatro, pues Jillian se atiborraba de azúcar por gusto más que por necesidad.

—Con lo bien que iban las cosas, ¿en qué momento se han torcido? —se quejó Corinne mientras comía a dos carrillos.

—A lo mejor nos hemos pasado de la raya. —Perlie embadurnó sus dientes de marrón, en este caso debido a un bombón de chocolate negro, un sabor muy distante de aquel proveniente, días previos, del intestino de su marido, por mucho que los colores fueran prácticamente iguales.

—*Porca miseria!*

—*Porca, porca...* —repitió Charissa tras dar un par de palmadas en el hombro a su amiga de origen italiano.

—No sé, chicas, yo desde que me casé con un árbol soy feliz.

—Tú no cuentas. Las plantas no hablan, ni muestran su disconformidad. Si no te viene bien algo, con apartarlas a un lado lo tienes solucionado.

—Te equivocas. A Spencer y a mí nos va mejor que nunca.

—¿Estás diciendo que las demás no hemos sabido hacerlo? Tú fuiste la que se divorció; no nos vengas con moralinas como si fueras la más lista del grupo.

—Vamos, Charms, no lo pagues con ella.

—Sí, Cha-Cha, forma parte del club. No creo que esa haya sido su intención.

Perlie miraba a una y a otra, sin intervenir.

—¿Estáis en mi contra o qué? Ha sido la última en venir. ¿Ahora se va a poner por encima de nuestro nivel?

–¡Oh, cállate! –prorrumpió la mujer de progenitores surcoreanos.

Charissa clavó la mirada en Perlie y dijo:

–¿Qué has dicho?

Perlie no se amedrentó; incluso se levantó de su asiento, imitando el gesto de su interlocutora.

–Que no llevas razón.

–Vaya, vaya, con la mosquita muerta.

Corinne se acercó a Perlie; Arabella a Charissa. Ambas pusieron las manos sobre los hombros de sus amigas, invitándolas a sentarse de nuevo, a sosegarse, y evitando que aquella tensión llegara a las manos.

Jillian, orgullosa y satisfecha, exhibió la mejor de sus sonrisas, tan sincera e inevitable como su amor por el mundo de las plantas.

–A lo mejor deberíamos retomar nuestras relaciones tradicionales con nuestros maridos –comentó Corinne cuando ya se hubo relajado un poco el ambiente.

–¿Has olvidado que eso fue lo que nos llevó a buscar soluciones?

–Cha-Cha está en lo cierto. Si volvemos al principio, todo nuestro esfuerzo será en vano. Los mismos problemas regresarán a nuestras vidas.

–Eso no es así.

Todas giraron las cabezas a quien acababa de hablar. La mujer de cabellos dorados se tomó su tiempo en responder, pues primero mordió un pastel de crema. Paladeó aquel sabor a cereza con el mismo gusto con el que tomaba aquella masa dulce.

–¿Habéis probado simplemente a hablar con vuestros maridos? Quizás hay un punto intermedio. Ni volver al principio, ni llegar a los extremos que han causado que estemos aquí sentadas, divorcio en boca.

–Lo dices porque tú estás muy tranquila con tu situación.

–Te recuerdo que yo sí llegué a divorciarme. Y logré salir adelante. Y no solo eso. He vuelto con mi marido. Y estamos mejor que nunca.

–¿Y cuál es la solución según tú? –habló de muy mala gana Charissa.

–Disolver este club.

–¿¿¿Qué!?!? –contestaron todas a la vez como si lo hubieran ensayado.

–Estáis tan preocupadas en ser unas buenas esposas que se os ha olvidado de ser simplemente esposas –explicó Jillian–. A lo mejor vuestros maridos no quieren que seáis perfectas. Ni siquiera medianamente buenas. A lo mejor solo quieren que seáis vosotras mismas, y que, en vez de hablar sobre vuestros problemas maritales entre unas y otras, los habléis con ellos. Y que también compartáis vuestras fantasías y vuestros gustos. Interesaos por los de ellos sin esconderos. En eso consiste una pareja. En las confidencias. En la intimidad. Siempre hay un

punto equidistante del agrado de las dos partes.

El mutismo se apoderó del Club de las Esposas Dichosas. De hecho, todas y cada una de las mujeres allí presentes comprendieron que a partir de ese momento aquel silencio pasaría a ser el único integrante. Pero por mucho que así lo sintieran, todavía quedaba finiquitar ese último punto de una forma clara y manifiesta.

—Estoy con ella —pronunció Perlie—. Quizás este club no nos está haciendo bien. Quizás nunca nos ha hecho bien y no hemos sabido verlo.

—Chicas, no podemos abandonar —mostró su reticencia al cambio la mujer que, paradójicamente, había transformado el color de su piel y pelo a uno más oscuro—. Eso supondrá el fin de nuestra relación.

—No, Charms. Eso simplemente significará que pasaremos a ser amigas. Las unas de las otras. Que es lo que teníamos que haber sido desde el principio. ¿Qué más da que estemos casadas? ¿O que vivamos en el mismo barrio?

—¡Eso! Lo que de verdad cuenta es nuestra amistad. Verdadera y desinteresada —se sumó Jillian a las palabras de Corinne.

—Sí —articuló Perlie.

Charissa negaba con la cabeza, pero al tiempo que la movía a derechas e izquierdas también lo hacía en movimientos verticales. No le estaba quedando más remedio que aceptar lo evidente.

—¿Tú qué opinas? —le preguntó a Arabella.

—*Va bene, va bene...*

—Pues, sintiéndolo mucho... —articuló Charissa.

—No lo sientas —la interrumpió Corinne.

—Queda disuelto el Club de las Esposas Dichosas.

—¿Amigas? —dijo Perlie, quien, acto seguido, pasó sus ojos rasgados de una a otra de sus acompañantes.

—¡Amigas! —pronunciaron el resto de las mujeres.

Arabella dio besos al aire, besos dirigidos en todas direcciones. Cuando terminó de realizar aquellos ademanes sonoros con los labios, anunció:

—*Ma*, antes de hablar con mi marido, quiero someterle a una última sorpresa.

37

Lo tenía todo preparado: música de fondo, un ambiente oscuro y la colchoneta negra recién comprada en Mischievous e inflada con sus propios pulmones. Resuelta, Perlie llamó:

–¡Patriiiiick!

Su marido ascendió por las escaleras renegando por lo bajo. Ya arriba, vio a su esposa apoyada en el marco de la puerta de su dormitorio, con las piernas cruzadas, y con un albornoz lila que solo Dios sabía qué tipo de sorpresa ocultaría bajo la tela.

–Mina está en casa. Ahora no, cariño.

–No, no... Le he dado ochenta dólares para que pase la tarde en el centro comercial con sus amigas.

–¿Que has hecho qué?

–Calla y pasa. Tengo algo preparado para ti.

Patrick se temía lo peor. Entró en la habitación cual penado conducido hacia el cadalso en épocas pretéritas. No se había preparado físicamente para responder a su mujer con una buena dosis de excrementos, como la última vez en que habían tenido sexo. Aun así, si así conseguía librarse, estaba dispuesto a obrar con la fuerza de hasta el último músculo de su vientre.

–Desnúdate y tumbate –pidió ella.

–Perlie, ¿te recuerdo lo que pasó la última vez?

El gesto de la mujer, que era excesivamente afable, hasta el punto de parecer forzado, se torció por un momento.

–Ya lo sé, no me lo recuerdes. –Volvió a sonreír, y carraspeó con la intención de recuperar una dulzura sinigual en el tono.

–No me gustaría sonar demasiado duro, pero ya sabes que, si volvemos a las prácticas extremas, la coprofilia estará incluida entre ellas.

–Ya lo sé. Por favor, tumbate boca abajo.

Patrick se desnudó por completo y, como se lo habían pedido, puso toda la parte anterior de su cuerpo en contacto con la colchoneta a ras de suelo. Torció la cabeza a un lado para poder respirar.

De pronto, dio un respingo.

—Tranquilo...

—¿Qué es eso?

—Es gel.

—¿Para qué? Está frío.

—Es solo al principio. Tú confía en mí. —Perlie apretaba un bote del que salía una sustancia semilíquida. La esparcía a lo largo de todo el cuerpo de su marido: espalda, glúteos y piernas.

—¿Y ahora? —se inquietó él.

Perlie sonrió; Patrick la observaba por el rabillo del ojo. La vio desabrocharse la bata de tela de toalla morada y dejarla caer al suelo. Ella estaba completamente desnuda; ningún strapon, ningún corsé grotesco, ninguna pieza metálica o de cuero de aspecto amenazador. Como su madre la trajo al mundo, pero mucho más desarrollada y experimentada, se tumbó sobre él. Los pechos de Perlie entraron en contacto con la espalda de Patrick; sus caderas femeninas presionaron los glúteos de aquel hombre desconfiado por las circunstancias. Y empezó a restregarse.

—¿Qué es esto?

—Un masaje nuru.

—Nuru —repitió Patrick por no volver a preguntar.

—Es un masaje erótico. Excepto las manos, se utiliza todo el resto del cuerpo. ¿Te gusta?

A medida que la delicada piel de Perlie se deslizaba contra la de Patrick, el gel extendido entre los dos cuerpos, y que en un principio se había notado como frío, adquirió unas propiedades caloríficas de los más agradables. La fricción de los cuerpos, el rozamiento suave de piel con piel, originó en el hombre la mayor de las erecciones jamás experimentadas. Sin ahuecarse lo más mínimo, y gracias al efecto del lubricante, logró deslizar una mano entre sí mismo y la colchoneta, y pudo recolocarse el miembro sin tener que interrumpir aquel momento mágico. Pero como todo en la vida, aquello tuvo que llegar a su fin. Sin embargo, lo que sucedió a continuación resultó ser igual o mejor. Perlie le pidió a su marido que se diera la vuelta. Aquella práctica de origen japonés continuó por el pecho, la parte anterior de las piernas y los genitales. Y, como no pudo ser de otra forma, derivó en una sesión amatoria calmosa, placentera y libre de todo dolor.

—A partir de ahora —dijo ella—, aunque innovemos, vamos a buscar experiencias que nos agraden a los dos.

Él asintió; ofreció una sonrisa e irguió el cuello para dar un beso en los labios en respuesta. Perlie, por su parte, después de corresponderle en aquella expresión de amor, se separó, lo miró directamente a los ojos, y solicitó:

—Y, por favor, nada de caca, Patrick. Nunca más.

«Welcome to Fabulous Las Vegas». Así rezaba el archiconocido letrero de la Ciudad del Pecado y así lo leyó Luther, bien en alto, dentro del taxi en el que viajaba con su mujer desde el aeropuerto, recalcando la adjetivación que invitaba a pasárselo bien.

—¿Por qué tan fabuloso? —se interesó Corinne.

—Todo a su debido tiempo.

El matrimonio Etienne se alojó en Golden Nugget Hotel. Después de subir a su habitación, en la séptima planta, desempaquetaron el equipaje

—¿Me vas a decir de una vez que hacemos aquí? —se preocupó ella.

—Tranquila. Si ahora te encuentras en la séptima planta, pronto estarás en el séptimo cielo.

Con esa aseveración, hombre y mujer se asearon y se vistieron con las prendas más elegantes que llevaron consigo. Después, cenaron en el restaurante del mismo hotel, esperando a que anoheciera. Y cuando las incontables luces de la ciudad iniciaron su batalla para someter a la negritud proveniente del cielo, Luther guió a su esposa hasta un bar. Uno lleno de lujo y amenizado por un espectáculo musical.

—¿Qué va a ser? —preguntó un camarero.

Corinne examinó a su esposo. Él la miró, no con tanta curiosidad, y dijo:

—¿Qué ocurre?

—No lo sé. Eso deberías decírmelo tú a mí. ¿Va para largo la noche?

—Oh, ya lo creo.

Señalando la carta, Corinne puso el dedo índice sobre una de las líneas de texto y pronunció:

—Pues un espresso martini, por favor.

El camarero asintió e invitó a Luther a pronunciarse en referencia a sus gustos.

—Por mi parte, un old fashioned —contestó este último.

El matrimonio esperó a que le trajeran la bebida. Luther y Corinne pidieron hasta en dos ocasiones, y solo pararon de beber cuando él miró su reloj y decidió que ya era hora de marcharse.

—¿A dónde vamos ahora?

—Al lugar por el que hemos hecho este viaje. —Tres calles más adelante, y acompañando de la mano en todo momento a Corinne, Luther se metió con ella en un local de dudosa reputación, a juzgar por los tipos que por allí rondaban y por los neones rojos que adornaban unas paredes de cemento gris tan descuidadas como el aspecto de esos mismos clientes.

–¿Qué es esto, Luther?

–Es un peep show.

–¿Un qué?

–Un espectáculo de sexo en vivo –explicó él.

–No quiero ver un espectáculo de sexo en vivo.

–No lo entiendes. Nosotros somos los «actores».

–¿¡Cómo!?

Luther echó con amabilidad a Corinne a un lado para dejar el paso libre a quienes, según sus pronósticos, iban a masturbarse con su imagen y la de su mujer en cueros.

–Es el regalo que quiero hacerte por haber preferido salvar nuestro matrimonio, por haber tenido en cuenta mis necesidades y haber sabido cuándo parar.

–Cariño, pues claro... Pero ¿y qué hay de nuestra intimidad? Te prometí que acabaríamos con el sexo público de alto riesgo.

–Lo que pasa en Las Vegas, se queda en Las Vegas. Una última vez. Por ti. Para que mantengas el recuerdo. Después de esto, se acabó para siempre. Al menos, en la forma en que lo estábamos haciendo.

Y tanto que se había acabado, pues Corinne, días antes había llegado a la decisión, y así se la había transmitido a su esposo, de extraer de una sola vez, como quien extirpa un tumor, sus ansias de tener sexo en lugares demasiado transitados. Puede que en unos probadores con ausencia de clientes en la hora valle de un local comercial, o quizás en la tranquilidad de una noche de verano en una playa apartada del mundanal ruido, o incluso en el interior de su Ford Bronco en mitad de un bosque lejano y solo con la compañía de algún ser sin raciocinio... ¿Quién sabía? Pero, desde luego, con la certitud de no ser descubiertos y, por ende, avergonzados.

Corinne posó la palma de la mano derecha en la mejilla izquierda de Luther, sonrió y lo besó en los labios. Tras aquella muestra de cariño, se interesó:

–¿De verdad nos van a dejar participar? ¿Cómo lo has logrado?

–Algunos contactos y mucho dinero. Y el hecho de que no vayamos a cobrar ni un centavo por el espectáculo que vamos a dar.

Los Etienne pasaron por un mostrador, en el que dieron sus credenciales y pagaron generosamente. Después de esperar durante treinta minutos, uno de los trabajadores dejó pasar al matrimonio hasta una cámara cuasi redonda con dieciséis espejos a lo largo de la pared curva.

–No es que nos puedan pillar, es que nos están viendo. Ahora mismo, tras esos espejos, hay un puñado de hombres, de todas las edades, que han pagado por vernos tener sexo. Y, nunca más, nadie, bajo ningún concepto, podrá ser testigo de lo que vamos a hacer.

Y como había vaticinado Luther en un primer momento, y atestiguado por su declaración

actual, Corinne y él tuvieron relaciones sexuales frente a las supuestas e imaginadas caras barrosas de jóvenes desconocidos, y de quijadas de barba sombreada de voyeristas experimentados, por última vez.

Poco a poco, Charissa fue recuperando su aspecto original. Cuando todavía contaba con un bronceado envidiable, y sin volver al rubio que la había caracterizado toda su vida, Piers la sorprendió con unos billetes de avión con destino a Zimbabue.

—¿A qué viene esto? Ya te dije que no quiero irme a vivir a África —dijo ella desde la comodidad de su residencia en el barrio residencial de East Bench, en Salt Lake City, en la zona de la hora estándar de la montaña.

—Son unas vacaciones. Una gran ruta por África: Zimbabue, Kenia, Tanzania, Zanzíbar, Lesoto y, por supuesto, Namibia.

—¿Lo dices en serio?

—Pues claro. ¿Quién ha dicho que una mormona canadiense no pueda ir de vacaciones al continente negro?

—Me encantaría, pero...

—¿Qué ocurre, mi vida?

—No sé... Es que...

—Habla.

—¿Y qué pasará cuando te veas rodeado de tantas mujeres de raza negra?

El hombre, en la intimidad de su hogar, se acercó a ella, la tomó de las manos y la miró muy fijamente a los ojos. Azules como el mar.

—Eres la única mujer a la que amo.

—¿De verdad no habrá tentación?

—Te diré más. Este nuevo aspecto con el que te has quedado me chifla. Blanca, pero con ese bronceado perpetuo. Tus ojos azules ahora parecen muchísimo más intensos. Ese estilo del gueto, pero con un aire pijo. Esa ambigüedad... Jamás pensé en algo así y, sin embargo, supera con creces cualquier fantasía que hubiera podido tener. Así que, cariño, estate muy tranquila porque no voy a cambiarte por nada en el mundo. Eres mi mujer de color.

El aleteo de las pestañas de Charissa habló por ella. Mas en cuanto el suspiro de su alma le permitió hilvanar las palabras requeridas, pronunció:

—¿Cuándo dices que nos vamos, Tarzán?

En esa ocasión fue Arabella la que guio, privado del sentido de la vista, a Raymond en

coche y con destino a una nave apartada de un polígono industrial. Dadas las altas horas de la noche, dicho espacio carecía de toda actividad.

—¿Qué es este sitio? —se preocupó él.

—*Aspetta*.

Se aproximaron a una entrada, abrieron la puerta de doble hoja y, nada más entrar, una mujer tras un atril y con un pinganillo en la oreja les preguntó:

—¿Nombres?

—Raymond y Arabella Varley.

A pesar del ambiente falto de luminosidad, y gracias a un diminuto foco que apuntaba directamente al mueble con pie, la recepcionista pudo comprobar una lista impresa. Hizo algún tipo de apunte en la hoja e indicó:

—Bienvenidos a la *sex party*. Pueden pasar.

El matrimonio echó a andar por un pasillo custodiado por varios hombres que, a juzgar por sus enormes bíceps y sus caras de pocos amigos, pertenecían al personal de seguridad. En cuanto marido y mujer tomaron una distancia prudencial con respecto a la mujer que les había permitido el acceso, Raymond comentó:

—¿Una *sex party*? ¿De qué va esto?

Arabella seguía caminando; él iba tras ella para no quedarse rezagado y, a la larga, solo.

—No te preocupes.

—¿Que no me preocupe? Pensaba que no querías volver a hacerlo con más gente después de lo de la última experiencia.

—Es una sorpresa.

—No me gustan las sorpresas. Y menos las que provienen de tu mente calenturienta. Te recuerdo que, si seguimos con este plan, yo también propondré mis ideas. A cada cual peor...

—*Stai zitto!*

Como había ordenado su esposa, Raymond dejó de articular palabras. Tanto él como ella accedieron a una serie de salas interconectadas entre sí, débilmente iluminadas en su mayoría, y con acolchados en asientos y columnas. Se pasearon por todas ellas mientras observaban a gente fornicar por doquier. Nunca menos de tres personas juntas; a partir de ahí, toda aglomeración era poca. Los rojos y los azules predominaban por encima de cualquier otro tono ambiental, y las formas romas acaparaban los acabados del mobiliario.

—Una orgía, vaya una sorpresa —expresó el hombre, con la desgana más absoluta.

—Desnúdate.

—No quiero participar en esto.

—*Spogliati!*

El ceño de Raymond se contrajo hasta formar unas arrugas muy marcadas; de cuello para

abajo, sus brazos formaron una equis a la altura del pecho y la punta de sus pies formaron un ángulo de algo más de noventa grados.

—Está bien. Tú lo has querido —accedió, finalmente, el varón.

Arabella se comenzó a desnudarse al tiempo que lo hacía su esposo. Cuando se despojaron de hasta la última prenda de vestir, los dos quedaron enfrentados. Ella se acercó a él. Lo abrazó. Y también lo besó, de forma larga y añadiendo la lengua a su juego de labios.

Uno de los hombres que pululaba por ahí practicando sexo indiscriminado se acercó al matrimonio y posó una mano en el hombro derecho de Arabella. Ella giró el cuello hacia el desconocido y le retiró el brazo con delicadeza. Siguió besando a su marido.

Mientras devolvía aquel beso apasionado a la mujer con la que estaba casado, Raymond no pudo evitar volver a fruncir el entrecejo. En no poco más de un minuto, otro individuo se aproximó a la pareja. En este caso, el nuevo hombre no optó por el contacto físico, sino que trató de incorporarse a la cópula preguntando:

—¿Puedo unirme, pareja?

—Lo siento, pero no es el momento —rehusó aquel ofrecimiento Arabella.

En cuanto el entrometido se marchó de su lado, Raymond solicitó a su mujer:

—Para, para, para, para... ¿Qué está pasando?

—¿Es que no lo entiendes? —pronunció ella—. Solo quiero hacerlo contigo.

—¿Te refieres a ahora?

—Me refiero a siempre, *stronzo*. Y ahora hazme el amor en medio de toda esta gente. Que nos vean si quieren, pero que no se atrevan a tocarme ni un pelo. Ni a mí, ni a ti.

Por favor, deja tu valoración y un comentario para poder ofrecerte, así, nuevas y mejores historias con las que puedas seguir disfrutando.

Tu opinión me importa y me interesa.

También te animo a que compartas en tus redes sociales información sobre esta novela para que de esa forma otras personas puedan saber sobre ella.

Muchas gracias.

Y no te olvides de visitar mi web para obtener más información:

<https://www.graysondreads.com/>